

*Selecta*



UN AMOR  
PARA RECORDAR  
PARA SIEMPRE II

Priscila Serrano

Un amor para recordar

*Priscila Serrano*

*Selecta*

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial

*El amor es solo una palabra  
hasta que alguien llega para darle sentido.*

Paulo Coelho

## Introducción

Pensar que después de su muerte ella no volvería a sonreír, era como decir que iba a nevar en África. Todo puede cambiar de un momento a otro, llenando de luz aquella parte que se oscureció hace unos meses. Alice volvería a reír y volvería a vivir, aunque no sería feliz del todo, pues le faltaba una parte fundamental en su vida. Ryan ya no estaba y eso, eso no iba a olvidarlo jamás.

El día que se enteró de que sería madre, se aterró tanto que hubo un momento en el que pensó en abortar y sinceramente, después de pensarlo fríamente y con la ayuda de esa persona que se metió en su vida casi sin darse cuenta, desechó esa detestable idea y siguió adelante con el embarazo. «Un bebé», dijo cuando salió del hospital de la mano de Alex. Él tampoco podía creerlo, pero tampoco la dejaría sola. Se estaba portando tan bien con ella, como un amigo de verdad, como ese amigo que hacía tiempo que no tenía, porque Ryan era su amigo, su mejor amigo.

¿Será que algún podrá mirar a Alex como un día miró a Ryan? Esa pregunta se la hizo más de una vez y todas las veces se respondió lo mismo: jamás podré ver a Alex de la misma manera. Y si recuerdas como comenzó todo, lo que Ryan decía de Alice: «Jamás podré besar a mi hermanita pequeña». ¿Recordáis? ¿Será esta vez diferente? ¿Podrá Alice cumplir con la promesa de no volver a enamorarse de su mejor amigo?

## Capítulo 1

*Semanas después.*

Se suponía que iba a ser fácil, que con su ayuda podría seguir, pero él tenía una vida en otro país y tendría que marcharse pronto. Alex la dejaría sola, otra vez sola. ¿Qué haría? Solo hacía un mes de la muerte de Ryan, un mes en el que Alex no la dejó, mucho menos cuando tuvo que contarle a su padre que estaba embarazada. No se lo tomó mal, pero tampoco era la mejor de las noticias en este momento.

Los días en los que se quedó sola en el apartamento fueron los peores de su vida. Mirara donde mirase lo veía, en cada rincón del que era su hogar, del que hubiera sido el hogar perfecto para cuidar de su futuro hijo. Cada vez que pensaba en él, pasaba sus manos por su plano abdomen, suspirando y con lágrimas en los ojos. ¿Cómo afrontar lo que se le venía encima? ¿Cómo hacerlo sin él? No paraba de darle vueltas a la cabeza de lo que podía haber sido y no fue, recreando cada momento en su mente, hundiéndose un poquito más si podía.

Estaba en la habitación guardando la ropa de Ryan en cajas, sintiendo el dolor cada vez que acercaba una prenda a su nariz para sentirse bien, tranquila, metía en sus fosas nasales su olor, ese que tanto tuvo en su cuerpo impregnado, ese que no podrá olvidar aunque pasen mil años. De pronto, escuchó unos toques en la puerta y fue a abrir, sabía quién era, pues la llamó antes de ir.

Cuando abrió, su amiga Mila la miró y la abrazó tan fuerte que la habría partido en dos.

—Mila, Mila. Me haces daño —se quejó y esta sonrió dulcemente.

—Lo siento —se disculpó entrando en la casa.

Ambas caminaron hasta el sofá y se sentaron una al lado de la otra, como siempre. Mila la miraba y Alice sintió añoranza por esos tiempos en los que pasaban tantas horas juntas, juntas con Caroline y Laura, pero ni la una ni la otra estaban en Londres, así que solo quedaban ellas, siempre ellas.

—¿Has sabido algo de Caroline? —La voz de Mila sonó preocupada.

—Sí, hace un par de días me llamó para saber de mí y, bueno, y del bebé.

—Su amiga hizo el amago de tocar su vientre y paró antes de llegar siquiera.

—Lo siento.

—¿No pararás de disculparte hoy? —Negó divertida—. No pasa nada, lo llevo mejor que hace una semana.

Con su permiso, volvió a acercar la mano y esta vez sí la posó en ese vientre aún plano, con la esperanza de sentir algo, pero era matemáticamente imposible; y Alice soltó una carcajada, la primera después de tanto tiempo, después de él. Y se sintió mal por hacerlo, por reír. Dejó de hacerlo y Mila negó cabreada con ella por ser tan dura consigo misma, por no poder al menos sonreír e intentar ser feliz, pero Alice no estaba dispuesta a eso, no todavía, era demasiado pronto para sentirse bien.

—No puedes ser tan dura contigo, Ali —refirió cabreada.

—No puedo ser de otra manera. ¿Tú crees que me gusta mi vida ahora? No sabes las noches que paso sin dormir, pensando en lo que podría haber sido si él hubiera sabido que iba a ser padre. Que estemos juntos, como siempre... Sin embargo, no tengo nada...

—Sí que tienes algo, algo por lo que debes ser fuerte y luchar, Alice. ¿Crees que Ryan sería feliz sabiendo lo que tú te castigas?

—Yo no me castigo.

—Sí lo haces y muy duramente —insistió provocando que Alice se

levantara y volviera al dormitorio para seguir con lo que estaba haciendo.

No soportaba que llegasen a su casa y le dijeran lo que tenía que hacer y mucho menos Mila, que también tendría que pensar las cosas antes de hacerlas.

Fue tras ella y entró en la habitación, donde todo estaba revuelto. Cajas por un lado, prendas por otro y cristales esparcidos en una esquina, del cuadro con la foto de Ryan. No podía creer la locura de su mejor amiga y no dejaría que cayera más, y si para que eso no pasara tenía que estar con ella las veinticuatro horas del día, lo estaría.

Alice seguía en su empeño de guardar toda su ropa en cajas, aun sabiendo que no serviría de nada hacerlo. Tenía que librarse de ella, pero no lo conseguiría si la guardaba en un rincón de ese apartamento. Mila la miraba desde una esquina del dormitorio, preocupada. Se acercó a ella y le quitó una camisa que estaba doblando con toda la paciencia del mundo, como si no quisiera que se arrugase porque volverían a usarla. Alice la miró ceñuda y cabreada a la vez.

—¡Devuélvemela! —exclamó, y su amiga negó a su vez—. Mila, déjate de tonterías y dame esa camisa.

—¿Para qué, Ali? ¿Para qué quieres una camisa que no volverán a usar?

Alice se tensó y comenzó a respirar con dificultad, como si escuchar esa verdad le doliese mucho más. Tiró de la camisa, provocando que Mila tirase a su vez y esta se rasgara por la mitad. Con el corazón a mil por hora, vio como esa prenda que tanto se había puesto él caía al suelo destrozada, así como estaba ella. Miró a su amiga de nuevo y esa mirada a Mila no le gustó, pues había odio en ella y no podía permitirlo.

—¡MIRA LO QUE HAS HECHO! —gritó colérica—. Fuera —murmuró arrodillándose para recoger los pedazos.

—¿Cómo has dicho? —preguntó incrédula.

—Quiero que te vayas de mi casa. ¡Lárgate! —afirmó alzando la voz.

Mila no lo podía creer, su amiga, su hermana la estaba echando de su



apartamento solo porque intentó ayudarla. Estaba peor de lo que pensaba.

—No estás hablando en serio, Ali. Solo es una camisa...

—¡NO! No es solo una camisa, es su camisa. ¿No lo entiendes? Se ha roto su camisa. ¡Joder! —Se sentó en el suelo y comenzó a llorar destrozada.

Su amiga hizo la misma acción y se sentó a su lado, cogió su mano y la apretó para que supiera que no estaba sola y que pase lo que pase estaría con ella. Alice reposó la cabeza en su hombro, lo necesitó para desahogarse, para expulsar todo lo que estaba reteniendo durante tantos días, desde que Alex no estaba. Aunque le dijo que volvería, aún no lo había hecho, y él se había convertido en alguien importante para ella, alguien que la ayudaba a no pensar en la muerte de Ryan, alguien que, con su amor, le estaba haciendo la vida un poco más fácil.

—Lo siento, Mila, pero no puedo más... Lo necesito, lo añoro, lo amo — declaró entre sollozos.

—Te entiendo, Ali, y sé que es muy duro, pero tienes que ser fuerte y no hacer estas cosas que lo único que te provocan es más dolor —dijo señalando a su alrededor, señalando todo el estropicio.

—Lo sé, pero necesitaba mantenerme ocupada en algo.

—¿Y Alex? —preguntó Mila al darse cuenta de que no lo había visto por ninguna parte.

—Se fue —respondió incorporándose de nuevo.

—¿Dónde?

Alice se levantó y, con la camisa en la mano, salió de la habitación, evitando tener que responder a esa pregunta, evitando tener que pensar en él. Caminó hasta la cocina y su amiga fue detrás y vio como la tiraba a la basura, aunque la miró antes por unos segundos, como si se estuviese despidiendo de ella. No lo estaba pasando bien y no había que ser muy inteligente para darse cuenta.

—Ali, ¿estás bien? —Tocó su hombro y esta se dio la vuelta.

—No, no lo estoy y la única persona que me hacía la vida un poco mejor se

fue y no sé si volverá.

—Te refieres a Alex, ¿verdad? —Asintió apenada.

—Se fue hace dos días y me prometió que estaría aquí antes de que lo echase de menos, pero aún no regresa y ni siquiera me llamó, así que no creo que vuelva —expresó saliendo a la terraza.

La primavera estaba terminando y el tiempo era más cálido. Aún eran las dos de la tarde y el sol brillaba en todo su esplendor, raro en Londres, pero así era. Se sentó en una de las sillas y Mila se acercó a la baranda.

—¿Sientes algo por él? —preguntó sin mirarla.

Alice se tensó y no sabía que responder a eso, pues antes de que todo pasara, ya había algo en su interior, algo que la unía a Alex, pero que no quiso descubrirlo y mucho menos lo haría en este momento.

—No —respondió tajante.

—¿Segura? —Se dio la vuelta y la miró alzando las cejas.

—No, sí... No sé.

Se había puesto nerviosa y su respuesta lo único que provocaba en Mila era afirmar lo que ella sospechaba. Claro que sentía algo por él, pero jamás se lo diría y mucho menos estaría con él. Nunca en su vida podría estar con otra persona que no fuera Ryan, que no fuera su amor verdadero, su primer amor.

\*\*\*

Por la tarde volvió a estar sola, como siempre, y como ella necesitaba. Mila quiso quedarse todo el día y si era posible por la noche, pero se negó y prácticamente la echó de la casa, aunque no tan dura como cuando se enfadó.

Estaba sentada en la cama, mirando a todo y a nada, recordando. Era lo único que hacía, recordar cada momento, cada beso, cada caricia y, a veces, las sentía. Entonces, Alex entró en su mente, haciéndole pensar en la despedida que tuvieron hace apenas dos días, cuando él se marchó a su hogar, de seguro con alguien.

*(Flashback)*

*Una llamada, solo una llamada recibió para que sus planes se vieran estropeados y tuviese que volver a Tennessee. Karla a veces podría ser muy insistente y se las ingeniaba para conseguir de él lo que se propusiera.*

*—Ali... Tengo que marcharme unos días —explicó cuando consiguió colgarle a su esposa.*

*Ella lo miró preocupada y extrañada, ya que parecía no estar muy contento con la llamada que recibió, y la persona que estuviese al otro lado de la línea se escuchaba cabreada, muy cabreada. Se acercó a ella al ver su gesto y la abrazó como siempre que la veía así, preocupada, o porque sí, por sentirla y punto. Ella se dejó abrazar, sintiendo esa calidez que tanto necesitaba, sintiendo que volvía a tener a una persona especial a su lado, a un amigo de verdad.*

*—No entraba en mis planes irme tan pronto, lo siento —murmuró en su oído.*

*—No te preocupes, es normal que tengas que marcharte. No pretenderás quedarte conmigo toda la vida, ¿no?*

*—Te aseguro que, si por mí fuera, me quedaría.*

*Se miraron, conectando sus ojos, perdiéndose en ellos y antes de que él hiciera eso por lo que ella tanto lo evitaba, se separó de él, provocando una risa nerviosa por su parte. Alice no se lo ponía fácil y no lo dejaría entrar en su corazón, así como así.*

*—Volveré antes de que me eches de menos.*

*Y eso fue lo último que le dijo, poco después salió del apartamento y se marchó.*

Se levantó y sacó de su bolso el móvil para mandarle un mensaje. Necesitaba saber que estaba bien y que no se había olvidado de ella. Entonces comprobó que tenía cinco llamadas perdidas de Nicholas y otras de Arabelle. No los

veía desde el entierro y sabía que ese reencuentro sería el más doloroso que tuviera que soportar. Además, ellos no sabían que serían abuelos y, sinceramente, no tenía intención de que lo supieran, al menos no por ella. Se dispuso a enviar el mensaje a Alex, ya hablaría con sus suegros en otro momento.

Alice: Hola, Alex, ¿cómo estás?

Escribió el primero, mientras su corazón martilleaba en su pecho, sintiendo como poco a poco los nervios le hacían pensar lo que no era. Ni siquiera esperó a que le respondiera que escribió otro.

Alice: Te echo de menos, ¿volverás?

Miró la pantalla del móvil por unos minutos y lo dejó en la cama, exasperada. Se dejó caer allí y miró el techo. «¿Por qué le habré mandado el mensaje?», pensó al tiempo en que una respuesta se escuchaba en el móvil. Se incorporó nerviosa y leyó cada línea escrita.

«Alex»: ¿Quién eres tú y por qué le hablas a Alex? Espero que no seas su amante y mucho menos una que intente quitármelo. Él está conmigo.

Lo leyó y releyó por unas cinco veces, intentado entender el contenido de ese mensaje. ¿Quién era ella? Estaba claro que ya sabía el motivo que lo llevó a marcharse, pero ¿por qué nunca le dijo que estaba con alguien?

## Capítulo 2

Esa respuesta no se la esperó y la hizo hundirse un poquito más. ¿Cómo Alex pudo hablarle de amor alguna vez si estaba con otra? Estaba claro que no podía confiar en nadie y mucho menos en una persona que le mentía desde el principio.

Alice entrelazó sus dedos y comenzó a retorcerlos nerviosa. No sabía si debía responder a ese mensaje o dejarlo así. Sin darse cuenta, sintió el roce de los anillos, de esos anillos que no tenía el valor de quitarse, esos que le hacían recordar aún más si podía. La alianza de casada suya y la de Ryan, además del anillo de compromiso, aún decoraban sus finos dedos. Los miró como la que mira a un tesoro y suspiró cabreada e hizo algo que jamás esperó hacer, se quitó los tres anillos y los guardó en el cajón de la mesilla, sintiendo la desnudez que provocaba no tenerlos ya. Se levantó decidida y metió en las cajas la ropa que quedaba de Ryan, dejó una camiseta como excepción, la misma que ella usaba cuando se escapaba a sus brazos cuando nadie debía saber de su relación.

Eran tantos los recuerdos, tantos los momentos vividos y solo le quedaba eso, el martirio de tener su mente y su corazón repleto de todo eso junto, y dolía, dolía demasiado, como si le arrancasen el corazón de cuajo y lo tiraran a la basura como si no valiese nada para nadie, solo para la persona que ya no estaba y que se marchó contra su propia voluntad.

Cuando acabó de guardar todo y cerró las cajas, volvió a coger el móvil y

sin mirarlo lo metió en su bolso; iría a casa de los padres de Ryan. No entraba en sus planes ir a verlos después de que decidieran enterrarlo justo al lado de su hermano sin preguntarle a ella, pero no podía seguir evitándolos para siempre, ¿no?

Antes de salir, cogió las llaves del coche y del apartamento y salió. En el ascensor no paraba de pensar en el mensaje de esa mujer y estaba tentada a responder, pero no se atrevía, no hasta que no supiera realmente quién era ella. Además, no debía importarle quién estaba con Alex, ya que ellos no eran más que amigos, cuñados y nada más. Era cierto que había un sentimiento que los unía, pero ella tenía claro que no era amor, no al menos como el que sentía por Ryan.

Ya en la calle, caminó hasta el coche y se montó. Una de las cosas que aprendió con Ryan fue a conducir, y también tenía el carné, pero no llegó a tener coche y siempre tenía que estar moviéndose de un lado para el otro en taxi. Esta sería la primera vez que cogía el coche sola, sin nadie a su lado. Arrancó y se dirigió a casa de sus suegros. No los avisó, pero sabía que Arabelle seguro que estaba en casa.

Por el camino, sentía como su pecho se comprimía, como si supiera que iba a pisar la casa donde él vivió tantos años, donde nació el amor de su vida. Estaba siendo muy duro, mucho más duro que cuando murió Rood, y es que cuando su hermano se fue tenía a Ryan, y ¿ahora? Ya no tenía a nadie. Inconscientemente sus ojos bajaron a su vientre y negó, sabiendo que estaba completamente equivocada, pues sí que tenía a alguien que la ayudase a olvidar. El bebé que crecía en su interior era quien la haría sonreír en los peores momentos, aunque no pudiera compartir el amor con su padre. ¿Qué le diría cuando pregunte por él? Una pregunta que no pensó hasta este momento y que tampoco podía responder, para eso faltaba demasiado.

Minutos después, ya veía a lo lejos la entrada de la familia Rawson. Estaba nerviosa, bastante, a decir verdad, y es que hacía un mes que no los veía y tampoco les había dicho que serían abuelos en unos meses. ¿Cómo se lo

tomarían? Tampoco quería que ellos pensaran que jamás lo sabrían, pues no era así. Ella los quería bastante, eran sus suegros y, aunque él ya no esté, seguirían siéndolo. Aparcó y bajó del coche con el corazón a mil por hora, entrar en esa casa era como si pensara que él estaba ahí y que lo vería, aun sabiendo que era imposible.

Subió las escaleras del porche y tocó el timbre con manos temblorosas. Arabelle, que ya la había visto por la ventana, fue la que abrió la puerta y lo primero que hizo al verla fue atraerla hasta sus brazos, y la apretó como si no la viese en años, como si con ese abrazo sintiera que era a su propio hijo a quien lo hacía.

—Alice, cielo, ¿por qué tardaste tanto en venir? —preguntó Arabelle con dulzura.

—Lo siento, Arabelle, pero no he... No estoy bien y no quería salir del apartamento.

Ambas entraron y caminaron hasta la sala. Arabelle la llevaba del brazo y la obligó a sentarse a su lado, en el sofá frente a la chimenea que estaba apagada.

—Te echamos de menos, mi niña —expresó apenada, mirándola con ese amor que siempre le demostró, aunque al principio no fuera santa de su devoción.

—Yo también os echo de menos, de verdad y he querido venir a veros, pero todo lo que ha pasado me hizo mucho mal, tanto que me estoy hundiendo por momentos. El apartamento cada vez me atrapa más, como si una fuerza mayor me mantuviera encerrada y, en cierto modo, yo soy la culpable. —Su voz sonó apagada, aunque quisiera fingir, no podía.

En ese momento, entró a la sala la chica del servicio y dejó la bandeja con unos cafés en la mesa de centro. Arabelle le sirvió el suyo y ella lo tomó entre sus manos para después darle el primer sorbo.

—Necesitábamos verte, además de querer saber de ti, también por otros motivos.

—¿Ocurre algo?

—Hay algo que Nicholas y yo queremos hablar contigo, pero debe de estar a punto de llegar.

Y como si él lo hubiera escuchado, entró por la puerta y caminó directo a la sala, donde sabía que estaría su esposa. Él aún no sabía que Alice estaba allí y cuando la vio se sorprendió tanto que fue hasta ella y la abrazó con cariño. Ella se había convertido en esa parte que le faltaba, en la hija que haría sus vidas más fáciles, aunque no lo fuera de verdad y solo fuera la chica de la cual su hijo se enamoró, la chica que se casó con él y estuvo en sus últimos minutos. La adoraban, y parte de ella les hacía recordar a su hijo, aunque no de manera dolorosa.

—Alice, por fin, ¿por qué no viniste antes?

—Eso mismo le pregunté yo —respondió Arabelle a su esposo y ella asintió.

—No sabes las ganas que teníamos de verte —aseguró y ella se encogió de hombros.

—Siento mucho no haber podido venir antes, pero le contaba a Arabelle que no me sentía bien —insistió ella y su suegra agarró su mano y la apretó.

—Sabemos por lo que estás pasando, Alice, y es por eso por lo que no entendíamos que no vinieras a vernos. Ya sabes que puedes venir cuando quieras y apoyarte en nosotros. Además, esta también es tu casa.

Ella dejó la taza en la bandeja y sintió como sus manos temblaban. Era la hora de decirles que serían abuelos, que Ryan le dejó algo tan importante como un bebé, el fruto de su amor. La vida le quitaba una vida, pero le regalaba otra igual o más importante que la que perdió. Miró sus pies y se retorció los dedos, demostrándoles lo nerviosa que estaba.

—Alice, sabemos lo del bebé. No te preocupes, ¿sí? —Escuchó decir a Nicholas y ella subió la cabeza.

Los miró con los ojos vidriosos, a punto de derramar las lágrimas que estaba reprimiendo desde que entró en la casa. Esas lágrimas que no paraban



de hundirla en su miseria todos los días.

—¿Cómo?

Fue lo único que sus labios pudieron pronunciar.

—Un día fuimos al hospital y nos encontramos con Landon. Nos preguntó por ti y tu bebé y, claro, ya tuvo que decirnos todo —explicó Arabelle—. ¿Por qué no nos lo contaste? ¿Acaso piensas que no lo aceptaremos? —Negó secándose las lágrimas—. No sabes la alegría que nos dio saber que dentro de ti hay un pedacito de mi hijo, cielo.

Alice sin poder reprimirse más, se acercó a ella y la abrazó con fuerza, aferrándose. Arabelle la recibió y la acarició para tranquilizarla, pues los espasmos eran muy fuertes y eso solo demostraba lo mal que lo seguía pasando. No era momento, podría ser así, pero un hijo, su hijo, era el mayor regalo que él le pudo dejar, aunque fuera demasiado joven para ello. Sintió cómo expulsaba todo lo que días atrás no pudo por la partida de Alex y, en cierto modo, algo lloraba por él también, aunque no quisiera reconocerlo.

—Tranquila, Ali... Nosotros estamos contigo y no te dejaremos, no os dejaremos solos, ¿de acuerdo?

Ella se separó unos milímetros y asintió secándose las lágrimas. Nicholas le extendió su pañuelo y ella lo recibió agradecida.

—No sé cómo disculparme por no venir a decirlo esto y me siento culpable.

—No tienes por qué pedir perdón.

—Pero es que no me he portado como debía y, sinceramente, mi intención no era que lo supierais.

Arabelle y Nicholas se miraron y fruncieron el ceño sin entender.

—¿Por qué? ¡Tenemos derecho a saberlo, somos sus abuelos! —exclamó Nicholas un poco tosco.

—No quería tener que depender de vuestro dinero. Entendedme, yo jamás quise el dinero de Ryan y esta no será una excepción. No lo necesito y ese era el motivo.

Nicholas se levantó y caminó hasta la cajonera que estaba justo en la

entrada. De ahí sacó una carpeta donde, claramente, había bastantes papeles. Alice la miraba con los ojos achicados, como si quisiera ver el interior de esta. Su suegro volvió y esta vez se sentó a su lado, abrió la carpeta y sacó unos papeles, además de una libreta en la que en el exterior ponía: «Mi pequeña». Sintió como su corazón se apretaba, tanto que no latiría en varios minutos. Nicholas le extendió la libreta y ella la cogió con manos temblorosas.

—Ábrela. —Negó sin poder apartar la mirada de esas letras—. Alice. —Lo miró—. Ábrela.

Le hizo caso y, aunque los ojos llenos de lágrimas no la dejaban vislumbrar bien su contenido, pudo leer las primeras palabras escritas. La fecha era de hacía cinco años y no entendía muy bien cómo era que Ryan escribiera y ella no lo supiera.

*Agosto, 2013.*

*Es la primera vez que siento esto por alguien, como también que soy capaz de decirlo en voz alta, aunque esté solo en mi habitación y lo esté escribiendo en esta hoja en blanco. No sé cómo comenzar a explicar lo que siento cada vez que la tengo cerca y puede que me esté volviendo loco, pues sé que entre ella y yo nunca habrá nada. Alice es pequeña y yo ya soy un adolescente hormonado.*

*Ella aún juega con muñecas y yo quiero jugar con muñecas de verdad. ¿Acaso podría acercarme a ella y vivir para contarle? Rood me mataría, seguro.*

*A estas horas seguramente está dormida y yo no puedo conciliar el sueño. ¿Qué me hizo esa mocosa? ¿Será por su sonrisa pícaro o por como se le cierran los ojos cuando lo hace? Lo único que sé es que la quiero y que, aunque me muera por estar a su lado, me conformo con ser su amigo, su mejor amigo.*

Dejó de leer y cerró la libreta, destrozada. No sabía que Ryan la quisiera desde que ella era solo una niña. ¿Por qué nunca se lo dijo? Sabía que leer todo eso no le haría ningún bien, pero estaba deseando llegar al apartamento y poder leer cada línea, pues sería como si él estuviese aún con ella y le oyera cada palabra de sus labios.

## Capítulo 3

El cuaderno de Ryan fue todo un descubrimiento para ella, y más lo fue saber que todo lo que ahí había escrito era sobre ella y el amor que sentía. Nunca lo habría imaginado y en ese momento, que lo leía, le dolía más su ausencia. Lo echaba tanto de menos, necesitaba tanto sus abrazos y sus besos. Sus «te quiero» por la mañana. Esa sonrisa que hacía que se derritiera aún más por él, pero la vida era dura, demasiado y siempre se llevaba a los inocentes.

Nicholas la abrazó cuando ella decidió que era hora de guardar el cuaderno en el bolso. Seguiría leyendo en soledad, metiéndose en su burbuja en donde solo habría lágrimas y recuerdos.

—No sabía que me amaba desde hace tantos años —murmuró ella entre los brazos de su suegro.

—Yo sí que lo sabía y es por eso que pensé que tú eras la dueña de esto, aunque debería habértelo dado antes —respondió en un hilo de voz. Él también estaba emocionado.

Había pasado todo el día con ellos y llegó la noche, así que prácticamente la obligaron a quedarse a cenar y después Nicholas la llevaría al apartamento, pues no querían que se marchara sola. Ella obviamente se negó a tener que dejar el coche de Ryan allí e irse con su suegro, pero no le sería tarea fácil. Durante la cena, no dejaron que decayera en ningún momento y eso fue algo que les agradecía, ya que era la primera noche en tanto tiempo que cenaba

tranquila, sin dejar el plato lleno de comida e irse a la cama a llorar por la pérdida.

—¿Has pensado que harás ahora, Alice? —preguntó Arabelle con ese tono tan dulce que siempre usaba con ella.

—No lo sé. Lo del bebé me ha sorprendido y ha cambiado un poco mis expectativas, al menos, hasta que nazca, no estoy segura de lo que haré.

—Estamos muy ilusionados con su llegada y habíamos pensado en que podrías venirte a vivir con nosotros. Te ayudaremos a cuidarlo y tú podrás volver a retomar tus estudios —propuso y ella abrió los ojos sorprendida.

Eso no lo esperaba y la verdad, no era algo que quisiera hacer. Vivir con los padres de su difunto esposo no era para nada buena idea. Además, ella tenía a su padre y él podía ayudarla también con eso, ¿no?

—No sé... La verdad es algo que tendría que pensar.

Arabelle se levantó para después volver a sentarse a su lado. Quería ayudar a esa chica que hizo tan feliz a su hijo en sus últimos meses de vida. Y que, tras ese amor, nacería su primer nieto y por nada del mundo dejaría que nada le faltara, así tuviera que pelearse con su madre. Alice la miraba con los ojos bien abiertos y a la espera de saber lo que ella tuviera que decirle.

—Alice, nos gustaría que vinieras a vivir aquí. No te preocupes por tu libertad, no nos meteremos en tu vida y podrás hacer lo que te plazca —explicó cogiendo sus manos con cariño.

—No es eso, Arabelle... Es solo que venir a vivir aquí es algo que tengo que pensar muy bien. Ya sabéis que mi padre tiene una casa muy grande y él puede ayudarme. Además, no debéis preocuparos por el bebé, lo veréis siempre que queráis.

Sus suegros se quedaron tranquilos, por el momento. No querían obligarla y mucho menos atosigarla para que tomase una decisión, pues ella misma sería la que les pidiera la ayuda cuando los necesitara.

Cuando ya terminaron de cenar, Nicholas se apresuró a coger las llaves de su coche para llevarla al apartamento antes de que ella siquiera pudiese

pensarlo. Alice no quería discutir, así que sin más, asintió y salieron de esa casa que no sabría cuándo volvería a pisar. En el coche, ambos iban en silencio y es que ella no sabía de qué hablar con ese hombre tan serio. Su suegro la miraba preocupado, buscaba a la pequeña Alice risueña y feliz, esa que con solo sonreír te hacía ver lo dichosa que era; pero esa chica no estaba por ninguna parte y sabía que tardarían en volver a verla.

—Alice. —Lo miró—. Quiero que sepas que, aunque te niegues a tener nuestra ayuda, seguiremos insistiendo... No queremos que pases por nada tú sola. Lo entiendes, ¿verdad? —Asintió agachando la mirada.

Era complicado sostenerle la mirada cuando era igual que la de Ryan, siendo imposible olvidarle, cuando lo veía en todas partes. Llegaron al edificio y ella, después de agradecerle, se bajó y entró en él. Nicholas no se fue hasta que no la vio en su interior y después se marchó.

Mientras llegaba a su planta, sentía como si el pecho se le apretara, como si estuviese dejando que la vida pasara de manera rápida, sin ver ni vivir como debía. Eso no era lo que quería él, Ryan deseaba que, tras su muerte, ella viviera como si ese día fuese el último. Que fuese feliz, aunque él no estuviera para verlo, pero con lo que no contaba es con que ella no podría serlo sin él.

Al entrar en el apartamento, dejó el bolso en la entrada y se fue directa a la cocina para calentarse un vaso de leche y salir a la terraza para ver el cielo estrellado, como cada noche, buscando esas estrellas que la miraban desde arriba, esperando a que alguno de los dos se dignara a dejarse ver. ¿Será que todas las veces que vio a Rood fue producto de su imaginación? Si era así, no le importaba que así fuera también con Ryan.

Una vez que tuvo el vaso de leche, se sentó en una de las sillas de la terraza y contempló el cielo. Suspiró unas diez veces, intentando calmarse, intentado no derramar ni una lágrima más. Era la tercera noche que se quedaba sola en ese gran apartamento y no era para nada bonito estar así. Estaba pensando volver a su casa, con su padre; allí, al menos, no estaría sola.

De pronto, el sonido de su móvil la despertó de sus pensamientos, se levantó y caminó hasta la entrada, donde había dejado el bolso al llegar, sacó el móvil y vio que tenía cinco mensajes de Alex. Su corazón comenzó a latir, demostraba lo que él le hacía sentir y sus nervios se intensificaron provocando que el temor de enterarse de lo que realmente pasaba la hundiera un poquito más si podía. Con manos temblorosas, y después de volver a la terraza, abrió los mensajes y comenzó a leer.

«Alex»: Parece que ya no quieres mandarle más mensajes a Alex, ¿no?

Sus ojos se abrieron tanto que se le saldrían de las orbitas. Estaba sintiendo odio por esa mujer que aún no conocía.

Alex: Alice... Lo siento, siento que hayas tenido que leer eso.

Alex: Alice, por favor respóndeme o cógeme el teléfono.

Sí, también la había llamado como diez veces y ninguna escuchó. Ese sí era Alex que, al ver que su mujer tenía su móvil, se lo arrancó de las manos y comprobó todo lo que Alice le había escrito y lo que ella le respondió. Lo puso furioso y le dijo todo lo que debía, omitiendo el amor que sentía por esa muchacha. Había decidido volver con Alice, dejando sola a su mujer de nuevo, importándole muy poco que estuviese a punto de ser padre, porque ese fue el motivo que lo llevó a marcharse de nuevo, pues Karla, su esposa, lo llamó diciéndole que se sentía mal y que no sabía si había perdido el bebé. Claramente, fue una mentira para obligarle a volver y ya que sabía que estaba perfectamente, su decisión se incrementó y estaba de camino.

Alex: Alice, estoy desesperado y no sé qué hacer para que al menos me escuches.

No quería seguir leyendo, pues cada palabra se le clavaba en el corazón. El sentimiento hacia Alex era dudoso y, aunque estaba segura de que no lo

amaba, también tenía la duda de quererle. Era su amigo, se había convertido en ese amigo que perdió, en ese que puede apoyarse en los peores momentos, viviendo de nuevo lo mismo que vivió con Ryan. La única diferencia era que en ese momento, a quien lloraba, era a su primer mejor amigo, a su primer amor y el único que ocuparía todo su corazón.

Abandonó el móvil en la mesa y se levantó con la intención de esconderse bajo las colchas, para dejar atrás esos sentimientos y pensamientos que la hacían dudar. Dejó atrás el recuerdo de Alex para llenar su mente de solo una persona: Ryan.

Caminó cabizbaja hasta la habitación y posó una mano en su vientre, era la primera vez que se tocaba.

—¿Qué haremos ahora, bebé? —le preguntó.

Hasta ese instante no había podido siquiera mirarse, pues hasta eso le dolía. El saber que esperaba un bebé de Ryan fue un duro golpe, sabiendo que, cuando naciera, el recuerdo de él se haría más fuerte y no podría soportarlo. No podía con todo lo que estaba a punto de pasarle y necesitaba un respiro. Se metió en la cama y escondió la cabeza en la almohada, donde derramaba cada lágrima en esas largas noches en las que él no la acompañaba. Y ahí, después de un mes, seguía haciendo lo mismo, noche tras noche y día tras día; se quedaba dormida agotada y rememoraba su muerte en cada pesadilla que la despertaba en la madrugada. Así era la vida de Alice después de su muerte, porque ella murió con él.

Sobre las cinco de la madrugada, escuchó como aporreaban la puerta de la entrada. Alice se asustó demasiado y, poco a poco, caminó hasta ella, pero sin saber si debía abrir o no. ¿Quién sería a esas horas? Entonces lo escuchó, la voz de Alex al otro lado. Se apresuró a abrir la puerta y, entonces, no se lo esperó. Él entró, la cogió en brazos y, sin pensarlo, la besó con desesperación, como si solo hubiese viajado para besarla. Alice no supo lo que sintió en ese momento y, por unos instantes, pensó que era Ryan quien la besaba, haciéndole recordar cada momento y provocando que se estremeciera



con la dulzura y la pasión de ese beso.

Alex la apretó entre sus brazos, sin poder apartarse de ella, sin dejar que se le escape, aunque sabía que solo era un espejismo que él mismo había creado para después volver a la realidad, una realidad que acabaría con su cordura.

Al separarse, él pegó su frente a la de ella y Alice seguía con los ojos cerrados. Alex sintió una punzada en su corazón y acarició su mejilla, secando esas lágrimas que volvieron a salir sin previo aviso. Le dolía verla así y no soportaba estar lejos de ella, sabiendo que lo estaba pasando mal, muy mal, y en ese momento que volvía, se atrevía a besarla de esta manera, descolocándola y sabiendo que podría perder su amistad, esa que le regaló sin pedir nada a cambio.

—Alice, mírame. —Ella se negó—. Mírame, por favor.

Lo hizo, lo miró y lo que vio en sus ojos fue más de lo que podía soportar, se sintió la peor persona del mundo.

—Lo siento —se disculpó y se separó de él.

Volvió a su habitación y cerró la puerta de un portazo, pegó su espalda a esta y, poco a poco, se dejó caer hasta quedar sentada en el suelo. No podía creer lo que acababa de pasar, y lo peor de todo es que le gustó y por un momento se perdió en ese beso; no podía hacerlo, no debía pasar de nuevo. Sentada en el suelo, volvió a llorar, escondiendo su cara entre sus manos mientras apoyaba los codos en sus rodillas.

Alex se había quedado ahí, con los pies anclados en el suelo, sin poder mover ni un músculo, escuchando sus sollozos, partiéndole el alma de nuevo. La había cagado y lo sabía, pero tenía que intentarlo, y lo que le quedaba era esperar que ella quisiera seguir siendo su amiga. ¿Qué pasaría si ella no podía seguir siéndolo? Lo mataría y no podría estar en el mismo lugar que ella y no sentir unas inmensas ganas de aferrarla entre sus brazos hasta conseguir que sus miedos y su dolor fueran expulsados de su vida.

## Capítulo 4

Por la mañana, Alice se despertó temprano. ¿O no durmió? Estaba tan agotada, que realmente no sabía cuándo por fin sus ojos decidieron cerrarse. La noche, o lo que quedó de ella, se hizo eterna para ambos y, aunque estaban muy cerca, en ese momento había un abismo que los separaba y eso era el peor castigo que él tenía por haberla besado aun prometiendo que solo serían amigos.

Se había sentido tan mal al no recibir respuesta a ningún mensaje, después de que Karla se metiera entre ellos, jodiendo su vida como lo hacía desde que le dio el «sí, quiero». Para él fue el peor día de su vida, pero su madre lo obligó a casarse con ella y en esa situación no podía dejarla así sin más, no cuando estaba esperando un hijo de él.

Se levantó y salió de su habitación, caminó despacio, evitando hacer el mínimo ruido para que Alex no se despertara y verle, después de lo que pasó cuando llegó. No sabía cómo ponerse frente a él después de ese beso y todo porque, aunque lo negase, le hizo sentir algo más que amistad. Y no, ella no quería sentir nada por él, no quería tener que olvidar el amor que sentía por Ryan porque su corazón volviera a estar ocupado, pues era como fallarle a su memoria. No podía creer que siguiera martirizándose de esa manera, sabiendo que él ya no iba a volver.

Pegó su frente a la pared y suspiró, sintió como el día iba a ser duro y largo. Estaba cansada de sentirse así y solo esperaba que todo pasara rápido para

poder volver a la normalidad.

—¿Alice?

Escuchó la voz de Alex detrás de ella y se exaltó nerviosa. No se atrevía a mirarle y él se acercó a ella.

—Alice, mírame... No puedo soportar que no puedas ni mirarme —expresó con un nudo en el estómago.

Ella al fin lo miró y Alex pensó que, al hacerlo, volvería a respirar, pero no fue así cuando vio que sus ojos lo escrutaban de una manera diferente, como si hubiese perdido toda su confianza, como si lo que pasó solo horas atrás hubiera sido el peor error de toda su vida.

Alice agachó la mirada de nuevo y, esquivándole, salió del pasillo y caminó hasta la cocina. Se sirvió una taza de café y se sentó en la silla alrededor de la isla. Alex la siguió y vio su manera de actuar. Estaba extrañado, porque, aunque ella se negara, sabía que había sentido lo mismo que él, pero estaba claro que era demasiado pronto para pedirle amor. En realidad, era demasiado pronto para pedirle cualquier cosa.

—Alice, siento mucho lo que pasó —dijo sentándose a su lado y ella no respondió—. ¿No me vas a decir nada? —Silencio—. ¡Joder! De verdad, lo siento...

—¿Qué es lo que sientes exactamente, Alex? —preguntó ella con dureza—. No, espera, no me lo digas... Estás enamorado de mí y por eso me besaste, ¿verdad?

Alex no podía responder a nada, se había quedado estático y bloqueado.

—No puedo creer que aún sigas pensando que lo que sientes por mí es amor cuando claramente estás con otra.

Iba a responder, pero ella no lo dejó.

—¡NO! No quiero oír ni una mentira más. —Se levantó y caminó hasta la terraza para tomar un poco de aire.

El apartamento cada vez la asfixiaba más y estaba pensando seriamente en ir a vivir con su padre; al menos con él tendría un amor verdadero y no uno

que te besa cuando cree que puede tenerte. Ella creía que Alex la utilizaba y no iba a dejar que lo hiciera.

Él salió y se puso al lado, mirando Londres, pues desde ese piso tan alto podría ver todo.

—No puedo creer que pienses que lo que siento por ti sea mentira — murmuró agotado.

—¿Y no lo es?

—No.

—Oh, ¿en serio? Lo siento, pero déjame dudar.

—Creo que estás siendo injusta conmigo. —Se viró para mirarla y se encontró con que ella ya lo hacía.

Por un momento se perdieron el uno en el otro, como si vieran algo en sus ojos, algo que no sabrían descifrar. Alice desvió de nuevo su mirada a la vez que carraspeaba para poder evitar cualquier íntimo momento con él, con ese hombre que estaba entrando en su vida de esa manera tan brutal.

—No estoy siendo injusta, es solo que no puedes irte un día, prometiendo que volverás pronto y, al hacerlo, lo primero que haces es besarme, Alex. — Suspiró—. ¿Te crees que para mí es fácil esta situación? —Negó—. No puedo mirarte de la misma manera que tú a mí, porque hacerlo es fallarle a Ryan y... y no...

—¿No qué, Alice?

Volvió a mirarle y las lágrimas hicieron acto de presencia, mojando sus mejillas rojas por estar a su lado.

—No puedo dejar que entres en mi corazón —aseguró.

—¿Por qué?

—Porque no puedo.

Se dio la vuelta y entró de nuevo en el apartamento, Alex fue tras ella y la agarró del brazo para seguir hablando, pues no había nada aclarado y no pensaba dejarlo así, no hasta que ella fuera lo más clara posible para que él por fin dejase de luchar por un amor que no era para él, por un amor que solo

lo mantenía el recuerdo de su hermano.

—Dime, Alice, ¿por qué no puedo entrar en tu corazón? —insistió y ella bufó exasperada.

Alex era aún más testarudo que Ryan y eso la hizo sonreír.

—Y ahora sonríes. Mujer, déjame decirte que estás loca.

Dejó de hacerlo y él agarró su mejilla para que lo mirase de una vez a los ojos. Solo necesitaba una mirada suya, una mirada que le aclarase sus dudas, porque Alice era muy expresiva y en tan poco tiempo la conocía muy bien y sabía cuándo decía la verdad con solo mirarla. Ella quiso apartarse, pero él no la dejó y la abrazó, escondiéndola entre sus brazos, con la intención de no dejarla escapar. ¿Por qué tuvo que enamorarse de ella? ¿Por qué tenía que sentirse así? Sabía que estaba mal, que no podía amar a la mujer de su difunto hermano, sabiendo que él la había amado tanto. Solo hacía un mes, un mes desde que él ya no estaba y él, siendo muy hijo de puta, se aprovechó de su vulnerabilidad para poder entrar en su vida. Aunque la amase como la amaba, estaba mal que se aprovechara.

—No dejes de sonreír, te ves hermosa cuando lo haces.

—Alex. —Suspiró separándose de él—. Todo esto es muy complicado.

—¿El qué? Sé un poco más clara, Alice.

—Tú, yo, nosotros... No puede haber un nosotros, ¿lo entiendes? —Negó sentándose en el sofá—. No sé porque no lo entiendes. Yo no puedo amarte, porque hacerlo es como engañar a Ryan, es como gritar que ya no está y no quiero eso... No quiero olvidarle.

—Nunca te pediría que lo olvides y menos cuando esperas un bebé de él. ¿Te crees que soy tan cabrón?

—Nunca he pensado que lo seas, pero...

—Pero. Claro, siempre hay un pero, ¿verdad? —Se encogió de hombros sentándose a su lado—. Voy a ser lo más claro contigo, Alice.

—No quiero escuchar nada más, por favor. No ahora.

Se levantó y se metió de nuevo en su habitación. Si tenía que dejar de verle

para evitar la tentación de besarle de nuevo, lo haría. Entró en el baño y, después de desnudarse, se metió en la ducha. Necesitaba relajarse y esa era la mejor manera para hacerlo. Mientras el agua caía, ella no dejaba de pensar en lo que podría haber pasado anoche si ella no hubiera parado el beso. Estaba cansada de sentirse así, de sentir la tristeza, la pena de haber perdido algo tan importante para ella cuando debería estar feliz porque pronto sería madre. Se olvidaba completamente de eso, de que iba a ser mamá en solo unos meses. ¿Cómo pudo hacer eso? Miró su vientre y posó sus manos ahí, donde una vida comenzaba a crearse en su interior; entonces sus ojos se llenaron de lágrimas al pensar en un nombre para él, porque tenía claro que sería un niño.

—Ryod, te llamarás Ryod.

Cuando terminó, salió de la ducha y comenzó a secarse, recordó que no había cogido ropa y volvió al dormitorio y ahí, sentado en su cama, estaba él, esperándola como siempre, mirándola de arriba abajo. Su pecho se infló al mirarle a los ojos y, aunque se moría de ganas por correr hasta sus brazos y comérselo a besos, algo se lo impidió y no lo hizo.

Ryan no podía apartar la mirada de ella, de su mujer, de esa que allí estaba más hermosa que nunca. Se levantó de la cama y caminó hasta ella, pero lo suficientemente lejos para no tocarla, incluso no rozarla.

—Hola, pequeña, estás hermosa —dijo al fin.

Alice reaccionó, pero seguía sin poder moverse. ¿Qué le pasaba?

—Ryan —susurró entre sollozos y él comenzó a desaparecer—. No, no te vayas, no te alejes de mí... Te necesito. —Cayó de rodillas en el suelo—. Te necesito. ¡VUELVE! —gritó.

Alex la escuchó y corrió hasta su habitación para saber qué ocurría. Al entrar, se la encontró de rodillas en el suelo, abrazándose a sí misma y desnuda. Su corazón latió asustado, su pecho se encogió de manera que poco podía respirar y se agachó para cogerla. Le puso la toalla por encima y la alzó del suelo para llevarla a la cama. Alice temblaba y murmuraba cosas sin sentido, era como si estuviera bloqueada, como si su mente solo pudiera

pensar en una sola cosa.

—Vuelve, Ryan, vuelve.

Decía una y otra vez.

—Ya pasó, Alice, ya pasó, pequeña.

Y solo una palabra bastó, solo ese «pequeña» que tanto lo oyó decir de otros labios, de unos labios que ya no estaban ahí para besarla, para decirle «te amo» tantas veces como fuera posible y lo miró, clavó sus intensos ojos azules en los de Alex y sin decirle nada, pegó sus labios a los de él.

Alex no podía creer que eso estuviera pasando y, como si un imán lo atrapara, se pegó a ella, se pegó a su cuerpo y lo envolvió entre sus brazos. Alice se sentó a horcajadas encima de él y lo besó más intensamente. No sabía lo que estaba haciendo, era como si una fuerza mayor la atrajera, y él, él no podía dejar de tocar sus mejillas porque otra cosa no se atrevía.

Entonces, sin esperarlo, sin pensarlo siquiera y antes de cometer una locura de la cual se iba a arrepentir de por vida, Alice dijo lo que él jamás llegó a pensar.

—Ryan.

Pensó que era él, pensó que lo besaba a él, que le haría el amor a él. ¿Cómo era eso posible? Estaba tan nublada, era como si Ryan se hubiera apoderado de ella cuando lo vio, como si se hubiera metido en su mente haciéndola creer que quien fue a cogerla, quien la abrazó, era él y no Alex.

Se separó de ella sintiéndose engañado, pues pensó que Alice quería ese beso, quería estar con él, pero no fue así, solo era un espejismo, uno que le hizo más daño del que estaba preparado para soportar. La dejó en la cama y se puso de pie, ella no podía mirarle y Alex caminó hasta la puerta para salir de allí, salir tanto de esa habitación, como de la vida de Alice.

—Alex, espera. —Se paró, pero no la miró—. Perdóname.

Y sin responder, salió y cerró de un portazo que a ella la asustó. Se encogió en la cama y abrazó sus piernas mientras los sollozos la ahogaban. Si había una oportunidad para ellos, ella misma la jodió. ¿Cómo pudo pensar que era

él? No entendía lo que le había pasado y se sentía la mujer más miserable de la tierra. Estaba hecha un lío y lo único que quería era aclarar sus ideas para volver a vivir, era lo único que pedía, vivir.

Alex se quedó en la puerta, con la espalda pegada, mientras la escuchaba llorar. Le partía el alma sentirla así, verla así, pero estaba claro que no sabía cómo ayudarla a ser feliz de nuevo. Estaba claro que él no era quien la haría feliz. Cuando ya no pudo escucharla más, se alejó con paso decidido y salió del apartamento, necesitaba dar un paseo. Alice escuchó la puerta y se levantó como un resorte para ir tras él, pero ya era tarde, ya Alex había desaparecido.



## Capítulo 5

No sabía por qué se fue, cuando tenía que haberse quedado para hablar con ella y aclararlo todo, pero no podía. Se había sentido tan mal cuando ella dijo su nombre, cuando nombró a Ryan mientras lo besaba a él. ¿Cómo se supone que soportas eso? ¿Cómo vuelves a mirar a la mujer que amas después de algo así? No quería presionarla, pues estaba claro que ella necesitaba tiempo, mucho tiempo para volver a ser la misma y para volver a darse una oportunidad de ser feliz con alguien más. La cosa estaba en si él estaría todo ese tiempo, si la esperaría todo el tiempo que ella le pidiera. A quién quería engañar, claro que iba a estar, la esperaría toda la vida si era posible, porque la amaba, la amaba como un maldito demente y no podía dejarla escapar, no cuando sabía que ella sentía lo mismo por él, aunque supiera que Ryan siempre iba a ser un fantasma entre ellos.

No sabía a dónde ir, no sabía qué hacer con todo lo que su vida tenía encima. Estar con Karla, soportar cada minuto con ella, no era la mejor decisión que había tomado en su vida, pero ¿qué podía hacer si estaba embarazada?

Seguía sin saber a dónde ir, deambulaba por las calles de Londres sin conocer muy bien el lugar, ya que él, aunque lo había visitado a menudo, no salía mucho del apartamento de su hermano. Su hermano, lo echaba tanto de menos y se sentía tan mal, tan cobarde por haberse enamorado de su mujer.

Cuando vio que no era buena idea seguir dando vueltas, decidió ir a ver a su

padre para pedirle ayuda con Karla, él era el único que podría decirle que hacer en un momento así y esperaba tenerlo de su lado y no tener que odiarle de nuevo por no hacerse cargo de él cuando se casó con Arabelle. No le tenía rencor, pero tampoco ese amor que un hijo debe tenerle a un padre, y eso era otro de los motivos por los que divorciarse de Karla era tan complicado, pues no quería que su hija se criara sin su padre.

Cogió un taxi y le dio la dirección. Por el camino no dejaba de pensar en ella, en Alice, en realidad no dejó de pensarla durante toda la mañana. Quería verla, quería darle ese amor que necesitaba y ser correspondido, pero eso era imposible.

Unos minutos después, llegó, le pagó al taxista y se bajó del coche. Esperaba que su padre estuviera en casa y no tener que esperarlo o, en su defecto, ir a verle a la empresa. Subió los escalones del porche y tocó el timbre un par de veces. Estaba nervioso y no entendía el motivo, pero ahí estaba igualmente. Arabelle fue la que abrió y, al verle, se sorprendió, ya que Alex debería estar en su casa y no allí.

—Alex —dijo ella extrañada—. ¿Cómo estás? No sabía que estabas en Londres.

Ella lo dejó pasar y le dio un casto beso en la mejilla. Siempre fue bueno con ella y, la mayoría de las veces, su padre lo visitaba porque Arabelle lo obligaba. Miró a su alrededor, fijándose en el «hogar» que habían construido y en el que él jamás tuvo cabida. Las paredes color ocre mezcladas con el verde olivo de la sala de estar le dieron una especie de tranquilidad. Arabelle lo instó para que se sentara en el mullido sillón frente a la chimenea, esa que en ese momento estaba apagada y en las que tantas horas pasó con Ryan cuando iba a visitarle en las fiestas de su adolescencia. Recordaba cada momento como si fuese ayer, como si no hubiese pasado nada y solo estaba ahí, esperando que él entrase por la puerta y le diera ese abrazo que no pudo darle cuando se marchó de su boda. Suspiró al pensar en ese suceso y se removió nervioso dándose cuenta de la mirada de Arabelle.

—¿Estás bien? ¿Quieres una taza de café o algo? —Se preocupó. Él negó desviando su mirada y clavándola de nuevo en la chimenea.

Nunca supo por qué con ella se sentía nervioso, ni por qué ella se portaba tan bien con él. Era como una especie de madre, esa que le faltaba desde hacía años. Cuando su madre murió aún era joven, y después vivió con su abuela, pero ella también le faltó poco después. La edad, era mayor.

—¿Nicholas está en casa? —pronunció el nombre de su padre.

A veces le costaba demasiado llamarlo papá, pues nunca lo fue realmente. Ella negó y suspiró al sentir su nerviosismo.

—¿Cuándo le llamarás papá, Alex?

—Algún día, cuando me recuerde que lo es —sentenció taciturno.

—Ya... —murmuró—. ¿Para qué lo necesitas? ¿Puedo ayudarte yo?

—No, bueno, no sé.

—¿Has sabido algo de Alice?

Su cambio de tema le hizo mirarla. Alex frunció el ceño e intentó adivinar a qué venía esa pregunta.

—Sí, claro. Ella está bien.

—Lo sé, la vimos ayer.

—¿Entonces por qué me preguntaste?

—Era por saber si la habías visto. Supongo que sigues quedándote en el apartamento de Ryan, ¿no?

No entendía a dónde quería llegar con esas preguntas, pero suponía que no le gustaba que su nuera viviera con un completo desconocido o, lo que era peor, que compartiera apartamento con el hermano de su difunto marido. Bufó mientras se pasaba las manos por los vaqueros, como si sintiera que tenía las manos sudadas, y en realidad no era así.

—No entiendo muy bien a dónde pretendes llegar con esas preguntas, tía.

—Nada, no te preocupes.

Se escuchó el sonido del cerrojo y segundos después un «ya llegué» por parte de Nicholas. Entró directo a la sala y al ver a Alex arrugó la frente, tal y

como él había previsto, no le gustó verle allí y ya a partir de ese microsegundo, sabía que su padre no lo apoyaría en nada de lo que le pidiera. Se levantó para saludarle y con esto pretendió salir de allí sabiendo que había ido para nada; pero no, Arabelle no dejó que se marchara y lo invitó a comer. Como no. Cualquiera le decía que no a ella, a la distinguida y honorable Sra. Rawson.

—No sabía que estabas aquí, Alex. ¿Pasó algo? —Quiso saber su padre mientras caminaban directos a su despacho. Alex negó.

Entraron y mientras que Alex se sentaba en el sillón de ese oscuro cubículo, lleno de cuadros inservibles y libros que sabía a ciencia cierta que su padre jamás había leído alguno, lo miró de reojo y comprobó que echaba dos vasos de licor alemán. Seguro fue un regalo de algún cliente.

Nicholas le dio el vaso y se sentó frente a él, mirándolo dubitativo. Alex sintió un poco de molestia y resentimiento y otra vez corroboraba lo que pensó minutos atrás. Había sido mala idea esa visita.

—¿Y bien? —interrumpió Nicholas sus pensamientos.

—Y bien, ¿qué?

—Viniste por algo, ¿no?

—La verdad sí, pero ya lo arreglaré yo solito, como siempre.

Su padre bufó exasperado, pues con Alex siempre era así. Cada vez que se veían era para discutir o su hijo le echaba en cara algo, cualquier cosa. Sabía que nunca lo hizo bien con él y en parte se arrepentía, pero solo en parte, y eso era lo que lo alejaba de su primogénito.

—¿Siempre tienes que decirme uno de tus comentarios? —indagó Nicholas intentando tener una conversación fluida con él.

—Sinceramente no sé para qué me haces esa estúpida pregunta. ¿Acaso te has parado a pensar el porqué de esos comentarios?

—Sí, los he pensado muchas veces, más de lo que te imaginas.

—No lo parece, Nicholas.

Se levantó agotado y dolido porque no le dijera papá, aunque en realidad

nunca se lo dijo.

—Alex. —Lo miró—. Sé que siempre te he negado como hijo y me siento culpable porque tuvieras una vida difícil por ello, pero...

—Pero ¿qué? No te preocupes, no vine a pedirte dinero si es lo que piensas.

—No iba a decir eso.

—No me interesa lo que fueras a decir.

Alex se levantó y caminó hasta el escritorio donde dejó el vaso lleno, no había dado ni un sorbo, no podía.

—Ha sido mala idea venir.

Se dio media vuelta con la intención de salir de allí, pero Nicholas no lo dejó y lo paró antes de que siquiera sacara un pie de ese despacho.

—Alex, por favor. Dime para que viniste al menos, porque no creo que esto sea una visita de cortesía —insistió y Alex lo miró cabreado.

Tenía los puños alrededor de su cuerpo y los apretaba tan fuerte que ya se le veían los nudillos blanquecinos. Nicholas miró su postura y se apartó un poco, pensando que su hijo en cualquier momento podría tirársele encima y molerlo a golpes, pero no, Alex no era así, él no era violento y mucho menos se le pasaría por la cabeza hacer tal cosa, aunque se lo mereciera.

—No vine para nada, así que piensa lo que quieras. Yo me largo.

Y dio por finalizada esa absurda conversación entre padre e hijo que como siempre acababa de la misma manera, mal, muy mal. Ya en la puerta, la abrió y escuchó la voz de Arabelle tras él, pero hizo caso omiso y salió de esa maldita casa en la que nunca fue bienvenido.

Pero ya sabía en quién podría confiar y en quién no, y su padre estaba en la lista negativa. A quién pretendía engañar, él siempre estuvo en esa lista y tonto de él que pensó que esta vez sería diferente.

Comenzó su camino, sin buscar un taxi, necesitaba caminar y pensar, pensar mucho. No quería volver al apartamento porque sabía que sería otro error del cual tendría que escapar y no quería dejar otra vez a Alice de esa manera. Le partió el alma escucharla llorar y todo por su culpa, por su

maldita culpa, por forzar las cosas con ella cuando le pidió que solo podían ser amigos.

—¿Por qué tuve que besarla? —Se recriminó.

Los minutos pasaban con rapidez y él seguía sin saber a dónde ir, así que fue a donde pensó sería bien recibido o, al menos, nadie lo echaría de allí, ¿no?

El cementerio estaba desierto, no había nadie excepto el vigilante. Caminó por el sendero lleno de flores, algunas estaban tan muertas como las personas que estaban allí. Que irónico, ¿no?

Siguió su camino, mirando cada lápida, cada palabra en ellas, cada pensamiento de los familiares. Algunos eran muy cómicos y le hicieron sonreír. Leyó uno que decía: «Al padre de mis hijos, ese cabrón que tuvo que molestarme hasta el día de mi cumpleaños. Con tal de no estar en la fiesta te moriste». No entendía cómo la dejaron poner semejante mensaje de despedida hacia el hombre que amó, o puede que no se quisieran, pero ahí seguían juntos, hasta que la muerte los separe.

Minutos después, llegó a la lápida, a su lápida. Leyó lo que ponía en ella y sus ojos se aguaron: «Eras y serás siempre el hombre perfecto para mí. Mi mejor amigo y amor. Tu familia y yo siempre te recordaremos». Ese día no llegó a leer la inscripción y se sintió aun peor al saber que ella pensaba eso. Era así y él lo sabía. Alice amaba de una manera casi desesperada a Ryan y tenía constancia de que jamás lo amaría a él de esa manera. Bueno, ni de esa ni de ninguna. Alice no sentía nada por él y no lo sentiría nunca.

Se arrodilló y la tocó, sus ojos se llenaron de lágrimas al instante en el que sintió el frío de esa piedra en su mano. Un escalofrío recorrió su espalda de abajo arriba y suspiró sentándose en el húmedo suelo.

—Hola, hermano... Siento no haber venido antes, pero...

—Estuviste cuidándome a mí.

Escuchó su voz y se dio la vuelta para comprobar que era ella. Alice lo miraba desde arriba y se sentó a su lado sin decir nada más. Ella tampoco

había ido allí desde su entierro y tampoco sabía por qué había ido ese día, pero tuvo la necesidad de verle. Tocó la inscripción de la lápida y sus ojos comenzaron a derramar más lágrimas, aún más.

—Lo siento, mi amor, siento no haber venido antes —dijo con la voz entrecortada—. No podía siquiera pensar con claridad, porque hacerlo era darme cuenta de tu paradero, era gritar a los cuatro vientos que ya no estabas a mi lado.

Alex la miró con miedo, miedo de verla derrumbarse aún más de lo que pudiese soportar y, aunque él seguiría ahí con ella, no sabía hasta qué punto se dejaría ayudar. Sin pensarlo bien, pasó su brazo derecho por sus hombros y la atrajo hasta su pecho, intentando calmarla, intentando hacer que dejara de llorar, cosa que era imposible. Estaba demasiado hundida para dejar de hacerlo tan pronto.

Un silencio se instaló entre ellos, un silencio cómodo, donde Alice dejó por unos segundos de sorberse la nariz y los espasmos del llanto cesaron. Alex sobaba su espalda con dulzura y eso hacía que ella sintiera la culpa de lo que le hizo hacía unas horas. Se apartó de él y lo miró a los ojos. Alex, al sentirse observado, clavó sus ojos en ella y suspiró al sentir ese imán que lo atraía sobremanera. Estuvieron a escasos milímetros de pegar sus labios, pero escucharon el crujir de unas ramas y miraron en aquella dirección, pero no había nada. Solo eso hizo falta para separarlos y darse cuenta de lo que estuvieron a punto de hacer de nuevo.

## Capítulo 6

**M**inutos después, en los que ya no sabían cómo mirarse, Alice le pidió que la dejara sola con él. Necesitaba hablarle, aclararle que no sentía nada por Alex... Mentira, era otra mentira, pero realmente no sabía lo que sentía por ese hombre.

Alex se levantó y fue hasta la salida donde la esperaría hasta que ella decidiera que era momento de salir de allí.

Cuando se quedó a solas con su amor y con su hermano, miró ambas lápidas y no sabía con quién empezar primero, a quién decirle algo si no estaban allí. Hacía tiempo que su hermano no se le aparecía y Ryan lo hizo y se esfumó cuando intentó acercarse. Sabía que él estaba cabreado con ella por lo que estaba pasando con su hermano, pero no podía remediarlo y mucho menos pedir perdón por algo que ella también sentía, aunque lo hiciera, era absurdo.

—Rood, ¿por qué no te veo más?

Fue lo único que pudo decirle a su hermano, a ese que la dejó tan pronto.

—Y tú, mi amor, ¿por qué no me dejaste tocarte? Sé que estás muy cabreado conmigo, pero no creo que esa sea la manera de actuar. —Suspiró.

Parecía una loca hablando sola y cualquiera que la viera en esa tesitura pensaría igual, pero poco le importaba a ella lo que pensara la gente.

—Perdóname por sentirme atraída por Alex —declaró—. Sé que no debería, pero es inevitable y puede que sea producto de todo lo que siento con



tu pérdida e incluso te he visto a ti en él. ¿Estoy loca? Creo que perdí la cabeza.

Se levantó y miró a su alrededor, todo estaba en silencio y a cualquiera le asustaría estar en un cementerio, aunque fuera de día. Y ella, sin más, podía estar allí, no sentía nada de miedo, solo desconcierto, deseos de ver a alguno. Volvió a sentarse sabiendo que hoy no sería el día y arrastró su cuerpo hasta estar en medio de ambas lápidas. Así estaba mejor, en medio de los dos, de las dos personas más importantes de su vida y, aunque parecía una locura, estaba bien, se sentía bien. Por primera vez, no tenía la necesidad de derramar ni una lágrima más. Sería por la sensación cálida de estar rodeada de ellos. Entonces un recuerdo inundó su mente y suspiró.

*(Flashback)*

*Seguían en la fiesta y la verdad, quitando los celos que sentía cuando veía a Laura con Ryan, se lo estaba pasando genial. Hacía tiempo que no lo pasaba tan bien. Incluso ya le había dicho a su madre que quería una fiesta igual para sus quince, que sería en cinco meses. Ella, cómo no, le dijo que sí. Le daba todos los caprichos, pues se dedicaba a sus hijos, a su familia entera. Alison amaba a su familia, tanto, que a veces dolía.*

*Sobre las doce de la noche, los chicos comenzaron a dispersarse, ya que supuestamente la fiesta seguiría, pero en el club norte, donde siempre iban los fines de semana. Alice quería ir, pero al ser menor, no la dejaban.*

*—¿Cómo se te ocurre? No vendrás. ¿Estás loca? —preguntó su hermano intentando convencerla de que no se enfadara, aunque ya era tarde.*

*—¿Y entonces por qué no os quedáis aquí? —replicó cabreada—. Es que cuando mejor está la fiesta, os vais. No es justo. Me lo estaba pasando bien.*  
*—Ryan entró en su habitación para buscar a Rood y se los encontró acostados en el suelo, como siempre hacían cuando iban a discutir algo.*

*—Rood, ya todos se van. ¿Te vienes? —Sonrió y se sentó al lado de Alice.*

*—Esta noche no... Me quedaré aquí con mi hermana. —Alice se sentó de golpe y lo abrazó con una gran sonrisa.*

*—Bueno, si por quedarme aquí voy a recibir un abrazo, yo también me quedo —refirió Ryan.*

*Los tres soltaron una carcajada y Alice abrazó a Ryan. Después de hablar por un rato más, bajaron al salón para decirles a todos que la fiesta la seguirían en la casa, que quien quisiera quedarse, era libre de hacerlo. Al final, las cosas se hicieron como ella quería, saliéndose con la suya como siempre. Eso de tener a Rood y a Ryan comiendo de su mano era perfecto.*

Sonrió al darse cuenta de que las cosas siempre se hacían como ella quería, se salía con la suya de cualquier manera y, en parte, la culpa de que eso pasara era de Ryan. Él siempre convencía a Rood de hacer lo que su pequeña pedía y se hacía, punto y fin del problema. Era una niña, una pequeña con el cabello dorado y los ojos como el azul del cielo que hacía que él se derritiera casi al instante en el que ella le sonreía o le ponía esa vocecita que la hacía ver tan infantil y dulce. Aunque también había momentos en los que los dos se ponían en contra de ella y no podía pedirle ayuda a nadie, solo ahí era cuando sacaba las uñas y les tiraba a la cabeza cualquier cosa que tuviera a su alcance. Se carcajeó con el recuerdo de ese día en el que ella estaba bailando y entraron, pillándola en pleno meneo de caderas.

*(Flashback)*

*—¡Alice! ¡Alice! ¡Abre la maldita puerta! —gritaba sin parar.*

*Estaban solos, ya que sus padres todos los domingos los cogían para pasarlos ellos a solas, era algo que se podían permitir al confiar ciegamente en sus hijos. «Son buenos chicos», había asegurado su madre el día que lo habló con su esposo.*

*Como su hermana no abría la puerta, lo hizo él, justo en el mismo momento en el que Ryan subía asustado por el ruido. Al entrar, ambos se quedaron perplejos al ver el panorama en el que se encontraba su hermanita.*

*Alice, mientras limpiaba su habitación, cantaba a todo pulmón, mientras meneaba las caderas como solo ella sabía hacerlo.*

*Los dos se miraron y cuando acabó la canción, aplaudieron provocando que Alice se asustara. No sabía desde cuándo ellos estaban ahí, mirándola y se avergonzó a la vez que cogió el joyero de la mesita con la intención de estampárselo en la cabeza al primero que se pusiera delante.*

*—¡Fuera los dos de aquí! —gritó como una posesa—. ¿Se puede saber qué hacéis mirándome ahí como dos pasmarotes? —preguntó, pero no paraban de reírse y Alice ya estaba roja del cabreo que tenía—. Se llama a la puerta antes de entrar, zoquetes —siseó empujándolos para sacarlos por fin.*

*—Para, Alice —intervino su hermano antes de que lo echara del todo. Alice pensó que le pediría disculpas—. Baila de nuevo para que te vea —dijo Rood burlón.*

*—Bueno, ya. Déjala en paz, hombre... No ves que es muy pequeña para bailar así —intervino Ryan, sabiendo lo que le molestaba que la trataran como a una niña pequeña.*

*Alice, harta de los dos, cogió el joyero y se acercó a ellos, levantó el brazo y gritó:*

*—¡Al siguiente que se burle de mí o me trate como una niña pequeña, le parto la cabeza! ¿Me habéis entendido? ¡Fuera!*

*Rood y Ryan salieron de la habitación carcajeándose tan fuerte como la música estaba puesta. Alice siguió con su limpieza, aunque puso la silla en la puerta, atrancándola para que no volvieran a entrar sin su permiso.*

*—¿De qué te ríes tanto, pequeña?*

*Su voz, esa voz. Ryan estaba tras ella. Alice lo miró y esbozó una sonrisa a*

la vez que las lágrimas salían a borbotones. Se levantó y se aferró a él. Era tan extraño, era un sentimiento tan extraño ser abrazada por él en ese instante. Y, aun así, sentía cómo Ryan estaba con ella, como si nunca se hubiese marchado. Quiso quedarse así por el resto de su vida, aunque para ello tuviese que quedarse despierta para siempre, pero no podría dejarle escapar, no de nuevo.

—Oh, Ryan, cuánto te echo de menos. —Sollozó y él acarició su melena.

—No lo hagas, pequeña, no me echas de menos —pidió y ella alzó la cabeza y lo miró con extrañeza.

—¿Por qué me pides eso? No puedes pedirme que no te eche de menos cuando lo eres todo para mí.

—Debes olvidarme, Alice, debes hacerlo por tu bien.

No podía creer que eso fuera lo que le estuviera pidiendo cuando tenían la oportunidad de hablar de otras cosas, cuando podía decirle que la amaba y que siempre sería así, aunque él ya no estuviera con ella, aunque estuviera en el infierno. Se alejó de él y le dio la espalda. Estaba cabreada. Ryan se acercó y la abrazó por detrás, haciéndole sentir de nuevo.

—Yo... yo te amo, Ryan, y por mucho que me pidas que te olvide, no puedo. Es imposible que lo haga y mucho menos ahora...

—Lo sé, sé que ahora es más difícil hacerlo y créeme que pedirte es más difícil para mí que para ti, pero tienes que hacerlo, pequeña.

Sus palabras estaban llenas de súplica, llenas de miedo, de amor... Solo intentaba que volviera a ser feliz, que volviera a sonreír por todo, como si nada doliera, como si nada hubiera pasado, pero era tan testaruda. Aspiró el aroma de su cabello por última vez, pasó sus manos por el vientre de ella y dio un respingo. Se dio la vuelta y sus ojos volvían a llenarse de lágrimas, aunque no sabía si había dejado de llorar en algún momento.

—Ya me tengo que ir.

—¿Volveré a verte?

—No lo sé.

—Por favor.

Ryan asintió y se acercó mucho más a ella para besarla y ella lo esperaba ansiosa, pero su corazón se decepcionó al sentir sus labios en su frente. Suspiró, se dio la vuelta, dejándola ahí parada y sola. Alice vio como desaparecía entre los árboles y, después de aclarar sus ideas por un momento, se marchó del lugar, jurando que jamás volvería, aun sabiendo que se estaba engañando a sí misma.

Al salir, buscó a Alex y lo vio sentado en uno de los bancos de la entrada, tenía la cabeza gacha y con sus manos, tapaba su cara. No quería molestarle, porque estaba claro que estaba mejor solo, pero tampoco podía irse sin más, pues le preocuparía. Caminó hasta él y tocó su cabello. Alex se asustó y al ver quién era, sonrió ampliamente, provocando que sus ojos se cerraran y unos bonitos hoyuelos se dibujaran en su perfecto rostro.

Lo miró fijamente, contemplándolo, y él se sintió nervioso, dándose cuenta de cómo ella lo miraba, era diferente a como lo hizo horas antes. Había algo distinto en sus ojos y le gustó, aunque también le dio miedo.

—¿Nos vamos? —preguntó, y Alex asintió levantándose.

Y juntos se fueron alejando de aquel lugar, sin percatarse de cómo Ryan los miraba y se daba cuenta de que el futuro de Alice, si ella quería, no sería tan malo. Aunque tampoco podía negar que odiaba la vida, odiaba no poder estar con ella en estos momentos.

Ya en el apartamento, Alex fue directo a la cocina para preparar algo de cenar. Con todo lo que había pasado ese día, ni siquiera se habían alimentado bien, así que prepararía uno de sus platos preferidos. Alice no era muy complicada a la hora de llenarse el estómago y prácticamente le gustaba todo, pero había un plato que sí le encantaba y por el que mataba. La lasaña era su debilidad, aunque era la que preparaba Rood, pero haría lo posible porque le saliera comestible.

Mientras tanto, Alice fue a su habitación y, tras darse una ducha, se puso un pijama finito, pero largo. Aún hacía calor de día, pero ya refrescaba por las

tardes y pronto el frío entraría a ser el protagonista de Londres, junto con las nieblas espesas. Una vez que se secó el pelo, salió; el olor inundó sus fosas nasales y le provocó un hambre atroz. No se había dado cuenta de lo hambrienta que estaba, sino hasta oler la comida que Alex preparaba. Llegó a la cocina y, al ver que era su plato preferido, una sonrisa se dibujó en su rostro y corrió hasta él para darle un beso en la mejilla, agradecida.

Él sintió un cosquilleo ahí, donde ella había pegado sus labios y juró que no se lavaría la cara nunca.

## Capítulo 7

Alice miraba el plato de lasaña como si fuese la última vez que iba a comer y lo devoró sin levantar la cabeza del plato. Alex sonrió al darse cuenta de lo hambrienta que había estado y se sintió feliz al notar que le había gustado. Era la primera vez que la hacía, aunque no la primera en cocinar y no se le daba nada mal.

—¿Estaba bueno? —Sonrió—. Espera, tienes tomate... Aquí. —Tocó con su pulgar el labio superior de Alice y ella se quedó estática en su asiento.

Se quedaron por unos instantes conectados, como si nada pasara a su alrededor, como si el mundo hubiera parado aquí y ahora. Pero ella rompió el contacto al sentir cómo sus mejillas ardían de lo rojas que estaban y no quería demostrarle lo que le hacía sentir a veces. ¿Estaba mal sentirse atraída por el hermano de tu marido? El problema estaba en que era demasiado pronto para darse el lujo de sentir algo en general y, en este momento, lo que necesitaba en realidad era estar en soledad y bajo el cobijo de su colcha, hundiendo la cabeza en la almohada mientras se desahogaba.

—Lo siento —se disculpó al notar la tensión entre ambos y ella se encogió de hombros.

Tampoco lo iba a crucificar porque le haya limpiado el labio sucio con tomate, ¿no? Alex se portaba como un verdadero amigo, aunque de vez en cuando se le cruzaran los cables y la besara, cosa que a ella no le molestaba, sino todo lo contrario, y justamente ese era el maldito problema.

—Alex, aún no hemos hablado de... Ya sabes.

Él alzó las cejas intentando averiguar a qué se refería.

—¿De qué?

—De los mensajes que me enviaron desde tu móvil. ¿Quién es ella y por qué no me dijiste que estabas con alguien? No es que me moleste, pero enterarme así tampoco fue bonito precisamente —habló acelerada y Alex suspiró.

No quería hacerle daño y tampoco quería hablar de Karla, pero dado que ella había preguntado y conociéndola como lo hacía, sabía que Alice no lo dejaría pasar así sin más. Ella quería respuestas y él tenía que dárselas.

—Es Karla, mi mujer.

Abrió los ojos sorprendida y sintió un pellizco en el corazón al saber que él estaba casado. Le habría gustado saber que solo era una vecina pesada que estaba locamente enamorada de él y que solo cogió su móvil para molestarle; pero no, no era eso.

«No digas tonterías, Ali. No tiene por qué importarte con quien esté», pensó mientras miraba de nuevo a su plato.

—Siento no habértelo contado antes.

—No pasa nada, de verdad. No importa con quién estés.

Le restó importancia mirándolo de nuevo. Cogió un pedazo de pan y lo mojó en la salsa de la lasaña. Estaba tan sabrosa que estaba segura de que repetiría. Y así hizo, se levantó para acercarse a la bandeja y se sirvió un poco más, cogió un botellín de agua de la nevera y volvió a sentarse a su lado. Alex no dejaba de observarla y suspiró nervioso. Quería decirle que entre Karla y él no había nada y que, aunque seguían viviendo juntos, no dormían en la misma cama desde hacía más de un año.

—De verdad que está buenísima la lasaña, gracias —agradeció queriendo cambiar de tema.

—Me alegro de que te guste, pero no me cambies de tema. Me has preguntado y te lo contaré todo.



—No hace falta, Alex. Además, es absurdo que me cuentes algo si pronto volverás a tu hogar con tu esposa. No deberías alargar más la agonía, ¿no crees? —Negó cabreándose por su manera de encerrarse en sí misma.

Primero le preguntaba y después evadía la conversación. A veces no la entendía o eso quería creer. No se daba cuenta de que lo que realmente le pasaba era que pensó que ella lo celaría, que incluso le echaría la bronca por haberle mentado, pero no fue así y eso le tenía angustiado.

—Yo no quiero irme, no sin ti al menos.

—¿A qué te refieres con eso?

—Quiero que vengas conmigo, Alice —propuso y ella negó levantándose de nuevo, pero esta vez para comenzar a caminar de un lado al otro.

—Tú estás loco. No pienso ir contigo a ninguna parte, Alex —replicó confusa.

Alex se levantó y se puso frente a ella, tan cerca que casi podían rozarse y eso hizo que ella diera un paso atrás, quería evitar cualquier tipo de contacto con él, pero no se lo ponía fácil.

—Alice, por favor. Ven conmigo a Tennessee... Te vendrá bien un cambio de aires para volver a ser tú misma.

—No puedo ir contigo, Alex. ¿Cómo podría presentarme en tu casa contigo? Tu mujer seguro que me mataría y me cortaría a cachitos para luego echárselos de comer a los cerdos. —Alex se carcajeó y podría jurar que le encantó su risa.

—No tengo cerdos, Alice, pero sí caballos y por Karla no te preocupes, yo sabré manejarla para que no te moleste. —Le sostuvo la mirada y ella seguía indecisa ante tal propuesta—. Somos amigos, ¿verdad?

—Sí, eso somos.

—Pues entonces, ¿qué problema hay? Eres mi mejor amiga y mi cuñada, vienes a mi casa unos días para despejarte por todo lo que ha pasado.

—No sé.

—Prométeme al menos que lo pensarás. —Asintió y ahí dio por terminada

la conversación.

Cuando terminaron de comer, recogieron la mesa y Alex se ofreció a lavar los platos. Alice aprovechó para irse a su habitación a descansar, aunque lo que de verdad quería hacer era leer el cuaderno de Ryan. Se moría de ganas por saber más.

Abrió el cajón de la mesilla y lo sacó con mimo, como si fuera un tesoro, una reliquia familiar, algo que le enseñaría a su hijo para que conociese de alguna manera a su padre. Ese simple pensamiento la puso sensible y las lágrimas salieron sin avisar, estaba claro que no dejaría de llorar nunca. Se recostó en la cama, poniendo el cojín en su espalda y con cuidado pasó las páginas hasta dar con la última que había leído.

*Noviembre, 2013*

*Pronto comenzaría la mejor fecha del año, la Navidad. Me encanta pasarla con la familia de Rood, porque ellos sí son verdaderos, ellos se preocupan los unos de los otros sin pedir nada a cambio, no como en mi casa que siempre tengo una bronca con mi padre. Está empeñado en que salga con Laura, pero yo no puedo, no me gusta, yo solo puedo querer a una persona, aunque sea en secreto.*

*Hoy la vi y estaba tan hermosa, con su trenza a un lado, dejando algunos cabellos sueltos. Sus ojos se iluminan cuando me ve y su sonrisa es tan grande que hace que te derritas con solo observarla.*

Suspiró mientras se sorbía la nariz. Todavía no podía creer que Ryan la amase mucho antes de que ella misma se diese cuenta de que lo amaba a él. Había sido una sorpresa, una agradable y dolorosa sorpresa. Pasó la página y volvió a concentrarse. Se dio cuenta de que hubo un gran salto en el tiempo, pues pasó de noviembre del 2013 a septiembre del 2014. ¿Qué le habría pasado?

*Joder, estoy tan cabreado. Ahora resulta que el tal Brad quiere salir con ella y Alice no le dijo que no, pero claro, ¿qué le iba a decir? Ella tiene que vivir su vida y no esperarme a mí, ¿no? Aunque eso me da igual, porque yo quiero que esté conmigo y no con ese imbécil.*

—Estaba celoso —murmuró sonriendo.

Nunca habría imaginado a Ryan con un ataque de celos, ya que jamás le dio motivos. Era tan adorable. Le habría encantado verle ese día escribiendo en el cuaderno mientras apretaba los puños tan fuertes que sus nudillos se tornaban blancos por la furia empleada.

*Enero, 2015.*

*Ya no hay marcha atrás, ya la perdí... Alice es novia de ese estúpido, de Brad Cooper. No puedo entender qué es lo que le ve, pero tampoco puedo reprocharle nada. Ella y yo no somos nada.*

Eso le dolió, pues siempre hubo algo entre ellos. Siempre iban a ser algo más que amigos.

*Pero duele, duele como si me arrancasen el corazón de cuajo y lo tiraran al mar para darle de comer a los tiburones. ¿Qué puedo hacer ahora? Lo mejor será que le dé una oportunidad a Laura y salga con ella, total, no tengo nada más que perder.*

Antes de proseguir, escuchó como abrían la puerta del dormitorio y Alex entraba para ver si estaba bien. Se acercó a ella y se sentó a su lado en la cama. Alice reposó la cabeza en su hombro y suspiró abatida. Leer todo aquello, de su puño y letra, había sido una mala idea y estaba segura de ello, pero si no lo hacía se iba a arrepentir toda su vida.

—¿Qué hacías? —Se interesó, y ella le mostró el cuaderno que reposaba en sus piernas abierto por la página siguiente a la que estaba leyendo.

—Es un diario de Ryan, me lo dio tu padre cuando fui a verlos.

—No sabía que existiera.

—Hay tantas cosas que no sabes, Alex. —Suspiró y se apartó de él un poco, solo un poco.

Sus cuerpos seguían pegados el uno al otro y ese simple roce provocaba una tormenta en su interior, una tormenta que podía apaciguar cuando Ryan estaba, pero ¿cómo lo haría?

—Es cierto, me he perdido muchas cosas de mi hermano y todo por ser tan cobarde y no plantarle cara a mi padre cuando tuve la oportunidad.

Sintió como se tensaba e intentó tranquilizarlo acercándose un poco más a él, como si fuese posible hacerlo aún más. Se puso de rodillas y lo abrazó con cariño, con ese cariño que tanto le faltó. Ambos comenzaron a temblar y no sabían cuál de los dos había comenzado primero. Alice pensó que era él quien lo hacía por el cabreo que tenía, pero no era solo por eso, llegaba más allá. Ella no podría saber con certeza lo que provocaba en ese niño con cuerpo de hombre. Porque sí, Alex era un niño, uno perdido y abandonado, repudiado por su familia y necesitaba cariño, la necesitaba a ella.

—Tranquilo, no pasa nada.

—Alice.

Lo miró y él tragó saliva cuando lo hizo, la nariz de ella rozó con la suya y tenían los labios a escasos milímetros, tan poco espacio que, con solo un movimiento, estarían pegados.

Los minutos comenzaron a pasar como si fuera un cronómetro y seguían ahí, seguían en la misma posición, sin poder moverse para apartarse, pero tampoco acercarse más. Ese punto donde estaban era más que suficiente para saber que el otro estaba, que, si se necesitaban, estarían. De pronto, el móvil de Alex comenzó a sonar e interrumpió ese enigmático momento en el que estaba planteándose volver a besarla. Alice no se apartaría, esta vez no lo haría, pero tenía que responder el teléfono. Ella se movió para atrás y él se levantó para poder sacar del bolsillo de sus vaqueros el molesto móvil que no paraba de sonar. Cuando vio quien lo llamaba, dio un bufido mientras

maldecía por lo bajo para que ella no lo escuchase, pero fue en vano porque lo hizo y con eso tuvo suficiente para saber quién era. Alex la miró, como si estuviera esperando su aprobación para responder.

—¡Vamos, cógelo, seguro que es importante! —exclamó fingiendo una sonrisa.

—Lo siento.

—No lo hagas, no lo sientas. Responde ese teléfono de una vez o te juro que lo tiro por la ventana.

Él sonrió y salió de la habitación para responderle a su insistente esposa. ¿Qué querría?

—¿Qué quieres, Karla? Te dije que no llamas.

El cabreo que sentía cada vez que veía el nombre de esa mujer en la pantalla de su móvil era tan fuerte que a veces le daban ganas de dejarlo todo atrás, de salir corriendo sin importarle nada ni nadie.

—*Yo también te quiero, amor. Solo te llamaba para informarte de que me voy con mis padres de viaje.*

—Muy bien. ¿Y para eso me llamas? —Bufó cabreado caminando hacia la terraza. Salió y una ráfaga de viento lo golpeó y le hizo sentir libre. Respiró profundamente mientras la escuchaba hablar o chillar, ya no sabía qué coño hacía.

—*Alex, ¿me estás escuchando? Me voy dos meses a las islas griegas. Como no sé cuándo piensas volver de tu viajecito a ese sitio, ¿cómo se llama? Ah sí, no lo sé, ni me importa.*

—Me parece perfecto, por mí es como si te quedaras a vivir allí para siempre.

—*Eso es lo que tú quisieras, amor mío, pero no, no lo haré y volveré. Te quiero, amorcito.*

Y después de esa «conversación tan animada» colgó y no pudo evitar sentirse feliz por unos minutos. Se iba, se iba dos meses. Qué tranquilidad para él saber que no tendría que soportarla durante tanto tiempo. Con suerte

se enamoraría de un griego y lo dejaría en paz de una vez por todas. Se bajó de su nube sabiendo que eso no iba a ser así y volvió a entrar. Vio a Alice sentada en la cocina bebiendo un vaso de leche y se acercó a ella. La cogió de improviso y besó su mejilla, aunque le hubiera encantado besar sus labios.

## Capítulo 8

Ese día fue el primero de muchos en los que ambos estaban tranquilos, sin problemas a su alrededor para amargarles la existencia y sin pensamientos dolorosos que los hundieran más.

Alice decidió esa noche pedir unas pizzas y llamar a Mila y a Laura, las necesitaba y las echaba mucho de menos, la única que faltaría esa noche sería Caroline y le encantaría que fuera diferente, pero ella eligió alejarse de todo y en ese todo también estaban ellas. Alex quiso irse, pero Alice no lo dejó y prácticamente lo obligó a quedarse.

Se encerró en su habitación por algunas horas, para darse un baño relajante; y llevaba tanto tiempo ahí metida, que Alex estaba preocupado. Llevaba una hora dando vueltas en el salón, mirando para la puerta de la habitación de Alice y no salía, así que decidió entrar a mirar que estuviese bien. Caminó apresurado y dio unos toques en la puerta a la vez que pegaba la oreja por si escuchaba algo. Ya se sentía frustrado por estar tan al pendiente de ella y había momentos en los que deseaba no tenerla metida en su mente siempre y poder relajarse. Podía entender cuando su hermano se ponía histérico.

—¡Alice! —gritó pegando de nuevo—. ¡Alice, abre!

Nada, seguía sin escuchar nada. No esperó más y abrió la puerta despacio por si estuviera dormida. Entró en la habitación y miró hacia la cama, pero no estaba, caminó hasta la puerta del baño y sintió el agua en sus pies, miró al suelo y estaba todo lleno de agua, agua que se colaba por debajo de la puerta.

—¡Joder, joder! —exclamó lleno de preocupación—. ¡Alice! —Aporreó la puerta mientras gritaba su nombre.

El miedo llenó su cuerpo por completo, recorriendo cada parte de él, llenándolo de una amargura que no sabía que podía sentir. Siguió aporreándola y tocó el pomo para comprobar si podría abrirla y suspiró al comprobar que no tenía echado el pestillo. Abrió y la vio dentro de la bañera con los ojos cerrados, corrió hasta ella y la sacó del agua rápidamente, provocando que ella abriera los ojos y comenzara a pegarle puñetazos.

—¡¿Qué cojones estás haciendo, Alex?! —gritó al tiempo que su mano chocaba con la cara de él y se quejaba del dolor provocado.

—¡*Ouch!*, joder, Alice, ¿por qué me pegas?

La dejó en el suelo y él no podía apartar la mirada de su cuerpo desnudo, contemplando lo hermoso que se veía. Con sus ojos, trazó una línea desde sus mejillas sonrojadas, bajando por su boca, esa que tanto se moría por besar y morder, parándose un momento en sus pechos, comprobando como sus pezones estaban erectos por el frío que en ese momento sentían. ¿O era por su mirada? Por esa mirada lasciva, esa mirada que podría decir miles de cosas, pero que en ese momento decía «te deseo». Volvió a subir y se topó con sus ojos que lo escrutaban de una manera diferente y, de pronto, sintieron un calor abrasador que los consumía a ambos. ¿Qué harían después de todo esto?

Alex comenzó a acercarse hasta que estuvo todo lo cerca que podía de ella y subió la mano a su mejilla, la acarició con dulzura y sin poder aguantarse más pegó sus labios en un beso apasionado, un beso lleno de deseo, un deseo irrefrenable que no podrían controlar por mucho más tiempo. Alice se dejó besar, deseándolo tanto que hasta le daba miedo, miedo a estar equivocándose, miedo a olvidar el amor que sentía por Ryan. «Ryan, Ryan, Ryan». Se metió en su mente, provocando que se separara de él y se alejara para coger una toalla y taparse.

—¿Qué pasa? —preguntó él confundido.

—Nada.



—No sabes mentir, Alice —aseguró Alex intentando acercarse de nuevo a ella, pero lo esquivó saliendo del baño.

Se dio cuenta del agua que había en el suelo y bufó.

—Joder, está todo empapado. La moqueta tardará horas en secarse. ¡Joder!

Estaba cabreada y quiso hacerle creer que era por el suelo y no porque realmente se frustró por separarse de él en ese momento en el que deseaba que la tomara. Estaba loca, demasiado, y cansada, muy cansada. Escuchó tras ella una risita estúpida que la sacó de sus casillas. Se dio la vuelta y lo encontró desternillándose.

—¿De qué te ríes? —La voz de ella sonó dura, pero eso no impidió que él siguiera riéndose.

—De ti.

Alzó las cejas sorprendida por su sinceridad y caminó hasta él para que se lo dijera en la cara y no mirando al suelo.

—¿Ahora te ríes de mí, Alex? —dijo su nombre con ironía.

—Sí, Alice —la imitó.

—Perfecto. —Se dio la vuelta, caminó hasta el armario y dejó caer la toalla al suelo.

Alex dejó de reír al tiempo que tragaba saliva y sentía cómo su corazón comenzaba a latir tan rápido que podría jurar que tenía taquicardia. Ella lo miraba desde su sitio, poniendo distancia entre ellos. Sonrió complacida al conseguir que dejara de reírse como si no hubiese un mañana y después de unos segundos desvió su mirada de nuevo al interior del armario y sacó ropa para vestirse.

—Vaya, parece que ya no te ríes tanto —se burló.

De pronto sintió su aliento en el cuello. Ya tenía a Alex pegado a su espalda, provocando que su piel se erizara por su cercanía. Él deslizó un dedo desde su hombro hasta llegar a la cintura y ella se estremeció al tiempo en que se daba la vuelta para encararlo y obligarlo a salir de su habitación; pero cuando lo hizo, Alex no le dio tiempo a nada y volvió a besarla con esa

pasión que no podía apagar cuando estaba cerca de ella. Quería alejarse, necesitaba encontrar la voluntad para hacerlo y poner distancia entre ellos, pero no tenía, no la encontraba.

—Es... espera, Alex —dijo con los labios aún pegados.

Él despegó su boca y pegó su frente a la de ella con la respiración agitada.

—Lo siento, lo siento... Quiero alejarme de ti, darte el espacio que necesitas y no, no lo logro, Alice —murmuró con los ojos cerrados—. Sé que esto no está bien y si mi hermano nos viera me odiaría por intentar enamorarte, intentar estar contigo aun sabiendo que tú no dejarás de amarle, aunque pasen mil años —expresó apenado y ella acarició su mejilla con cariño, un cariño que estaba creciendo en su interior.

—No es solo por eso, Alex, y lo sabes. Es cierto que es pronto, demasiado y que Ryan jamás saldrá de mi corazón y de mis recuerdos, pero también tienes que entender que no puedo estar con un hombre casado, y tú lo estás.

Se apartó de él y terminó de vestirse sin poder mirarle de nuevo, pues no podía hacerlo sabiendo que, si volvía a clavar sus ojos en él, tiraría por la borda el discurso que acababa de darle y lo besaría sin miramientos, sin pensar en nada más que no sea su boca.

—Te pedí amistad y veo que no puedes cumplirlo —mencionó—. Creo que será mejor que vuelvas a tu casa para hacer tu vida y dejar que yo haga la mía de una vez, Alex.

—¿Es lo que quieres?

—Es lo que necesito en este momento.

—No puedo marcharme así, Alice, y si para estar a tu lado tengo que contenerme cada vez que te tenga cerca y dejar de pensar en las ganas que tengo de besarte y hacerte mía, pues lo haré, pero no me pidas que me vaya porque no puedo alejarme de ti —sentenció y salió de la habitación pegando un portazo.

Se exaltó al escuchar el portazo y suspiró intentando serenarse. No era fácil contener el deseo que sentían, lo hacían desde que estaba Ryan, aunque

siempre quiso dejarlo guardado en el fondo de todos los sentimientos que se agolpaban en su corazón.

Solo quería amar a Ryan, solo quería pensar en él, desearlo a él y se odiaba por no hacerlo del todo, avergonzándose de ella misma por pensar en otro, por desear a otro, por ¿amar a otro? No, eso era imposible, ella no lo amaba y jamás lo haría. Caminó hasta el baño de nuevo y cogió todas las toallas que pudo para echarlas por encima de la moqueta, por lo menos hasta que llamara a alguna empresa que la secase en condiciones.

Después de un rato en el que no salió de su habitación, escuchó el timbre de la puerta y salió corriendo para recibir a sus amigas. Al salir vio a Alex abriendo, pero lo ignoró y saltó a los brazos de Laura y de Mila y se sorprendió al ver a Brad y a Daniel. Los saludó a ambos y dejó que pasaran y se sentaran.

—Oh, Alice, cuánto te he echado de menos —dijo Laura abrazándola con cariño.

—Y yo a ti.

—¡Oye! —se quejó Mila—. ¿Y yo qué?

—A ti te vi ya, Mila. —Se carcajeó.

Se acercó a los chicos y los saludó, pero se dio cuenta de que Daniel miraba mal a Alex.

—¿Y tú por qué sigues aquí? —preguntó este levantándose y poniendo frente a su amigo.

—¿Y a ti que te pasa? —respondió Alex con una pregunta.

—A mí no me pasa nada, pero no entiendo por qué sigues aquí cuando deberías haber vuelto con tu mujer —replicó Daniel y Alex gruñó claramente cabreado.

—Eso a ti no te importa lo más mínimo.

Alice se dio cuenta de que en cualquier momento se liarían a golpes y no podía permitir que dos amigos hicieran eso, pero tampoco entendía el comportamiento de Daniel. Se acercó a ellos, tiró del brazo de Alex y se puso

delante del otro para intentar apaciguar.

—Sí me importa. ¿Y sabes por qué? —Alex negó apretando los puños a cada lado de su cuerpo—. Porque no me da la gana que embauques a Alice como hiciste con Sophie para luego largarte y quedarte con la loca de Karla, porque siempre harás lo mismo, volverás con ella.

—¡Cállate, Daniel! —gritó Alex enfurecido.

Todos los miraban y escuchaban atentos, pero la que más tenía los cinco sentidos puestos en ellos era Alice. El nombre de Sophie le sonaba, aunque no recordaba de dónde. No podía creer que ellos que eran tan amigos estuvieran peleando por algo que pasó en el pasado, pero tampoco podía dejar pasar lo que Daniel estaba diciendo y eso era que había enamorado a esa chica para luego dejarla tirada.

—No puedo callarme, porque Alice es mi amiga y la esposa de uno de mis mejores amigos, tu hermano por si no lo recuerdas.

—¡Sí lo recuerdo! Y no es lo que parece. Ella no es Sophie.

Su voz sonó apagada al nombrar a esa chica y le dolió escucharle así. Se dio la vuelta y lo miró.

—Alex, ¿estás bien? ¿Quién es Sophie?

—Mi hermana —respondió Daniel por él, sin dejarle hablar—. Era mi hermana.

—¿Era? —preguntó—. Bueno, dejemos un momento que pase lo que acabamos de saber y tranquilicémonos.

Se apartó de Alex y cogió del brazo a Daniel para llevarlo con ella al balcón. Siempre salían, era el lugar de las confesiones y donde podían respirar y recobrar el sentido común. Su amigo estaba muy cabreado, y ella, triste de verle así. Ellos no eran los mejores amigos, de hecho comenzaron a unirse más cuando él comenzó la relación con Laura, pero era cierto que sí lo era de Ryan. Y si era amigo de su amor, también lo sería de ella.

—¿Me contarás qué pasó con ella? —preguntó ella en un hilo de voz y él asintió.

—Sophie murió hace cuatro años, por eso creo que no la recuerdas. Ella tenía diecisiete años cuando se enamoró de Alex y comenzaron una relación.

—Oh, vaya.

—Sí, vaya. —Suspiró—. Ella murió un año después y créeme que no le echo la culpa a él, de hecho sigue siendo mi mejor amigo, pero no quiero que tú sufras por él, me siento en la obligación de cuidarte ahora que ni Rood ni Ryan pueden hacerlo.

Alice tragó saliva a la vez que reprimía las lágrimas que querían salir en ese momento. Solo por escuchar el nombre de su hermano y del amor de su vida, sabiendo que ninguno de los dos estaba, hacía que se sintiera vacía. No soportaba el saber, el sentir y afirmar algo que estaba claro, los dos hombres que más amó en su vida estaban muertos.

## Capítulo 9

¿Estaba preparada para saber más sobre la historia de Sophie y Alex? Tenía miedo de enterarse de algo que le hiciera aún más daño, ya sufría demasiado y no podía creer que alguien pudiera soportar tanto. Miraba a Daniel atenta, esperando a que prosiguiera con la historia, que seguramente le dolía, de su hermana. ¿Cómo murió? ¿Por qué Alex la dejó? ¿Qué había pasado entre ellos? Eran demasiadas preguntas para responder y tampoco quería agobiarlo y recordarle lo que tanto dolía.

—Te agradezco que quieras cuidarme, pero no lo necesito, Daniel. — Suspiró—. Yo confío en Alex, aunque parezca estúpido hacerlo después de todo, después de que me ocultara que estaba casado, confío en él.

Daniel la miró fijamente y negó al tiempo que le sonreía como el que sonríe a una hermana pequeña. Juró que cuidaría de ella cuando Ryan se fue, aun sabiendo que ella se iba a negar, porque era demasiado testaruda para dejarse ayudar por nadie. Es cierto que él también confiaba en Alex, pero eso no significaba que no estuviese al pendiente de Alice y de su bebé cuando naciera. Al fin y al cabo, Karla lo obligaría de cualquiera modo para que él volviera y ella se quedaría sola, con el corazón roto y hundida para siempre.

Se acercó a ella y le dio un abrazo. Alice se dejó abrazar y sintió unas irremediables ganas de llorar, pero contuvo las lágrimas mientras contaba hasta diez, veinte, treinta y ya estaba perdiendo la cuenta.

—Sé que no te hago falta, pero aun así tenía que decirte que puedes contar

conmigo para lo que necesites, tú y mi sobrino.

—Eso ya lo sabía.

—¿Vamos? —dijo.

Tenía que saberlo todo ya, porque sabía que una vez que entrasen ya no volverían a hablar del tema y no tendrá otra oportunidad de preguntarle.

—Necesito saber por qué Alex se fue cuando estaba con tu hermana. Siento mucho remover los recuerdos del pasado, unos recuerdos que seguro te harán daño, pero necesito saberlo, Daniel.

Él bufó desesperado y caminó hasta una de las sillas del balcón para ponerse cómodo, sería una conversación un poco larga, aunque tendría que ser rápido. Ella se sentó a su lado y no dejó de mirarle en todo momento.

—Alex vino a uno de los cumpleaños de Ryan y ahí mi hermana lo conoció. ¿Quieres que cuente todo con pelos y señales o solo lo importante? —ironizó alzando las cejas.

Al menos él podía recordar a su hermana sin echarse a llorar, cosa que ella no podía siquiera soportarlo, pero, a decir verdad, su hermana murió cuatro años atrás y a Rood no hacía ni un año que lo había perdido. ¿Será que algún día dejará de doler tanto?

—Solo lo que tú quieras contar.

—Está bien. —Suspiró nervioso.

Puede que pasen miles de años, seguiría doliendo, y a Daniel le dolía mucho.

—Mi hermana no estaba bien mentalmente. —Alice frunció el ceño—. Ella tenía depresión desde que nuestros padres se separaron y no podía soportar que nuestra familia se destruyera porque mi padre lo tiró todo a la basura por irse con una fulana, como la llamaba ella.

—Lo siento, Daniel, no sabía nada de eso. Si quieres no me cuentes nada, en serio.

—No, déjame hacerlo, necesito liberar un poco de recuerdos para poder vivir en paz.

—Está bien.

Comenzó a narrarle la historia en la que su padre engañaba a su madre con la secretaria de este y como Sophie los había visto una vez que fue a buscarlo a su despacho para darle una sorpresa, mientras que su madre la esperaba en el vestíbulo de la empresa. Ese día era importante para la familia, era el día elegido en el mes y siempre salían los cuatro a comer. El trabajo de su padre no les permitía disfrutar de él como quisieran y por eso pusieron una regla, que el día diez de cada mes él tenía que estar en casa con ellos, aunque tuviese trabajo de más ya se pondría al día en otro momento. Entonces, como su padre no llegaba al restaurante, fueron a buscarlo y Sophie fue quien abrió esa puerta.

Solo tenía quince años cuando pasó, y aun habiendo pasado dos años de aquello, seguía odiándole y llorando su pérdida, porque para ella había perdido a su padre.

*(Flashback: historia de Sophie)*

*Era la una de la tarde y su padre no daba señales, así que decidieron ir a buscarle a su despacho. Él era abogado y trabajaba demasiado, pero había prometido que un día al mes tenía que pasarlo al completo con su familia, cosa que ese día no estaba pasando.*

*—¿Y si se enfada por venir a buscarle? —preguntó ella mirando a su madre.*

*—No te preocupes, eso no pasará. Tu padre te adora y se alegrará de verte aquí, cielo.*

*—¿Por qué no entras conmigo?*

*—Yo te esperaré aquí sentada, mejor dicho, os esperaré a los dos. ¿Vale?*

*Su hija asintió y comenzó a caminar. Estaba nerviosa y después de ver que no había nadie fuera que le comunicase a su padre que ella estaba allí, más lo estaba. Cuando llegó a la puerta del despacho, se tensó en solo unos*



*segundos, unas risitas estúpidas se oían en el interior y podría jurar que, incluso, se escuchaban besos. Las manos comenzaron a sudarles y tenía miedo de abrir esa puerta y darse cuenta de que su vida era una mentira. Miró hacia la derecha, donde veía a su madre concentrada con una revista entre sus manos y suspiró a la vez en la que su mano cogía el pomo de la puerta para abrirla de una vez. Lo hizo, claro que lo hizo y cuando vio a la secretaria de su padre cabalgar sobre su miembro en el sofá de ese maldito cubículo, se quiso morir.*

*Amaba a su padre, lo tenía sobre un pedestal, y ver como se le caía la careta y dejaba ver al mal nacido que era realmente la destrozó y destrozó a su familia feliz. Quiso correr y cobijarse entre los brazos de su madre, sin darse cuenta de que esta, al ver la cara de su hija, se asustó y fue hasta la estúpida puerta y también vio aquello.*

*—¡Edgar! ¿Qué cojones? —lo nombró alzando la voz.*

*Eso fue lo único que necesitaron para dejar de follar como conejos. Su marido las miró e intentó, en vano, ir tras ellas.*

*Sophie y Leonor, su madre, salieron de ese lugar con el corazón latiendo descontrolado y las lágrimas ahogándolas a cada segundo que pasaba. Ese día fue cuando su familia se hundió y la destrozó tanto que no volvió a ser la misma.*

*—Tuvo que ser muy duro, Daniel. —Él asintió apretando los puños al recordar a su padre.*

*Desde aquel día no volvieron a verle y no porque su padre no lo hubiese intentado, sino porque ninguno quería volver a cruzarse con él. Y es ahí donde comenzó la locura de Sophie y cuando conoció a Alex se incrementó tanto que no soportó que este se marchara para hacer la vida que le habían planeado. Ella, un día después, se suicidó.*

*Alice tragó saliva al saber cómo murió esa preciosa chica. Daniel le había*

mostrado una foto de ella y era hermosa. Morena con ojos verdes, alta, delgada y con un prometedor futuro como modelo que se fue al garete cuando decidió tomarse todas aquellas pastillas por la noche, prohibiendo así que nadie la ayudase y que, cuando amaneciera, ya estuviera muerta.

—Daniel, lo siento, siento haberte obligado a contarme todo esto. —Lo abrazó al darse cuenta de cómo su amigo no pudo soportar hablar de algo tan doloroso, sus ojos se habían llenado de lágrimas.

—No te preocupes, ya me siento mejor. Es cierto que duele mucho aún, como si la herida siguiera abierta, pero ha sido liberador.

Se quedaron hablando unos minutos más y decidieron entrar de nuevo, pues ya había pasado más de media hora y sus amigos estaban gritándoles desde el interior de la casa. Una vez dentro, Alice buscó a Alex y no lo vio por ningún lado. Mila se dio cuenta y se acercó a ella para susurrarle al oído que él se había marchado.

—¿Cómo que se ha marchado, dónde? —preguntó alterada.

—No lo sé, Alice, pero salió con la maleta y bueno, no hace falta que te diga hacia donde creemos que se fue, ¿no?

—No puedo creer que se haya ido sin decirme nada. ¡Joder! Tengo que ir a buscarle.

Estaba nerviosa y desesperada y no podía soportar volver a estar sola en ese apartamento, no iba a soportar volver a echarle de menos porque decidió largarse de nuevo. Sus amigas intentaron tranquilizarla, pero era imposible.

Necesitaba salir de allí, necesitaba ir tras él, evitar que se marchara, evitar que se fuera de esa manera, sin decirle nada, sin darle al menos un abrazo o incluso un beso. ¿Un beso? ¿Un beso? No, no podía darle de nuevo un beso. ¿Qué le estaba pasando? Tenía que dejar que se fuera como ella misma le pidió, solo así podría olvidarse de él y dejar atrás esa atracción que tanto los unía a ambos. Tenía que olvidar a Alex y centrarse en su futuro, en ese futuro por el que tanto tendría que luchar para que su hijo, su pequeño Ryod, sea feliz.

Unas horas habían pasado desde que se fue y ya lo echaba en falta. Mila y Laura se quedaron con ella esa noche y, cuando los chicos se fueron, se quedaron más tranquilas para poder hablar con su amiga cara a cara y sin dejar que esconda nada, ni siquiera sus sentimientos hacia Alex, unos sentimientos que ya no podía negar más, pero que odiaba que fueran reales.

—¿Estás más tranquila? —habló Laura poniendo frente a ella una tila.

—Sí, no, no sé... Es que no puedo entender por qué se fue.

—Yo sí —respondió Mila y las dos la miraron fijamente—. A ver, no me miréis así, es normal que haya decidido irse cuando Daniel removi6 toda la historia de su hermana, una historia que, sin que tú te hayas dado cuenta, hace que lo quieras más.

—¿Por qué lo dices, Mila?

—Porque ahora, aparte de sentir esa atracción tan fuerte que hay entre vosotros desde el día que os conocisteis, sientes algo de compasión y tras eso, solo viene el amor, Ali. —Ella negó convencida—. Entonces, ¿por qué te has cabreado cuando se fue? Puedes negarte a ti misma tus sentimientos para no sentir que estás fallando a la memoria de Ryan, pero a mí no me engañas y yo sé que sientes más de lo que dices o de lo que nos quieres hacer creer.

Se levantó y fue hasta la cocina para dejar allí esa tila que no la iba a ayudar en nada. Laura y Mila fueron tras ella y las tres se sentaron alrededor de la isla. Alice sostuvo su cabeza con ambas manos y tapó sus ojos con estas.

—No tienes por qué sentirte mal por querer a otra persona, Ali —expresó Laura apenada.

—No se trata de eso, Laura, pero no puedo amar a nadie más que no sea Ryan... No puedo siquiera pensar en esa posibilidad en mi vida. ¿Me entiendes? Y no es solo por fallarle a su memoria, también fallo a la promesa que yo misma me hice cuando él cerró sus ojos. —Sollozó—. ¿Sabes lo que es despertar cada mañana y no verle a mi lado?

—No, no lo sé y créeme que sufro mucho por ti, porque sé lo que os amabais.

—Pues cuando eso pasa, es como si mi vida no tuviera sentido, como si yo hubiera muerto también.

—Pero no puedes seguir así, Ali. Tienes que vivir, tienes que volver a ser feliz y pasar página, aunque sea lo más doloroso que hagas en toda tu vida — intervino Mila cogiendo sus manos y apretándolas.

Volvió a levantarse negando, negándose a todo eso que su mejor amiga le decía y salió al balcón donde el frío de la noche chocó en su cara y movió su cabello al viento. Miró al cielo y buscó esa estrella que bautizó ella misma con el nombre de Rood. Había estado tan hundida durante ese tiempo que no recordaba la última vez que miró al cielo en busca de un consuelo y en ese momento, no solo le tocaba buscar a su hermano, sino que también tenía que encontrar una estrella para Ryan, para su amor, para ese hombre que jamás podría olvidar y echar de su vida como si no hubiera pasado nada, como si nunca hubiese existido.

## Capítulo 10

La noche estaba oscura al igual que su corazón y su vida. Le faltaban las personas más importantes de su vida y deseaba con todas sus fuerzas volver a verlos, echar el tiempo atrás y vivir cada segundo de su vida como si fuese el último. Poder acercarse a Ryan antes, besar sus labios y declararle su amor, pues de haber sido así, su tiempo hubiese sido más largo.

¿Qué habría pasado si hubiesen comenzado su relación con Rood vivo? Seguramente su hermano hubiese puesto el grito en el cielo, pero después, tras entender el amor que ellos sentían, lo habría aceptado seguro. Ella lo conocía bien.

No tenía sueño, no quería acostarse de nuevo en esa cama tan vacía, ahí donde él debía estar esperándola, y revivir los momentos en los que era feliz. Mila y Laura decidieron que era mejor dejarla sola y se marcharon a sus casas. Allí estaba de nuevo a solas con el oscuro cielo, con las estrellas y a la espera de ver a alguno de los dos, cosa que, después de una hora esperando, no pasó. Tenía el corazón en un puño y la certeza de que no volvería a verlos nunca más.

*Meses después.*

Cuatro meses desde que Alex se marchó y aún seguía sin saber nada de él. ¿Qué le habría ocurrido para estar tanto tiempo sin ponerse en contacto con

ella? Aunque le parecía lo mejor para ambos, no podía evitar sentir la necesidad de verlo y abrazarlo. Para ella era una persona muy importante y perderle a él también no estaba siendo fácil.

Había decidido en ese tiempo dejar el apartamento e irse a vivir a su casa con su padre, al menos allí estaba acompañada con él y no sola como estaba. Nicholas y Arabelle le insistían, todas las veces que hablaban por teléfono, que se fuera a vivir con ellos, pero ella siempre les respondía con negativa, pues no creía que fuese lo mejor hacerlo. Allí también se sentiría sola, muy sola, y no solo porque su suegro no estuviera en todo el día en casa, sino porque su suegra se tiraba las horas metida en la habitación de su hijo llorando y eso, eso no podría soportarlo. «No más lágrimas», se dijo cuando vio la primera ecografía de su pequeño.

Iba acompañada de su padre, y cuando Landon le mostró la primera imagen de ese bebé que tendría en tan solo unos meses, sintió como su vida cobraba sentido de nuevo, haciéndola feliz al momento y jurándose que jamás dejaría que su hijo se criara en un hogar dañado y lleno de dolor. Así que haría el esfuerzo por ser feliz y seguir adelante con su vida, aunque el dolor siguiera ahogándola en algunas ocasiones. Tampoco podía olvidar de la noche a la mañana, ¿no?

—¡Alice! ¡Alice! ¿Estás despierta?

La voz de su padre se escuchó tras la puerta de su habitación, pero no tenía ganas de levantarse aún. Miró la hora en el reloj de la mesilla y casi le da un infarto al comprobar que eran más de las doce del mediodía. ¿Cuánto había dormido? Se levantó como un resorte y fue hasta la puerta para abrirle a su padre. Al abrir, Jack la miró con el ceño fruncido y soltó una carcajada al ver sus pelos de loca y los pantalones remangados hasta las rodillas.

—Muy gracioso, papá. ¿Para eso me llamaste? —Su padre no dejaba de reír—. ¡Buah!, pero deja de reírte, por favor.

—Lo siento, lo siento, cielo, pero ¿has visto tus pintas? —Negó mirándose desde los pies hasta arriba—. ¿Te has peleado con alguien esta noche?

—No, pero si no quieres que seas tú con quien lo haga, deja ya el chiste —respondió caminando hasta el espejo que tenía justo al lado del armario.

Se miró y abrió los ojos desorbitadamente al comprobar por qué se reía su padre y, en vez de arreglarse, una sonora carcajada salió de lo más profundo de su garganta.

—¡Definitivamente perdiste la cabeza, hija! —exclamó este acercándose a ella.

—Sí, y tendrás que aguantarme todo el tiempo, papá.

—No me importa si la recompensa es verte así de feliz, cariño —expresó su padre acariciando su mejilla.

Hacía tiempo que no reía así y que no se la veía feliz. Sus ojos se achicaban cuando sonreía y el color azul de su iris se volvía más intenso y precioso. Y eso fue lo que hizo que Ryan cayera irremediablemente enamorado de ella.

—Bueno, ¿por qué sigues aquí? —preguntó cambiando de tema—. ¿Hoy no tienes que trabajar?

—¿No lo recuerdas?

—Recordar, ¿qué?

Estaba confundida y sinceramente no sabía si ese día tenía que hacer algo en concreto. Su padre le señaló la barriga y ella seguía sin entender, pero justo antes de que él le dijera al fin a que se refería, sonrió ampliamente recordando que pasaba ese día. Tenían que ir al hospital para la ecografía donde le dirían el sexo del bebé y, aunque ella estaba segura de que era niño, poder afirmarlo y volver a verlo la ponía mucho más feliz.

Bajo la atenta mirada de Jack, abrió el armario y cogió la ropa que se pondría, pero no se vestía.

—¿Papá? —habló moviendo las manos y echándolo de su habitación.

—Oh, lo siento. Te dejo para que te arregles.

—Eso.

Una vez sola, se metió en el baño y tras darse una ducha rápida, porque no le daba tiempo a más, se vistió, poniéndose algo de abrigo, pues las

temperaturas comenzaban a bajar y el frío llegaría pronto, muy pronto. Secó su cabello y lo dejó en ondas, después se maquilló un poco y salió de allí. Su padre la esperaba en la puerta y cuando estuvo abajo, salieron los dos de esa casa tan grande.

Vivir solos ahí era como vivir en una mansión. Sí, puede que estuviera exagerando, pero para dos personas era excesivo y estaban planteándose venderla y conseguir algo más pequeño, algo que se acople a los dos o incluso comprar dos apartamentos juntos para que, cuando el bebé naciera, Alice tuviera su intimidad y su propio hogar.

En el coche, ella iba mirando por la ventanilla, pensando en la sensación de volver a ver a su hijo y no tenerle a él a su lado. A veces le costaba demasiado dejar de pensarle, pero en estos momentos, en los que iba a ver al fruto de su amor, era inevitable no hacerlo e incluso soltar alguna lágrima. No quería llorar y casi lo estaba consiguiendo, estaba siendo dura, convirtiéndose en una mujer madura a tan corta edad.

—Ali, Ali. No llores —murmuró su padre tocando su mano y ella lo miró—. Él estará contigo siempre, con vosotros, cuidándoos como prometió.

—Lo sé, pero a veces me es imposible no llorarle, papá... Los recuerdos aún me matan y saber que no estará para conocer a su hijo, aun me destroza más.

—¿Hijo? ¿Estás segura de que será un niño?

—Al cien por ciento.

—Pues yo creo que será niña. ¿Y si apostamos lo que será?

Ella se carcajeó, su padre siempre intentaba sacarle una sonrisa y siempre lo conseguía.

—No seas loco, papá —manifestó ella no muy conforme con su propuesta.

—¿Por qué? ¿Acaso tienes miedo a perder? —dijo él y ella negó divertida—. Entonces, ¿qué te impide hacer una apuesta con tu anciano padre?

Puso los ojos en blanco y golpeó su hombro despacio.

—Está bien, anciano, apostaremos, pero déjame decirte que perderás.



Llegaron al hospital entre risas, su padre aún no le decía qué quería apostar y ella comenzó a pensar en una posible propuesta. Aparcó el coche y se bajaron, el viento fresco chocó con su rostro y la hizo sonreír, pues fue como una caricia, como si alguien la hubiese tocado, alguien que ella conocía muy bien y le decía claramente: «Estoy aquí, pequeña». No derramó ni una lágrima al sentirle, pero tampoco estaba siendo fácil retenerlas.

Entraron al hospital y se sentaron en la sala de espera cuando le avisaron a una enfermera de que ya habían llegado. Estaba nerviosa, mucho a decir verdad, y su padre lo notó cuando ella se retorció los dedos como hacía cuando era pequeña. Hacía tiempo que esa maña no la tenía, pero se veía que todo comenzaba a volver a su cauce y la vida volvía a ser la que era.

—Si es niña, seguirás viviendo conmigo e irás a la universidad mientras que yo cuido de mi pequeña nietecita. —Alice lo miró con una sonrisa ladeada—. Y si es niño, venderemos la casa y nos compraremos unos apartamentos en el mismo edificio, irás a la universidad y yo cuidaré de mi pequeño trasto, porque estoy seguro de que será como su tío.

—Ya lo tenías todo pensado, ¿verdad?

—¿El qué?

—Papá, ya sabes que yo no quiero vivir sola y no tenía pensado ir a la universidad hasta que tu nieto sea un poco más grande. No digo que no vaya a ir, pero quiero disfrutar de la maternidad antes de no poder hacerlo porque no tendré tiempo para nada más que no sea estudiar.

—¿Aceptas el trato o no? —insistió sin hacerle mucho caso a lo que ella dijo.

—Papá, no puedo aceptar eso.

—Ali, ¿aceptas?

Bufó exasperada y asintió. Su padre sonrió complacido y extendió su mano para que ella la apretara como signo de aceptación a lo que él le pidió. Su único motivo era que su hija volviera a estudiar y él la ayudaría en todo lo que pudiera. Era lógico que ella quisiera pasar el máximo tiempo con su hijo,

pero tampoco podía dejar sus estudios de lado, lo que la ayudaría a darle un futuro mejor a ese bebé que crecía día a día en su interior.

Minutos después el doctor Landon la llamó personalmente para que entrara de una vez a la consulta. Estaba claro que ese hombre seguía ayudándola, ya que no debería ser él quien tratara el embarazo de Alice y, aun así, era quien lo hacía.

Alice y su padre se levantaron y ella, al llegar a Landon, le dio un abrazo y un beso en la mejilla, cosa que siempre hacía cuando lo veía y que a él le gustaba tanto. Quiso olvidarla, pero ella no se lo estaba poniendo fácil si seguía tratándolo así. En la consulta, el doctor le indicó que se recostara en la camilla y que dejara al descubierto el vientre lo máximo posible. Jack se puso a su lado, agarrando su mano como si fuera él el padre de ese bebé, acompañando a su mujer para ver a su primer hijo, aunque en realidad viese a su primer nieto.

Estaban nerviosos, tanto que las lágrimas no se hicieron esperar cuando Landon puso en su barriga el transductor para hacerle la ecografía y vieron la imagen más perfecta que una mujer puede ver. Su bebé, su pequeño, el regalo de Ryan estaba ahí, creciendo en su interior y llenando ese vacío que él dejó al dejarla sola.

—Bueno, aquí lo tenéis. Ha crecido mucho desde la última vez. ¿Queréis escuchar los latidos? —dijo el doctor y ellos asintieron emocionados.

En esa habitación tan pequeña, comenzaron a sonar los latidos del corazón de Ryod y juraría que no había sonido más perfecto que ese. Su padre se separó de ella unos segundos, pues su móvil estaba sonando.

—Disculpadme, tengo que cogerlo.

—No te preocupes, papá, aquí te esperamos.

Salió y los dejó a solas. Entonces, pasó, fue como si en realidad él estuviera allí con ella, fue como si no se hubiera ido. Ryan estaba a su lado y solo ella podía sentirle, solo ella pudo verlo. Él le sonrió y agarró su mano, apretándola con cariño, con desesperación, como si al cogerla así evitaría que

volviera a irse. Alice lloró, lloró tanto que apenas podía respirar y Landon se dio cuenta, pero no le dijo nada y esperó a que se calmara.

No dejaba de mirar a su derecha, contemplando sus ojos, esos que ya no podía ver en las mañanas al despertar, ni antes de cerrar sus ojos al dormir. ¿Por qué se fue? La vida podría ser tan bonita, justo cuando iban a ser padres.

—Alice, ¿me oyes?

Landon la tocó, ella despertó de ese trance en el que se encontraba y Ryan desapareció, no sin antes pronunciar un «te amo» silencioso que le llegó hasta el fondo de su alma.

## Capítulo 11

—¿Estás bien? Parecías bloqueada. —Se preocupó él.

Ella asintió mirando de nuevo a la pantalla del ecógrafo, sin poder cruzar sus ojos con Landon, sabiendo que él iba a preguntar. ¿Cómo le diría que veía a Ryan? La iba a tomar por loca.

—No te creo, Alice.

—¿Por qué? Solo me distraje un momento, nada más —aseguró haciendo una mueca de desagrado.

Landon, en ese momento, no era su médico, sino su amigo y estaba preocupado por ella, por esa pequeña que llenó su vida aburrida de una luz que no podía apagar. La quería y quería estar con ella, aunque sabía que eso era imposible. Dicen que de ilusiones se vive, ¿no? Pues para él, Alice era una ilusión, una que no podía ni quería dejar escapar y dado que estaban solos, iba a intentar invitarla a cenar para acercarse más a ella.

—Sabes que puedes contarme lo que sea, ¿verdad? No quiero que, por no preocupar a nadie, te calles cosas, Alice.

Ella se encogió de hombros y, cuando se disponía a responderle, su padre volvió a entrar y se puso a su lado mirando atentamente a la pantalla, como si él entendiese lo que ahí se veía.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Jack agarrando la mano de su hija.

—Nada, has llegado justo a tiempo de saber el sexo del bebé, ¿verdad, Landon? —preguntó Alice. Él asintió y volvió la vista al mismo sitio que

ellos.

Movió el transductor hacia la derecha, donde se suponía que el pequeñajo estaba anclado y después la miró a ella con una sonrisa, pues ya había visto el sexo.

—¿Qué? ¿Ya sabes lo que es? —Asintió con una sonrisa de oreja a oreja—. Pues habla de una vez entonces.

—Es un niño, Alice, tendrás un niño en solo unos meses.

Alice miró a su padre y le sonrió al tiempo en que él le guiñaba un ojo a su hija. Los planes eran diferentes y tenían que cumplir lo que habían apostado.

Estaba feliz, muy feliz de comprobar al fin sus sospechas. Iba a tener un niño, un pequeño que se llamará Ryod, por sus dos amores, Ryan y Rood. En ese momento no podía ser más feliz y sabía que cuando tuviera a su bebé, lo sería aún más.

La vida le estaba dando una segunda oportunidad para volver a sonreír y no la iba a desaprovechar, iba a luchar por hacerlo cada día, por abrir los ojos por la mañana y despertar con los ojos iluminados y llenos de esperanza, cambiando su rostro oscuro y perturbado por uno alegre y lleno de luz.

—Lo sabía, estaba segura de que lo era... Muchas gracias, Landon, por todo.

Se levantó después de que él le limpiara el vientre y se colocó bien la blusa rosada que llevaba puesta. Tan solo estaba de cinco meses y ya tenía una barriga bastante pronunciada. Había personas que, al verla, la miraban mal y todo porque ella parecía menor de lo que era. Alice era menuda y delgada. Tenía un rostro tan angelical que eso era lo que la hacía ver más joven.

Su padre la abrazó feliz y besó su frente con cariño. Antes de salir de la consulta, Landon le pidió que se quedara unos minutos para hablar con ella y Jack salió dejándolos a solas de nuevo.

—Dime, Landon, ¿pasa algo con mi bebé?

Estaba preocupada y asustada.

—No, no te preocupes. Es solo que quería invitarte a cenar algún día y me

daba corte decírtelo delante de tu padre.

Alice abrió los ojos sorprendida, no se esperaba una invitación por parte de su médico y no sabía que decirle. Es cierto que le caía muy bien y que le agradecía todo lo que hacía e hizo por ella en el tiempo que Ryan estaba ingresado en el hospital y, solo por eso, no podía negarle la invitación. Al fin y al cabo, solo es una cena, ¿no?

—Oh, claro... Está bien, acepto —respondió nerviosa y él le sonrió de manera tierna.

No podía negar que Landon era muy guapo, pero también era mucho mayor que ella. Él tenía diez años más y eso lo hacía completamente prohibido, aunque no le negaba una amistad. Después de quedar en que la recogería esa misma noche a las ocho, salió de la consulta y se fue con su padre a almorzar a un restaurante para celebrar que por fin sabían el sexo de ese pequeño que había llegado para llenar de amor y felicidad sus vidas.

Llegaron al restaurante y al entrar se dio cuenta de que Nicholas y Arabelle estaban sentados en una de las mesas. Alice miró a su padre y le dio un beso en la mejilla por haber tenido ese detalle de invitar a sus suegros a esa celebración.

Caminaron hasta ellos y, tras darle un beso a cada uno, se sentaron y un camarero les trajo una botella de vino para ellos y una de agua para ella.

—¿Cómo estás, Alice? —preguntó Arabelle con dulzura, y ella sonrió.

—Muy bien, más que bien.

—Por favor, dinos de una vez si es nieto o nieta —intervino Nicholas nervioso.

Alice miró a su padre y sacó de su bolso la ecografía para enseñársela a sus suegros.

—Es un niño.

—¿De verdad?

—Sí, es un niño —insistió sin poder borrar la felicidad de su cara.

Arabelle se levantó, se acercó a ella y la abrazó con cariño. Le había

alegrado el día y prácticamente la vida. De nuevo habría un niño correteando por su hogar, por su jardín, haciéndole recordar los mejores momentos de su hijo Ryan, viendo en la cara de ese pequeño la misma que la de su padre, para morir de amor después de ver su sonrisa. No podía aguantar más, ya quería tenerlo entre sus brazos y comérselo a besos.

—No me lo puedo creer, un niño, Nicholas, un niño —repitió entre sollozos—. ¿Cómo se llamará?

—Ryod Rawson.

Nicholas, Arabelle y Jack la miraron emocionados, pues había mezclado el nombre de sus hijos y, entonces, ese pequeño tendría dos ángeles que lo iban a cuidar toda su vida.

Después de haber almorzado con sus suegros y su padre y pasar prácticamente toda la tarde con ellos, volvieron a su casa. Alice tenía que arreglarse para cenar con Landon y aún no le había dicho nada a su padre. Estaba nerviosa, aunque no sabía exactamente por qué.

Estaba en su habitación, sentada en la cama, pensando en lo que podría haber sido si Alex hubiera estado con ella en este momento. No podía dejar de pensar en él, mezclándose con el recuerdo de Ryan, como si estuviera luchando por quedarse solo con uno de ellos. Entonces, sintiendo la necesidad de saber de él, cogió su móvil y marcó su número, casi sin pensarlo y poniéndose nerviosa al instante en el que se dio cuenta de lo que estaba haciendo. Un tono, dos, tres, cuatro y cuando iba a colgar, Alex habló.

—¿Alice?

Se quedó en silencio sin saber que responder.

—Alice, ¿ocurre algo?

—Eh, hola, Alex.

Tenía tantas cosas que decirle y no sabía cómo empezar. No contaba con lo que iba a sentir cuando escuchase su voz de nuevo y su cuerpo tembló como una hoja a punto de caer en otoño.

—Hola, ¿cómo estás? Te he echado de menos.

Ella suspiró y sonrió a su vez.

—Yo también a ti, Alex... Estoy bien, solo te llamaba para decirte que ya sé el sexo del bebé, pensé que querrías saberlo.

—Claro, dime, por favor. Me muero de ganas.

—Es un niño.

—¿En serio? Vaya, entonces Ryod será un pequeño muy amado.

—Sí.

Se quedaron unos segundos en silencio, oyendo solo su respiración, sintiendo su anhelo de tenerse cerca, el anhelo de poder abrazarle; él quería besarla hasta quedarse sin aliento. La amaba incluso más que antes de marcharse y justamente por eso no había vuelto, porque cuando la tuviera frente a él, no iba a soportarlo y no la dejaría escapar.

—Alex, ¿volveremos a vernos algún día?

Esa pregunta le había pillado de sorpresa y quería, claro que quería verla, pero no podía. Suspiró sabiendo que decirle que no le iba a doler mucho más y el silencio reinó de nuevo, provocándole a Alice que unas pequeñas lágrimas cayeran por sus mejillas. Sabía que ese silencio significaba que no, que no volverían a verse y, aunque ella deseaba estar frente a él en este momento, sabía que era la mejor decisión que pudo tomar hace meses. Ya habían pasado cuatro meses desde que no se veían y lo echaba mucho de menos.

—Alice, yo...

—Da igual, lo entiendo, Alex, te juro que lo entiendo y respeto tu decisión. Además, sería hipócrita de mi parte reclamarte algo cuando yo misma fui la que te eché de mi vida, aunque en ese momento no sabía que me ibas a hacer tanta falta.

Saber eso no lo ayudaba en nada, enterarse de que ella lo necesitaba le ponía las cosas más complicadas a la hora de decidir si volver o no.

—Lo siento, siento que me necesites tanto y yo no pueda estar ahí, aunque si te sirve de consuelo... —Se quedó unos segundos en silencio—. Tú también



*me haces mucha falta y es justamente por eso, por lo que no puedo volver a verte. Lo entiendes, ¿verdad?*

—Claro.

*—Si por mí fuera, tú y yo ahora mismo estaríamos sentados en un bonito restaurante, celebrando la llegada de ese pequeño que llenará ese vacío que mi hermano te dejó, ese que quise llenar yo y que no pude... Perdón por decirte todo esto. Adiós, Ali.*

Y tras declararle todo eso, colgó, dejándola completamente desolada. ¿Cómo haría para olvidarle después de todo lo que le dijo? Ella tenía claro que algo sentía por él y se dio cuenta el día que se fue, pues la necesidad de ir a buscarle, de prohibir su partida, de desear tenerle cerca. Todo eso la ayudó a darse cuenta de que se podía amar a dos personas a la vez. Porque ella siempre iba amar a Ryan, a su recuerdo, a todo lo que él le dio y enseñó. Él le enseñó todo lo bueno del amor, pero también todo lo malo y, aun así, no dejaría de amarle con todas sus fuerzas y mucho menos olvidaría todos los sentimientos que seguía habiendo en su interior.

Entonces, su corazón latía de la misma forma por Alex, aunque al principio creyó que era amistad, una muy fuerte que no se iba a romper jamás. Qué equivocada estaba, lo que sentía era amor, un amor fuerte... Uno que entró en el peor momento de su vida, pero que la ayudaba día a día a ver la vida de diferente manera. Una vez, Ryan le dijo: «Vive cada segundo como si fuera el último», y precisamente eso es lo que haría y para eso tendría que viajar. Sí, lo tenía decidido, iría a buscar a Alex.

«¿Qué pasará cuando lo vea? ¿Y cuando su esposa me vea? Seguro que me odia... No, no puedo ir a verle. ¡Joder, Ali! Déjate de miedos y haz una vez en tu vida lo que sientes y no lo que debes», se dijo.

Se levantó de la cama y sacó la maleta donde guardaría todo lo necesario para un viaje improvisado y corto, porque no estaría allí más de dos días como mucho. Su intención era convencerle de que volviera con ella y que, si luchaban juntos, todo podría cambiar. Suspiró mientras guardaba las prendas,

doblándolas con cuidado.

Fue a coger su blusa favorita, sin darse cuenta de que encima de ella estaba el cuaderno de Ryan, que se cayó al suelo. Fue como una señal. Se agachó para cogerlo y se dio cuenta de que, al caer, se abrió, leyó la primera línea de esa página y sintió cómo su corazón latía desbocado.

«Vivir cada segundo como si fuera el último y hacerla feliz hasta mi último aliento».

Leyó y releyó por unas diez veces, intentando comprender por qué justo en este momento, justo cuando tenía pensado hacerlo. ¿Sería una señal de Ryan? ¿Sería que le estaba pidiendo que viviera, que luchara, que no se dejara vencer? Si eso era una señal, la cogería como tal y se iría a Tennessee en busca de Alex.

## Capítulo 12

Ya tenía la maleta hecha, todo recogido y hasta había dejado la habitación perfectamente ordenada, pero lo único que estaba haciendo era alargar la agonía de algo que ya había decidido. ¿Por qué? Tenía miedo. Miedo de que Alex, al verla, la eche y le diga que no tenía que haber ido.

Llevaba un rato sentada en el sofá del salón, pensando en lo que quería hacer y en lo asustada que se encontraba. Entonces se levantó como un resorte y, tras coger todas las cosas, caminó hasta la puerta con la intención de salir de allí y aceptar lo que ya tenía más que claro. Antes de salir, miró a su alrededor y suspiró. Era como si pensara no volver. Recordó que no había avisado a su padre y le escribió una nota que dejó en la mesita de la entrada.

Abrió la puerta y salió de la casa, sin percatarse de que Landon estaba saliendo del coche para ir a buscarla. Cuando al fin lo vio, bufó recordando que quedó con él para cenar y no le dijo nada para que no la recogiese.

—Alice, ¿te vas de viaje? —preguntó cuando la tuvo en frente.

—Eh, sí. Lo siento, debí avisarte para que no vinieras a buscarme. Tengo que salir de viaje y no me dio tiempo a mucho.

Él la miró extrañado, no la creía, pero tampoco debía reclamarle nada. Alice intentó deshacerse de Landon, pero fue más hábil y se puso delante de ella de nuevo, no la dejaría irse así de fácil.

—Si quieres te acerco a donde quiera que vayas. —Ella lo miró achicando los ojos.

Era extraño que Landon, después de haberle dado plantón, aun así, la quisiera ayudar. De verdad que a veces no lo entendía, pero tampoco era quien para decirle nada. ¿O sí? Le quitó la maleta de las manos, sin esperar respuesta y la metió en el maletero del coche. Sonrió al comprobar que pesaba.

—¿Piensas irte para siempre? —refirió divertido y ella negó.

—Solo tengo que visitar a alguien y volveré. Además, mi padre no puede vivir sin mí y menos ahora. —Señaló su barriga.

—Cierto. —Se rio—. Y ya que lo dices, no deberías viajar en tu estado.

—Landon... Todavía puedo, por eso lo hago. —Se encogió de hombros mientras le abría el coche para que entrase.

Él se metió en el lado del piloto y arrancó. Aún no sabía dónde tenía que llevarla, aunque se hacía una ligera idea de que era al aeropuerto. ¿El motivo? Eso sí que no lo sabía, como también que ella no le diría nada, no tenían tanta confianza como para eso.

Salió de la parcela, metiéndose de lleno en la carretera y con ello, al incesante tráfico de Londres en esas horas de la noche. Ya eran casi la nueve y, aunque hacía frío, todavía se podía salir a esa hora sin congelarte en el intento. Iban en completo silencio, tanto que incluso se sentía incómoda, y esa era una de las razones por las que no dejaba que Landon entrara en su vida más que el trato profesional. Él era su médico y nada más.

—Al aeropuerto, ¿verdad? —Asintió sin mirarle.

Unos minutos después, Landon ubicó el coche en el aparcamiento y salió para ayudarla a llevar la maleta hasta el interior de este.

Ella salió del coche e intentó arrebatarse la maleta, pero él no la dejó, y tras cerrar el coche comenzó a caminar sin oír lo que ella le decía o, más bien, gritaba.

—Joder, Landon, déjame aquí y vete de una vez. ¡Landon!

Siguió su camino y a ella no le quedó más que seguirle. Cuando entraron, ella se acercó a él y le quitó la maleta de las manos de una vez. No sabía

porque él actuó así y tampoco tenía interés en saberlo.

—Adiós —dijo sin más.

—¿Y nada más? —preguntó y ella clavó sus ojos en él.

Landon era alto y ella tenía que alzar bastante la cabeza para poder mirar sus ojos.

—¿Qué más quieres?

—No sé, al menos podrías tomarte un café conmigo en modo de agradecimiento por haberte traído sin hacerte preguntas y mucho menos haber llamado a tu padre para contarle que te vas sin decir ni media palabra.

Todo lo dijo demasiado rápido, casi sin dejarla reaccionar y se cabreó, se cabreó muchísimo porque él cuestionara sus actos. ¿Que se creía? Se dio la vuelta sin responder y, con maleta en mano, caminó hasta el mostrador donde compraría el billete hasta Tennessee.

—¡Alice, espera!

Ella siguió su camino.

—¡Alice! —volvió a llamarla mientras corría para alcanzarla.

Cuando lo hizo, cogió su brazo para voltearla y, al darse la vuelta, ella estaba llorando.

—¿Qué cojones? ¿Por qué estas llorando? Lo siento, no quise decirte lo que te he dicho... Y... —Suspiró—. Perdóname por meterme donde no me llaman, pero me preocupo por ti, Alice... Eres muy importante para mí y si algo te pasara...

—No me pasará nada y te agradezco tu preocupación, pero no tienes por qué. Tú y yo no somos nada, Landon, nada.

Y con eso, él captó el mensaje y se fue sin cruzar ni una palabra más con ella. Si una vez pensó que podría conquistarla, esa respuesta le abrió los ojos y le hizo ver que nunca habría nada entre ellos.

Alice vio cómo se marchaba y, aunque no le gustó responderle así, tan duramente, era lo mejor para que él dejase de hacerse falsas esperanzas con ella. Porque ella no podría amarle jamás, porque para ella no podía ni ser un

amigo, porque estaba muy lejos de tenerle algo de confianza, aunque en un momento siempre estuvo ahí.

Se dio la vuelta y, tras comprar un pasaje para después de una hora, camino hasta la cinta transportadora donde dejaría la maleta y podría moverse con más tranquilidad. Una vez que hizo eso, pasó por el control policial y caminó en busca de su puerta de embarque para tenerla localizada y poder ir a tomarse un café. Ese viaje sería muy largo y, a menos que el sueño la venciera, quería mantenerse despierta el mayor tiempo posible.

Estaba bastante nerviosa, pues era la primera vez que viajaría, aunque no era solo por eso, sino, porque a pesar de tener unas ganas locas de ver a Alex, también estaba el hecho de que iba a viajar a un lugar que ni conocía. Claro, tampoco podía llamar a Alex y decirle: «Eh, Alex, estoy aquí, ¿podrías venir a buscarme?». No, ni de broma haría eso. Su intención era sorprenderlo, y sí, sería más que una sorpresa.

Después de veinte minutos, su móvil comenzó a sonar, y sin mirar quién la llamaba, aunque se hacía una idea, lo apagó. No quería hablar con nadie. No quería tener que darle explicaciones a nadie. Había tomado una decisión por sí misma y si hablaba con alguien, intentarían persuadirla y no estaba dispuesta.

Llegó el momento. La azafata comenzó a coger los pasajes y esperó que entrasen la mayoría de los pasajeros para hacerlo ella. Esta vez no era por hacer más larga la agonía, sino porque al no haber volado nunca, tenía algo de miedo.

Se aferró a su bolso y se puso justo delante de la morena. Era una mujer preciosa, de esas que volverían loco a cualquier hombre. Alta, ojos verdes y sonrisa de infarto. Prácticamente la hizo sentirse inferior.

—Buenas noches, Sra. —Ojeo el pasaje—. Rawson.

No se acostumbraba a que la llamasen por el apellido de su esposo, aunque, en realidad no se hacía a la idea de haberse casado y mucho menos de ser viuda “de”.

Le devolvió el pasaje sin apartar la mirada de la rubia de ojos azules.

—Que tenga un buen viaje, Sra.

Alice asintió y entró al pasillo que daba al avión. Aún no se creía lo que estaba haciendo y nunca lo habría adivinado en un pasado. Nunca hizo nada parecido por Ryan, aunque con él siempre fue diferente. Ryan le ponía las cosas fáciles y por eso nunca tuvo que luchar por él.

Cuando pensaba en esas cuestiones, se sentía mal y una mala mujer. ¿Por qué no luchó por mantenerlo a su lado? Aunque todo el mundo le dijo que no fue culpa de ella, no podía dejar de martirizarse mientras la vida seguía su curso sin él. Las horas pasaban y todo era sin él. Lo añoraba y, justamente por eso, sabía que se había enamorado de Alex, pues sentía lo mismo por él.

Nunca pensó que podría enamorarse de alguien más. Nunca creyó en esa posibilidad y, dado que lo sabía, no podía simplemente pasar la hoja sin haberlo intentado al menos. Quería tener la posibilidad de declararse a Alex, decirle lo que sentía, aunque el miedo no hubiera abandonado aún su cuerpo.

Una vez sentada en su puesto, siendo este del lado de la ventanilla, miró por esta y la oscuridad abarcaba todo, tanto que no podía ni ver las estrellas. Quiso cerrar la ventanilla, pero justamente, un chico de más o menos su edad, se sentó a su lado y no la dejó hacerlo. Estaba nervioso y prácticamente a punto de que le diese un ataque de ansiedad.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó ella tocando su hombro y él negó sin mirarla—. ¿Quieres que llame a una azafata?

—Sí, gracias...

Alice se levantó y pasando por las piernas de él, salió del hueco y camino hasta el fondo para ir en busca de alguna azafata que pudiera ayudar al pobre chico. Tras hablar con una señora de unos cuarenta años, volvieron hasta donde estaba él y la azafata le llevo una tila y una bolsa para que pudiera respirar. Estaba acostumbrada a ese tipo de cosas y no era ni el primero ni el último al que le pasaría.

Un rato después y estando algo más tranquilo, se viró para mirar a Alice y

darle las gracias por haberle ayudado. La verdad sintió que se moría ahí dentro.

—Hola. Soy Ryan.

Se presentó y, al oír su nombre, sintió un escalofrío que la recorrió por completo. Alice comenzó a llorar y el chico no sabía qué hacer para ayudarla, además vio que estaba embarazada.

—Eh, perdona. ¿Te molesté en algo? No era mi intención. ¿Te sientes mal?

Alice no podía articular palabra y solo las lágrimas respondían a todo lo que él le decía.

—Ryan... Se llama Ryan —murmuró preocupándolo.

—¿Le pasa algo a mi nombre? —preguntó algo confuso.

Ella asintió a la vez que más lágrimas salían de sus ojos. No podía dejar de llorar y mucho menos calmarse después de eso. Era demasiada casualidad que ese chico se llamara como él y que justamente estuviera en el mismo avión que ella.

—¿Es una broma? —preguntó mirando para arriba—. Dime qué es una maldita broma, Ryan —repitió.

Ahora fue él quien se levantó para buscar a una azafata que pudiera ayudarla a ella, porque él no podía ni sabía qué hacer.

Tenía claro que algo le pasaba con su nombre y, por lo que pudo observar, era alguien que había fallecido. Cuando la misma mujer ayudó a esa chica que no dejaba de llorar mientras lo miraba, volvió él a sentarse y se aseguró de que estuviera más tranquila para poder hablarle de nuevo.

—Lo siento —se disculpó Alice sorprendiéndolo—. Siento haberme puesto como una loca, pero... Es que te llamas como mi difunto marido.

—Oh, vaya... —Suspiró—. Siento mucho llamarme como él.

Alice soltó una sonora carcajada que él no esperó, y lo único que pudo pensar de ella es que había perdido un tornillo o algo así. Estaba loca.

—Bueno, ya que he visto tus dos peores facetas, ¿me dices tu nombre?

Dejó de reírse y lo miró mientras se secaba las lágrimas. Eso sí que nunca



lo hubiera imaginado. Alguien que se disculpaba por tener su nombre, era surrealista todo, y mucho.

—Perdón, pero me hizo mucha gracia que me pidas perdón por llamarte Ryan... Me llamo Alice. —Extendió la mano y él se la apretó con suavidad y con una sonrisa resplandeciente.

Después de eso, el avión comenzó a moverse a la vez que la voz del piloto se escuchó por el altavoz y dijo: «Abróchense los cinturones».

## Capítulo 13

**E**l vuelo estaba siendo tranquilo, y todo ese miedo que ella había sentido al entrar en ese avión tan grande se fue cuando al fin pudo controlar esa ansiedad que le estaba oprimiendo el pecho. Ryan, el chico desconocido, intentaba hablar con ella, pero para Alice estaba siendo un poco complicado entablar una conversación con alguien que se llamaba igual que su marido. Era de locos y lo único que pensó fue que su Ryan le estaba mandando una señal, pero ¿cuál? ¿Qué quería? ¿Y si todo era para que no fuera a ver a Alex? Estaba desquiciada y su mente no dejaba de trabajar, pensando demasiadas cosas a la vez.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Su voz hizo que despertara de sus pensamientos y clavó sus ojos en él, en ese chico que había aparecido de pronto para enloquecerla un poco más si podía.

—Claro, dime.

—¿Me contarías que pasó con tu marido? Espero no molestarte, pero al llamarnos igual, es como si necesitara saber de él. Llámame loco, pero es lo que he sentido.

Alice abrió los ojos sorprendida, y a la vez nerviosa y asustada. Todo era muy extraño. Sintió un escalofrío recorrerla entera, tan frío que tuvo que mirar atrás para comprobar que no había nadie más que un niño de unos seis años jugando con su consola, mientras su madre lo regañaba por tener el

volumen tan alto.

No sabía cómo comenzar a narrarle su vida con Ryan, cómo recordar cada momento sin sentir que había estado en lo más hondo e intentaba subir de nuevo. Era complicado cuando los sentimientos aún estaban tan presentes, porque aún no hacía ni un año de su pérdida y dolía como si hubiera sido ayer, como si el último beso se lo hubiera dado horas antes de estar ahí sentada en ese avión. Sus ojos comenzaron a aguarse y Ryan, el chico extraño, tocó su mano intentando reconfortarla, sin saber que, al tocarla, ambos se miraron y sintieron la misma electricidad. ¿Qué había pasado?

—Conocí a Ryan cuando tenía cinco años y, conforme iba creciendo, nuestra amistad se hizo muy fuerte, tanto que terminamos enamorados, pero no lo confesamos hasta que mi hermano falleció en un accidente de tráfico. Ahí fue cuando más lo necesité y cuando él me demostró que sentía algo más que una simple amistad.

Lágrimas caían por sus mejillas, y él la miraba hipnotizado, como si no hubiera nadie más ahí. Cada palabra que salía de sus labios dolía más que la anterior y no podía dejar de llorar, haciendo que doliera aún más.

—Cuando éramos felices, sin obstáculos de por medio, le diagnosticaron leucemia, y el final ya te lo sabes.

—Lo siento, tuvo que ser terrible todo lo que has pasado, y ¿el bebé?

—Es suyo, me enteré un mes después de su fallecimiento.

Sin previo aviso, Ryan la acercó a ella y la estrechó entre sus brazos. Alice se sorprendió, pero a la vez sintió una paz interior que hacía tiempo no sentía. ¿Cómo era posible que le pasara eso con un perfecto extraño? ¿Acaso se estaba volviendo loca? ¿Y si era Ryan, su Ryan? No, eso es imposible. Mientras él la tenía entre sus brazos, ella se tranquilizó oliendo su aroma, que, inexplicablemente, era igual que el de su esposo o ya sí que había perdido la cabeza del todo.

—Tranquila, ya pasó lo peor —murmuró él en su oído.

—Sí, lo siento —dijo separándose de él.

No podía seguir abrazada a ese hombre que no era Ryan, que no era quien ella necesitaba de verdad, aunque tuvieran el mismo nombre y olieran igual.

—¿Dónde vas tú? —preguntó ella intentando cortar cualquier otro contacto.

—A Tennessee. Voy a visitar a mi hermano.

Alice tragó saliva.

—Vaya, que casualidad, ¿no? Yo también voy para allá para visitar a mi cuñado.

—¿Cómo se llama tu cuñado? A lo mejor lo conozco. He ido varias veces y conozco a los amigos de él.

—Alex Rawson.

Ryan se tensó a la vez que se le secaba la boca. No, no era posible, no era así y no podía ser. ¿Qué cojones estaba pasando? Esto era surrealista y no podía creer en nada más.

—¿Te sientes bien? —preguntó ella igual de preocupada y él negó—. ¿Cómo se llama tu hermano?

—Peter, seguro que Alex no lo conoce, ni yo conozco a ningún Alex Rawson —titubeó un instante para después susurrar el apellido.

Después de esa conversación tan extraña, no volvieron a cruzar palabra, aunque sí, miradas.

Las horas pasaban y cada vez estaba más cerca de ese destino que había elegido. ¿Se habría equivocado? Si eso era así, ya no había marcha atrás y estaba a punto de llegar. Tanto pensar no era bueno y ya comenzaba a tener jaqueca, así que prefirió coger el cuaderno de Ryan y leer algo de su puño y letra, algo que la evadiera del problema en el que estaba a punto de meterse; porque ir a ver a Alex era un problema.

*Diciembre, 2016.*

*Me siento mal, jodidamente mal. Estas navidades serán las primeras que pasaremos sin Rood y no puedo soportarlo y menos cuando veo lo*

*destrozada que está mi pequeña. ¿Cómo no acercarme a ella y encerrarla entre mis brazos? La amo demasiado como para no hacerlo. Me muero por besarla, decirle que estoy con ella y que nadie hará que me aleje, pero hasta para eso soy un cobarde.*

Por la tarde estaba llegando al aeropuerto de Nashville. Ambos salieron del avión y cogieron caminos diferentes, aunque no sin antes desearse suerte.

Alice se quedó mirando a su alrededor, sin saber qué camino tomar. Solo sabía que Alex vivía en un pueblo llamado Centerville, pero ¿cómo iría hasta allí? Entonces, vio un autobús al frente y no le quedó otra que ir a preguntar. Cruzó la carretera y caminó hasta la puerta de este. El conductor miraba el periódico y ya había personas sentadas esperando a ser llevadas a sus destinos. Dio unos toques y despegó la mirada del periódico.

—Buenas tardes, caballero.

El tipo la miró con extrañeza por su manera de hablarle, parecía no estar muy acostumbrado a esa cordialidad.

—¿Podría indicarme como llegar a Centerville? —preguntó ella nerviosa, y él sonrió.

—Pues súbete que yo mismo te llevo.

Alice, sorprendida, sonrió y subió al autobús con la pesada maleta y caminó por el pasillo después de haberle pagado su billete al conductor. Fue hasta el final, donde se encontró nuevamente con el chico del avión. Se miraron, pero no dijeron nada. ¿Qué podrían decir? No había nada que explicase lo que había pasado en ese avión, algo que pudiera hacer que aclararan lo que sintieron. ¿Quién era él y cuál era su cometido? Esa pregunta rondaba por su cabeza, pero no encontraba respuesta, solo él podía responder.

El sol resplandecía por allí y el camino, aunque un poco desastroso por los baches de la carretera, no fue malo del todo. Ryan la miraba de reojo, mientras que ella perdía sus ojos azules en las vistas. Jamás había salido de Londres y ahora, que estaba en otro país, se sentía extraña. Una media hora después, vio el cartel: «Bienvenidos a Centerville», y suspiró nerviosa por el

reencuentro que tendría con Alex.

—Ya hemos llegado —murmuró él y ella lo miró con una sonrisa.

—Sí... Qué te vaya muy bien, Ryan.

Se despidió de él y se levantó para salir de allí. La tortura de maleta pesaba mucho más que antes, como si la hubiera llenado mientras estaba en el autobús, pero la realidad era que estaba muy cansada y necesitaba beber al menos tres litros de agua para recuperarse.

Ryan no podía dejar que se fuera así y le quitó la maleta de las manos para ayudarla hasta bajarse.

—Espera, no tienes por qué ayudarme. Puedo sola —refirió ella saliendo del vehículo.

Se puso frente a él, mostraba una sonrisa de lo más picara. Alzó las cejas e intentó dejar de mirarle a los ojos, pues era como si estuviera viendo a otra persona, a alguien que ya no estaba en ese mundo.

—Gracias, pero no necesito tu ayuda.

Su voz había sonado borde, cosa que le divirtió sobremanera y, lo único que provocó en él, fue que sintiera algo extraño, como si ya hubiera visto antes ese carácter, como si la conociera de antes y era extraño, muy extraño.

Había ido allí para encontrar respuestas, pero no contó con conocerla a ella y estropear sus planes.

—Está bien. ¡Qué carácter! —exclamó y ella lo ignoró.

—Bueno, aquí nos separamos. Muchas gracias por la ayuda que no pedí.

Después de esa despedida, caminó arrastrando la maleta y se metió en la primera tienda que vio. Tenía que comprar agua. Al entrar, una chica bajita, más o menos de su edad, la miró de arriba abajo, haciéndola sentir intimidada. No conocía a nadie, aunque tampoco es que le haya dado mucho tiempo de hacer amigos y, la única persona que encontró, se llamaba igual que su marido. Estaba volviéndose loca.

—¡Vaya, forastera! ¿Qué te trae por este humilde pueblo? —preguntó la chica con voz chillona.

Parecía amable, pero Alice se quedó bloqueada, anclada al suelo. Se señaló en modo de pregunta, queriendo saber si era a ella a quien le preguntaba.

—Claro, tú. ¿Qué te trae por aquí? —insistió.

Alice se acercó al mostrador con recelo, pero cuando vio que la morena le sonreía amigable, se tranquilizó.

—Vengo a visitar a un familiar.

—¿Seguro? Venga, a mí puedes contármelo. No le diré nada a nadie. ¿Qué chico de aquí te dejó preñada?

—Eh, ¡no! Ningún chico de aquí me dejó pre... preñada —replicó con el ceño fruncido.

—Bueno, vale, te creo. ¿Entonces, a quién buscas?

Al ver que Alice la miraba incrédula por tanta pregunta sin conocerla, se quedó muda unos instantes para volver a chillar, que era lo único que hacía.

—Vale, lo siento. No quería ser tan cotilla. Soy Chelsea. —Extendió la mano y ella se la estrechó.

—Encantada, soy Alice.

—¿Nueva York? —preguntó de nuevo.

—Londres —respondió divertida—. Por favor, ¿me das un botellín de agua? Vengo agotada.

—Por supuesto.

Salió del mostrador y, mientras ella fue en busca de la botella, Alice miró todo minuciosamente. Era una tienda pequeña, de no más de veinte metros, pero había muchas cosas allí. Pudo ver sombreros de vaquero colgados en la pared y le gustó sentir la paz que desprendía aquel lugar. Podría acostumbrarse a vivir allí.

Chelsea volvió con la botella de agua y, cuando sacó su monedero para sacar unas monedas y pagarle, se dio cuenta de que no había cambiado dinero. No tenía dólares. La dependienta se dio cuenta y aun así le extendió el agua.

—No te preocupes, puedes pagármela otro día.

—Gracias, no cambié dinero en el aeropuerto.

—¿A dónde te diriges? Y no es por saberlo, sino por ayudarte.

—Vengo en busca de Alex Rawson. ¿Lo conoces? Es que no sé dónde vive y tampoco le avisé que venía —habló nerviosa, como si estuviese cometiendo un delito.

—¿Alex, mi Alex?

Alice se sorprendió a la vez que formaba una «o» con la boca. ¿Su Alex? ¿De qué iba? Por un momento sintió celos al creer que podría ser su esposa, pero después recordó que esta se llamaba Karla y no Chelsea.

—Sí, Alex.

—Es mi primo. Qué casualidad, ¿no? Pero, espera un momento. ¿Tú eres Alice? —Ella asintió—. ¿La Alice de Ryan? —Repitió el gesto—. No me lo puedo creer. Me han hablado mucho de ti.

—Vaya.

—Sí. Por cierto, siento mucho lo de Ryan.

—No pasa nada.

Estuvieron un rato hablando de Alex y de cómo ella sabía quién era. Él tenía bastante confianza con su prima, la suficiente para hacerle entender que estaba enamorado de ella desde que la conoció, pero que nunca se acercó porque era de su hermano, y en ese momento, que ya estaba sola, no podía dejar a Karla. Como era el destino, ¿no? Nos juega malas pasadas, nos pone piedras en el camino sin importar los sentimientos que haya de por medio.

Alice y ella se habían caído bien, tanto que Chelsea comenzó a contarle del odio que le tenía a Karla, la esposa de su primo. No la soportaba y no aguantaba que Alex tuviera que estar con ella a la fuerza, solo porque su madre así se lo pidió, aunque ese no era el único motivo. Había demasiadas cosas que lo retenían a esa mujer.



## Capítulo 14

Llevaba casi una hora en esa tienda, escuchando hablar, hablar y hablar más a Chelsea. No paraba, hasta que se cansó e intentó hacerle ver las ganas que tenía de irse y descansar. Pasó las manos por su rostro exasperada, y parece que eso hizo que la menuda chica se diese cuenta de lo que Alice necesitaba.

—Creo que te estoy aburriendo, ¿verdad? —Negó—. Es que a veces me pongo a hablar y pierdo la noción del tiempo y seguro que tú estás cansada. ¿Ya sabes cómo irás para el rancho de mi primo?

—¿Cómo? ¿No vive aquí cerca?

Chelsea sonrió mientras movía la cabeza de un lado al otro exageradamente, negándole esa posibilidad de llegar pronto.

—Vive en las afueras, pero no te preocupes, le diré a Jeff que te lleve.

Iba a preguntarle quién era ese tal Jeff cuando la vio salir de la tienda y silbar como si fuese un hombre. Alice no sabía exactamente qué hacía ahí y mucho menos para qué. Lo único que pensaba era en la necesidad de una ducha y dormir por unas diez horas. Estaba agotadísima.

—¡Eh, Jeff!

Un tipo alto, de tez morena y espalda de ropero empotrado se dio la vuelta para ver quién lo llamaba. Era bastante guapo y rudo, muy rudo. Alice tragó saliva al ver como este se acercaba a esa chiquilla que no le llegaría ni a la cintura. Puede que esté exagerando un poco, pero era cierto que él era

bastante grande. Cuando Jeff estuvo frente a esta, ella lo miró de arriba abajo provocando que el tipo se irguiera aún más, como si se sintiera el macho alfa al ver como ella babeaba. Ya solo con eso, no le caía bien a Alice.

—¿Qué quieres, Pitufa? ¿No ves que estoy ocupado? —preguntó este con chulería.

—Sí, ya veo lo ocupado que estás —ironizó al darse cuenta de cómo los miraba una muchacha pelirroja—. Si las miradas mataran, ya estaría muerta y enterrada —canturreó burlándose de la otra.

Era todo un espectáculo y después de tanto agotamiento fue bastante divertido para Alice ver como Chelsea provocaba a la pelirroja. Jeff le echó una mirada intensa, tan intensa como sus ojos verdes. No se podía negar que era muy guapo y peligroso.

—Deja la cantaleta, Pitufa.

—Deja de llamarme Pitufa, Hulk. ¿Vas para el rancho ya? —preguntó cambiando de tema.

Jeff aún no se había percatado de la presencia de Alice y eso la ayudó para poder mirarlo con total libertad. Solo quería ver si podía confiar en él, aunque no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que no era muy de fiar. Chelsea estaba frente a él, mirándolo con ojos enamorados, sí, enamorados y este ni caso le hacía.

—Me quedan algunas cosas por cargar. ¿Para qué, otra vez vas a molestar a tu primo?

—No, estúpido, no soy yo quien tiene que ir. Además, yo no molesto a mi primo.

—Lo que tú digas. ¿Entonces, para qué quieres saber si voy para el rancho? Pitufa, no me hagas perder el tiempo que es de oro.

Escondida y asustada, así estaba, y cada vez le parecía peor la idea de tener que irse con ese orangután en el mismo coche. ¿Estaba loca? Ni de coña se iría con ese estúpido con aires de machote. Chelsea la señaló y Jeff la miró, primero a los ojos y luego recorrió su cuerpo entero. Alice se sintió pequeña,

muy pequeña ante esa mirada de cabrón, porque así fue como la miró.

—¿Quién es?

—Alice, la mujer de Ryan y hermano de Alex, o sea, su cuñada.

—¿Y para qué vino? No creo que le haga mucha gracia a Karla —escupió sin dejar de mirarla.

Karla, Karla, Karla. Resonaba su nombre una y otra vez en su cabeza, como si fuera el eco de algo malo, algo que no saldría bien. En este momento se estaba arrepintiendo de haber ido. ¿Cómo se iba a presentar frente a Alex y su mujer? Era de locos y esa mujer le sacaría los ojos con cucharillas, seguro.

Estaba tan distraída en sus pensamientos que no escuchó como Chelsea la llamaba, si no fuera que fue a por ella y la tocó, no se habría dado cuenta. Alice la miró y caminaron juntas hasta Jeff.

—Jeff, esta es Alice. —Los presentó señalándolos primero a una y después al otro.

—Hola —dijo Alice sin más.

—Solo me quedan algunas cosas por cargar, te avisaré cuando nos vayamos.

Alice se dio la vuelta para mirar a Chelsea e implorarle que no la dejara irse con él, pero no le sirvió de mucha ayuda.

—No hace falta, puedo irme en otro medio de transporte.

Soltaron una carcajada a la vez, provocando que se enfadase.

—No hay más nada aquí, princesita. Si quieres puedes irte con el Sr. Thomson, solo que con él llegarás oliendo a estiércol y no creo que quieras que Alex te vea así, ¿no? —insinuó burlándose de ella a la vez que señalaba una camioneta destartalada llena en abundancia de estiércol.

Alice hizo el amago de vomitar, tanto que tuvo que ir a coger la botella de agua del mostrador, donde la había dejado minutos antes. El embarazo y esas cosas no eran amigos, además estaba hambrienta y su bebé necesitaba comer algo con urgencia. Chelsea fue a buscarla preocupada y al verla se asustó, estaba tan blanca como la leche. Fue a buscar un paño para mojarlo y

ponérselo en la frente mientras que Alice se apoyaba en el mostrador. Jeff las ignoró completamente y se largó de nuevo para seguir con su trabajo. Chelsea llegó y, tras agarrar una silla, caminó hasta ella y con cuidado la ayudó a sentarse y le puso el paño frío.

—Siento el espectáculo —se disculpó—. Es que no he comido nada desde hace horas y ver todo ese... ese...

No pudo seguir, pues las náuseas volvieron a hacer acto de presencia.

—Tranquila, no te preocupes. ¿Y por qué no me dijiste que no habías comido? Tienes que alimentarte, Alice, estás embarazada, por Dios.

—No me digas, no me había dado cuenta —bromeó.

—Vaya, pero si hasta sabes hacer bromas.

Le pasó uno de los bocadillos que tenía preparados desde la mañana y Alice lo cogió, aunque sin ganas, pues tampoco era de comer bocadillos. Ella era distinta a las chicas de allí y eso era más que notable.

El tiempo pasaba y al final Chelsea la obligó a comerse al menos la mitad del bocadillo. Y tras engullir algo, su cuerpo lo agradeció y se sintió mejor. Aún estaban esperando a que Jeff terminase de cargar todo en la camioneta, pero no se le hizo tan pesada la espera, pues Chelsea estaba resultando ser bastante simpática y agradable. Le recordaba mucho a Mila, así tan loca y despreocupada.

—Sabes, creo que seremos buenas amigas —refirió la prima de Alex.

—No sé, tampoco estaré aquí más de dos días. Además, esta Karla. —Las palabras le habían salido sin pensar e intentó cambiar de tema.

—No, no te preocupes. A mí tampoco me gusta Karla, es más, la odio —le recordó.

Alice la miró sorprendida a la vez que una sonrisa se le dibujaba en la cara. Sí, en definitiva, serían buenas amigas.

—¿Y eso por qué? —Se interesó.

—Es odiosa, además de mandona y promiscua.

—¿Quieres decir que es una puta?

—Más o menos. Es que no sabía si te iba a molestar esa palabra.

Se carcajeó con esa ocurrencia. Desde luego que sí, la trataba como a una princesita, como dijo Jeff, y no era así, Alice no era de esas chicas a las que todo le molesta, todo lo contrario... A veces estaba más loca que Mila y eso ya era exagerado. Suspiró al recordar esos tiempos en los que nada la preocupaba, en los que todo daba igual. El amor, eso estaba lejos de su vida, aunque siempre amase a Ryan. La amistad era lo más importante para ella.

—¿Por qué dices que es una puta? Está con Alex, ¿no? Además, con todas las veces que lo llamaba cuando estaba en Londres, debe de quererlo mucho.  
—Suspiró.

—No, no lo quiere. Lo único que hace es amargarle la vida —respondió apenada—. A mi primo lo obligaron a casarse con ella y ya no puede dejarla porque...

—Ya estoy aquí. ¿Nos vamos, princesita? —interrumpió en el momento justo.

Alice bufó exasperada y se levantó. Chelsea la acompañó a la camioneta para ayudarle con esa odiosa maleta y Jeff no hizo nada para cogerla.

—Joder, Jeff, ¿no puedes ayudarnos un poquito? —se quejó ella, cabreada.

—No.

—Serás gilipollas.

—Cuida esa boca, Pitufa. Además, parece que viene para un año. ¿Qué trae ahí metido?

—No te importa lo más mínimo —respondió Alice enojada y Jeff la miró ceñudo.

Cogió la maleta cabreado de esperar y la puso detrás de mala manera, importándole muy poco lo que llevase en su interior. Chelsea le dio un beso y un abrazo a Alice y, bajo las quejas de Jeff por ser tan tontas, la dejó ir. Alice se subió en la camioneta y él, sin decir ni media palabra, arrancó para poner camino al fin, hacia ese destino que ella había elegido inconscientemente.

El camino estaba lleno de piedras y cada vez perdían más de vista el

pueblo. Ella iba mirando el paisaje, uno extraordinario, maravillada con el atardecer. Era precioso y se respiraba esa calma que a ella le faltaba, calma que se iría a la mierda cuando pusiera un pie en casa de Alex y Karla la echara de allí a patadas. Tendría que volver a casa sin poder decirle siquiera «hola» a su cuñado.

—Vas muy callada, ¿no? —concluyó Jeff y ella se encogió de hombros—. Sinceramente, no sé qué hace una princesita como tú en un sitio como este. Tú no eres de aquí y no te necesitamos.

—No he venido aquí para que nadie me necesite y deja de llamarme princesita, capullo.

—Parece que empezaste a sacar tus uñas, gatita —ironizó—. Cuidado, se te parte una y tendrás que volver al lugar de donde viniste.

—¿Qué te pasa conmigo? Ni siquiera me conoces. No te importa para qué he venido, ni te importa el tiempo que me vaya a quedar. Tú no eres más que un empleado de Alex, así que cuida tu lenguaje conmigo.

Estaba cabreada, muy cabreada y a él le estaba dando igual y cada vez tenía más ganas de dejarla tirada en medio de la nada. Solo saber quién era le dio asco a la vez que un odio bulló en su interior.

—A mí ni me importa ni me interesa, pero a Karla sí y te lo pondrá muy difícil, princesita.

Alice iba a responder, pero este le puso un dedo en sus labios.

—Ah, no digas nada más que ya hemos llegado. ¡Baja! —exclamó de mala manera.

Se bajó de la camioneta, sintiendo sus piernas hinchadas y cansadas. Entonces, unos gritos se escucharon en el interior de la casa.

—Bienvenida a este hogar, niña pija.

Los gritos eran cada vez más altos y Alice dio un paso atrás asustada, pensando dónde se había metido, cuando Alex salió de la casa como alma que lleva al diablo y pegó un portazo que hizo que despertara del trance.

—¡DÉJAME DE UNA JODIDA VEZ, LOCA! —gritó desde fuera.

Entonces, cuando se dio la vuelta para ayudar a Jeff a descargar la camioneta, se topó con esos ojos que lo acompañaban en sueños desde hacía meses. Alice y él se miraron, agitados y nerviosos por el reencuentro. No podía creer que la tuviera frente a él, justamente allí, en ese infierno que llamaba hogar.

—¿Alice?

Fue lo único que pudo decir y ella asintió temerosa de acercarse a él, pero a la vez deseando hacerlo y abrazarle tan fuerte que no pudiera escapar de nuevo. Y cuando se suponía que iba a hacerlo, los gritos de la loca de Karla se escucharon tras él.

—¡Eres un gilipollas que no sabe lo que tiene en casa! —exclamó alzando la voz.

Cuando Alex suspiró, se dio la vuelta y, al hacerlo, Karla la vio a ella y le echó una mirada tan dura que Alice se asustó.

—¿Quién es esta? —preguntó y Alex se quiso morir en ese instante.

## Capítulo 15

Alice y Karla se miraban como si fuera una guerra, aunque fue la mujer de Alex quien la comenzó. Él no sabía qué hacer en medio de ellas. Quería coger a Alice e irse de allí para siempre, como si fuera la señal que estuvo esperando por tanto tiempo para por fin dejar esa basura de vida que tenía.

Hubo un momento en el que ella iba a hablar, pero se calló cuando vio algo con lo que no esperaba, algo que respondía a todas esas preguntas que ella se hacía de por qué Alex tenía que estar con alguien que no amaba. Karla estaba embarazada y podría jurar que estaba de más meses que ella. ¿Cómo era posible que él no le haya dicho nada? ¿Por qué no lo hizo? Lo miró y en sus ojos había decepción, algo que le partió el alma a Alex en dos. Nunca pensó que algo así podría ocurrir, pero lo hizo, pasó y de la manera más inesperada.

—Embarazada —murmuró y solo lo escuchó Alex.

—Lo siento —dijo levantando las manos—. Alice, yo...

Sus brazos cayeron a cada lado de su cuerpo al comprobar que ella no quería escuchar nada y que su intención era irse por donde había venido. Con maleta y todo miró a Jeff para implorarle que la acercara de nuevo al pueblo, donde cogería el autobús y se marcharía para siempre, pero cuando se suponía que debía convencerle, el cielo se oscureció, provocando que unas leves gotas comenzaran a caer sobre sus cabezas. Poco a poco, el diluvio cayó y ya no podía coger el coche.

Alice ignoró la lluvia y se montó en el coche bajo la atenta mirada de todos



los ahí presentes. Karla, mandada por Alex muy cabreado, entró en la casa, pues una lluvia así no le venía bien, estaba a punto de parir y no quería que le pasara nada, aunque todo lo hacía por el bebé.

Cuando por fin se quedaron solos, ya que Jeff también se largó al interior de la casa para comer algo antes de ir al establo y alimentar a los caballos, caminó hasta la camioneta y se metió en el lado de piloto. Alice no quería mirarle, ni siquiera podía hablarle, se le había secado completamente la garganta.

—¿Estás loca? ¿Cómo puedes siquiera pensar que te dejaré ir con esta lluvia? —preguntó alterado.

Ambos estaban empapados y agitados, la cercanía no era nada buena para ellos y el deseo de abrazarse cada vez era más fuerte, pero tenían que evitar cualquier contacto en aquel lugar.

—¿Es lo único que te importa? —Lo miró— ¿Solo porque llueve no quieres que me vaya? O sea que si no estuviera lloviendo te daría igual que me perdiera del mapa, ¿no? ¡¿Es eso, Alex?!

Demasiadas preguntas que responder y no podía hacerlo mientras la pasión que sentía por ella le nublabla la vista. Su corazón comenzó a latir frenético cuando sus ojos se posaron en sus labios, esos labios que besó y que tanto había echado de menos. Entonces, sin pensarlo si quiera, arrancó y salió de allí a toda prisa.

Karla miraba por la ventana y se cabreó al ver que su esposo salía de allí con esa niña pija que había venido a quitarle todo lo que le pertenecía, pero a la vez se alegró de que la sacara de allí y era la primera vez que sintió algo por Alex, algo real.

Conducía rápido, demasiado para como estaba la carretera. Ya todo se estaba convirtiendo en lodo y, si no miraba bien por donde iba, el coche se quedaría atrancado en cualquier charco de barro.

—¡Alex, para de una vez! —exclamó asustada.

—¿Para qué? ¿No quieres irte? ¿Para qué has venido si ya quieres volver,

Alice? —preguntó mirándola de reojo, apretando el volante tan fuerte que los nudillos se le tiñeron de blanco.

—Sí, vine, pero ya no puedo estar aquí.

—¿Por qué?

—¡ESTÁ EMBARAZADA, JODER! —gritó fuera de sí.

Su respuesta provocó que Alex la mirase unos instantes y perdiera el control de la camioneta, metiéndose de lleno en un gran pozo de lodo, tan profundo que, o salían de ahí o no podrían hacerlo más tarde.

—¡Mierda! —se quejó—. Tenemos que salir de aquí, de inmediato.

—¿Cómo que tenemos que salir de aquí? ¿Tú has visto cómo llueve? Estoy embarazada, Alex.

—Lo hubieras pensado antes de implorar que te sacara de allí. Ahora podríamos estar sentados tranquilamente cenando, pero no, ella tenía que irse ya...

—¿Tranquilamente? Vamos, Alex, en tu casa se puede estar de muchas maneras, pero tranquilos no es una de ellas.

Se quedó en silencio, aceptando lo que ella acababa de decir, eran ciertas todas y cada una de sus palabras. Su casa podía ser de todo, menos un hogar feliz y, eso, no había más que mirarle a él para saberlo. Sin responderle, se bajó de la camioneta y fue hasta el lado de ella para ayudarle a salir. Alice lo miró negándose, era una locura hacer lo que él le pedía. ¿Cómo iba a salir de allí? ¿A dónde irían? No estaba hablando en serio.

—Vamos, Alice, no pasará nada. Confía en mí. —Alzó las cejas y pronunció un «ja» exagerado—. Vale, no confíes, pero igualmente no puedes quedarte aquí pues yo me voy a poner a salvo de esta lluvia.

—¿Y dónde se supone que te pondrás a salvo?

Alex miró detrás de sí, aunque estaba todo oscuro, pudo ver una pequeña luz muy tenue que parecía estar demasiado lejos. La ayudó a bajar y, al hacerlo, Alice sintió como el barro cubría hasta sus tobillos. Puso cara de asco, provocando una sonrisa en Alex, de esas que provocan de todo menos

asco. Cogió su mano para que se agarrase con fuerza, pero ella no podía, así que no le quedó más remedio que cogerla en brazos, sorprendiéndola. Comenzó a caminar despacio, sintiendo como se le erizaba la piel cuando el aliento de Alice chocaba con su cuello y tuvo que parar unos segundos para desechar la locura que estaba pasando por su cabeza. «Quiero besarla, me muero por saborear su boca». No pensaba con claridad.

—Alex, deja que camine, peso demasiado y te cansarás en seguida. —Negó sin poder mirarla—. Pero serás cabezota.

—Habló la reina de las cabezotas —ironizó y ella soltó una carcajada.

Escucharla reír fue como un bálsamo para sus heridas, como el canto de una sirena, y tuvo que parar y bajarla a la tierra para hacer lo que tanto deseaba. Al dejarla en la tierra mojada, la miró a los ojos y ambos se quedaron callados, prendados y con la respiración entrecortada. Alex cogió sus mejillas y sin pedirle permiso la besó, hambriento, deseándola de una manera tan perturbada, tan loca que no lo soportaba. Los meses que pasó sin ella, sabiendo que la amaba tanto, lo estaban matando. Su vida era un desastre y sabía que jamás podrían estar juntos, pero solo tenerla así de cerca lo volvía loco, más loco por ella.

Sus besos sabían a lluvia, a lágrimas, porque Alice lloraba, estaba emocionada. Por fin volvía a probar esa boca que le recordó lo que era amar a alguien, que le recordó que podría ser feliz de nuevo, aunque fuera con la persona equivocada.

Cuando se separaron, no podían respirar con normalidad. Alex la cogió de la mano con fuerza y tiró de ella para que pudieran llegar por fin a la cabaña. Ese lugar era suyo, un sitio donde podía descansar de su «mujer», de esa persona que había nacido solo para martirizarle de por vida. Nadie sabía que la tenía, que la construyó con la ayuda del hermano de Chelsea. Él era el único que sabía toda la verdad de su vida, del amor que sentía por Alice y de cómo intentó arrebatársela a su hermano. Rolan era su confidente, porque ni en Jeff podía confiar ya, pues él se lo contaba todo a Karla.

—Para, Alex, no puedo seguir... Estoy agotada.

—Tenemos que llegar.

—Pero es que no tengo fuerzas para caminar tan rápido.

No se lo pensó dos veces y volvió a cargarla y la apretó tanto a su cuerpo que parecían uno solo. Ahí, parado bajo la lluvia, la miró a los ojos, unos ojos que bajo ese manto de agua parecían que estaban en el mar. Unos ojos que le provocaban la felicidad absoluta. Después miró sus labios y quiso besarla, pero escuchó un trueno que la asustó, provocando que se aferrara más a su cuerpo.

—Tranquila, yo te protegeré —dijo reanudando el camino.

—¿Por qué piensas que necesito protección? Puede que seas tú quien la necesite y yo sea la dama que te salve.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo?

Ella negó sin dejar de observar su perfil, su nariz fina, sus labios carnosos, su mandíbula cuadrada. Era digno de ver.

—Alice, deja de mirarme así.

—¿Así cómo? —se burló.

En ese momento era como si no existiera nadie más que ellos, olvidándose de Karla, de ¿Ryan? No, de él jamás podría olvidarse, porque hasta en momentos como este, Alice tenía unos minutos en los que él entraba en su mente, y si no fuera porque se concentraba en otra cosa, seguiría pensando y añorando cada momento vivido con el amor de su vida.

—Como si quisieras comerme.

—Eres un creído.

—No lo soy, es como me miras, pero no te preocupes... Yo también te miro igual.

Tragó saliva, nerviosa, e intentó bajarse de sus brazos. Esa declaración provocó algo en el centro de su deseo y un escalofrío recorrió su cuerpo, erizándola por completo. Alex no dejó que se bajara y, cuando llegaron a la cabaña, la dejó en el porche y abrió la puerta. Ya en su interior, Alex la miró

de esa manera tan particular, de esa manera que la derretía. Estaban empapados y deseosos de más, de llegar a más, pero ¿estaba bien? Nada estaba bien. ¿Y qué más daba?

Caminó hasta ella y acarició su mejilla. Alice cerró los ojos suspirando, intentando recobrar el sentido, pero el sentido le decía que siguiera, que no dejase escapar la oportunidad que tenía ahí, en ese lugar. Ella abrió los ojos y subió los brazos hasta sus hombros, necesitaba que la abrazara, que la reconfortara de alguna manera, aunque sea rodeándola con sus fuertes brazos.

—No sabes cuánta falta me has hecho, Ali —murmuró él.

—No más que tú a mí.

Se separó y pegó sus labios, dándole un beso dulce y pausado, de esos que te matan y reviven al instante. Se pegó más a él, todo lo que su abultado vientre le dejaba y sus manos comenzaron a viajar por su espalda, buscando de alguna manera poder quitarle el vestido que llevaba hasta las rodillas. Ella se percató de lo que intentaba hacer y levantó los brazos para que Alex lo sacara por su cabeza, dejándola en ropa interior.

—Si alguna vez pensé que eras hermosa, me equivocaba, lo eres mucho más.

Alice temblaba como una hoja, nerviosa y excitada, tanto que sus braguitas estaban mojadas. Alex la acarició desde su mejilla, viajando por su cuello hasta llegar a sus pechos, unos pechos que ya parecían más grandes por el embarazo. Los acarició por encima de la tela de algodón, provocando que sus pezones se pusieran erectos, dispuestos a ser saboreados. Entonces, bajó hasta su vientre y lo tocó con cariño, con amor. Porque, aunque no fuera suyo, era su sobrino y lo cuidaría como si realmente fuera su hijo, como su hermano habría querido.

Mientras tocaba la barriga, Ryan vagó por sus mentes y hubo un momento en el que sintieron que eso no estaba bien, tanto que Alex se separó de ella y se dio la vuelta para no mirarla, porque si seguía haciéndolo, le haría el amor ahí y en este mismo instante. Había sido tal el desespero de tenerla cerca que,

ahora que la tenía, no sabía cómo actuar.

Alice caminó hasta él y lo abrazó por detrás, pasando los brazos por su cintura, pegando su pecho a su espalda aún tapada por la ropa mojada. Entonces, ella bajó las manos hasta el final de la camiseta, la agarró y la subió para poder quitársela. Alex se dejó llevar y, cuando lo tuvo desnudo de cintura para arriba, se dio la vuelta y volvió a pegar sus labios, besándola con ansias, con desespero, con fuerza. La quería, la adoraba, la deseaba como un puto loco y solo la haría suya si ella misma se lo pedía, de lo contrario, aunque se estuviera muriendo por dentro, no la tocaría. Alice debía ser prohibida para él, algo intocable, algo que no debería amar. Pero era algo que lo hacía sentir vivo.

## Capítulo 16

Las horas pasaban, pero la lluvia no cesaba. Estaban recostados en la cama, después de haberse quedado completamente desnudos, pero sin haber hecho aún nada, pues no se atrevían, aunque el deseo les pidiera a gritos que se unieran. Alex le acariciaba la espalda, mientras que ella a él el pecho. Era la primera vez que estaban así y era extrañamente mágico.

Alice jamás experimentó algo así, el amor con Ryan era dulce, bonito, algo que te hacía vivirlo con armonía y en paz. En cambio, con Alex era fuerte, duro, provocaba algo en ella que no podía explicar y la excitaba. Hacía que quisiera matarlo y devorarlo a la vez. Que lo amara y deseara con la misma intensidad. A veces, hasta podía llegar a odiarlo, pero era algo fugaz, solo cuando la pasión se interponía entre ellos.

Se miraron y sonrieron a la vez. Alex no podía pronunciar palabra y ella no hacía más que provocarlo.

—¿Estás nervioso? —Se interesó.

—Puede.

—¿Por qué? —insistió y él se puso de lado para poder mirarla a los ojos mejor.

—Por estar así contigo. Porque te deseo y no sé cómo actuar. Porque soy un pobre tonto que cree que esto no está bien y que, por mucho que yo te ame, jamás serás mía, por eso —respondió dejándola asombrada.

No sabía que responder a eso y mucho menos tenía las palabras adecuadas

para que dejara de pensar así, porque una parte de ella pensaba lo mismo. Ambos lo sabían, sabían que esto no llegaría a más de unos tontos besos y caricias, aunque se murieran por sentirse del todo.

—No esperabas esa respuesta, ¿verdad? —Asintió—. Entonces, ¿por qué me preguntaste?

—Tenía la esperanza de que me dijeras otra cosa, pero no fue así.

Se apartó de él y se levantó de la cama, cogió una sábana que había en una estantería y rodeó su cuerpo con ella. No quería que las cosas se complicaran aún más y lo único que podía hacer era huir y seguir adelante con su vida tal y como la tenía planeada.

—Mañana volveré a Londres.

—¿Cómo? No, no puedes irte, Alice. No lo soportaría.

Se levantó también y se acercó a ella para retenerla entre sus brazos. ¿Cómo la iba a dejar escapar de nuevo? No podía vivir sin ella y, si pensó que los meses que estuvo lejos habían sido los peores de su vida, en ese instante, sabiendo que si se iba no la volvería a ver, se moriría. No la dejaría irse, no todavía, no hasta que él pudiera irse con ella. Le dio la vuelta y cogió su barbilla para obligarla a mirarle a los ojos.

—No dejaré que lo hagas, Ali. Te necesito aquí, aunque te esté pidiendo algo completamente egoísta —susurró acariciando su mejilla.

—Lo siento, Alex, pero creo que haber venido ha sido un completo error. Además, no sé ni por qué lo hice, no debería sentir nada por ti cuando hace tan poco tiempo de la muerte del amor de mi vida. No es normal que haga estas cosas, es miserable.

Sus palabras cortaban como cuchillas afiladas, dejando las marcas del dolor agudo en cada parte de su piel, aunque donde más dolía era en su corazón, ese que latía frenético cuando la tenía cerca. Se alejó y fue hasta la ventana para poder ver si había dejado de llover, pues no podía estar más tiempo a solas con él, no cuando lo deseaba tanto, no cuando lo que quería hacer era apartarse de algo que no tenía sentido.



Se sentía miserable y mala mujer por desear a otro hombre después de tan poco tiempo. Ni siquiera sabía a ciencia cierta que fuera amor lo que sentía por él, aunque a veces su corazón le dijera lo contrario. Ella recordaba a Ryan a todas horas y cuando lo hacía su pecho se comprimía, dejándola sin respiración, y lo único que conseguía con ello era llorar, desahogarse, dejarse llevar por esas lágrimas que lo único que hacían era hacerle daño, pero aun así era mejor que nada. Era mejor que olvidarle y no sentir nada, y eso, eso era horrible. Todos los recuerdos se le agolpaban y cada uno de ellos era más doloroso que el anterior.

—¿Sabes una cosa? —preguntó en un susurro casi inaudible—. Por las noches observo el cielo para mirar las estrellas, buscando las de Ryan y Rood, y siempre, siempre veo alguna que es más reluciente, que parpadea más que las demás y es ahí cuando me voy a la cama. —Suspiró—. Pero aquí no puedo hacerlo. Aquí está nublado y las estrellas están escondidas, es como si fuese una señal. Por eso creo que esto no llegará a ninguna parte y lo mejor es que me vaya.

Alex no daba crédito a lo que estaba escuchando. Se acercó a ella y la obligó a mirarle y lo hizo, claro que lo hizo, pero la mirada que ella le mostró no era la que él quería ver. Alice tenía los ojos tristes, tan tristes como aquel día que la sacó del cementerio y eso lo destrozaba por dentro.

—¿Me estás diciendo que te vas porque el cielo está nublado? No me jodas, Alice —escupió intentando calmarse.

No quería hablarle así, pero no sabía qué hacer para retenerla.

—No entendiste nada, ¿verdad?

—No.

—Déjalo, Alex. En serio, sigue con tu vida y ama a ese bebé que viene en camino, te necesita más que yo.

—Alice, que yo te ame a ti no significa que deje de lado a mi hija. —Bufó al ver su negativa—. Me estoy dando cuenta de que diga lo que diga tu respuesta será no. ¿Me equivoco? —Negó.

—Estoy hecha un maldito lío y por eso creo que debo irme, Alex. Solo es eso y te pido que lo entiendas.

—Perfecto.

Las siguientes horas tras esa conversación, fueron iguales o peor. No se miraron en lo que quedó de noche y, cuando el agotamiento la venció, Alice se quedó dormida y Alex se limitó a observarla durante toda la noche, como si quisiera grabar a fuego cada línea de su cuerpo, un cuerpo que había acariciado y que estuvo a punto de sentir. Se levantó cabreado del sofá y salió a tomar aire. El cielo ya estaba esclareciendo y el sol estaba saliendo en todo su esplendor. Ese día era perfecto, un día para ser feliz y no el que se presentaba. Decidió dejarle una nota e irse a por la camioneta y por consiguiente al pueblo, para llevarle algo de comer.

Sacar la camioneta del fango había sido toda una proeza, pero estaba acostumbrado a las lluvias de allí. Se metió en ella y arrancó. El camino al pueblo era largo, aunque realmente estuviese a medio camino. El tiempo le sirvió para pensar y poner sus ideas en claro, se daba cuenta de que Alice tenía razón en todo. Si no sabía lo que sentía por él lo mejor era que se fuera para que aclarase sus ideas, aunque eso le doliera en el alma. Tampoco estaba dispuesto a que ella se diera cuenta de que no lo amaba como él a ella, y con eso sufrir aún más.

Cuando llegó al pueblo, aparcó frente a la tienda de su prima y fue ahí donde fue a parar primero. Cuando Chelsea lo vio se sorprendió, ya que Alex casi nunca iba él mismo a comprar y pasaba la mayoría de su tiempo encargándose del rancho.

—Hola, Alex, ¿qué haces aquí? —preguntó, dándole un beso en la mejilla.

—Yo también me alegro de verte, primita.

—No digas tonterías, sabes que también me alegro, pero nunca vienes. ¿Y Alice?

Alex le sonrió con cariño y se sorprendió de que le preguntase por ella.

—Bien, vine para comprar el desayuno. Hemos tenido que pasar la noche

en la cabaña. —Chelsea arrugó la frente—. No preguntes.

—No he dicho nada. Por cierto, hace unos minutos vino un chico preguntando por ti y lo mandé al rancho, aunque no creo que aún haya salido porque el coche de Taylor sigue ahí. —Asintió—. Como Jeff no venía, le pedí el favor a él.

—¿Y quién es? ¿Lo conozco? —Negó encogiéndose de hombros.

—Ni siquiera me dijo su nombre, solo que tenía que hablar algo muy importante contigo.

Tras comprar algunas cosas, se despidió de su prima y se fue de nuevo a la camioneta para volver a la cabaña. Vio que Taylor aun seguía ahí y se acercó para ver si el desconocido que lo buscaba seguía ahí o ya se había ido. Caminó hasta él y se percató de un muchacho sentado en el coche de su amigo, ambos se miraron y fue algo extraño.

—Eh, Tay, ¿llevaste ya a mi rancho a la persona que me buscaba? —preguntó y justo cuando este le iba a responder escuchó:

—¿Eres Alex Rawson?

Alex se dio la vuelta y asintió preocupado. No entendía qué pasaba, pero tenía un presentimiento de algo fuerte, algo que iba a cambiar el rumbo de todo en su vida, algo que lo hacía tener miedo, miedo a perder lo que tanto amaba.

—¿Conoces a alguien llamado Ryan?

Se tensó de pies a cabeza al oír el nombre de su hermano y caminó hasta él para saber qué era lo que tenía que decirle de Ryan.

—¿De qué lo conoces tú? —preguntó cabreado, aunque no sabía el motivo del cabreo.

—Soy yo, o eso creo.

—¿Qué broma de mal gusto estás intentando hacerme, chaval? No me jodas con eso, porque no voy a permitir que...

—Tienes una cicatriz en la pierna derecha, en el interior del muslo —dijo antes de que se abalanzara sobre él para golpearle.

Alex paró en seco y lo miró de arriba abajo. No, definitivamente él no era su hermano, Ryan estaba muerto y ese no podía ser él. Era una locura y no sabía cómo sobrellevar lo que el chico le estaba diciendo.

—¿Cómo cojones has sabido eso? ¿Quién te lo dijo?

—Nadie, no me lo dijo nadie. Lo sé y no sé cómo explicarlo. Si me dejaras contarte podría llegar a entenderlo yo mismo, porque estoy perdido y necesito ayuda.

—Taylor, no te preocupes que yo me encargó del muchacho. Te vienes conmigo. —Lo señaló—. Vamos.

Caminaron hasta su camioneta y ambos se subieron. Alex arrancó y dio la vuelta para volver al campo e ir a buscar a Alice, aunque cogería el camino más largo para poder hablar con él, no era buena idea llevarlo donde ella antes de saber qué estaba pasando y porque decía que era Ryan. Era todo tan raro, jamás había presenciado algo tan siniestro como esto.

—Vas a comenzar a contarme desde el principio —exigió Alex.

El chico que decía llamarse Ryan se puso nervioso. ¿Cómo empezar a contar algo que ni él mismo sabía? Era algo con lo que le costaba vivir, algo que jamás le había pasado, pero algo en su interior le decía que se llamaba Ryan y que tenía un hermano llamado Alex Rawson, hasta ahí podía decirle y fue por eso por lo que lo buscó, necesitado de respuestas y no para responder algo que no podía explicar.

Alex lo miró exasperado, empezaba a cansarse de tanto silencio. Paró el coche en medio de la nada y ladeó su cuerpo para poder mirarle con más intensidad, como si así lo obligase a hablar. Intentó estar tranquilo, respiró algunas veces más profundo para poder relajar su instinto de molerlo a golpes, porque no permitía que nadie hablara de su hermano, solo Alice tenía el derecho de hacerlo. «Alice», pensó. ¿Cómo decirle lo que estaba pasando? ¿Cómo decirle que un desconocido había llegado diciendo que era su hermano? Seguro la destrozaría.

«No, ella no puede saberlo, al menos, no por ahora». Seguía en sus intentos

de dejar de pensar en todo aquello y lo único que conseguía era ver los azules ojos de la chica que lo volvía loco, aunque en ese momento estuviera destrozado porque ella quisiera irse de su lado. ¿Cómo no retenerla? ¿Cómo dejar de ser un maldito egoísta y dejarla ir? No podía. La amaba demasiado y justamente eso era lo que lo hacía ser un hijo de puta que, aun sabiendo que jamás podrá darle lo que ella necesitaba, la quería tener a su lado.

## Capítulo 17

—¿Hablarás de una vez? No tengo todo el día para estas tonterías — habló cabreado.

—Sí, lo siento. —Suspiró—. No sé cómo comenzar a explicarte lo que me pasa, pero es muy extraño. Primero que nada, te diré mi nombre real. —Alex alzó las cejas incrédulo—. Me llamo Peter.

Comenzó a explicarle lo que le había pasado meses atrás. Peter tuvo un accidente de tráfico en el que quedó en coma por varios meses. Entonces, un día despertó y no era el mismo, solo tenía en su cabeza que se llamaba Ryan y que tenía un hermano llamado Alex Rawson. Solo sabía eso, nada más. Su familia se preocupó y lo llevaron a psicólogos y no sabían cómo llamar a lo que le sucedía. Pasaba las noches en vela, intentando no soñar, no cerrar los ojos, porque cuando lo hacía, era como si otra vida lo estuviese llamando, como si la vida de Ryan se plasmara en su mente de manera abrupta, tan fuerte que a veces sentía que era él. Así fue como decidió subirse a ese avión y viajar en busca de respuestas, en busca de ese hermano.

En el avión entró en pánico, pero no fue porque le diese miedo volar, sino porque flashes de la vida de Ryan iban y venían, volviéndolo loco, como si fueran recuerdos, como si él la hubiera vivido. ¿Cómo explicar eso? ¿Qué decir al respecto?

Alex lo miraba confuso, sin poder creerse esa patraña que aquel individuo le contaba. ¿Quién se iba a creer esa historia? Era imposible, era algo que no

podía creer y mucho menos seguir escuchando.

—¡YA BASTA! Creo que ya me has contado suficiente. Te crees muy gracioso, ¿no? ¡Mi hermano está muerto desde hace meses! ¡Muerto! ¿Acaso no te das cuenta del daño que me estás haciendo en este momento? —gritó dolido y cabreado.

—Lo siento, yo no sabía que estaba muerto. Debes creerme. ¿Qué gano yo contándote esta historia? Ni siquiera nos conocemos. —Bufó—. Yo también lo estoy pasando mal, ¡joder! ¿Te crees que es fácil decir que alguien me ha poseído? No siento nada en mi interior, nada de lo que llegué a sentir alguna vez, todo es él. ¡Todo yo soy él! Sus sentimientos, sus recuerdos, y todo por ella.

Se tensaron ambos sin poder articular palabra alguna. ¿Ella? Era la primera vez que en sus recuerdos se mezclaban los recuerdos de una mujer y no solo de su hermano. ¿Quién era ella? Solo podía ver unos ojos azules que lo trastornaban, un cabello rubio que lo volvía loco.

—No te acerques a ella, te lo advierto, Peter o Ryan. ¡Mierda! Esto es de locos.

Arrancó el coche sin decir nada más y dio la vuelta para volver al pueblo para que ese estúpido loco se largara de sus vidas. No quería saber nada más de esa historia, ni nada que tuviera que ver con ese perturbado que venía para martirizar el recuerdo de su hermano. Solo quería respeto, poder recordarlo como se merecía y no ver a un tipo diciendo que es él. «Es imposible que sea él», sus pensamientos repetían una y otra vez. «Ryan está muerto, está muerto». Cada vez aceleraba más y Peter lo miró asustado. No soportaba la velocidad desde aquel día, el día que cambió su vida para siempre.

Llegaron al pueblo y aparcó justo al lado del autobús. Alex lo miró con cara de pocos amigos.

—Bájate y lárgate de aquí —exigió.

—No puedo irme.

—No me jodas y lárgate. No quiero verte por aquí y espero que no vuelvas

a buscarme y mucho menos te acerques a Ali.

Cada vez sentía más la desesperación recorrer su cuerpo. Los celos de que otro viniera para quitársela de nuevo lo estaban matando y solo quería que este tío desapareciera de sus vidas, así como había venido.

—Lo siento, Alex, pero tengo que quedarme aquí para terminar lo que vine a hacer —explicó cauteloso—. Y necesito que me creas cuando te digo que soy Ryan.

—Es que no puedo creerlo y tú estás jodidamente loco. —Señaló la sien con un dedo— ¡BAJA! —vociferó.

Peter se bajó del coche y Alex arrancó pisando el acelerador tan fuerte que se escuchó el rechinar de las llantas contra el asfalto. Se incorporó rápidamente a la carretera de tierra y en menos de veinte minutos estuvo en la cabaña. Cuando entró, Alice aún seguía dormida, se acercó a ella y acarició su mejilla, quitando unos mechones que tapaban sus ojos. Ella se movió al sentir el contacto y poco a poco abrió los ojos, mostrándole lo que él más amaba, sus ojos, sus bonitos ojos.

—¡Buenos días, dormilona! —exclamó Alex con una sonrisa.

—Buenos días. ¿Cuánto he dormido? —preguntó incorporándose, tapándose con la sábana.

Aún estaba desnuda y, después de lo que pasó por la noche, no quería que Alex la viese así de nuevo.

—¿Por qué te tapas? —Se encogió de hombros mirando hacia el otro extremo de la pequeña cabaña.

El olor a bacón frito inundó sus fosas nasales y le sirvió de ayuda para no responder a esa pregunta tan obvia. Alice se levantó, agarrando con fuerza la sábana y, sin pedir permiso, se acercó a la bolsa que reposaba en la mesita en frente de la chimenea y sacó el bacón para luego meterse uno en la boca, provocando que un gemido se le escapara desde lo más profundo de su garganta. Alex la admiró a un lado, volviéndose loco por escucharla gemir, aunque solo sea por el sabor que le proporcionaba la comida recién hecha y, a



decir verdad, ya estaba fría, pero aun así a ella le encantó.

—Esto está delicioso —dijo con la boca llena, pero tapándose con la mano.

—Lo sé, es el mejor bacón frito de todo Tennessee —aseguró acercándose a ella y quitándole el que estaba a punto de meterse en la boca.

—Eh, coge tu propio trozo, ese es mío —replicó cabreada.

Odiaba que le quitaran la comida de las manos, así como hacía Ryan. Y solo eso hizo que algo en su interior la atenazara de nuevo, provocando que algunas lágrimas cayeran por sus mejillas. Alex pensó que era por haberle quitado la comida y, como estaba embarazada, lo achacó a que estaba más sensible que de la cuenta. Se acercó a ella y se lo devolvió.

—Siento haberte quitado esto. —Alice lloró igualmente—. Pero no llores, ya te lo devolví.

—No es por eso. —Sollozó—. Es que Ryan hacía siempre lo mismo, me quitaba la comida de las manos y yo siempre odié que lo hiciera y ahora deseo que lo haga, pero ya no está y... y yo no lo soporto, Alex. ¿Por qué no está?

La abrazó y el recuerdo de la conversación con el charlatán que decía ser su hermano lo atravesó por completo. Si Alice supiera lo que estaba pasando, de seguro lo buscaría para hacerle mil preguntas. «Claro, eso es. Preguntas». Reconoció que podría haberle hecho alguna para coger más datos, para pillarle en la mentira, en la malvada broma que le estaba haciendo, pero ya era tarde, lo había echado de su vida.

Desayunaron juntos, sentados en el sofá. Alice aún seguía triste, aunque no se lo dejaba ver a Alex para no preocuparlo. Y todo estaba cada vez más tenso entre ellos. De pronto, el móvil de él comenzó a sonar, lo miró y al comprobar que se trataba de Karla, lo ignoró dejándolo en la mesa. No estaba de ánimos para discutir con su «esposa» por no haber pasado la noche en casa, aunque en realidad llevaban meses sin dormir en la misma habitación, cosa que Alice aún no sabía. Desde que regresó de Londres, no pudo compartir más la cama con esa loca que lo único que hacía era hacer la vida

de Alex una mierda. Los primeros días fueron una discusión tras otra y, para que mentir, seguían en la misma tesitura.

—¿Por qué no lo coges? Es normal que te llame si no dormiste con ella anoche, Alex. Además, no creo que le guste saber que pasaste la noche conmigo —expresó ella tocando su mano.

—Hace meses que no dormimos juntos, así que me da igual lo que diga o piense. Ella sabe mis sentimientos y la verdad es que jamás la amé.

Alice lo escuchaba con atención, esperando la historia de Alex, aunque sinceramente no estaba preparada para saberlo todo. Total, ella se marcharía de allí en solo unas horas y no había vuelta atrás. Ya todo se acabó, todo lo que podía pasar entre ellos, no pasará y era mejor aceptarlo que vivir engañándose más tiempo.

—No creo que debas contármelo, Alex.

—¿Por qué? Siempre me echaste en cara que no sabías nada de mi vida y ahora que quiero contártelo todo no quieres. No te entiendo, Alice, de veras que no —farfulló mirando hacia el otro lado.

Solo mirarla le dolía, mirar y no poder tocar, no poder besarla. ¿Por qué tuvo que ir a buscarle? ¿Para qué si su intención era largarse? No la entendía, aunque no se entendía ni él.

—Lo siento, Alex, pero creo que es mejor que me vaya y sigamos con nuestras vidas como hasta ahora. Está claro que ella debe estar contigo y yo, yo tengo mis planes —explicó intentando parecer sincera, aunque por dentro estuviera pensando lo contrario.

—Entonces, ¿para qué viniste? ¿Acaso pretendes volverme loco, Alice? No soy ningún juguete con el que poder jugar... Tengo sentimientos —adujo con la garganta seca.

Ella se levantó y bajo su atenta mirada cogió su ropa ya seca y comenzó a vestirse. No quería estar más tiempo ahí. No podía responder a nada más sin salir lastimada otra vez, y estaba cansada, agotada de sufrir y solo quería... Necesitaba paz, una paz que solo una persona le proporcionaba y que ya no lo

hacía, y lo odiaba, odiaba que la dejara. Lo odiaba a él por hacerle la vida tan complicada y no ser como Ryan. El haberlos comparado fue la gota que colmó el vaso para ella, y eso solo le hacía ver que realmente no sentía lo que creía por Alex y que, al final, lo mejor era irse para no volver jamás.

—Siento haber venido para nada Alex, pero pensé...

—¿Pensaste? ¿Y qué pensaste, Alice? —ironizó.

—No me hables así.

—No te hablo de ninguna manera.

—¡Sí! Sí lo haces y me duele —murmuró reprimiendo las ganas que tenía de tirarle cualquier cosa que encontrase, a su paso, a la cabeza.

—Pues siento hacerle daño a la Sra. Rawson —se disculpó de mala manera—. ¿Tú crees que me gusta que me hagan creer que me quieren para luego decir lo contrario? —preguntó. Ella negó—. Entonces, ¿por qué lo haces? ¿Por qué has venido aquí haciéndome creer algo que no es? Jamás podrás amarme como lo amaste a él y Ryan siempre será un fantasma entre nosotros.

No quería discutir con él, pero estaba claro que acabarían mal y, si ese era el fin, pues era la mejor manera. Mejor odiar que anhelar algo que podía haber sido y no será. Alice caminó hasta la puerta y la abrió después de terminar de arreglarse. Alex fue tras ella y cogió su brazo para impedir que se marchara.

—Déjame, Alex. —Se soltó de su agarre.

—No, Alice, no puedo dejarte. ¡NO LO ENTIENDES! Odio desearte tanto. Odio amarte como lo hago y odio que juegues conmigo...

—Yo te odio a ti con la misma intensidad que te deseo, pero no puedo sentir esto porque tú estás casado y no seré yo la que arruine un matrimonio. Lo siento, pero lo mejor para todos es que me vaya y no me vas a detener, Alex.

Alex se acercó a ella y, cogiéndola por la cintura, la levantó con cuidado de no hacerle daño en el vientre, obligándola a enroscar las piernas alrededor de su cintura. Alice no se lo esperó, pero tampoco se quejó. Alex devoró su boca

con ansias de poseerla, desesperado por hacerla suya de una vez, y si este era su final, qué mejor despedida para martirizarse por el resto de su vida.

## Capítulo 18

Mientras tanto, en el pueblo seguía Peter, quien esperaba volver a ver a Alex o, en su defecto, a alguien que lo conociera y le dijera dónde vivía. No tenía intención de marcharse, no hasta poder aclarar todo lo que le estaba pasando. Se sentó en uno de los bancos, frente a la tienda de Chelsea y esperó, esperó a que pasara el tiempo, allí sentado estaría hasta que pudiera recordar algo más para decirle a ese chico que no le creía, aunque después de todo era normal, si Ryan estaba muerto y venía alguien diciendo que era él.

«No soy Ryan... Soy Peter, ¡joder! No, ¿por qué tengo esta sensación de estar equivocándome? ¿Por qué siento que realmente soy Ryan? Es como estar engañándome a mí mismo», se decía malhumorado.

Se levantó exasperado y caminó hasta esa tiendecita tan peculiar. Se fijó en el cartel lleno de colores donde ponía: «Chelsea *ultramarine colors*», y sonrió por la armonía que este le regaló al entrar. El olor a café recién hecho inundó todos sus sentidos, deseaba poder beber una taza. Se acercó al mostrador y vio a la pequeña muchacha con el cabello recogido en un moño revuelto, cantando mientras movía las caderas. Le gustó verla tan relajada y la observó por un largo tiempo, hasta que ella se dio la vuelta y se asustó al comprobar que alguien la miraba.

—Mierda, me has asustado —expresó la chica avergonzada.

—No te preocupes, no quise interrumpirte... Lo pasabas muy bien —se burló.

Chelsea levantó las cejas sugestivamente y lo escrutó con la mirada.

—¿Qué quieres?

—¿Así tratas a todos los clientes?

—No, solo a los que se quedan espiando.

Ryan se carcajeó tan fuerte que ella le tiró un bocadillo en la cara, provocando el silencio total de él. No le gustaba que se burlaran de ella y mucho menos si era un extraño como ese chico de ojos miel.

—¡Auch!, me hiciste daño. Se nota que este bocadillo lleva ahí más de una semana. ¡Parece una piedra! —exclamó sobando su cara, justo en la zona en la que chocó el pan.

—Es que lo tenía guardado para cuando vinieran capullos como tú. Y ahora, ¿qué quieres? —volvió a preguntar.

—Vale, vale... Lo siento. —Alzó los brazos en modo de rendición—. Solo quería un café y algo de comer.

Chelsea fue hasta la cafetera y sirvió en una taza café, después le añadió leche y por petición del señorito, dos azucarillos. Se lo dejó en el mostrador y él lo cogió para irse a una de las mesas de fuera. No era una cafetería, pero tenía de todo y agradeció que tuviese donde sentarse. Tras darle las gracias y esperar a que ella le calentase un poco el bocadillo, esperó sentado. Minutos después, Chelsea salió de la tienda y se lo puso en la mesa, se dio la vuelta para dejarlo solo, pero él la frenó.

—Espera, ¿podría hacerte un par de preguntas?

—¿Eres periodista o algo? —Negó y algo de él la hizo confiar—. Vale, ¿qué quieres?

—Gracias... No sé con quien hablar de esto, porque la persona que venía buscando no me cree.

—Al grano.

—¿Crees en las reencarnaciones o fantasmas?

Chelsea abrió los ojos sorprendida, jamás nadie le preguntó por ello y a ella todo ese misterio le encantaba.

—Espera un momento.

Se levantó y entró en la tienda para buscar su libro esotérico. Por eso era la rarita del pueblo, porque le gustaban esas cosas. Cuando encontró lo que buscaba, salió y volvió a sentarse frente a ese chico que tan interesado estaba sobre el tema. Abrió el libro bajo su atenta mirada y paró en la página indicada para después comenzar a leer:

—La reencarnación es la creencia que consiste en que la esencia individual de las personas (ya sea mente, alma, conciencia o energía) adopta un cuerpo material no solo una vez sino varias según va muriendo. Esta creencia aglutina de manera popular diversos términos: metempsicosis, que viene del término griego «meta» (después, sucesivo) y «psyche» (espíritu, alma), transmigración (migrar a través), reencarnación (volver a encarnar), renacimiento (volver a nacer). Todos estos términos aluden a la existencia de un alma o espíritu que viaja o aparece por distintos cuerpos, generalmente a fin de aprender en diversas vidas las lecciones que proporciona la existencia terrena, hasta alcanzar una forma de liberación o de unión con un estado de conciencia más alto.

—¡Vaya, sí que crees en ello! —exclamó y ella asintió.

—¿Por qué lo preguntaste? Yo creo en todo esto, pero nunca nadie me había preguntado. ¿Acaso conoces a alguien que le esté pasando algo similar a lo que he leído? —Se interesó.

—A mí.

Chelsea abrió los ojos tanto que se le saldrían de las órbitas. ¿Era una broma? No podía ser verdad lo que estaba presenciando y la asustaba tanto como le atraía. Ella miró hacia ambos lados antes de que él le dijera nada sobre el tema, pues estar en un pueblo pequeño es que todo el mundo se entera de cualquier cosa y si ya la tenían como la loca que cree en fantasmas, sería peor si la escuchaban hablar con alguien de eso. Se levantó y lo obligó a seguirla. Entraron en la tienda y cerró la puerta con llave.

—¿Por qué tanto misterio? —preguntó él confundido.

—Aquí no podemos hablar. Ven, sígueme.

Caminaron hasta el interior de la tienda, cruzaron una puerta y había un apartamento. Ahí vivía ella, sola. Era acogedor, aunque un poco raro. Todo era un caos, los colores, los muebles y un extraño olor a cítrico. Nada tenía sentido en ese apartamento, pero a él le transmitía tranquilidad. Lo obligó a sentarse en el sofá y ella se sentó a su lado.

—Ahora puedes contarme todo lo que quieras.

—¿Conoces a Alex Rawson? —preguntó él y ella asintió con el ceño fruncido.

—Pues su hermano, Ryan, se mete en mi mente y a veces creo que soy él. Es como si su alma me estuviera utilizando para comunicarse y me está volviendo loco, porque me vienen recuerdos como si los hubiera vivido yo. ¿Me entiendes? —Asintió acojonada, pero interesada a la vez—. Vine aquí con el propósito de saber qué me pasaba, pero Alex no me creyó y después de darle muchas vueltas a la cabeza, he caído yo mismo en la cuenta y ya no sé qué hacer.

Chelsea se levantó y comenzó a dar vueltas de un lado al otro, pensando en las posibilidades de poder averiguar ella misma lo que quería Ryan o dejar que pase lo que tenga que pasar y que él mismo hiciera lo que desee antes de irse para siempre. No le gustaría estar en el lugar del chico, pero menos en el de Alice y Alex. Volver a saber de su esposo en forma de persona, alguien que le hable como lo hacía él... No, no era plato de buen gusto y, después de eso, ella iba a sufrir mucho más. Se paró frente a él y pensó la manera de convencerle de que lo mejor era dejar que él se pronunciase.

—¿Cómo te llamas?

—Peter.

—Peter, debes dejar que Ryan termine antes de irse. Por algún motivo que desconocemos, él no se ha ido y estuvo deambulando hasta que llegó a ti. Siento que te esté pasando esto, pero lo mejor es dejarlo.

—Es que me vuelve loco y ni siquiera puedo dormir tranquilo porque mis



sueños son todos de su vida. Hay una chica rubia, una de la que solo me deja ver sus ojos y no me deja saber más.

Estaba perturbado, agobiado y lo único que quería era que todo pasara rápido para poder volver a su vida, esa vida que tuvo que dejar atrás por culpa de ese hombre que no lo dejaba vivir. ¿Por qué a él? ¿Acaso no había más personas en el mundo donde meterse?

—Es Alice. —La miró extrañado—. La chica que ves en tus sueños, se llama Alice y es la viuda de Ryan.

Al decirle eso se paralizó.

—Claro, era ella.

Chelsea no entendía a qué se refería y ya estaba llegando a pensar que de verdad se estaba volviendo loco.

—En el avión conocí a una chica embarazada que se llamaba Alice y cuando le dije mi nombre, o sea, el de él, se puso a llorar y me contó que su marido había muerto y que se llamaba como yo. O sea, como...

—Sí, sí... Te estoy entendiendo. No hace falta que me digas todo, entiendo a la perfección cada detalle.

Estaban atando cabos y el haberla visto en ese avión no había sido casualidad. Peter tampoco creía en el destino, pero estaba claro que esto lo puso en la situación en la que se encontraba. ¿Cómo salir de todo sin tener que sufrir un infarto? Esa pregunta se la hizo en más de una ocasión, pero no tenía respuesta para ello y, al final, tendría que hacer lo que la menuda chica —rara y graciosa—, le había dicho.

Como no sabía dónde ir, le pidió a ella ayuda y muy amablemente le dejó el sofá para que pasara el tiempo que Ryan necesitara hasta conseguir terminar con lo que comenzó. Peter se lo agradeció enormemente y solo esperaba que no tardase demasiado, pues le urgía volver a Londres. Su familia lo necesitaba y él ni siquiera había informado del viaje que estaba haciendo.

—Por cierto. ¿Y de que conoces a Alex?

—Es mi primo, por eso creo que hoy deberías dejarle... Tiene un humor de

perros y no creo que le guste saber más de lo que ya le dijiste. —Asintió rendido.

Las horas pasaron y con ello la noche... Alice y Alex estaban recostados en la cama de nuevo. Habían pasado todo el día ahí metidos. Peleas, besos y, no, no llegaron a nada más que eso, ella no estaba preparada, aunque se muriera de ganas. Él se limitó a sentirla, acariciarla y besarla cada vez que quería.

—Alice, ¿estás dormida?

—No.

Besó su cabeza a la vez que la obligaba a mirarle a los ojos. Cada vez pasaban más rápidas las horas y, con ello, la hora de la despedida. No quería que se marchara y, si para eso tenía que retenerla en esa cabaña por días, lo haría. Al menos, sabía dónde estaba y podría vivir ahí más tranquila, en vez de llevarla a su casa. Se miraron en silencio y él se acercó para besar sus labios con dulzura, una dulzura que a ella la descontrolaba y provocaba. Al separarse, pegó su frente a la de ella.

—No te vayas todavía, por favor. Quédate al menos un par de días... Te necesito, Alice —suplicó y ella se quedó pensando.

No quería irse, pero tampoco quedarse. No quería tener problemas con Karla y sabía que, si se quedaba, los tendría, pero también tenía la certeza de que Alex no la dejaría sola con esa arpía.

—Está bien. —Se incorporó de golpe—. Me quedaré, pero solo dos días y me voy para siempre, Alex. Pronto tengo que comenzar a prepararme para la universidad y no puedo quedarme aquí para siempre.

—Ya me gustaría, pero me conformo con estos dos días.

Decidieron que era hora de volver al rancho y salieron de la cabaña, la misma que guardaría todos sus sentimientos, los que no podían sentir. Subieron a la camioneta y Alex arrancó en dirección a «su hogar». Como dijo cuando volvió: «Hogar, dulce hogar».

Alice estaba nerviosa, y ¿cómo no estarlo si se estaba metiendo en la boca del lobo? Cuando llegaron, Karla salió hecha una furia de la casa, le pegó una

bofetada a Alex, y cómo no, a Alice no la sorprendió que lo hiciera. Siendo sincera, ella habría actuado de la misma manera o peor.

—¿Qué demonios hace aquí? Pensé que se había largado —escupió furiosa refiriéndose a Alice.

—Ella se llama Alice, es mi cuñada y mi invitada y se quedará un par de días con nosotros, así que más te vale dejarla en paz, Karla, o ahí sí que me vas a conocer —la amenazó y se quedó callada, aunque sin dejar de mirar a Alice como si quisiera matarla.

Alex cogió la maleta y ambos se encaminaron hasta el interior de la casa. Alex le mostró primeramente su habitación, pues sabía que ella necesitaba un baño y descansar. Tras dejarla en el dormitorio, le dio un beso en la mejilla y salió de allí para dejar que se pusiera cómoda. Una vez sola, se sentó en la mullida cama y suspiró pensativa.

—¿Dónde me he metido? —se preguntó al tiempo en que la puerta se abría y dejaba entrar a una Karla con cara de asesina.

—No sé cuáles son tus intenciones con Alex, pero te advierto que como te acerques a él más de lo debido, te arranco la cabeza. ¿Me has entendido?

Alice la miró levantando una ceja mientras se retorció los dedos de las manos. No iba a dejar que la tratara así, pero tampoco se pondría a su nivel, así que se propuso ignorarla y eso hizo, hasta que Karla, cabreada de no conseguir nada de ella, salió de la habitación echando humo por las orejas. Bufó al quedarse sola y solo esperaba que los días pasaran rápido para volver a su rutina.

## Capítulo 19

Se dispuso a sacar varias cosas de la maleta y con eso poder buscar su móvil. Seguramente su padre la habría llamado cientos de veces para saber de ella y estaría muy cabreado por irse de esa manera. Cuando lo encontró y encendió, comenzaron a llegarle todas las notificaciones, mostrándole lo que ella decía. Tenía al menos cuarenta llamadas de su padre, treinta de Mila y otras cuantas de Laura y Landon. No entendía por qué ese hombre seguía intentando acercarse a ella, después de que le dejase en claro que no podrían ser más que amigos. Entonces, cuando empezó a leer los mensajes, se preocupó con uno en especial. Era de Mila y no hacía ni cuatro horas que lo había mandado.

Mila: Alice, no entiendo por qué te has ido y mucho menos por qué apagaste el móvil para que nadie te encontrara. He intentado llamarte para decirte que hemos tenido que llevar a tu padre al hospital por una subida de tensión... Espero que leas esto pronto.

Entonces, buscó el número de su amiga en la agenda y una vez que lo encontró, le dio a la tecla de llamada. Seguramente estaban cabreadísimos con ella y no era para menos si desaparecía así, de la noche a la mañana y sin decir a dónde iba. Tras varios tonos, su amiga le respondió como toda una dramática.

—Joder, Alice, ¿crees que es normal lo que has hecho? No me puedo creer

*que te hayas ido así y que encima no sepamos a dónde mierda te has ido. Tu padre se puso mal y hemos tenido que llevarlo a urgencias.*

—Vale, vale, Mila. Lo he captado. Estáis cabreados y lo entiendo, pero tenía que irme y acabo de encender el móvil. No me acordaba de que lo había apagado. Lo siento.

Mila bufó exasperada e intentó tranquilizarse contando, aunque había veces, por no decir todas, que no lo conseguía ni llegando a mil.

—¿Sigues ahí, Mila?

—*Sigo aquí. No sé qué te llevó a irte, pero está claro que ya no tenemos esa confianza que teníamos antes, Alice. Ya no me cuentas las cosas y me duele que sea así.*

—Lo siento, tienes razón.

Alice caminó hasta la ventana y la abrió, necesitada de aire fresco, aire que le llenara los pulmones para volver a respirar y poder pensar con claridad, necesitaba encauzar su vida de una vez por todas y no lo conseguía.

—*Mira, Alice, sé que estás pasando por un mal momento, pero no puedes desaparecer así porque nos preocupamos por ti y hoy solo ha sido un susto, pero tu padre ya está mayor.*

Tragó saliva al pensar en la posibilidad de perder a su padre también y eso no lo soportaría, no en este momento tan delicado de su vida. Estuvo hablando por varios minutos más con su mejor amiga, que le contaba cómo estaba su padre que, gracias a Dios, ya descansaba en casa. Quería llamarle, pero Mila le dijo que no era momento para eso y que lo hiciera más tarde. Después colgó y, aunque su amiga le hizo mil preguntas de dónde estaba, no le respondió para que no le reprochara nada más.

Se quedó un momento ahí, mirando por la ventana, viendo el atardecer y era precioso, tanto que le habría gustado vivir en un lugar así, donde no hubiera problemas, donde la tranquilidad fuera la reina de la casa. Imaginó una vida ahí, con Ryod correteando por el campo o montando a caballo junto con Ryan que lo miraría con una gran sonrisa. Esa era la vida que ella quería

y era la que nunca tendría, no con él. Las lágrimas hicieron acto de presencia y se las secó en seguida, cansada de tanto llorar y de ser tan débil. Tenía que comenzar a ser una mujer más fuerte y no dejarse pisotear por nadie, y la primera a la que no dejaría hacerlo sería a Karla.

Se dio la vuelta y, más tranquila, le echó un vistazo al dormitorio; era bastante acogedor. Las paredes estaban pintadas de amarillo, pero no un color fuerte, sino un amarillo suave y bonito. En la cama, reposaba una colcha de color verde agua, con florecitas del mismo color que las paredes. No era una habitación muy cargada, solo una mesilla de noche y un escritorio con un espejo. Parecía la habitación de una niña y, seguramente, era de Karla. Se acercó al escritorio, un cuadro con una foto de una familia estaba sobre él. La miró con detenimiento y ahí estaba ella. La casa era de Karla y su familia y, a decir verdad, no le sorprendía que el rancho no fuera de Alex, sino de su esposa.

Se sentó un momento en la cama, pensaba en todo lo que tenía que soportar el poco tiempo que había decidido quedarse ahí para estar con Alex. Se levantó para ir al baño y poder relajarse dándose un buen baño. Lo necesitaba tanto. Llenó la bañera y, tras desnudarse, se metió en ella. Sintió el calor en su cuerpo e, inmediatamente, se hundió, quedándose unos segundos así, bajo el agua, dejando su mente en blanco.

\*\*\*

—Alice, ¿estás ahí? —preguntó tocando en la puerta.

Hizo la misma acción tres veces y ella no respondió. Se asustó recordando el día que Alice se encerró y se quedó dormida en la bañera. Abrió y fue directo al baño, donde la encontró, tal y como había pensado, dormida dentro de la bañera. «¿Cuánto tiempo llevarás ahí?», pensó acercándose. Se sentó en la taza del váter y la observó con tranquilidad. Era tan hermosa, tan dulce.

—¿Por qué me habré enamorado de ti? —murmuró.

Posó una mano en su mejilla, acariciándola despacio, sintiendo el calor que esta desprendía, llenándose de la tranquilidad que siempre le transmitió. La necesitaba tanto, la deseaba tanto... No recordaba, en realidad, cuándo se dio cuenta de que la amaba, simplemente lo supo y ya no podía olvidarla y mucho menos alejarse de ella. ¿Cómo haría para poder estar con ella? ¿Cómo dejar de ser un cobarde y dejar al fin a su esposa? Hubo un momento en el que lo tenía claro, dejaría todo atrás, pero el padre de Karla lo amenazó con dejar a su hija en la calle si eso pasaba. No podía permitir que eso pasara y, aunque no amaba a Karla, tampoco podía dejar que ella y su hija acabasen en la calle por su culpa.

Alice se removió al sentir una mano cálida acariciarla, abrió los ojos y lo miró. Se puso nerviosa, pues no quería que la viera así, tan vulnerable ante sus ojos.

—¿Qué haces aquí, Alex? —titubeó intentando levantarse para poder taparse.

—Lo siento, no quise molestarte.

Se levantó y se puso de espaldas por ella, para que se sintiera mejor, aunque ya la había visto, la había tocado y se moría por volver hacerlo. Volver a tocarla, besar su cuerpo, amarla como merecía, pero odiaba no poder hacerlo.

—Me quedé dormida. ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?

—Solo unos segundos —mintió—. Vine para decirte que la cena ya está lista... Karla se marchó a cenar con sus padres.

Suspiró relajada, saber que ella no estaría en casa, la tranquilizaba. Cuando se puso el albornoz, pasó por su lado y cogió otra toalla para secarse el cabello. Alex cogió su brazo e hizo que se diese la vuelta, necesitado de mirar sus ojos, sus labios. Añoraba besarla y solo hacía horas que no lo hacía.

El silencio reinaba en el pequeño cubículo. Solo el simple hecho de saber que estaban solos en casa, a ella la ponía nerviosa, y a él... Él solo deseaba tenerla entre sus brazos, aunque solo fueran unas horas. Alice suspiró mientras movía la cabeza hacia la derecha para dejar de mirarle. Ella también

deseaba lo mismo, pero era imposible y contra eso no podrían luchar, por mucho que se empeñasen.

—No, Alice, por favor... No dejes de mirarme —pidió él con la voz quebrada.

—Es que sabes que no podemos y tú sigues intentándolo. Lo siento, Alex, pero esto se acaba en dos días y no volveremos a vernos —expresó separándose de él—. Ahora si me disculpas, quiero vestirme.

Asintió y, tras mirarla de nuevo, salió de la habitación para dejarla a solas y así poder vestirse con tranquilidad. Cuando por fin cerró la puerta, ella reposó allí la espalda, al igual que Alex al otro lado. Ambos lo estaban pasando mal, pero también sabían que todo era tal y como decía ella.

Suspiró y caminó hasta la ropa que tenía doblada, cogió el vestido de algodón de color rosado y, tras ponerse la ropa interior, se lo puso. Estaba descalza y no tenía intención de ponerse nada. Hacía bastante calor y así se sentía más cómoda. Unos minutos después de haberse peinado, salió de la habitación y bajó las escaleras para ir directa a la cocina. Al no llevar calzado, iba sigilosa y aprovechó eso para poder observar a Alex mientras servía la comida en cada plato. Se le veía relajado, aunque sin borrar su ceño fruncido. Eso lo hacía ver más sexi y ella babeaba con eso. Carraspeó y él levantó la mirada del plato. Una sonrisa dibujó su rostro.

—¿Te ayudo?

—No te preocupes, ya está todo listo... Siéntate.

Caminó hasta la mesa donde dejó los platos y, después de servirle un vaso de zumo de naranja, se sentó frente a ella.

Le encantaba estar así con Alice, tranquilo, sin nada ni nadie que los pudiera amargar y justamente eso era lo que él necesitaba, lo que ambos necesitaban para ser felices y olvidar juntos todos los sucesos que habían sucedido en tan poco tiempo. Aunque, solo había algo que ella no podría olvidar y eso era el amor que sentía por Ryan, y que lo convertía en un recuerdo para toda la vida, el recuerdo del amor tan fuerte que sintió una vez



y que, sabía, no volvería a sentir con la misma intensidad por nadie más.

Cuando terminaron de cenar, ella se levantó para recoger la mesa, pero Alex no la dejó y la obligó a sentarse de nuevo.

—Oh, Alex. Deja que yo recoja, es lo justo. Tú lo preparaste todo y yo...

—Y tú te quedas sentada que yo recojo.

—Pero...

—Nada de peros, Alice. Tienes que descansar,

Ella sonrió con ternura y él se derritió al instante. Alice, al darse cuenta de cómo Alex la miraba, se puso seria.

—No, Ali, no borres tu sonrisa nunca... Es la más hermosa que he visto jamás —expresó nervioso.

—Lo siento.

—No tienes porque decir lo siento y mucho menos porque yo esté enamorado de ti como un loco, y cada vez que veo tu sonrisa es como... es como si me hubiese muerto y llegado al paraíso —declaró y ella se sonrojó.

Alex caminó hasta ella, dejó de nuevo los platos en la mesa y la cogió con delicadeza por la cintura. En un principio pensó que ella se apartaría, pero para su sorpresa no lo hizo, y lo único que necesitaba en ese momento era su contacto, daba igual la manera, solo abrazarla y sentir los latidos de su corazón.

Por un momento, solo unos minutos, se quedaron en silencio, prendados... Mirándose como dos enamorados, como dos personas que no ven más allá de ellos mismos. Alice, en los brazos de Alex, temblaba como una hoja en otoño, a punto de caer del árbol, aunque no sintiera realmente la caída, porque sabía que él estaría ahí para cogerla. Sin avisar, sin decir ni una sola palabra, Alex la besó, pegó sus labios en los de ella y ahí podría jurar que fue cuando murió y llegó al paraíso, aunque a uno que parecía solo un espejismo.

El roce de sus labios, solo un roce, hacía que necesitaran más, que necesitaran mucho más, pero no podían; y solo pensar en eso por unos instantes era suficiente para darle el valor de separarse y poner distancia entre

ambos. Y eso fue lo que hizo Alice. Lo miró a los ojos y, sin pronunciar palabra, salió de la cocina y por consiguiente de la casa.

Alex se quedó ahí plantado, como si aún creyera que ella estaba entre sus brazos, pero lo cierto era que sabía que era todo lo contrario y le dolía, dolía porque era otra prueba, otra que ella le ponía para que cesara en su empeño de estar con ella, aunque Alice muriese por estar entre sus brazos. Tenía que dejar a Karla, pero ¿cómo hacerlo? No tenía fuerzas y mucho menos valor para enfrentarla. Debía encontrar una salida para poder estar con la mujer que realmente amaba.

## Capítulo 20

La oscuridad la envolvía y, mientras caminaba por aquellas tierras, miraba al cielo, buscando una estrella; pero no había ninguna, solo había soledad. Se acercó a los establos para curiosear. Quería ver los caballos, a ella le encantaban y, aunque sabía que en ese momento no podía montar, le habría encantado hacerlo. Nunca lo hizo, nunca montó. Cuando entró, se fijó en solo uno de los caballos que allí se resguardaban del frío y de la lluvia que estaba a punto de caer. Contó para saber la cantidad y pudo comprobar que tenían ocho, pero solo uno la encandiló. Era un caballo negro con manchas blancas, con el pelaje era sedoso, cuidado, y le encantó que así fuera. Se acercó y hubo un momento en el que pensó que se asustaría, pero no lo hizo, en cambio se quedó quieto y dejó que Alice lo acariciara.

—Se llama Niebla —murmuró Alex tras ella.

Alice no lo miró, solo asintió mientras seguía enamorándose de Niebla. El animal le demostraba lo agradecido que estaba al sentir sus caricias y su amor, pues ella era así, amorosa, dulce con lo que quería y amaba y los animales le encantaban.

—Es precioso —respondió.

—Sí que lo es y es el único mío, de mi propiedad... Todos los demás son de la familia de Karla —explicó y ella se puso nerviosa—. Lo vi cuando tan solo era un bebé y estuve ahorrando por meses para poder pagarlo. Es lo único que tengo aquí, lo único que quiero en este lugar.

La voz de Alex se escuchaba triste, apagada y a ella se le partió el corazón en dos, sabiendo que él tampoco lo pasaba bien en esa casa, pero que no le quedaba otra que vivir así y con una mujer que no amaba por el resto de su vida.

Alex se acercó y puso una mano encima de la de Alice, acariciando juntos al caballo, y era mágico. Ella no lo miraba, él sí que lo hacía. ¿Y cómo no hacerlo? Si ver su rostro tranquilo era lo más hermoso que había visto jamás. El amor que él sentía por ella cada vez era más grande y deseaba que su vida fuera diferente, para poder darle ese amor, para poder luchar y estar con ella.

—Eres preciosa —dijo muy cerca de su oído, estremeciendo cada parte de su piel al sentir su aliento.

Un «gracias» fue lo único que sus labios le permitieron decir, sin poder aun cruzar la mirada con él, pero sintiendo sus ojos clavados en toda ella, en todo su cuerpo. Los latidos de su corazón se aceleraron a la vez que su respiración se volvió pesada. La boca se le reseco, eso provocaba Alex con sus caricias. Él había metido su mano por debajo del vestido, subiendo por su trasero hasta llegó a su espalda desnuda. Ahí acarició con suavidad su piel y no podía decir que no le gustaba, pues sería mentirse a sí misma.

Se dio la vuelta y la luz de la luna, que aparecía de pronto pues las nubes habían dado una tregua, iluminó el establo y pudieron verse. Los ojos de Alex brillaban y la miraban con un amor que la desmoronaba, que la dejaba maravillada en ese instante. ¿Cómo luchar con algo así? Ya no le quedaban fuerzas para apartarse de él. Ya no quería apartarse y le dolía saber que solo le quedaban juntos dos días. Pensaba y pensaba y estaba cansada de hacerlo, porque no sirve de nada cuando tu mente dice una cosa y tu corazón otra. ¿De qué servía meditarlo tanto si tu cuerpo te pedía a gritos que lo hicieras? Estaba agotada y no dejaría que pasara más tiempo sin poder perderse entre los brazos de Alex de una vez por todas. Y si esta noche era esa noche en la que él al fin la haría suya, pues que así fuera.

Dejando la mente en blanco, se acercó a él y lo besó con ferocidad, con

ansias y deseo, con hambre y pasión. Lo besó con ese amor que un día sintió con intensidad por un hombre y en un momento compartió con otro, y este luchaba por quedárselo al completo. Alex no dejó que se arrepintiera y metió la otra mano bajo el vestido, ayudándose al fin para dejarla desnuda ante él. La contempló como el que admira una escultura, un cuadro, un poema, una carta de amor, un campo lleno de flores. Eso era Alice para él... Todo lo hermoso que había en el mundo era ella y lo quería todo.

—¿Estás segura? —se atrevió a preguntar.

—Sí, lo estoy y lo deseo tanto como tú.

No dejó que sus labios dijeran nada más e inundó su boca con su lengua, mezclándose con la de ella, haciéndose el amor, jugando y adorándola. La cogió en brazos y quiso llevarla hasta la casa, pero ella negó.

—No quiero que me hagas el amor en tu casa... Quiero que me ames aquí y ahora.

No se hizo esperar, la dejó unos segundos en el suelo y cogió una de las colchas que dejaban allí para cuando hacía demasiado frío. La puso encima de la paja y después ayudó a Alice a recostarse encima de ella. Alex se colocó con cuidado de no hacerle daño en su abultado vientre, sobre ella, sosteniéndose con sus brazos. La besó de nuevo, no podía dejar de hacerlo. La saboreó como tanto ansiaba y, mientras se sostenía con uno de sus brazos, el otro lo bajó hasta el sexo de ella para acariciarlo por encima de la fina tela de algodón de sus braguitas, mandándole descargas eléctricas a todo su ser.

Alice con manos temblorosas, abrió botón por botón la camisa de Alex y acarició su torso duro y suave, con leves caricias que lo hacía ponerse nervioso. Si solo una caricia provocaba eso en él, no podía imaginar lo que sería sentirla al completo, entrando en ella.

—¡No puedo más, Alice! —exclamó con la voz entrecortada mientras pegaba su frente a la de ella.

—Pues no esperes más.

Con la ayuda de ella, bajó sus pantalones, seguidos del bóxer, para dejar al

descubierto su duro miembro, preparado para ella. Alice lo miró con los ojos bien abiertos y la boca reseca. Se mordió el labio inferior y se atrevió a bajar su mano para poder acariciarlo. Alex cogió su mano para pararla, pues sabía que, si ella lo tocaba, acabaría antes de tiempo y no estaba dispuesto a eso. Le quitó las bragas con delicadeza y ella abrió las piernas, dejándole ver lo preparada que estaba.

Excitados a más no poder y deseosos de sentirse al fin como tanto habían soñado. Alex se colocó en medio de sus piernas, sin dejar de mirarla a los ojos y besándola a cada segundo para amarla, para que viera que no solo era sexo lo que quería de ella. Para que supiera que realmente le hacía el amor.

—No sabes las veces que he soñado con este momento y ahora, que estoy a punto de cumplirlo, no sé cómo actuar. Estoy nervioso —declaró y ella cogió sus mejillas y acercó su boca.

Lo calló con un beso y ahí fue cuando ya no pudo más y entró en ella despacio, con delicadeza. Alice gimió en su boca al sentirle por fin y un ronco sonido salió de lo más profundo de su garganta.

Los movimientos de Alex eran pausados, lentos, como si no quisiera que acabase nunca ese momento, ese preciso momento en el que por fin la hacía suya. Alice suspiraba, gemía despacio, como si no quisiera que nadie los escuchara, aun sabiendo que estaban solos.

Se perdieron en ellos, en la soledad y oscuridad de la noche, en ese establo que fue testigo del amor que ambos sentían, porque, aunque Alice no quería reconocerlo, jurándose a sí misma que no lo amaba, sabía que sí, que sentía más de lo que podría decir, mucho más de lo que pensó. La culpa era lo único que la frenaba, la culpa de acostarse y amar a su cuñado, al hermano de Ryan. Él siempre iba a estar en su corazón con su recuerdo y jamás podría amar a nadie como lo amó a él. Pero se enamoró de Alex, sin darse siquiera cuenta comenzó a sentir por él algo que no sabría descifrar y ya no podía negarlo más.

—Te amo, Alice... Te amo más de lo que creí podría amar a nadie —

expresó sin parar de hacerle el amor.

Ella se emocionó y lo abrazó.

—Yo también te amo, Alex.

Él se sorprendió, creyendo que era una broma y la miró a los ojos para comprobar que no lo fuera y vio una mirada diferente, vio como en sus ojos reflejaba la sinceridad y lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. Había conseguido el amor de ella sin percatarse siquiera, sin saberlo y entonces, más que nunca, debía luchar para no perderla y dejar a la mujer que odiaba para irse con la que amaba.

\*\*\*

Alex dormía a su lado, agotado al igual que ella. Miró su rostro tranquilo y sonrió como una boba. Se levantó despacio de la paja y cogió otra de las colchas para poder arroparse con ella. Hacía fresco, aunque no era desagradable. Caminó fuera del establo y miró al cielo donde, por fin, estrellas lo dibujaban. Como siempre, buscó la más reluciente y suspiró al no encontrar ninguna que le hiciera sentir que era él.

—Lo siento, Ryan, siento que esto haya pasado, pero no he podido evitarlo más. —Suspiró—. Sé que juré que jamás te olvidaría y en realidad jamás podré hacerlo, pero me enamoré de él... Me enamoré incluso cuando aún seguía amándote a ti y no me di cuenta de todo lo que él me hacía sentir porque tú ocupabas todo mi mundo.

Caminó hasta un banco que allí había y se sentó. Su vida había cambiado tanto en tan poco tiempo... Estaba abrumada, desconcertada y lo único que deseaba era ser feliz de una vez por todas, daba igual la manera, conseguir lo que él le hizo prometer aquel día, seguir con su vida.

*(Flashback)*

Alice levantó las manos y le enseñó la pizarra dibujando una pequeña sonrisa en sus labios y él la imitó, enseñándole esos hoyuelos que se le marcaban cuando reía. Caminó hasta él y se lo dio para que comenzara a escribirle todo lo que necesitara hablarle.

«Sabes que te amo, ¿verdad?» —Fue lo primero que le escribió y ella asintió—. «Necesito pedirte algo».

—Lo que quieras, mi amor —respondió sentándose en la cama, frente a él.

«Necesito que me prometas que seguirás con tu vida».

Le enseñó la pizarra y ella se congeló, de todas las cosas que ella pensó que le pondría esa no estaba en la lista. Poco a poco, sus lágrimas comenzaron a salir y, al levantarse de la cama, empezó a negar.

—No me puedes pedir eso, Ryan. ¿Cómo se supone que debo hacerlo?

«Eres fuerte y yo siempre estaré contigo».

—No, no lo estarás. —Agachó la cabeza abatida, agotada—. En serio, la fuerza que quiero aparentar frente a ti cada vez se aleja más de mí. No puedo fingir algo que no tengo... En realidad, quiero llorar y gritar. Quiero pegarle a la pared hasta romper mi mano. ¿Lo entiendes? Por eso no quiero que me pidas eso, no ahora... No estoy preparada.

Ryan se tensó al escucharla decir todo lo que sentía y puede que aún siguiera vivo, pero verla así, lo estaba matando por dentro. Le dolía demasiado provocarle ese sufrimiento a la única mujer a la que había amado de verdad en toda su vida y odiaba tener que irse, pero ¿qué podía hacer él? Ya todo estaba hecho. Ya todo estaba dicho y todo estaba listo. Solo a la espera de que su corazón se parara.

«Lo siento, siento todo lo que te estoy haciendo sufrir... Me siento culpable por todas las lágrimas que has derramado por mi culpa».

Le enseñó la pizarra y ella se acercó a él para luego besarle.

—No digas eso, Ryan. Tú me lo has dado todo y es cierto que nuestro inicio no fue el mejor, pero me has hecho feliz todo el tiempo y eso es lo único que me importa. Te amo, te amo... Te amo más de lo que mi corazón pueda



*soportar —declaró recostando la cabeza en su pecho.  
«Yo también te amo, más que a mi propia vida».*

Recuerdos, bonitos y dolorosos recuerdos la habían atormentado durante mucho tiempo, pero ya podía respirar cuando Ryan entraba en su mente y no como antes... Cada vez que pensaba en él, sus ojos se llenaban de lágrimas y su corazón se paralizaba, como si la estuviese matando poco a poco, lenta y dolorosamente. Sus mejillas se mojaban, pero sonreía.

## Capítulo 21

Por la mañana, Alice estaba recostada en su cama mirando al techo, recordando el perfecto momento que la noche anterior le regaló. Todo acabó horas después cuando la loca de Karla llegó y lo fastidió todo, menos mal que ya estaban cada uno en su habitación descansando.

Karla llegó con ganas de pelea y comenzó a gritarle a Alex, buscando la bronca que se originó cuando lo culpó de su ansiedad, cosa que podría complicarle el embarazo, y eso él no estaba dispuesto a permitirle. Alice lo escuchó todo desde su habitación y, aunque se moría de ganas por salir a defenderle, no podía y era mejor quedarse quieta en la cama, mientras escuchaba los berreos de esa desequilibrada.

Se levantó cansada de estar acostada y fue a darse una ducha rápida. Por la noche estaba tan agotada que fue directa a la cama. Si hubiera pasado un cepillo por su cabello, se habría sacado paja que tenía enredada. En el baño, se miró al espejo mientras su mente comenzó a recordar parte de lo que vivió con Alex, el momento en el que por fin le hizo el amor, cuando le dijo que la amaba. Fue maravilloso y odiaba no poder salir y abrazarlo tan fuerte que no pudiese escapar de entre sus brazos mientras besaba sus labios con pasión.

Mientras tanto, Alex estaba en la cocina preparando café, cuando su amada esposa entró y se acercó a él por la espalda, abrazándolo como si fuese natural entre ambos.

—Buenos días, Ali —dijo él sin percatarse que se trataba de Karla.

Esta cabreada, siguió con el juego y, tras coger un trapo limpio, le tapó los ojos para después darle la vuelta y poder besarle sin tener que sentir el rechazo de ese hombre que una vez amó. Lo único que quería era molestarlo, sabiendo a ciencia cierta que él a quien realmente amaba era a la pequeña rubia que ocupaba su habitación de niña.

—Mmm ¿quieres jugar? —preguntó con una sonrisa—. ¿Por qué no hablas?

Lo besó en respuesta, justo en el mismo instante en el que Alice entraba en la cocina. Los vio y sintió como le hervía la sangre. Karla se dio cuenta de que ella miraba y lo besó con más ímpetu, hasta que Alex, se dio cuenta de que esa boca no era la de ella, sino, la de la loca de Karla. Se quitó el trapo de mala manera y la escrutó con la mirada, sin darse cuenta de que Alice seguía ahí parada, con los pies anclados al suelo y solo reaccionó cuando él la vio y pronunció su nombre.

Salió corriendo, saliendo de la cocina y de esa casa que ya odiaba... Quería salir de allí de una vez, olvidarse de todo lo que había pasado, de la noche que habían tenido juntos, aunque sabía que sería imposible lograrlo.

—¡ALICE! —gritó corriendo tras ella.

Pero no quería que la alcanzara y siguió corriendo aun sin conocer aquellas tierras, sin saber realmente a dónde ir. Solo quería desaparecer y poder borrar cada rastro de su tacto en la piel. Le ardía, pero era de rabia por haberse dejado embaucar por un hombre casado... Cuando consiguió lo que quería, lo vio con su esposa besándose como si fueran dos enamorados. No lo podía creer.

—¡ALICE, ESPERA! ¡TE CAERÁS!

Ella seguía huyendo, sin querer ser alcanzada. Miró atrás para ver qué tan lejos estaba y, sin percatarse de lo que había a su alrededor, tropezó con una piedra, provocando que cayera y quedase inconsciente. Alex aceleró y llegó hasta ella en segundos. Se le había hecho tan largo el camino y, cuando la vio caer, fue como si su corazón dejase de latir. La cogió en brazos y la llevó a

toda prisa de vuelta a la casa. La miró y una lágrima cayó por su ojo izquierdo y en ese momento, odió con más intensidad a Karla por haber hecho lo que hizo.

—Alice, por favor despierta... No me hagas esto —murmuró aterrado.

Cuando llegó subió hasta su habitación e ignoró la voz de Karla que iba tras él llamándolo como si se le fuera la vida en ello.

—¿No me oyes? —preguntó cogiendo su brazo cuando por fin la dejó en la cama.

Alex se dio la vuelta y la miró con un odio tan intenso que ella no pudo más que cerrar la boca y salir de la habitación nerviosa. Era la primera vez que él la miraba de ese modo y todo por culpa de Alice o eso pensaba ella.

Estaba preocupado por Alice y más cuando, tras quitar su mano de la cabeza, la tenía manchada de sangre. Se había dado un buen golpe y no despertaba. No sabía qué hacer y lo primero que pensó fue en llamar a su prima Chelsea para que avisara a su tío. Él era el médico del pueblo y el único que podría ayudarle en ese momento. Sacó el móvil de su pantalón y marcó el número de su prima, esta no se hizo esperar.

—Primo, ¿qué tal? ¿Cuándo vienes a verme?

—Chelsea, necesito que venga tu padre aquí urgente.

—Pero ¿qué pasó? Dime, Alex.

Bufó exasperado, pues su prima a veces era muy insistente y no se daba cuenta de la gravedad del asunto o de cualquier cosa.

—Ches, por favor. Necesito que venga... Es Alice, se cayó y está inconsciente. Estoy muy asustado.

—Vale, vale. Lo siento, vamos para allá.

Colgó y fue al baño para mojar una toalla y pasarla por su rostro, pensando que así podría hacer que despertara, pero nada, no lo hacía y el miedo crecía más y más en su interior.

—Ali, por favor, despierta, amor —murmuró.

Karla lo escuchaba y sentía como la ira llenaba todo su ser, provocando las

ganas de acabar con esa pequeña usurpadora que había venido para quitarle a su marido. Estaba harta de todo lo que estaba pasando y no sabía qué hacer para que su matrimonio funcionara. Entró en la habitación y la primera imagen que sus ojos vieron fue ver a Alex, arrodillado ante la cama pasando la toalla por su rostro con una dulzura que jamás vio en él. Se acercó, tanto que Alex sintió su presencia, pero no le dijo nada y mucho menos la miró. La odiaba y, en ese instante, más que nunca. Esto había llegado demasiado lejos y lo que más deseaba era alejarse de ella y olvidar todos los años que vivió engañándose.

—Alex —susurró reprimiendo las ganas de tocarle.

—Márchate, Karla —respondió.

—Alex, yo...

—¡No! No quiero escuchar nada. Lárgate de aquí, déjame vivir en paz de una vez —sentenció y ella no pudo hacer más que salir de allí.

Karla bajó las escaleras y fue hasta el establo para buscar a Jeff, necesitaba desahogarse y él era el único que podía conseguir que ella olvidase todos los desplantes que su esposo le hacía. Lo buscó, pero no estaba, entonces caminó hasta el lago que había cerca de la casa, donde tantas veces se había escapado para saciar sus deseos de mujer con quien no debía. Lo vio metido en el agua, desnudo y ella hizo lo mismo, desnudarse y meterse con él. Jeff aún no se había percatado de su presencia sino hasta que ella lo abrazó por detrás, pasando los brazos por su cintura. No le dio tiempo a darse la vuelta, cuando Karla había bajado una mano hasta su miembro y comenzó a masajearlo para excitarlo y para que la hiciera suya sin miramientos. Eso deseaba, eso quería y eso conseguiría.

—Karla —murmuró con la voz entrecortada.

—No te muevas, Jeff.

Siguió tocando su ya crecida erección y él no podía más, terminaría mucho antes de poseerla como quería. Se dio la vuelta sin escuchar sus quejas y la cogió por las nalgas, entrando en ella de una sola estocada cuando ella

enroscó las piernas en su cintura.

—¿Qué te ocurre? —preguntó sabiendo que algo sucedía.

Karla siempre era así, solo lo buscaba cuando necesitaba olvidar y a él, aunque le jodía que fuese solo así, pues estaba enamorado de ella, le daba igual si con eso conseguía pasar tiempo a su lado. Ella negó y mordió su barbilla para que no preguntase más e incrementara el ritmo de sus embestidas. Lo necesitaba duro, pasional, sin nada de sentimientos, ni preguntas. Necesitaba sexo salvaje y qué mejor que con ese hombre que la volvía loca y sabía lo que tanto necesitaba, aunque con cuidado debido a su embarazo.

Mientras entraba y salía de ella, la besó con una pasión tan acelerada como su corazón. Deseaba tenerla así para siempre, entre sus brazos, reteniendo cada parte de su esencia, cada parte de ella grabada a fuego en su memoria, porque, después de este momento, ella volvería a ser la mujer que supuestamente ama a su marido y por el cual sufría día a día por no conseguir su amor. Jeff odiaba a Alex por ser tan ciego y no ver a la mujer que tenía en casa y querer marcharse lejos y, aunque sería lo mejor que le podría pasar a él, sabía que, si eso ocurría, tampoco tendría el amor de Karla. Ella solo lo necesitaba para evadirse de los problemas y no porque lo quisiera.

—Joder, Karla.

Ella mordió su hombro, provocando un gruñido por su parte. Era muy apasionada, una mujer que disfrutaba del sexo duro, ese que él le daba y que tanto disfrutaba. Pero no se daba cuenta de que él quería darle algo más que eso.

Minutos después, ya no podían más y, tras terminar, ella echó la cabeza en su hombro agotada y él besó su hombro, cosa que a Karla no le gustaba que sus encuentros tuvieran esa intimidad, esa que solo podría tener con alguien al que amase de verdad y no con el hombre que solo le proporcionaba placer. Al ver que ella se tensaba, la separó de él cansado de sus desplantes y salió del agua para comenzar a vestirse y volver al trabajo.

—¿Y ahora qué mosca te picó? —preguntó ella saliendo también.

—Nada, Karla, tengo que irme.

—No, Jeff, dime qué te pasa.

—Estoy harto. ¡Joder! Cansado de solo tener de ti esto. —Señaló a ambos.

—Ya sabes que es lo único que puedo darte —recordó ella—. Nunca te prometí nada más y tú aceptaste.

—Lo sé, pero estoy cansado de ser tu paño de lágrimas cuando tu maridito pasa de ti. Si tan mal estas, ¿por qué no dejas que se largue con esa niña pija?

Karla abrió los ojos tanto que comenzaron a escocerle. Alzó una ceja y comenzó a negar cabreada.

—Eso nunca. Jamás dejaré que Alex sea feliz con esa niña. ¡ÉL ES MÍO!

—Pues quédate con él y a mí déjame en paz.

Se dio la vuelta y se marchó, dejándola sola por primera vez, pues siempre hacía lo que ella requería en cualquier momento, importándole muy poco que él pudiera o no. Llegó al establo y se dispuso a trabajar sin pensar o, al menos, a intentarlo, hasta que vio el coche de Dexter, el médico del pueblo. Salió del establo y caminó hasta él, aunque cuando vio que este llegaba con la pesada de Chelsea y otro muchacho que no conocía, decidió volver a sus quehaceres con Karla.

Alex seguía en la habitación, sin dejar de mirar a Alice mientras pasaba la toalla por su frente, pero ella no se removió ni un poco y eso no hacía más que incrementar su preocupación. Escuchó el timbre y bajó para abrirle a Dexter. Cuando la puerta se abrió y vio a Peter o Ryan, no sabía ni cómo llamarle, se cabreó tanto que le dijo a su prima que llevara a su padre para que viera a Alice.

—¿Qué haces tú aquí? Te dije que te largaras de mi vida y vuelves —escupió.

—Primo, déjalo, vino conmigo —lo defendió.

Alex la miró con el ceño fruncido y la cogió del brazo, arrastrándola hasta la cocina para hablar con ella en privado.

—¿Qué cojones hace ese tipo contigo? —preguntó al borde de los nervios.

Todo estaba sobrepasando los límites de su cordura y lo único que necesitaba era un poco de tranquilidad, volver a tener su vida, esa que, aunque la odiaba, era suya y no esta, en la que todo cada vez se complicaba más.

—Es mi amigo. ¿Qué pasa, no puedo tener amigos?

—Sí, pero no él. Dice que es Ryan. ¡Está loco! Mi hermano está muerto.



## Capítulo 22

Alex lo miraba desde una esquina, intentando averiguar lo que pasaba por su mente, intentando comprender cómo una persona que no conocía de nada decía que su hermano había entrado en su cuerpo y que necesitaba decirles algo. Era algo increíble y no podía creerlo. Él siempre tachó a su prima de loca por creer en esas cosas, pero ahora que pasaba entre ellos no estaba tan seguro de que lo estuviera.

Chelsea quiso acercarse a Alex para poder hablar, ya que estaba más tranquilo, pues cuando vio a Peter por poco se abalanza sobre él para pegarle. Tampoco se atrevía a subir para ver si su padre necesitaba ayuda con Alice. ¿Y si al dejarlos solos la cosa se complicaba? No quería que le pasara nada a ese chico que lo único que quería era dar el mensaje que un desconocido quería dejarle a su familia a través de él. Cuando le contó todo no sabía cómo actuar. Ella siempre supo que esas cosas pasaban, pero nunca pudo demostrarlo, hasta ese momento.

—Alex, ¿te sientes mejor? —se atrevió a preguntar Chelsea mientras se acercaba a él.

—No lo sé. —Suspiró—. Todo lo que está pasando me sobrepasa y no sé qué hacer al respecto.

—¿Hablas de Peter o de Alice? —Se encogió de hombros.

—De los dos. Por un lado, está este perfecto desconocido que dice estas malditas tonterías y, aunque hay una parte de mí que no le cree, la otra desea

hacerlo... Después de todo, me hará hablar con mi hermano, ¿no? —Asintió —. No sé, es todo muy extraño.

—Lo sé y no sabes cómo me duele verte así, aunque sé que todo no es por él, sino que hay parte de tu vida personal.

—Sí, y quiero que todo acabe de una vez... Quiero irme con Alice y dejar a Karla de una vez, pero...

—Siempre hay un pero.

Asintió a la vez que su tío bajaba por las escaleras y se ponía frente a ellos en el pasillo. Alex se puso nervioso y sus manos comenzaron a sudar. Se acercó a él y prácticamente lo avasalló y comenzó a preguntarle por Alice. Su tío intentó calmarle y lo mandó a callar, pues ni siquiera podía responderle a nada.

—Alex, déjame hablar por favor. Alice no tiene nada, solo un golpe en la cabeza y por ello perdió el conocimiento. Ya está consciente y tranquila, no tienes de qué preocuparte. ¿De acuerdo? —explicó y él asintió algo más calmado.

—Gracias, tío. Pensé que sería algo más grave.

—Lo sé, siempre tan aprensivo.

Su tío miró a Chelsea y caminaron hasta la puerta.

—Hija, yo tengo que volver. ¿Te quedas?

Chelsea miró a Alex y este comprendió que no, aún no podían marcharse, no antes de aclarar ciertas cosas.

—Déjala, yo la acercaré más tarde. —Asintió y después de darle un beso a su hija salió de allí.

Alex, sin escuchar ni ver nada más, subió las escaleras y, antes de entrar en la habitación donde estaba Alice, suspiró y contó al menos diez veces. Negó dándose cuenta de que era absurdo no entrar, si se moría por hacerlo, por verla y abrazarla, aunque sabía que estaba enfadada con él, pero tenía que hacer todo lo que estuviera en sus manos para que le escuchase. No podía dejar que Alice pensara lo que no era. Entró y ella lo miró al mismo instante

en el que él lo hacía también, clavando sus intensos ojos azules en ella, esos ojos que hacían que olvidara cualquier cosa que pasara por su cabeza y odiaba que eso le pasara. Odió el haberla conocido, porque de no ser así, él estaría en su casa, pensando la manera de seguir con su vida sin tener que amar a alguien que solo le traería problemas.

Alex caminó hasta ella y se sentó a orillas de la cama, intentó coger sus manos, pero ella negó y observó de soslayo como el sol se colaba por los huecos de la persiana a medio echar. No quería ni mirarle, no quería ni sentir la calidez de su mano al tocar su piel. Solo necesitaba salir de allí y olvidar que una vez lo conoció. Olvidar que por un momento cometió la locura de buscar a alguien que jamás tendría a su lado.

—Alice, quiero estar contigo y si para que así sea tengo que dejarlo todo, lo haré. Por ti, haría cualquier cosa, porque te amo —afirmó y su corazón se paralizó al oír aquello que no podría cumplir y que solo le hacía más daño.

—No puedes hacerlo, tu vida está aquí y esto —los señaló a ambos— es solo pasajero, algo que olvidaremos cuando me vaya mañana.

—No —murmuró triste—. Esto no acaba aquí, Alice, y lo sabes. Lo que siento por ti es tan fuerte que me duele el corazón. Lo que me haces sentir cuando me sonríes no se puede explicar, así que no te atrevas a decirme que lo olvidaré, porque no será así, al menos no por mi parte.

Se levantó y caminó hasta el otro extremo para ponerse frente a ella, ya que no le prestaba atención. Al hacerlo pudo ver esas lágrimas, que tanto odiaba, dibujar su bonito rostro y se maldijo por haber provocado eso en ella. Se puso de rodillas y cogió sus manos, aunque se negara a que lo hiciera. Entonces besó los nudillos y notó como ella temblaba con su contacto, realmente no sabía si era él quien temblaba, porque también lo sintió tan fuerte que no pudo más que levantarse y, tras agarrar sus mejillas, la besó, importándole muy poco su negativa... Necesitaba sentir sus labios y así lo hizo. Alice se removió nerviosa, pero no se apartó, pues no podía, no quería.

Segundos, minutos. ¿Cuánto tiempo había pasado? Ella se separó unos

milímetros, solo unos escasos milímetros y lo miró a los ojos, con esa dulzura que tanto la caracterizaba, con el deseo instalado en su azulada mirada.

—Mañana me iré, Alex... Lo siento, no hay marcha atrás.

Se alejó y arrastró los pies hasta la ventana, aunque sin poder apartar la mirada de ella. Pegó su ancha espalda en la pared y, tras dejarse caer, quedó sentado en el suelo. Alice se levantó e hizo lo mismo, sentándose a su lado.

—No puedo quedarme y lo sabes. Yo... yo tengo que seguir con mi vida y tú tienes que hacer lo mismo. —Negó reprimiendo las absurdas lágrimas que amenazaban con salir—. A la larga me darás las gracias.

—¿Las gracias? —preguntó con el sarcasmo instalado en cada palabra—. Nunca podré agradecerte que no me dejes hacerte feliz, porque es lo único que yo quiero.

La desesperación los estaba invadiendo, ella ya no sabía qué más decirle para que la entendiera y él no sabía qué hacer para que creyera en sus palabras, para que luchara a su lado por una felicidad juntos. Ya lo tenía decidido, dejaría a Karla, pero con su ayuda sería más fácil, y eso no lo tenía.

—Lo siento.

—No lo sientas, Alice. Solo quédate conmigo —pidió.

—No puedo.

—Pues me iré contigo. —Se levantó—. Le pediré el divorcio a Karla y...

—¡No! —exclamó agotada—. No dejaré que lo hagas. ¡Joder! Tendrás un bebé al que cuidar, un pequeño que necesita a su padre y no seré yo quien lo aparte de ti... Lo siento, Alex, pero no acepto lo que me pides y mañana a primera hora le pediré a Jeff que me lleve al pueblo y volveré a mi casa, de donde no tendría que haber salido jamás.

No la entendía, no sabía qué decir ni hacer. La noche anterior había sido tan perfecta, la mejor noche de toda su vida, con la que tanto había soñado y después, después todo acabaría y él no quería, no concebía una vida sin ella. Ya una vez tuvo que olvidarla y no lo logró. ¿Cómo hacerlo luego de haber estado con ella, luego de haber amado su cuerpo, a ella? No, no lo lograría

jamás y sería desdichado por lo que queda de vida.

—No puedo soportar perderte de nuevo, Alice. ¿Por qué lo haces tan complicado?

—Yo no lo pongo complicado, es solo que tú tienes una vida y yo, yo tengo que hacer la mía de una vez por todas, sin seguir lamentándome por todo lo que me ha pasado a tan corta edad. He tenido que madurar muy rápido y sin ayuda de nadie, porque ni madre tengo.

Se acercó a ella despacio, con el temor instalado en su cuerpo y, tras sopesarlo, la abrazó y ella se dejó. Alex escondió la cabeza en el hueco de su cuello, aspirando su olor embriagador, ese que tanto adoraba, ese que lo llenaba de calma, serenidad y deseo, uno que ya no sabía cómo aplacar, que no sabía cómo guardarlo de nuevo, dejándolo solo para ella.

Su vida antes de ella era aburrida y sin sentido y llegó para desmoronarlo todo, para volverlo loco y abrirle los ojos, para darse cuenta de que nada de lo que tenía era lo que quería, lo que necesitaba. Él solo estaba con Karla por obligación y, para qué mentir, por necesidad, pero ya todo daba igual, ya no quería nada... Solo la quería y necesitaba a ella, a Alice, a esa chica que vio en una fiesta y ya no pudo olvidarla y cuando volvieron a reencontrarse jamás pensó que sería su cuñada y mucho menos que lo que sentía por ella se haría tan fuerte.

—Te amo, Alice, dame la oportunidad de demostrártelo —susurró en su oído.

—No, y lo único que quiero que me demuestres es que eres un hombre de verdad.

—¿Cómo hago eso?

—Quedándote y siendo el mejor padre del mundo.

Se apartó de él de una vez y se encerró en el baño, huyendo de todo, obligándose a sí misma para no flaquear, para no gritarle lo mucho que ella lo amaba y necesitaba. Se sentó en la taza del váter y hundió el rostro en sus manos. Las lágrimas comenzaron a caer y por fin podía desahogarse, por fin

podía llorar sin necesidad de esconderse.

Alex salió de la habitación y bajó de nuevo para enfrentar a ese tipo que también venía para volverlo loco. Todo el mundo podía hacer con él lo que quisiera, incluso un desconocido y estaba harto de que fuera así. Entró en el salón y su prima estaba sentada al lado de ¿Peter, Ryan? Ya no sabía cómo llamarle, pero algo tenía claro, él no era su hermano.

Caminó hasta ellos y se sentó al frente, mirándolo con severidad, intentando saber lo que pasaba por su mente.

—Alex, ¿cómo está Alice? —preguntó Chelsea.

—Bien.

—Me alegro...

—Ahora tú me vas a decir todo, desde el principio. —Lo señaló y este miró a Chelsea y asintió.

Peter comenzó a rememorar cómo comenzó todo, haciendo partícipe a Alex de toda su vida, incluyendo su adicción a las drogas, la culpable de su accidente.

Aquel día iba colocado hasta las cejas, en el coche de su padre y, aunque este no le dejaba conducir el coche familiar, aun así lo cogió. Condujo hasta el pub que siempre frecuentaba con sus «amigos», esos que no estuvieron cuando el coche se estrelló contra un camión de frente, al haberse metido él en dirección contraria, sin saber ni dónde estaba. El golpe fue seco, y lo dejó casi muerto.

No recordaba nada más de aquello, solo que un día despertó y sintió que era otra persona y en realidad era él, pero con la seguridad de que alguien más estaba en su mente, en su cuerpo, haciéndole creer que tenía más vida allá de la que él conocía.

—¿Eso es todo? —insistió Alex.

—Sí, al menos es lo que sé hasta ahora —respondió—. No sé cómo explicártelo, pero me pasa a veces, es como si Ryan entrara en mí y me dijera lo que quiere decirnos.

—¿Decirnos, a quienes?

—A ti y a Alice. Quiere hablar con los dos...

—¿De qué estáis hablando? —Alice entró—. ¿Qué haces tú aquí?

Alex los miró a ambos, frunciendo el ceño, sin poder creer que ellos se conocieran.

—¿Lo conoces? —preguntó, y Alice asintió.

—Lo conocí en el avión y me dijo que se llamaba Ryan, pero jamás pensé que llegaría a ser algo más que una simple coincidencia.

No podía creer todo lo que estaba pasando y mucho menos aceptar algo tan absurdo como eso. ¿El amor de su vida metido en el cuerpo de otro? Oh, vamos, era algo que no podía creer. Si era una broma, era tiempo de terminar. Si después de esto quería seguir con su vida, estaba equivocada, pues el supuesto Ryan, ya que los dos estaban frente a él, tenía mucho que decir. Alice notó un escalofrío recorrerla entera, provocando que su piel se erizara al instante al notar la presencia de él, de la persona más importante de su vida, esa que jamás podría olvidar por más que lo intentara... Ryan estaba allí y ella solo quería irse con él.

## Capítulo 23

¿Sería verdad todo lo que el chico que vio en el avión decía? No quería ni podía creerle, pero... Volver a recordar momentos con Ryan era como un bálsamo para curar las nuevas heridas de su corazón. Estaba cansada de seguir sufriendo, cansada de luchar por personas que no lo hacían por ella. ¿Por qué la vida era tan injusta? ¿Por qué se ensañaba con ella de esa manera? Solo quería echar el tiempo atrás y quedarse en aquel momento en el que su hermano, sus padres, sus amigos estaban a su lado, aunque al ser así Ryan no fuese más que su mejor amigo. Le daba igual tenerle así, pero tenerle al fin de cuentas. Ya no tenía nada. Miró su vientre al decirse eso y se regañó por pensarlo. Sí que tenía algo y era lo más importante que le había pasado en la vida... El regalo que el amor de su vida le dejó, algo para toda la vida. Su hijo Ryod sería lo que rodearía toda su existencia a partir de ahora.

—Alice, ¿podemos hablar a solas?

La voz de Alex la sacó de su trance y, tras mirarle, asintió levantándose del sillón. Caminó hasta la cocina y se quedó estática al notar el roce de su mano rodear su muñeca. No quería sentir eso, no quería que él se percatara de lo que un simple roce podía remover en ella, pero era absurdo negar lo que era más que evidente.

—¿Estás bien? —Se interesó él.

—Sí, no... No sé. —Exhaló finalmente, como una queja, casi dolorida—. No sé qué pensar de lo que ese hombre está diciendo. ¿Y si dice la verdad?



—preguntó dándose la vuelta—. ¿Y si Ryan quiere decirnos algo importante? Puede que esté cabreado con nosotros por haberle engañado de esta manera.

—No digas eso, Alice. Nosotros no hemos engañado a nadie, porque no hay nadie —respondió y se tensó al darse cuenta de lo que había dicho.

Miró a la chica menuda, esa con cabellos de oro y ojos azules como el cielo, esa que tanto amaba y le dolió ver la tristeza instalada en su rostro, ese perfecto e inmaculado rostro. Subió una mano a su mejilla y atrapó una lágrima que se había escapado con un dedo. No concebía verla llorar y menos por su culpa y en eso, se parecía a su hermano Ryan, pues él tampoco lo soportaba.

—Perdóname, a veces soy un bocazas —se disculpó.

—No, tienes razón. No hay nadie a quien engañar, no por mi parte, pero sí por la tuya.

Se dio la vuelta para salir de la cocina y volver al salón donde estaba el chico que guardaba el espíritu de su difunto marido, ese que tanto echaba de menos y que estaba loca por volver a sentir, aunque sea en otro cuerpo.

—Espera, Alice. ¿No pensarás hablar con él?

—Sí.

—No lo hagas.

—¿Por qué? Bueno, no me respondas, me da igual tus motivos. Yo necesito saber qué tiene que decirme.

Alex miró sus pies, nervioso, como si después de que ella hablara con Peter, dejaría de amarle a él, como si sintiera que su hermano siempre iba a estar de una manera u otra para arrebatarle el amor de la mujer que amaba, como si sintiera ¿celos? ¿Celos de un muerto? Era absurdo, pero sí, justo eso sentía y era ridículo, tanto que no estaría delante para ver cómo ella lo mira con ese amor tan fuerte y puro que todavía sentía por su hermano.

Se dio la vuelta y, sin decirle nada más, salió de la cocina para volver a sentarse frente al moreno de ojos verdes que hablaba tranquilamente con Chelsea.

—¿Y Alex? —preguntó ella.

—No está preparado para eso —expresó Alice encogiéndose de hombros, restándole importancia.

—Creo que iré a buscarle y así os dejo a solas. ¿Os parece?

Ambos asintieron y Chelsea se levantó y fue hasta la cocina a buscar a su primo, pero no lo encontró, se asomó por la ventana y ahí estaba, caminando hasta el establo, donde siempre iba cuando su mundo se desmoronaba. Seguro iría a montar a Niebla y si era así, no era buena idea molestarle.

Su prima lo observó desde el interior y, efectivamente, hizo lo que ella pensó. Alex salió del establo montado en Niebla, comenzó a galopar despacio, hasta que la ira inundó su ser y obligó al caballo a hacerlo más rápido, tanto que parecía que volaba. Unos segundos bastaron para perderle de vista y solo quedó el polvo levantado por las fuertes pisadas del purasangre.

En el salón, Alice y Peter se miraban fijamente y, a pesar de que ella sabía que podía ser una mentira lo que estaba pasando, algo le decía que no era así y solo deseaba no equivocarse.

—Siento mucho la molestia que pueda estar causándote ahora mismo, pero Ryan ha sido claro con sus visiones...

—¿Cómo es? O sea, me refiero a la manera en la que entra en ti —dijo incrédula.

—No me crees, ¿verdad?

—No es eso, pero entiende que es extraño. —Miró al suelo avergonzada—. No te voy a negar que yo sí que lo he visto, pero hace tiempo que no lo hago.

Peter se levantó y se sentó a su lado, agarrando sus manos, haciéndole sentir ese escalofrío que notó en el avión cuando se vieron la primera vez. Era extraño, pero tenía miedo de darse cuenta de que lo que sentía era exactamente igual a todo lo que su cuerpo experimentaba cuando Ryan la había tocado, aunque solo fuera un roce.

Se quedaron en silencio el suficiente tiempo para que la persona que quería

comunicarse entrara en acción, metiéndose en ese cuerpo que había sido su mensajero hasta dar con ella, porque no la había visto, porque deseaba hacerlo y porque no aguantaba más saberla mal por su muerte. Peter abrió los ojos y la miró, la contempló, pero no eran sus ojos quienes lo hacían, sino los de esa persona que la amaría por el resto de su existencia, hasta que desapareciera del todo, aun así seguiría amándola, tanto que su alma se estremecía al notarlo, al palparlo, al adorarlo de cerca.

—Alice, pequeña.

Tocó su mejilla y ella abrió los ojos para ver si era él de verdad o si se daría contra un muro tan fuerte como el que quería levantar en su pecho para no sufrir nunca más. Alice frunció el ceño, mirándolo con los ojos achinados, intentando averiguar si se trataba de él de verdad.

—¿Ryan, eres tú? —preguntó con la voz entrecortada y él asintió.

No esperó más para encerrarse entre sus brazos, olvidándose de que no era su cuerpo al que abrazaba, sino a su alma, a su espíritu que siempre estaría con ellos, cuidándolos. Ryan la estrechó y se metió tan adentro de su corazón que hasta sintió la punzada de dolor. Odiaba tener que hacerlo de esta manera, odiaba el haber muerto tan rápido y no poder vivir con ella el tiempo suficiente para hacerla la mujer más feliz del planeta y por eso estaba allí, porque necesitaba pedirle que lo fuera, que viviera de una vez sin temer a nada ni a nadie, sin pensar en los demás sino en ella, en ese pequeño que crecía en su interior que necesitaba una figura paterna.

—Te extraño tanto, te amo tanto, Ryan —confesó sin poder alejarse de él.

—No lo hagas, pequeña, no me ames y no me extrañes.

Levantó la cabeza para poder mirarle a los ojos y asegurarse de que el brillo que siempre tenía siguiera ahí, pero no, esta vez no estaba... En sus ojos solo había dolor y miedo, mucho miedo.

—¿Por qué me pides eso? Necesito seguir amándote, no me pidas que no te extrañe, porque es imposible. Ya lo he intentado y no puedo.

—Debes intentarlo, pequeña, no quiero que sigas sufriendo... Te necesito

feliz, con tu sonrisa, para que nuestro hijo también lo sea, para que, al verte, él sonría también.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, anegando todo a su paso, llenando de dolor el pequeño espacio que los separaba y no quería eso, no necesitaba eso. Solo quería disfrutar del pequeño momento que le estaba dando, aunque después no volviera a verle. Quería amarle así, sin pensar en nada más, sin recordar nada más.

—No llores más, joder. Se me parte el alma en dos al verte así y sé que tu única felicidad está al lado de mi hermano. —Se levantó y caminó de un lado al otro.

Alice no podía creer lo que acababa de escuchar y sintió vergüenza de saber que él pensara eso, porque no era como él decía.

—No, Ryan, eso no es cierto. Mi felicidad está a tu lado, siempre fue así.

—¡Deja de engañarte a ti misma! —exclamó cabreándose—. ¿Crees que no me di cuenta? Siempre supe que él sería tu destino, que, aunque yo fui el amor de tu vida, también lo era él y tú lo eres para Alex.

—Estás loco —escupió levantándose también, pero perdiéndose en la ventana.

El sol comenzaba a caer y con ello la oscuridad volvería para dar paso a otra noche larga. Con suerte amanecería pronto para salir de allí de una vez. Necesitaba escapar, olvidar. ¡VIVIR! Sí, eso era lo que quería, vivir de una maldita vez, sin tener miedo a nada, sin tener que regañarse internamente siempre por no conseguir lo que prometió. Simplemente vivir como se pueda, sin exigir más.

Ryan caminó hasta ella y la abrazó por detrás, pasando los brazos por su cintura y posando las manos ahí, donde crecía su hijo, donde una vida estaba a punto de salir para hacer todo lo que se propusiera. Alice se tensó al notarlos, pero pronto se destensó al sentir la calidez de sus brazos rodeándola. Era como si el tiempo no hubiese pasado, como si él siguiera con ella, como si Ryan estuviera con ella, esperando la llegada de su primer hijo, fruto de ese

amor que sus corazones seguían sintiendo, incluso con más intensidad.

—No te niegues más la posibilidad de amar libremente a mi hermano, pequeña. Es lo que quería decirte y para eso vine. Sé que lo amas y también sé que necesitabas oírlo de mis labios para darte cuenta de que es así —murmuró apoyando la barbilla en su hombro—. Lucha, Alice, lucha por él y no sufras por mí, por mi memoria... Yo necesito que seas feliz para poder descansar en paz de una vez por todas.

—Es que no puedo. ¿Te crees que es fácil para mí todo esto?

—¿A qué tienes miedo?

Se quedó en silencio.

—Dímelo.

—A perderle a él también. Tengo miedo de volver a amar a alguien tan profundamente y perderle. Sería un golpe devastador y ahí no levantaría cabeza... Porque perderte a ti fue lo peor que me ha pasado en la vida y ahora... —Bufó—. Prefiero irme, alejarme para olvidarle, que quedarme y perderle.

Ryan la entendía, entendía que quisiera olvidar todo para que su corazón no sufriera más de lo que ya lo había hecho, pero no podía negarse la felicidad que sabía que su hermano le iba a dar, porque Alex la haría feliz, de eso estaba seguro.

—No puedo obligarte a nada que no quieras, pero sé que sí lo deseas.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque lo veo en tus ojos.

Cada vez lo sentía más lejos, como si Ryan se estuviera alejando de nuevo, se le escapaba de sus manos y otra vez no podía hacer nada para que se quedara con ella.

—Ryan, siempre te voy a amar, porque tú siempre serás mi amor, para siempre... Ese amor que recordaré por el resto de mi vida, un amor para recordar por siempre.

—Lo sé —expresó apretándola más contra su pecho—. Y no quiero que me

olvides, pero tampoco que te obsesiones con el amor que sentimos, porque ese estará a buen resguardo en mi corazón y de ahí no podrá salir.

Poco a poco, iba saliendo del cuerpo que había utilizado, pero antes de irse del todo, le dijo:

—Pequeña, no creas que me avergüenzo de ti y jamás podré odiarte porque ames a otro, porque ese otro era tu verdadero amor. No lo olvides.

Alice se dio la vuelta y pegó sus labios en un corto beso, casi fugaz. El frío volvió a instalarse en el pequeño cubículo y todo volvió a la normalidad.

## Capítulo 24

Una hora había pasado desde que había salido de su terreno, cabalgando a Niebla, para disfrutar y a la vez escapar de todo el caos que en su casa estaba a punto de comenzar. No quería escuchar y mucho menos ver a Alice con el desconocido que decía traer un mensaje de su hermano, él no necesitaba saber nada más, ya todo había pasado y lo que quedaba era olvidar y mantener el cariño que le tenía intacto. Solo eso podía hacer. ¿Para qué complicar más las cosas?

Paró un momento delante del lago y se bajó del caballo para dejarle descansar y que pudiese beber agua. Se sentó en la orilla, miró al frente, dejando la mente en blanco... Aunque le estaba costando horrores, cuando Alice entraba en su cabeza y no salía por más que él lo intentase.

Mientras que él seguía ahí sentado, mirando a Niebla beber con tranquilidad, sin importar lo que pasara a su alrededor, alguien lo observaba a escondidas, tras unos matorrales. Karla y Jeff estaban ahí cuando escucharon el galopar de un caballo y, sin saber exactamente de quien se trataba, se escondieron. Cuando se dieron cuenta de que era Alex, se escondieron mucho más, aunque Jeff quería que los viera, que se enterase al fin de que él estaba con su mujer, que era el hombre que la amaba sin que él lo supiera, pero ella se cabreó y lo obligó a mantenerse callado a su lado.

—¿Por qué no me dejas que le diga de una vez? —preguntó intentando salir de su escondite.

—¿Te volviste loco?

Karla no daba crédito y no dejaría que Jeff hundiera su matrimonio.

—Sí, estoy cansado de esconderme, de tener que mirarte con el rabillo del ojo cada vez que paso por tu lado y él, que tiene la oportunidad de estar contigo no la aprovecha, aunque tampoco podría soportar que eso pasara — declaró cabreándose.

Estaba cansado y, si ella no le decía, lo haría él en otro momento, pero Alex debía saber que Karla y él estaban juntos desde hace bastante tiempo, tanto que puede que ese hijo que ella esperaba fuera de Jeff y no de Alex.

—¡Eres un estúpido, Jeff! —exclamó alzando la voz, y provocó que Alex se levantara para mirar si había alguien más ahí.

Alex miró a su alrededor, esperando ver a alguien, pues había escuchado la voz de una mujer. Caminó hasta los árboles, a paso lento, intentando no ser visto por si era alguien que lo estuviese espiando.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en voz alta, pero no escuchó respuesta.

Entonces Karla obligó a Jeff a vestirse para que saliese a dar la cara, pero omitiendo que ella estuviera allí escondida como una vil traidora. Sabía que si Alex se enteraba de su relación lo perdería para siempre y se quedaría sola, pues ella no quería nada serio con el estúpido de Jeff, como siempre lo llamaba en soledad. Era una descarada que solo lo utilizaba para el sexo, para su desahogo, para olvidar que tenía a un hombre en casa al que amaba, pero que ni siquiera la miraba. Alex no la tocaba desde hacía tiempo y eso la mataba, la destrozaba, por eso no lo dejaría jamás.

—Eh, soy yo, Alex. ¿Qué haces aquí? —dijo Jeff saliendo de su escondite.

Alex frunció el ceño, extrañado de ver allí a uno de sus trabajadores. Se acercó a él y se percató de que estaba empapado, como si acabase de salir del lago.

—¿Qué haces tú aquí? —respondió con una pregunta.

—Yo pregunté primero.

—Estaba dando un paseo con Niebla y lo sentí cansado. —Bufó dándose la



vuelta y sentándose de nuevo en el mismo lugar de antes.

Jeff lo siguió haciéndole una señal a Karla para que se vistiera y se fuera de allí antes de ser vista, pero era tan terca que quería quedarse para saber si su esposo hablaba de ella, o, simplemente saber qué pensaba, qué quería en su vida, creyendo que Jeff le sacaría información.

—Te noto serio. ¿Te ocurre algo? —Se interesó su empleado.

Alex se encogió de hombros sin mirarle, pensando la respuesta que podría proporcionarle sin darle más información de la requerida.

—No es nada, solo me sentí agotado y quería desconectar. ¿Y tú? No me has respondido. ¿Qué haces aquí?

—A veces vengo aquí para bañarme y «desconectar». Es muy cansada la vida del campo —respondió siendo sincero, a medias—. Pensé que estarías pasando el mayor tiempo posible con la niña pija.

—No la llares así, ella no es una niña pija —rebatió ofendido.

Karla bufó cabreada, no le gustaba saber que Alex la defendía tanto y lo único que ella deseaba era que se largase ya de su hogar, ese que tanto le estaba costando mantener.

Jeff lo miró desconcertado, dándose cuenta del sentimiento que albergaba en su interior por esa pequeña de pelo dorado y mirada azulada que parecía tenerlo todo bajo control, pero que ni siquiera sabía qué hacer con su vida. Alex estaba profundamente enamorado de ella y todos se habían dado cuenta.

—Que la defiendas solo hace que me dé cuenta de que la amas —refirió Jeff y Alex no dijo nada más, ¿para qué? En ese momento las palabras sobraban.

—No, no puedo permitirme eso. No cuando Karla está embarazada.

—No se trata de permitirte o no, sino de lo que sientes por ella y eso, aunque Karla vaya a ser la madre de tu hijo, no dejarás de sentirlo.

Jeff tenía razón, aunque Karla en ese momento lo odiaba por decirle eso a Alex, sabiendo ella que solo lo hacía para que por fin la dejase y poder estar él con ella, sin percatarse que, aunque Alex se fuera, jamás tendría una

relación con él, no una seria al menos. No lo amaba y no lo haría jamás. Estaba harta de estar escondida y, poco a poco, sin ser vista y mucho menos escuchada, fue saliendo de su escondite, sin pensarlo y sin mirar a su alrededor. Entonces, tropezó con una piedra y al agarrarse a las hojas del árbol que estaba a su lado, gritó y eso fue lo que hizo que Alex se diera cuenta de que había alguien más allí.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó levantándose y Jeff abrió los ojos desorbitadamente.

Pensó en una manera de llevarlo hacia otro lado, pero ya era tarde cuando sus ojos se clavaron en el cuerpo de su «esposa» semidesnuda, con el pelo mojado y las mejillas rojas. Alex repasó cada parte de su cuerpo, dándose cuenta de que estaba igual que Jeff y luego lo miró a él y, con solo ver su expresión, supo que habían estado juntos y que, sin poder creerlo, había sido un cornudo todo este tiempo.

—¿En serio? ¡¿Esto es en serio, Karla?! ¡Tanto tiempo luchando para alejarme de ti porque, óyeme bien, no te amo, y ahora me entero de esto! ¿Es una broma?

—Alex, yo...

—¡NO! No te acerques a mí, nunca más en tu puta vida. No sabes cuánto he podido llegar a odiarte y solo estaba contigo por el bebé, ni siquiera el hecho de que perdería todo lo que tengo me estaba reteniendo a ti. ¿No te das cuenta?

Karla intentó acercarse a él, pero se apartó mirándola con el odio que decía sentir, con ese rencor que su semblante le regalaba en este momento. Jeff se mantuvo al margen en todo momento, importándole muy poco lo que estaba pasando, porque en realidad, él siempre quiso que pasara de una vez.

—Yo no quería llegar a esto, pero tú nunca me tocabas y me sentía insegura, tanto que llegue a creer que, si no le gustaba a mi marido, como iba a gustarle a otro hombre. Entonces Jeff un día me hizo sentir bien, con solo un «estás preciosa» —declaró con la voz entre cortada, sintiendo unas

náuseas de pronto.

Alex negó incrédulo, escuchando cada palabra salir de esa boca y, como si por una vez la lucidez le hiciera ver la realidad, se dio cuenta de algo con lo que no había contado.

—Espera, ¿desde cuándo estáis engañándome? Y pobre de ti como me mientas, Karla.

Esa pregunta la pilló de sorpresa y no podía responderle, porque, de ser así, perdería la única oportunidad que le ataba a ella. Porque sí, el bebé que esperaba era de Jeff, y mientras Alex creyera que era suyo lo mantendría a su lado, aunque siguiera sin mirarla cada vez que pasara a su lado, cada vez que se cruzaran en la cocina o en el pasillo, donde él tendría que apartarse un poco para que ella pasara. Siempre indiferente, sin ningún atisbo de amor por su parte.

—No puedes preguntarme eso.

—Responde.

—Pero...

—¡RESPONDE! —gritó fuera de sí.

Y como si fuera el momento idóneo en el que Jeff tenía que meterse en la conversación, respondió él por ella, provocando la mirada asesina de Karla y, sobre todo, el perderla para siempre. Después de esa confesión, nunca más dejaría que él se acercase a ella.

—Hace nueve meses que nos estamos acostando y siento ser yo quien te responda, pero no puedo seguir engañándote a ti y mucho menos a mí, porque después de comprobar que tú no la tocas y, aunque ella me perjurara que el bebé es tuyo, ahora creo todo lo contrario —habló aclarándose la voz, como si el haber estado callado le secase la boca.

Alex seguía con esa mirada fría y acusatoria, sin poder terminar de creer que todo el tiempo que pensó en irse y no lo hizo para no dejar a su hijo desamparado, que solo fuera una mentira más de Karla y, enterarse de ello, solo incrementaba más su odio hacia ella.

—Lo siento, nena, pero odio cuando me siento engañado y mucho más cuando estamos engañándole a él.

—No. Vuelvas. A. Llamarme ¡NENA! —exclamó empujándolo, clavando los dedos en su pecho desnudo, ese mismo pecho que mordió antes de que Alex apareciera y los interrumpiera.

—Karla —murmuró Alex.

—¿Qué?! —Lo miró con los ojos inyectados en sangre.

Era la primera vez que discutía con ella y la veía así, desequilibrada, con esa mirada llena de odio y acorralada, porque así estaba. Ya no más mentiras, ya no dejaría que lo manipule más. Ese bebé, aunque le duela, no era suyo y ya nada lo ataba a ella. Ya podría luchar por su verdadero amor.

—Quiero el divorcio y, ahora mismo, me voy de la casa. Espero que no me molestes nunca más. Esto... —La señaló a ella y luego a él mismo—. ¡Se acabó!

—¡No! No puedes dejarme, Alex, te quedas con una mano atrás y otra delante. ¿De veras quieres perderlo todo? —preguntó con fingida preocupación y él asintió—. ¿Tanto la amas?

—No sabes cuánto, mucho más de lo que creí algún día hacerlo por ti.

Esa respuesta le dolió mucho más que su mirada, que el haber sido pillada en la mentira que llevaba meses sosteniendo sin ningún tipo de culpabilidad. Saber que la amaba así le dolía tanto que no sabría si volvería a ser feliz algún día y al fin, después de todo, se odiaba por no haber sabido enamorarle, aunque en realidad, jamás consiguió aflorar ningún sentimiento en su interior hacia ella. Jamás Alex llegó a sentir nada, ni un simple cariño, ni siquiera la sentía como amiga. Bueno, en realidad sí que provocó un sentimiento, el odio.

Alex se dio la vuelta y, tras subirse al caballo, se marchó de allí todo lo rápido que Niebla le permitía. Necesitaba llegar a su casa e irse con Alice. Tenía que decirle que la amaba y que ya no había nada que lo atase a esa vida que siempre quiso, pero que nunca fue suya. Galopó y galopó, viendo el

camino cada vez más largo, como si llegar se hiciera cada vez más lejano. Hasta que, media hora más tarde, llegó. Dejó el caballo en el establo y corrió hasta la casa. Al entrar se dio cuenta de que todo estaba oscuro, parecía no haber nadie y su cuerpo entró en tensión, pues se suponía que él llevaría a su prima y a ese tipo, pero ni rastro de ninguno. Subió a la habitación que Alice ocupaba y ella no estaba. Su corazón comenzó a latir desbocado, tan fuerte que podría escuchar su sonido. Caminó hasta el armario y comprobó que no había nada, ni ropa, ni maleta. ¡Nada! Entonces sus ojos vislumbraron algo, una hoja encima del escritorio. Se acercó y la cogió con manos temblorosas. Era una nota de Alice.

No quería leerla, porque sabía que era una despedida y más cuando comenzaba con un: «Alex, lo siento».

## Capítulo 25

*Alex, lo siento... Siento mucho tener que marcharme así, pero sabes que, si me hubiera quedado, jamás me habrías dejado hacerlo y no podía hacer más larga la agonía cuando lo tengo tan claro. Eres esa persona que me ha sacado de mi dolorosa vida, el que me ha devuelto la sonrisa de nuevo, pero también el que debo olvidar porque estoy segura de que volveré a llorar y eso no puedo permitírmelo de nuevo, no cuando lo que necesito es ser feliz para que mi hijo lo sea también. Te juro que hacer esto es mucho más doloroso de lo que imaginé y más cuando tu hermano quiere que me quede contigo, porque, aunque no lo creas, ese era el mensaje de Ryan... Solo quiere que seamos felices para que él pueda descansar en paz y sabe que mi felicidad eres tú, aunque yo no lo crea así. No puedo engañarte a ti y mucho menos a mí, y no puedo quedarme con alguien que tiene una obligación, que tiene que ser padre, antes que nada. Siento que te estoy defraudando, pero peor sería defraudarme a mí y ahora, siendo egoísta, solo pienso en mí. Por primera vez en mi vida será en mí, antes que en nadie.*

*Te echaré de menos, eso no lo dudes. Te ama, Alice.*

Tras terminar de leerlo todo, tuvo que volver a hacerlo para poder creerlo. Alice se fue y no lo dejó hablar, ni siquiera se despidió. No podía dejar que eso pasara y sabía que aún no había salido del pueblo, incluso podría jurar que ni siquiera había llegado. Tenía que ir tras ella, tenía que conseguir que lo escuchara, que no se fuera sin al menos saber que ya todo había acabado, que

podían estar juntos. Sin más, dejó la carta en el escritorio y salió a toda prisa de la casa, corrió hasta la parte trasera donde estaba el coche aparcado. Al llegar atrás, maldijo, el coche no estaba.

—¡Joder! ¿Quién lo habrá cogido? —se preguntó respondiéndose al instante—. Chelsea. Seguro que fue ella para no tener que esperarme. Yo y mi maldita maña de dejar las llaves en la entrada —se recriminó mientras le pegaba una patada a un bloque de paja que había en un lado.

Caminó de un lado al otro, desesperado, aturdido, sin saber qué hacer para conseguir verla antes de que saliera de Tennessee, aunque sinceramente, si llegaba a marcharse, iría hasta Londres si hacía falta, pero hablaría con ella.

*Una hora antes.*

Alice estaba destrozada por el simple hecho de que no pudo retener más tiempo a Ryan y también porque él quería que lo olvide de una vez y que sea feliz, pero ¿cómo se hace eso? No podía pasar página sin más, no cuando esperaba un hijo de él. Y Alex era el único que la entendía, quien la hacía reír y delirar en el mismo momento, pero también el causante de sus nuevas heridas y lágrimas y no estaba preparada para pasar por lo mismo. Con eso se daba cuenta de que el amor era una mierda, algo que solo te hacía sufrir y que, quitando algunos momentos buenos y llenos de felicidad, el resto es dolor y lágrimas. No, definitivamente quería estar sola con su hijo, sola en su nueva etapa. Necesitaba encontrarse con ella misma, saber qué necesitaba de verdad y poder vivir esa vida que, por diferentes motivos, aún no había vivido.

—Alice, ¿estás bien?

Escuchó la voz de Chelsea mientras ella perdía la mirada por la ventana, queriendo ver volver a Alex y, a la vez, desesperada por irse para no cruzarse con él nunca más.

—No, no lo estoy y lo único que puedo hacer es irme para siempre —

respondió en un susurro casi inaudible, rogando no ser escuchada, pero sin conseguirlo.

—¿Por qué? ¿Acaso no lo amas?

—No se trata de eso.

—¿Entonces de qué? Creo que estás cometiendo un error, pero no seré yo quien se meta en esto. Si ya tomaste tu decisión, te apoyaré, aunque no esté de acuerdo contigo —afirmó Chelsea siendo totalmente sincera con ella.

Alice la miró sorprendida, pero a la vez sintiendo la sinceridad en cada una de sus palabras.

—Sí, lo amo, pero él está casado...

—Con una bruja —la interrumpió y ella asintió.

—Cierto, pero será padre y no seré yo quien lo aleje de su hijo... Lo siento, pero yo no soy así y es por eso por lo que prefiero sacrificar lo que siento. Perdona si suena egoísta, pero es lo que necesito.

Chelsea no dijo nada más y lo único que podía hacer era ayudarla a marcharse antes de que llegase su primo. Alice subió a la habitación para recoger sus cosas y meterlo todo en la maleta. Era la hora de salir de allí, de huir sin mirar atrás, de volver a su vida, a esa que, aunque no era la de antes, era la que tenía y solo necesitaba un cambio, algo que la llevase a la felicidad de nuevo y lo conseguiría, lo buscaría y lucharía hasta alcanzarlo. Antes de irse, tenía que dejarle alguna nota, algo en donde explicar sus motivos para marcharse. Sacó de la maleta el cuaderno de Ryan y arrancó la última hoja que estaba vacía y, tras coger un bolígrafo, comenzó a escribirle lo que sería su despedida, el último adiós, donde le dejaba claro que no quería saber nada más.

Cuando lo tuvo todo listo, bajó de nuevo y miró a la prima del hombre que amaba y algo entró en su mente.

—¿Cómo nos iremos? Tú no tienes coche y yo no voy a esperar a Alex; aunque tenga que irme andando, me voy ya mismo —expresó dándose cuenta de ese pequeño detalle.



Entonces Chelsea alzó su mano, enseñando las llaves de Alex, y una sonrisa maléfica que dibujaba su rostro provocó que Alice y Peter se rieran. Este no quiso meterse en nada, al fin de cuentas él no era nadie y solo fue con un mensaje y ya lo dio, era hora de volver a su hogar y lo haría con Alice, pues ambos eran de Londres.

—¡Estás loca! —exclamó.

—Y me lo dice la embarazada que se va huyendo de su cuñado, del cual está enamorada... No, cariño, tú eres la que está loca. ¡Esto es una fuga en toda regla! —respondió y Alice la miró con cara de pocos amigos—. Lo siento, pero soy una persona a la que le gusta ser sincera.

—Lo sé y fue una de las cosas que me gustó de ti, pero hay veces en las que preferimos ser ignorantes, es más fácil que saberlo todo, ¿no crees?

—Puede, pero entonces me perdería la cara de la gente al saber la verdad.

Y con esa respuesta, salieron de esa casa a la que juró no volver jamás. Se montaron en el coche y Chelsea arrancó y pisó el acelerador, levantó tanto polvo que Alice no pudo ver lo que dejaba atrás y, la verdad, lo agradeció.

El camino hasta el pueblo lo hicieron en completo silencio, algo que le gustó, pues tener que escuchar más verdades en un mismo día no le habría gustado, por eso prefería que la gente mintiera, era más fácil que escuchar lo que uno no quiere, es más fácil decir lo que los demás desean escuchar a decir lo que realmente piensas. Y, pensándolo bien, ella nunca había sido así, ella era sincera, no se escondía, no huía y prefería decir lo que sentía, antes que mentir, pero este no era el momento de volver a ser la que era, creyendo que le iría mejor siendo igual que su madre, una embustera y la culpable de todo su desastre de vida. Desechó sus pensamientos, borrando a esa mujer de su mente y centrándose en lo que de verdad importaba.

Cuando llegaron al pueblo, ya era demasiado tarde y el autobús que salía de allí con dirección al aeropuerto ya había hecho su última salida, la que ella necesitaba para irse y se maldijo por haber tardado tanto en tomar la decisión.

—Lo siento, Alice, pero no podrás salir hasta mañana —dijo Chelsea y ella

comenzó a negar.

—No, yo me iré esta misma noche, aunque tenga que hacer autostop para llegar.

—No seas cabezota. Mañana mismo te llevaré yo si hace falta, pero esta noche puedes quedarte en mi casa.

—No puedo quedarme más tiempo, Alex seguro que ya vio que no estoy y vendrá a buscarme y no puedo permitir que eso pase. No quiero verlo, Chelsea, porque cuando vea sus ojos, no me iré... Por favor, ayúdame a irme de una vez —suplicó con las lágrimas rodando por sus mejillas.

Chelsea asintió agachando la cabeza, comprendiéndola, aunque su plan fuera retenerla el mayor tiempo posible, deseaba que su primo fuera a por ella, aunque fuera a caballo. Porque lo creía capaz de hacer un camino tan largo montado en Niebla, por esa chica que lo enamoró y por la que tanto suspiró cuando volvió de Londres tras la muerte de su hermano. Odiaba que una mujer le hiciera daño a él, a ese niño con cuerpo de hombre, a ese que tanto admiraba por ser quien era y no por ser lo que todos querían que fuera. Porque Alex siempre sería leal a sí mismo y no como su padre siempre quiso que fuera. Nunca conoció al padre de su primo, pero lo odiaba con todo su ser.

—Está bien, Alice, te llevaré ahora mismo.

—Gracias.

—No me lo agradezcas, no lo hago por ti, sino por mi primo. No quiero que sufra cuando llegue y vea como te vas sin mirar atrás, sin ser consciente del daño que le puedes llegar a causar. No me malinterpretes, no te odio en este momento, pero mi primo es muy importante para mí y creo que, si huyes de esta manera, es porque no lo amas tanto como dices.

Y ahí estaba de nuevo esa verdad que no quería escuchar. ¿Por qué Chelsea tenía que ser así? Ya entendió porque nadie la soportaba y es por no poder mantener la boca cerrada, aunque lo que esté diciendo sea la realidad de todo.

Se sentía una cobarde por hacerlo así, por no enfrentar las cosas, pero no

podía ser de otra manera, así que se quedó callada y Chelsea emprendió camino hasta el aeropuerto de Nashville. El camino era largo y Peter tuvo que conducir después de un tiempo para que ella descansara. No podía evitar sentirse doblemente triste, porque tampoco quería que ese chico que llegó con ese mensaje que supuestamente iba a unir a su primo con la mujer que amaba, se fuera... Quería conocerle más, saber más cosas de él. Le gustaba, pero volvería a su hogar y no volverían a verse.

Cuando llegaron, Alice, Peter y Chelsea se bajaron del coche y después de despedirse y darse sus números telefónicos para seguir en contacto, ellos entraron en el aeropuerto y ella volvió a subirse al coche. Le dio una última mirada y Alice hizo lo mismo, levantó la mano en modo de despedida y arrancó para volver al pueblo, donde sabía que su primo la estaría esperando para pedirle explicaciones, unas que ella no podía darle.

—¿Por qué vuelves? Creo que deberías quedarte.

La voz de Peter resonó en su cabeza y, tras suspirar, lo miró. No se conocían de nada y no esperaba un sermón de un desconocido que, si lo piensas bien, besó cuando se suponía que era Ryan. No era tan desconocido después de todo, ¿no?

—No espero que lo entiendas y mucho menos que lo aceptes porque mi vida no te interesa, pero necesito hacerlo. —Se encogió de hombros restándole importancia—. Si te soy sincera, el que hayas traído ese mensaje me abrió los ojos y fue el detonante que me hacía falta para tomar la decisión.

—Pues lo siento —dijo él y ella negó divertida.

—No, no tienes por qué. Me ayudaste a descubrir lo que necesitaba y esto es lo que necesito.

—¿Irte? ¿Huir? ¿Dejar al amor de tu vida?

—No seas así, no me lo pones fácil.

—Lo siento, pero estoy de acuerdo con Chelsea.

No dijeron nada más y esperaron en silencio la llamada de su vuelo, media hora después estaban embarcando. Por fin podía volver a respirar con

normalidad, por fin llegaba la hora de volver a su hogar, aunque la idea fuera irse de nuevo, aunque aún no sabía qué destino elegiría. Necesitaba comenzar de cero y este era el momento.

## Capítulo 26

Chelsea condujo por más de tres horas, paraba sin remedio a cada rato por el cansancio que tenía y lo que menos quería era tener un accidente. Cuando llegó, era de madrugada y estaba todo muy oscuro, si no fuera por las luces del coche, no habría visto que Alex la esperaba en la puerta de su casa. Sintió de pronto un desasosiego al verle ahí, parado frente a la puerta, esperando que alguien le abra, como si en realidad quisiera creer que Alice no se había ido, pero qué equivocado estaba. Ella ya iba de camino a Londres y, si no la buscaba, no volvería a verla.

Aparcó y bajó del coche, bajo la atenta mirada de su primo que ya se había percatado de su llegada. Chelsea pensó que estaría furioso con ella, pero su sorpresa fue ver que la miraba con miedo, dándose cuenta de que el coche se usó para huir, para llevarla donde ella necesitaba y quería.

—¿Se fue? —preguntó con un hilo de voz, con la esperanza de que negara.

—Lo siento.

Solo podía responderle eso, no había otra cosa que pudiera decirle, porque lo que sea, le dolería y no quería hundirle más, no en este momento. Negó sentándose en el escalón del porche de la tienda de Chelsea y pasó las manos por su rostro, exasperado y descontrolado. Estaba perdido y no sabía cómo volver a encauzar su vida, no sin intentarlo al menos con Alice, con la mujer que le robó el aliento, sus noches de sueño e incluso sus ganas de tirarlo todo por la borda. La necesitaba y daba igual de qué forma.

—¿Estás bien? —Se sentó a su lado y pasó una mano por su hombro.

Alex levantó la cabeza y negó sin mirarla.

—Corrí lo más que pude para llegar a tiempo, para decirle que ya podíamos estar juntos sin ningún obstáculo de por medio, pero no me dio la opción —expresó abatido y Chelsea frunció el ceño.

—¿A qué te refieres, Alex?

—Resulta que soy un cornudo. —Su prima suspiró—. Espera, ¿lo sabías?  
—Se encogió de hombros.

—Siempre lo pensé.

—¿Por qué no me lo contaste? Podrías haberme avisado de tus sospechas y no sentirme así, como un estúpido —recriminó disgustado.

Sabía que estaba siendo duro con su prima y ella no tenía culpa de nada de lo que le había pasado, pero con alguien debía pagar su frustración, aunque supiera que no era de ese modo como las cosas se arreglaban.

—No podía decirte nada sin tener la certeza de que estaba pasando. ¿Qué habrías hecho si después de contártelo descubrías que no era así? Simplemente no podía meterme en algo así. ¿Lo entiendes? —Asintió apretando los labios en una fina línea.

—Lo sé, perdóname. Creo que estoy así por Alice y no porque me haya enterado de que el hijo que espera Karla no es mío.

—¿En serio? ¿Hasta ese punto llegó esa mujer?

—Sí, y no sabes cómo me duele saber que al final ese bebé no es mío.

Estaba dolido, mucho... Era demasiado para soportar en un mismo día y lo único que tenía en la cabeza era ir a buscarla y pedirle la oportunidad de hacerla feliz y tenía la certeza de que iba a ser muy duro conseguir que ella lo acepte, aunque ya no esté con Karla, daría igual. Alice era demasiado testaruda y eso complicaba las cosas.

Llevaban bastante tiempo hablando, sin darse cuenta de la hora que era y tenía que estar descansado si quería ir en busca de Alice, así que, tras despedirse de Chelsea, se metió en su coche y antes de arrancar la miró.

—¡Eh, Chelsea! —la llamó y esta se dio la vuelta antes de entrar en su casa —. No vuelvas a coger mi coche sin permiso.

Una sonrisa dibujó su rostro, sonrisa que él siguió, aún le quedaban algunas guardadas, pero las reservaría para ella.

—No lo haré.

Después de eso, arrancó y salió a toda prisa de aquel pueblo, metiéndose en la carretera pequeña, con dirección a la cabaña que tenía, la que llevó a Alice el día que llegó, el día de la lluvia, el día que casi le hace el amor. Justo el día que ella le dijo que lo amaba. Al llegar, entró y fue directo al baño para ducharse antes de acostarse a dormir por unas tres horas, que era el tiempo que se puso de máximo para descansar, pues quería salir lo antes posible hacia el aeropuerto para volver a Londres, donde tenía que buscarla y hacer que volviera con él.

\*\*\*

No sabía cuántas horas habían pasado y, en realidad, ni siquiera se enteró del viaje, pues estaba tan cansada que se quedó dormida y si no es por Peter que la llamó cuando aterrizó el avión, aun seguiría dormida.

—Vaya, estás echa una dormilona —refirió Peter cuando por fin consiguió que abriera los ojos.

—Lo siento, estaba muy cansada y no sé, puede que el embarazo me haga dormir más.

Salieron del avión después de coger su bolso de mano y caminaron por el largo pasillo para ir a por su maleta. Después de todo lo que había pasado, no podía creer que por fin estuviese en Londres y que cada uno volviera a su rutina y a su vida tal y como era antes de todo el desastre.

Antes de salir del aeropuerto, Peter cogió su brazo para despedirse y pedirle su número de teléfono, le había caído muy bien y podrían ser amigos.

—¿Volveremos a vernos algún día? —preguntó él ayudándola a meter la

maleta en uno de los taxis que había a la entrada del aeropuerto.

—Claro, me gustaría.

Y tras eso, le dio su número para estar en contacto. Alice se acercó a él y, después de darle las gracias por el mensaje que la llevó hasta el lugar más escondido de la Tierra, le dio un beso en la mejilla y se metió en el taxi que la llevaría a su casa. Quería pasar primero por el apartamento, pero decidió que sería mejor ir antes a ver a su padre, pues solo iría unas horas y volvería a irse, aunque antes tenía que llamar a su amiga, esa chica que se fue sin decir nada. Caroline seguro que estaría encantada de recibirla en Nueva York y ese era su próximo destino, el que había elegido para comenzar a vivir esa vida que tanto necesitaba.

Sacó el móvil del bolso y buscó en la agenda el número de su cuñada. Al encontrarlo, le dio a la tecla de llamada y esta no se hizo esperar cuando al segundo tono descolgó.

—¿Alice? —preguntó Caroline al otro lado... ¿preocupada? Alice no la llamaba nunca y realmente hacía tiempo que no sabían la una de la otra.

—Hola, Caroline. ¿Cómo estás?

—*Bien, pero ¿ocurre algo? Hace tiempo que no hablamos.*

Alice sintió una punzada al comprobar la voz dolida de Caroline, la habían dejado de lado, sin preocuparse por ella en ningún momento y ya hacía demasiados meses que se había ido, no podía pretender que la recibiera como si nada hubiese pasado.

—Eh, sí, bueno... Tengo algo que pedirte y estás en todo tu derecho si no lo aceptas.

—*Dime.*

—¿Podría quedarme contigo en Nueva York? Es que quiero cambiar de aires y necesito salir de Londres. Es... es una larga historia.

Caroline se quedó pensando, sopesando una respuesta para esa chica que tanto la ayudó cuando perdió al amor de su vida en aquel accidente que la destrozó por completo. No podía negarse, ni siquiera le guardaba rencor por



haberla abandono a su suerte, pues tenía la certeza de que Alice tampoco lo estaría pasando nada bien. No lo tendría en cuenta y su decisión vino en seguida.

—*¿Cuándo vienes?*

Alice sonrió complacida y el taxista la interrumpió para decirle que habían llegado. Antes de bajarse y pagar el viaje, respondió a Caroline.

—Saldré esta misma noche. Te avisaré cuando haya llegado al aeropuerto.

—*Está bien, estaré esperándote. Bueno, tengo que dejarte, voy a descansar.*

—Claro, gracias, Caroline. Tengo muchas ganas de verte.

Colgó y, tras pagar, se bajó del coche y por consiguiente sacó la maleta. El taxista se fue y ella suspiró antes de comenzar a caminar para entrar de nuevo en esa casa que tantos malos recuerdos le regalaba cada vez que cruzaba el umbral de la puerta. Solo habían pasado unos días desde que se había ido sin decirle nada a nadie y parecía que había estado fuera un año. Era algo increíble cómo puede pasar el tiempo sin darte cuenta siquiera.

Cuando llegó a la puerta, sacó su llave y la metió en la cerradura, pero su padre al escuchar la puerta corrió hasta ella y abrió antes que ella. Sus ojos se clavaron. Su padre la miraba desde su altura, primero de una manera cariñosa, pero pronto endureció su gesto.

—Papá, yo...

—No digas nada, prefiero no escucharte ahora —la cortó y la dejó pasar.

Entró y dejó la maleta en las escaleras, se acercó a él y la evitó, alejándose y entrando de nuevo al salón, donde todo estaba desordenado. Alice miró a su alrededor y no podía creer cómo estaba todo, parecía que había pasado un tornado por allí. Su padre estaba durmiendo en el sofá y las mantas arrugadas encima de este se lo mostraron a ella, preocupándola al instante, porque su padre jamás hubiera hecho semejante cosa antes. Se sentía culpable puesto que sabía que no lo estaba pasando nada bien, pero ya era mayorcita para tomar sus propias decisiones.

—Papá.

—¡NO! ¿Por qué no te largas de nuevo? ¡Anda, vete como hizo ella! Abandóname tú también. —Sollozó y se le partió el alma.

Jamás abandonaría a su padre, nunca hubiera imaginado que él se lo tomaría de esa manera. Caminó con cautela hasta él que estaba sentado en el sofá y se sentó a su lado, pasando una mano por su espalda, reconfortando todo ese tiempo.

—No quería hacerte sentir así, te lo juro, pero necesitaba buscar respuestas.

—Me da igual, vete de nuevo si quieres. No te necesito —escupió hiriéndole como ella a él.

Las palabras de su padre le dolían y jamás él le habló así. Es cierto que se merecía todas y cada una de ellas, pero no estaba preparada para escucharlas. Entonces, miró al frente y se dio cuenta de las tres botellas de ron que estaban esparcidas en el suelo, vacías. Su padre volvió a beber y todo por su culpa, por no pensar en nada más que no sea en ella y su futuro, sin importar nada ni nadie. Era una egoísta y se daba cuenta. Se quedó mirando al frente, desconectada de lo que había a su alrededor, incluso sin escuchar más a su padre y se sintió la peor de las personas. ¿Cómo le diría que se iba de nuevo? ¿Cómo decirle que solo había vuelto para despedirse porque antes no lo hizo? No estaba segura de la reacción de su padre y tenía miedo de que se destruyera aun más por culpa de su abandono. Estaba claro que su padre aún no había superado que su madre lo hubiera dejado así sin más, sin explicación alguna y, en ese momento, ella hacía lo mismo.

—Alice, siento mucho cómo me he puesto —se disculpó descolocándola.

—No hace falta, papá, soy yo quien te tiene que pedir perdón por irme así.

—Claro que no. —Se quedó unos segundos en silencio—. Supongo que me cegué y exageré un poco las cosas. Sé que tienes que hacer tu vida y la aceptaré sea cual sea tu decisión.

Parecía estar pensando cada palabra antes de decirla, como si en realidad no la dijera en serio y fuera solo por hacerla feliz, pero ella conocía bien a su padre y sabía que no estaba siendo sincero. Era hora de ser clara y decirle que

se iba y que no sabía cuándo iba a volver, si es que lo hacía en algún momento. Su intención era comenzar una nueva vida fuera, sin reproches, sin mentiras, sin malos recuerdos. Como si hubiera nacido ahora... Como si no fuera la misma chica, sino otra muy distinta.

—Papá... Tengo algo importante que decirte.

## Capítulo 27

**H**abía esperado suficiente tiempo para tomar la decisión de buscarla, de ir a Londres de nuevo para tenerla entre sus brazos y por fin llegó la hora de hacerlo y esta vez no la dejaría escapar.

El tiempo que supuestamente había elegido para descansar lo utilizó para pensar en ella y en la manera de hablarle cuando la viera, en lo que podía hacer para que no se alejara de nuevo de él. Estaba agotado, sentado en el avión que estaba a punto de ascender lo más alto que fuera posible, a punto de dejar su vida atrás, esa que tanto odiaba. Pensó por una milésima de segundo en lo que sí le importaba, Niebla. Era suyo, el caballo que compró con el sudor de su frente, el mismo que le hizo los días malos en los mejores, convirtiéndose en su mejor amigo y hasta eso dejaba por ella. ¿Acaso no se daba cuenta de eso, de lo que él perdería por amarla? Creyó por un momento que ella eso no lo valoraba, pero tampoco podía pensar de esa forma o no iría.

Mientras tanto, Alice ya tenía todo preparado para su partida definitiva. Cuando le dijo a su padre sus intenciones, puso el grito en el cielo, pero no le quedó más que afrontarlo y apoyarla como se merecía, porque sí, ella lo necesitaba y merecía esa felicidad que le arrebataron de sus manos sin tan siquiera pensarlo, como si fuera fácil hacerle eso a una persona, como si hundirle la vida a alguien fuera algo natural. El destino se propuso hacerla desdichada, quitándole primero a su hermano, y con ello perdió a su madre y luego al amor de su vida y si con eso no tenía suficientes motivos para hacer

todo lo que hizo, mejor dejar que la vida pasara sin remedio.

Estaban en el aeropuerto, a la espera de que llegase la hora de embarcar. Mila y su padre fueron los que la acompañaron para despedirse como Dios manda y no como se fue hace días. Era justo que al fin pudiera decir adiós de la mejor manera, aunque su padre estuviese sufriendo por su partida.

—¿Estarás bien? Puedes quedarte aquí más tiempo y después irte, hija —expresó su padre, triste.

Alice lo abrazó y le dio un beso en la mejilla asintiendo. Comprendía la tristeza de su padre y era natural que se sintiera así cuando estaba a punto de quedarse solo de nuevo.

—No te preocupes, papá, estaré bien. Ya Caroline me espera y allí comenzaré una nueva vida.

—Lo sé, lo sé, pero no puedo evitar preocuparme y preguntarme mil veces si lo que has decidido es lo correcto en tu estado.

—Bueno, siempre puede volver —intervino Mila para quitar hierro al asunto y Alice se lo agradeció.

Estaban sentados en una cafetería, pues aún faltaba una hora para irse y necesitaban disfrutar de ella el tiempo que quedaba, ya que no sabían cuando volverían a verse, aunque realmente Alice no tenía claro si eso pasaría. No entraba en sus planes volver a Londres.

Estaba nerviosa por el vuelo, no era persona de viajar y más cuando eran trayectos largos como el que estaba a punto de hacer, pero ya daba igual. Viajaría de noche y eso ayudaría a poder dormir en el avión, se aseguraba a ella misma que ni se enteraría del viaje. Miró el reloj de su muñeca y comenzó a mover la pierna, necesitando salir de allí de una vez, como si tuviera un presentimiento de que las cosas no iban a salir como ella esperaba. Entonces, escuchó cómo llamaban a los pasajeros del vuelo a Nueva York y se levantó como un resorte para encaminarse a la dirección pronunciada.

—¡Espera, Ali! —exclamó su padre levantándose con ella.

Comenzaron a caminar, hasta que llegaron al control policial. Allí pararon

unos minutos y se despidieron con un fuerte abrazo y un beso. Jack iba a echar mucho de menos a su hija, a su pequeña, esa niña que llenaba de luz su hogar y que ya era toda una mujer a punto de ser madre. ¿Cuándo creció tanto? Esa pregunta cruzó su mente mientras la observaba cuando se despedía de Mila.

—Llama cuando llegues, Ali —murmuró su amiga cuando la apretó entre sus brazos.

También comenzaban a llegar pasajeros de otros vuelos, mientras ella cruzaba el control. Los pasajeros del vuelo proveniente de Tennessee llegaron justo unos minutos antes y, con él, llegó Alex, cruzando el control llegada. Entonces la vio, su melena rubia alejándose. Miró a la dirección de sus ojos y pudo comprobar que su padre y Mila estaban al otro lado. Se desesperó y comenzó a sortear a las personas que había delante de él.

—¡ALICE! —gritó—. Perdón, déjenme pasar, por favor —suplicó angustiado y la mujer que tenía delante se apartó.

—¿Qué te ocurre, muchacho? —preguntó la señora.

—Se va, la mujer que amo se va y tengo que alcanzarla para impedirlo —respondió agitado.

—¡Dejen pasar a este hombre, su novia se va! —pidió la mujer ayudándole.

Las personas, que no eran pocas, se fueron apartando y dejaron pasar a Alex que cada vez veía más lejana a Alice y no podía permitirlo. Cuando por fin cruzó el control, corrió hasta el otro y gritó desesperado para que lo escuche, pues ya había comenzado a gritar. Mila y su padre se acercaron a él y vieron la esperanza de que ella no se fuera reflejada en ese momento.

—¡ALICE! —volvió a gritar y ella se paró en seco al escucharlo.

Se dio la vuelta y sus ojos se clavaron, creando esa tensión a tantos metros de distancia, lo sentía cerca, pero lejos a la vez. No podía creer que él haya ido hasta allí y experimentó cada sensación, la necesidad de abrazarle, de cobijarse entre sus brazos, pero no, no podía dejar que eso pasara.

—¡NO TE VAYAS! —insistió y ella agachó la cabeza—. ¡TE LO

## RUEGO!

Los gritos de Alex crearon expectación en todo el aeropuerto y aquello parecía una película, aunque ellos lo estuvieran viendo todo a cámara lenta.

—¡YA ES TARDE! —respondió ella.

Alex caminó hasta el control y le suplicó al policía que lo dejase pasar para hablar con ella, pero era bastante testarudo y le estaba costando horrores conseguirlo. Así que Alice caminó hasta él, estaba al otro lado, separados por una banda metálica, una que no los dejaba acercarse hasta tocarse, pero siendo suficiente para no gritarse y que la gente disfrutara del espectáculo. Se miraron, pero no podían decir nada, no cuando estaban tan cerca. Ella no sabía qué hacer y, aunque una parte le suplicaba que se quedase con él, la otra le decía lo contrario.

—No te vayas —murmuró con la voz rota.

—Tengo que hacerlo, es lo mejor para todos.

—Dirás que es lo mejor para ti, porque yo no concibo mi vida sin ti — declaró reprimiendo las ganas de echarse a llorar como un niño pequeño.

Lo único que deseaba en ese momento era secuestrarla, cogerla en brazos, aunque fuera en contra de su voluntad y llevársela lejos, donde estuvieran solos y pudiera explicarle con besos, lo que no podía con palabras. Decirle lo que sentía, sin tener miedo de perderla. Pero no podía hacerlo, pues eso complicaría las cosas.

—Alex, lo siento, vale. No puedo quedarme contigo cuando tú...

—Estoy casado, lo sé joder, pero si me dejases explicarte...

—No, no quiero escuchar siempre lo mismo.

Se dio la vuelta con la intención de marcharse, pero paró tensándose cuando lo escuchó de nuevo.

—Ya no estoy con Karla, la he dejado y le he pedido el divorcio. Y si eso no cambia las cosas entre nosotros, ya no sé qué lo cambia —mencionó sintiendo las lágrimas recorrer sus mejillas despacio, eran unas leves pero dolorosas lágrimas llenas de pérdida.

—No, eso no cambia nada. Lo siento, Alex.

Y tras decir eso se fue, metiéndose entre la multitud hasta que Alex la perdió de vista.

No podía creer que se había ido, no podía creer que no consiguiera retenerla y lo único que pudo hacer fue caer de rodillas y hundirse en su miseria mientras se daba cuenta de que la había perdido, porque sí, perdió a Alice para siempre, aunque si lo pensaba bien, jamás la tuvo.

Mila se acercó cautelosa a Alex y puso una mano en su hombro. Él levantó la cabeza y miró a la amiga de Alice. Estaba destrozado y no había más que verlo para darse cuenta de lo mucho que le dolía que Alice no quisiera escuchar nada más.

—¿De verdad dejarás que se vaya así sin más?

—¿Y qué quieres que haga? No quiere escucharme.

Se levantó y caminó hacia la salida. ¿Qué más podría hacer? Lo único que le quedaba era volver a su casa e intentar vivir una nueva vida solo, sin tener que rendirle cuentas a nadie.

Las pisadas de Alice resonaban en todo el aeropuerto, como si al hacerlo así consiguiera sentirse más segura de la decisión que había tomado, aunque en realidad no sabía si había sido la acertada, pues las palabras de Alex resonaban en su cabeza una y otra, y otra, y otra vez, sin descanso. Cuando llegó a la puerta de embarque, como quedaban unos minutos para subirse al avión, se sentó a esperar la hora.

No dejaba de pensar en todo lo que él le dijo, intentando que se quedara y, aunque ella quisiera estar con él, no podía... Echó la vista atrás un momento, recordando cada detalle de todo lo que le había sucedido hasta ese instante y en los peores tramos de su vida había estado Alex con ella, apoyándola y no dejándola caer en cuanto su vida comenzaba a desmoronarse, afianzando el amor que comenzó a sentir por él cuando lo vio por primera vez. Recordó las últimas palabras que Ryan le dijo cuando entró en Peter, destrozándola un poco más si podía.



*(Flashback)*

*—Te extraño tanto, te amo tanto, Ryan —confesó sin poder alejarse de él.*

*—No lo hagas, pequeña, no me ames y no me extrañes.*

*Levantó la cabeza para poder mirarle a los ojos y asegurarse de que el brillo que siempre tenía siguiera ahí, pero no, esta vez no estaba... En sus ojos solo había dolor y miedo, mucho miedo.*

*—¿Por qué me pides eso? Necesito seguir amándote, no me pidas que no te extrañe, porque es imposible. Ya lo he intentado y no puedo.*

*—Debes intentarlo, pequeña, no quiero que sigas sufriendo... Te necesito feliz, con tu sonrisa, para que nuestro hijo también lo sea, para que, al verte, él sonría también.*

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas, anegando todo a su paso, llenando de dolor aquel momento en el que debatía qué hacer con su vida. Quería amar a Ryan toda la vida, no olvidarle jamás, pero sabía que haciendo eso no volvería a ser feliz, porque no se puede amar a una persona que sabes que no volverás a ver, que sabes que se fue para siempre. ¿Por qué seguir aferrándose a algo que no pasará? Tenía que seguir con su vida, volver a vivir, así como Ryan le pidió y que aún no cumplía.

*—No llores más, joder. Se me parte el alma en dos al verte así y sé que tu única felicidad está al lado de mi hermano. —Se levantó y caminó de un lado al otro.*

*Alice no podía creer lo que acababa de escuchar y sintió vergüenza de saber que él pensara eso, porque no era como él decía.*

*—No, Ryan, eso no es cierto. Mi felicidad está a tu lado, siempre fue así.*

*—¡Deja de engañarte a ti misma! —exclamó cabreándose—. ¿Crees que no me di cuenta? Siempre supe que él sería tu destino, que, aunque yo fui el amor de tu vida, también lo era él y tú lo eres para Alex.*

*—Estás loco —escupió levantándose también, pero perdiéndose en la ventana.*

Vivir, vivir, vivir... Sí, tenía que vivir y si era al lado de alguien que amas con todas tus fuerzas, aunque quieras negar que lo haces, es mejor que hacerlo sola, mejor que estar maldiciéndote toda la vida por dejar pasar la oportunidad de ser feliz de nuevo, alegando que lo hiciste por tu bien y no por creer que decepcionarías a esa persona que amaste una vez. Alice tenía miedo, miedo de perder de nuevo en el amor, de sentirse sola de nuevo.

*—No te niegues más la posibilidad de amar libremente a mi hermano, pequeña. Es lo que quería decirte y para eso vine. Sé que lo amas y también sé que necesitabas oírlo de mis labios para darte cuenta de que es así — murmuró apoyando la barbilla en su hombro—. Lucha, Alice, lucha por él y no sufras por mí, por mi memoria... Yo necesito que seas feliz para poder descansar en paz de una vez por todas.*

*—Es que no puedo. ¿Te crees que es fácil para mí todo esto?*

*—¿A qué tienes miedo?*

*Se quedó en silencio.*

*—Dímelo.*

*—A perderle a él también. Tengo miedo de volver a amar a alguien tan profundamente y perderle. Sería un golpe devastador y ahí no levantaría cabeza... Porque perderte a ti fue lo peor que me ha pasado en la vida. — Bufó—. Prefiero irme, alejarme para olvidarle, que quedarme y perderle.*

*Ryan la entendía, entendía que quisiera olvidar todo para que su corazón no sufriera más de lo que ya lo había hecho, pero no podía negarse la felicidad que sabía que su hermano le iba a dar, porque Alex la haría feliz, de eso estaba seguro.*

*—No puedo obligarte a nada que no quieras, pero sé que sí lo deseas.*

*—¿Por qué estás tan seguro?*

*—Porque lo veo en tus ojos.*

*Cada vez lo sentía más lejos, como si Ryan se estuviera alejando es nuevo, se le escapaba de sus manos y otra vez no podía hacer nada para que se quedara con ella.*

*—Ryan, siempre te voy a amar, porque tú siempre serás mi amor, para siempre... Ese amor que recordaré por el resto de mi vida, un amor para recordar por siempre.*

*—Lo sé —expresó apretándola más contra su pecho—. Y no quiero que me olvides, pero tampoco que te obsesiones con el amor que sentimos, porque ese, estará a buen resguardo en mi corazón y de ahí, no podrá salir.*

Vive, pequeña, vive... Escuchó murmurar a su lado, como una brisa recorriéndola entera, haciéndola estremecer. Entonces hizo lo que tenía que hacer y rogó porque no fuera demasiado tarde.

## Capítulo 28

Corrió y corrió, importándole muy poco que las azafatas ya estuvieran llamando a los pasajeros para que subieran al avión, total, ella no lo haría, no subiría e iría en su busca, lo necesitaba a él sin importar nada. Quería escuchar eso que tenía que decirle, saber por qué lo dejó todo, saber de verdad que sentían los dos en ese momento.

Demasiadas personas se cruzaban en su camino, pero daban igual todas, ella solo quería ver a uno. Por una vez en su vida tenía las cosas claras y todo gracias a él, siempre a él. Ryan era esa persona que estaría siempre con ella, tanto en vida como en muerte. Siempre fue su mejor amigo, su confidente, ese que no te deja caer, para convertirse en ese amor que tienes en tu corazón para toda la vida, su primer amor y, también, el padre de su hijo. Pero... Todo acaba y él ya no está y había dejado con ella a la persona indicada. Le tocaba amar a alguien nuevo, a otro amigo. Si pensaba por un momento las cosas, volvió a enamorarse de su mejor amigo, porque así comenzó Ryan y siguió sus pasos Alex.

El pasillo se hacía cada vez más largo y parecía no querer dejarla llegar a la salida. En realidad, estaba a solo unos segundos de cruzar el control, pero con tantos pasajeros no había forma de llegar antes de que Alex saliera del aeropuerto, aunque en realidad no tenía la certeza de que aún siguiera en su interior. Entonces pensó en llamar a Mila y preguntar si ya se habían ido. Como era natural, su amiga descolgó nada más comprobar que la llamaba

Alice.

—Mila, no digas mi nombre, solo responde con sí o con no —dijo, sin dejarla reaccionar— ¿Sigues en el aeropuerto?

—*Sí, aunque casi ya estábamos saliendo.*

—Te he dicho que digas sí o no —se quejó Alice.

—*No, perdón, sí.*

Sonrió al escuchar a la loca de su mejor amiga. Siempre dispuesta a ayudarla, la quería incondicionalmente.

—Necesito que retengas a Alex lo máximo posible en la cafetería o yo que sé, haz lo que tengas que hacer, pero no os vayáis.

—*Pero...*

—No digas nada, solo haz lo que te pido, por favor.

Una sonrisa dibujó el rostro de Mila, dándose cuenta de las intenciones de Alice, sabiendo que su amiga había recapacitado y que, gracias al amor, volvía... Bueno, no se iba, mejor dicho.

—*Ok* —fue su respuesta y colgó. Miró a Alex y al padre de Alice y con una tristeza fingida los invitó a un último café, aunque ya estuvieran a punto de salir. Jack se extrañó, pues ya estaban en la puerta y era una tontería volver a sentarse en el bar, cuando podían tomarse el café en casa o en cualquier otro lugar. Siempre creyó que Mila estaba loca, pero en ese momento lo corroboraba.

—¿Para qué? Vámonos ya. Además, Alex debe estar muy cansado —inquirió Jack.

—Por favor, necesito sentarme un momento. Estoy algo mareada y no quiero quedarme sola —mintió tocándose la frente, fingiendo mareo.

Alex la miró y por un momento pensó que era un juego, pero Mila actuaba demasiado bien y acabaron creyéndola. Caminaron agarrándola del brazo para impedir que se desvaneciera en el suelo y llegaron a la cafetería de nuevo, donde una Mila algo más recuperada, pidió tres refrescos. Jack y Alex cruzaron una mirada a la vez que fruncían el ceño, pensando que era todo

muy extraño, pero no dijeron nada y solo bebieron sus refrescos esperando que la chica mareada se sintiera mejor.

Cuando por fin Alice pudo pasar por el control, siguió su camino sin descanso, deseando llegar y tomar agua, pues en su estado el ejercicio físico la agotaba, pero eso no importaba, ya nada más importaba. Finalmente tenía claro que todo lo que se negó antes era lo que necesitaba de verdad. Huir no era la opción, perder la vida que, si le pertenecía, era lo contrario a lo que tenía pensado. Porque irse a Nueva York solo era fingir, creer que eso llegaría a hacerla feliz y otra vez se equivocaba, porque la felicidad la tuvo ante sus ojos, pero estaba tan ciega que no veía más allá de sus propios recuerdos, de su propia tristeza. No se daba cuenta de que la culpa de todo la tenía el aferrarse tanto a lo vivido, en pasado, sin pensar en la vida en un futuro.

—¿Estás mejor, Mila? —preguntó Alex loco por salir de allí.

Estar en el lugar donde la vio por última vez lo asfixiaba y deseaba largarse de una maldita vez para no seguir lamentándose por no haber conseguido nada de lo que tenía pensado con ese viaje.

—Eh, no, aún me siento mal —respondió, pero vio a Alice cerca y ella también los vio—. Creo que ya me estoy sintiendo mejor —dijo de nuevo.

—Estás loca.

—Siempre lo he pensado.

Alex se levantó cabreado, pues no le gustaba que lo vacilaran de esa manera y Mila se estaba burlando en su propia cara.

—Yo me voy.

Se dio la vuelta para irse y la vio, ella lo vio, sus ojos conectaron y todo paró, el tiempo se congeló, como si nadie más estuviera a su alrededor, solo ellos dos, solo ese momento. Ella caminó hasta él, se puso justo delante de su torso, pues era tan pequeña que no le llegaba más arriba de sus hombros. Pasó los brazos por encima de él y se alzó para llegar a sus labios, donde depositó ese beso que debía haberle dado cuando él fue a impedir que se

fuera. Alex, por un momento, se quedó bloqueado, sin saber cómo actuar, sin saber si era un espejismo o un sueño, pero el roce de sus labios lo despertó y supo que no, no era un sueño, sino algo muy real. Alice estaba con él y lo estaba besando. Entonces él la abrazó, pegándola a su cuerpo como tanto ansiaba, como tanto soñó despierto.

Mila miró al padre de Alice y este sonrió feliz, ya que eso significaba que su hija no se iría de su lado, aunque tenía que explicarle algunas cosas.

—Creo que debemos dejarlos solos —dijo Mila sin dejar de mirarlos.

Estaba embobada, pues se veía tanto amor entre ellos que no sabía cómo era que su amiga no lo había hecho antes. Seguramente, de haber aceptado a Alex meses antes, las cosas habrían sido diferentes y ella no habría tenido que pasar por tanto dolor. Se dieron la vuelta y se alejaron despacio, sin avisarles, no quería interrumpirlos. No podían interrumpir ese precioso momento en el que dos personas se dicen lo mucho que se aman con solo un beso, porque a veces sobran las palabras, porque a veces solo el roce inesperado puede decir más que una simple frase cargada de amor.

El beso duró mucho menos de lo que ellos necesitaban, pero tampoco podían estar allí demasiado tiempo y era mejor hablar las cosas antes de volver a pensar incongruencias. Al separar sus labios, se miraron con ternura, con esa dulzura que tanto adoraban. Alex cogió su mano y depositó un beso en ella, para después tirar de Alice despacio y llevarla hasta la cafetería donde hablarían, aunque en realidad estuviera loco por quedarse a solas con ella.

—No puedo creer que estés aquí, Alice. —Su voz sonó ronca, no le salían las palabras.

—Ni yo puedo creer que haya tenido el coraje de irme y dejarte aquí — declaró con lágrimas en los ojos.

Alex subió sus dedos a la mejilla de ella y secó cada lágrima que derramaba. No quería que llorase más y, a partir de ese momento, nunca más lo haría, no de pena al menos.

—Alex, yo...

—No digas nada, soy yo quien debe explicarte todo lo que pasó cuando te fuiste. —Ella asintió y cerró los ojos al sentir las caricias de él—. Ya te dije que le pedí el divorcio a Karla, pero no me dejaste explicarte el motivo.

—Lo sé, a veces soy demasiado terca —se recriminó y él sonrió asintiendo.

Ver esa sonrisa le llenaba el alma de vida. Alice suspiró enamorada. Sí, enamorada, porque por fin era el momento de aceptar que se enamoró de Alex incluso antes de perder a Ryan, porque parte de él siempre le recordó al amor de su vida y finalmente supo que lo amaba por él y no por un recuerdo. Amaba a Alex y, aunque siempre Ryan estaría en su corazón, también lo estaba el hombre que tenía delante, ese que no iba a dejar escapar.

—El bebé que ella espera no es mío, sino de Jeff. —Alice abrió los ojos sorprendida, aunque en parte se lo esperaba.

—¿En serio? Dios, lo siento, Alex... Yo sé lo que deseabas a ese bebé y lo que has luchado para mantenerte a su lado.

—No importa, ya nada importa más que tú, Alice. —Suspiró—. Tengo algo que decirte, algo que jamás me atreví a expresarte por miedo a asustarte.

Estaba nervioso y se le notaba en la voz, pero no podía callar más ese secreto que nadie sabía, ese momento en el que comenzó a sentir el amor que llenaba su pecho cuando la veía. Su recuerdo siempre se mantuvo intacto en su mente y eso siempre fue el motivo por el que nunca amó a Karla, por estar enamorado de una pequeña de cabello dorado y mirada angelical.

Esperaba con el corazón en un puño, deseando saber qué era eso que Alex necesitaba decirle, aunque por un momento tuvo miedo de que fuese algo malo que volviera a separarlos.

—Yo estuve en el último cumpleaños de tu hermano y fue ahí donde te vi por primera vez...

—¿Cómo?

—Espera, cariño. —Sonrió—. Cuando te vi, fue como si el corazón se me paralizara y nunca más volví a ser el mismo. Nunca llegué a saber por qué me sentía así, pero cuando fui a ver a Ryan al hospital y volví a verte, mi corazón



latió tan fuerte que pensé que se me saldría por la boca.

—Oh, Alex. Si te soy sincera, a mí me pasó lo mismo cuando nuestros ojos se encontraron por primera vez. Una parte de mí me decía que me alejara, pero la otra me gritaba que me enamorara de ti y ya ves a que parte escuché —declaró sonrojada.

Aún parecía una niña, una pequeña que tuvo que madurar muy pronto y convertirse en mujer de la noche a la mañana.

—Me alegro de que escucharas a la parte racional —ironizó y besó sus labios con dulzura.

Tras declararse todo lo que sentían, llegó la hora de volver a casa. Mila y su padre los esperaban en el aparcamiento y, aunque Jack quería saber cómo y cuándo comenzó su hija a amar a su cuñado, no podía negar que le encantaba volver a ver a su hija feliz, porque Alice era feliz de nuevo y su sonrisa la delataba. Entraron en el coche de Mila y fueron hasta su casa familiar, esa que venderían en poco tiempo para cumplir con el trato que hicieron en el hospital. Ya nada los retenía para hacer lo que pensaron, vivirían cada uno en su apartamento y Alice volvería a estudiar.

La vida volvía a darle una oportunidad, solo tenía que aprovecharla al máximo y sonreír.

## Capítulo 29

*Dos meses después.*

Los siguientes días fueron maravillosos, llenos de amor, llenos de nuevos momentos que sentir y recordar, que vivir y guardar. Todo era perfecto y estaban en una nube. Habían decidido quedarse a vivir en el apartamento que era de Ryan, pues era también de Alice y su padre se iría al mismo edificio, pero en otra planta. Las cosas no podían ir mejor, pero... Siempre hay un pero y es que cuando vienen sorpresas inesperadas, todo vuelve a complicarse, y es que el destino parecía estar en contra de todo lo que ellos deseaban. Alex tenía que volver a Tennessee para que Karla le firmase el divorcio que ya su abogado había redactado y claro, se negaba en rotundo a firmar dicho papel, pues era aceptar que había perdido a su esposo, y ella todavía mantenía la esperanza de que Alex iba a volver, siempre lo hacía, de una manera u otra, él siempre iba hacia ella. Pero esta vez Karla no contaba con que su «esposo» se había enamorado de verdad y que no iba a dejar a Alice por nada ni nadie, y si para que le quedase claro tenía que decírselo en la cara, lo haría.

Alice tenía que ir a una revisión y comprobar que Ryod estaba bien y sano. Alex ya se había ido, así que le pidió a Mila que la acompañase. Ellas volvían a estar como antes, como cuando se apoyaban en todo, volviendo a ser las amigas inseparables, las *sisters*. Cómo recordaba a Ryan cuando se decían eso, pero ya no era un recuerdo doloroso, sino todo lo contrario. Él pasaba

por su mente como una persona importante en su vida, como el primer amor, el primer hombre que la tocó, el padre de su hijo. No podría olvidarle, ni aunque quisiera.

Estaba en el apartamento, desayunando antes de que Mila pasara a recogerla, cuando sonó el timbre y ella, pensando que era su amiga, abrió sin mirar, pero sus ojos se abrieron de par en par cuando su suegro entró sin permiso. Ellos no tenían mala relación, pero desde que ella decidió vivir tal y como ella quería, se distanciaron.

—Hola, Nicholas, ¿cómo estás? —preguntó nerviosa.

Algo le decía que esa visita no era de cortesía y no podía evitar sentirse cohibida con la mirada de ese hombre de corazón de hielo.

—Hola, Alice, bien, ¿y tú? ¿Puedo sentarme? —Alice iba a responder, pero él no la dejó—. Claro que puedo sentarme, estoy en casa de mi hijo, ¿no?

Abrió la boca y la cerró al mismo instante. «¿Qué bicho le picó?», pensó caminando hasta el sofá y se sentó frente a él.

El padre de Ryan y Alex la miraba cual león enjaulado, como si ella fuera la presa más apetecible de toda la selva. No entendía qué le estaba pasando, pero ella estaba nerviosa y asustada.

—Veo que mi nieto crece bien —expresó tocándose la barbilla y ella asintió mirándose los zapatos—. ¿Ibas a salir?

—Sí, justamente estoy esperando a...

—¿Alex?

Alice arrugó la frente al notar la ironía en su pregunta y negó mirándolo mal.

—Mila.

—Ah, ya. Y Alex, ¿dónde está? — insistió y ya se estaba cabreando al igual que él.

—Pues no lo sé. ¿Tendría que saberlo? —mintió para no tener que dar explicaciones sin sentido a una persona que no le interesaba su vida.

Alice estaba asombrada por cómo su suegro la trataba, era como si el estar

con Alex fuese el peor error que estuviera cometiendo, y estaba equivocado. Se quedaron unos segundos en silencio, cada uno encerrado en sus pensamientos. Nicholas buscaba las palabras adecuadas para dejarle claro a Alice algunos puntos en el camino que había tomado y ella, ella solo lo miraba, a la espera de ese ataque, pues no hacía falta ser un lince para darse cuenta de que las intenciones de Nicholas eran discutir algo con lo que supuestamente él, no era correcto.

—¿Te crees que soy estúpido? —preguntó de pronto.

—Nunca lo he creído.

—Sí, sí que lo has hecho y ahora me estás viendo la cara de gilipollas —dijo alterado.

Alice se levantó con la intención de dar por zanjada esa estúpida conversación que no iría a ninguna parte y Nicholas se incorporó para ponerse frente a ella y cortarle el paso. Era la primera vez que se sentía incómoda con ese hombre y no confiaba en lo que pudiera pasar, pues no sabía cuál sería su próximo ataque.

—Espera, no he acabado.

—Yo sí y tengo que irme, Nicholas.

—Vaya manera de tratar a tu suegro. Porque sigo siento tu suegro, ¿no? ¿Acaso no te estás acostando con otro de mis hijos? ¿Acaso no sabes cómo llegar a mí? Porque parece que quien realmente te interesa soy yo, «pequeña Alice».

Subió una mano a su mejilla y la acarició despacio, haciendo que ella se tensara asustada. Nunca él le había insinuado nada más allá de un pequeño rencor por arrebatarle a su hijo, pero esto era diferente y solo deseaba que llegase Mila o Alex de una vez.

—No me toques —susurró tan bajito que casi no la oyó.

—¿Por qué? ¿No te gusta? Yo creo que, si ya te has acostado con mis dos hijos, ¿por qué no hacerlo conmigo, con su padre? Si has llegado a enamorarte de ellos, puede que también lo hagas de mí, ¿no?, «pequeña

zorra» —escupió lleno de odio y ella se alejó de él lo máximo que pudo.

Caminó hasta la cocina y cogió el jarrón lleno de flores que había encima de la encimera. Por primera vez sentía miedo, pero miedo de pasar por algo tan duro que no pudiera olvidar. Nicholas fue tras ella y, cuando la vio con el jarrón en la mano, se carcajeó tan fuerte que le erizó todos los pelos de su cuerpo, llenándola de miedo.

—¿En serio piensas que un jarrón hará que me detenga? —se burló y ella sollozó.

Entonces, cuando él se acercó tanto que le faltaba el aire, la puerta del apartamento se abrió y entró Alex. Llegó deseoso de verla, pues había estado luchando con Karla durante tres días para que, por fin, acabe firmando los papeles del divorcio, pero cuando vio a su padre encima de Alice, agarrándola por la cintura, caminó a toda prisa hasta que quedó justo detrás de él y lo cogió por la solapa de la chaqueta.

Alex miró a su padre con un odio mayor, sintiendo como las venas de su frente se le hinchaban por la rabia contenida, esa que jamás pudo sacar porque era faltarle el respeto a un hombre que no merecía nada en la vida, porque Nicholas era un hijo de puta que jugó con los sentimientos de su madre y luego abandonó como si fuera una fulana. Por eso y porque jamás lo trató como su hijo, sino como un bastardo, lo odiaba con toda su alma. Alice se acercó a él y se puso de puntillas para poder abrazarlo por la espalda y que se calmara, pues sabía que era capaz de golpear a ese ser que ni eso merecía.

—¿Cómo se te ocurre intentar tocarla? Eres un cerdo que no tiene entrañas... Eres el ser más detestable que he conocido en mi vida y me avergüenzo de llevar tu sangre —manifestó soltándole de mala manera.

—¿Te crees que yo quiero ser tu padre? Jamás me he sentido como tal y ahora te odio mucho más.

Alice respiraba deprisa, sintiendo como el aire de sus pulmones iba desapareciendo por segundos, cerrándole completamente las vías. Los nervios, la adrenalina de lo que podía haber pasado y no pasó, junto con su

avanzado embarazo, fueron el detonante para obligarla a desfallecer y caer al suelo inconsciente. Alex la vio caer a cámara lenta y, dejando a su padre de lado, se agachó para cogerla en brazos y salir con ella hacia el aparcamiento. Tenía que llevarla al hospital.

—Alice, cariño, ¿me oyes?

El temor que estaba sintiendo en ese momento no se comparaba con nada de lo que sintió antes. El poder perderla en cuestión de minutos era como si la vida se le fuera apagando a él en el mismo momento. Nicholas fue tras ellos y se subió en su coche para ir a recoger a Arabelle y llevarla al hospital, pues, en ese momento, lo único que le importaba era su nieto.

Alex subió a Alice en el asiento trasero del coche y, antes de arrancar, vio llegar a Mila, pero solo le dio tiempo a gritarle que lo siguiera.

—¿Qué cojones pasa? —se preguntó arrancando de nuevo.

Las carreteras estaban llenas y el tráfico era insoportable. Miró atrás y vio como el semblante de Alice iba cambiando de color, amoratando sus labios.

—Alice, por favor. ¡Resiste! —exclamó perdiendo el control.

Unos minutos después, en los que tuvieron que pedir ayuda a la policía para que los escoltaran, llegaron al hospital y los enfermeros cogieron a Alice en brazos para luego depositarla con cuidado en la camilla, llevándola a cuidados intensivos, donde la estabilizarían y verían cuál sería el problema por lo que no respiraba. Alex y Mila se quedaron anclados en la sala de espera, sintiendo como su pecho se comprimía, recordando momentos en los que la espera había sido para recibir la noticia de la muerte de Ryan y solo esperaban que esta vez recibieran una diferente o morirían ahí mismo.

Cuando se calmaron, Mila se encargó de llamar a Jack y a los demás para que fueran allí con ellos, aunque Alex en ese momento no supiera ni quién estaba a su lado. Había perdido completamente el rumbo de su sentido, de sus pensamientos, tenía su cabeza tras esas puertas de hierro que solo podían abrir personal del hospital. Si fuera por él, entraría y nadie lo apartaría de ella.

Mila se sentó a su lado tras avisar a todos y puso una mano en su hombro, exaltándolo, pues no se lo esperaba.

—¿Estás bien? —Negó reprimiendo las lágrimas, pues ni llorar se permitía.

Un hombre que decía ser su padre le dijo una vez que llorar era de débiles, de personas insulsas que no tenían los cojones de mostrarse como un hombre de verdad, sino como una princesita acojonada.

*(Flashback)*

*Estaba metido en su habitación, esperando a que su madre lo llamara para cenar, pero las horas pasaban y ese momento no llegaba. Entonces escuchó la puerta de la casa y pensó que sería su padre. Este fue hasta su habitación con la cara desencajada y eso lo puso alerta, pues Nicholas nunca iba a su habitación para llamarlo, ni siquiera se interesaba si su hijo era feliz, si se alimentaba o no, era cuestión de su madre y no de él.*

*—¿Sabes que mientras estás ahí tirado tu madre acaba de morir? —le gritó y Alex se paralizó.*

*Solo era un adolescente que aún necesitaba a su madre, porque a su padre no quería ni verlo. Se levantó de un salto de la cama y salió del dormitorio intentando calmarse, pero ya sabía él que no le iba a gustar lo que vería. Llegó hasta la cocina y su madre estaba tirada en el suelo, sus ojos estaban cerrados y él cayó de rodillas ante ella. Las lágrimas comenzaron a salir, mojando sus mejillas, mojando también el cabello de su madre, pues él la estrechó entre sus brazos, destrozado.*

*—Tú eres el culpable de que haya muerto —afirmó su padre y él comenzó a negar.*

*—Eso no es cierto... No, mamá, no te vayas.*

*—Eres un débil y odio saber que llevas mi sangre... Llorar es de débiles, de personas insulsas que no tienen cojones. Demuestra que mereces llevar mi apellido.*

—*Eso nunca. Jamás, óyeme bien, llevaré tu estúpido apellido.*

Reconocer que Nicholas nunca mostró ni un ápice de cariño hacia él, antes le dolía, pero ya no sentía nada... Hubo un momento de su vida en el que creyó en esas duras palabras, echándose la culpa de la muerte de su madre, pero después de conocer todas las facetas de ese hombre, dejó de pensar en esa posibilidad. Nicholas era su padre biológico, pero era como si solo fuera un desconocido para él. Era el padre de su hermano.

Se secó las lágrimas con fuerza a la vez que su padre llegaba hasta ellos y lo miraba desde su altura, llenó su pecho de aire y se reprimió para no humillarlo ahí, delante de todos.



## Capítulo 30

**H**abía pasado más de dos horas en esa sala de espera y ya no podía más, no podía quedarse tranquilo sin hacer nada, sin dejar de pensar qué estaría pasando con Alice y el bebé. ¿Y si algo le pasaba? Esa pregunta martilleaba su mente sin remedio y se negaba a pensar eso. Mila trataba de tranquilizarle, pero la tensión creció con Nicholas allí, en esa sala que era tan grande pero tan pequeña para estar los dos juntos.

Cuando él llegó con su mujer, lo único que sintió fueron ganas de partirle la cara por mal nacido y no pudo remediarlo.

—¡ERES UN BASTARDO! —gritó Alex casi abalanzándose hacia él—. Eres un asqueroso hijo de...

Mila lo agarró del hombro para evitar que cometiera una locura.

—Alex, tranquilo, estamos todos alterados, ¿sí? —habló calmadamente—. Tranquilízate y respira, ella estará bien, ya lo verás.

Aunque ella dijera eso, no podía evitar pensar exactamente lo mismo que él, pero debían ser fuertes y esperar a que los médicos salieran para decirles que ambos estaban bien. No quería imaginar que algo le pasara a Alice o a Ryod, sería un golpe devastador para todos.

Tras volver a sentarse, volvieron a quedarse en silencio. Alex mataba con la mirada a su padre y Arabelle estaba en segundo plano, mirando a su alrededor, notando como su familia se había ido al traste con la muerte de su hijo. Siempre quiso a Alex, incluso le pidió a Nicholas llevarlo a vivir con

ellos, pero siempre se negó y eso provocó que él la odiara echándole la culpa.

Unos minutos después, un médico se les acercó preguntando por la familia de Alice Rawson. Alex se levantó, intentando parecer calmado, pues estaba todo menos eso. Puso toda su atención al doctor después de presentarse como el novio de la paciente, cosa que a su padre no le gustó, pero se mantuvo en silencio. No sabía qué era peor, si escucharle quejarse o que dijera cualquier comentario hiriente.

—Lamento decirles que tuvimos que proceder a sacar al bebé. Nació antes de tiempo, pero era necesario para salvar su vida...

Mila, nerviosa, lo interrumpió y este clavó sus ojos en ella.

—¿Ella está bien? —preguntó por Alice preocupada.

—Está estable. Podrán verla cuando despierte —expresó tocando el brazo de Alex—. El bebé aún estará en observación por unos días, hemos notado que tiene problemas al respirar, algo normal en neonatos.

Las horas seguían pasando y cada vez estaba todo más tenso. Nicholas no dejaba de mirar mal a Alex, pues para él, no merecía estar ahí... No debía, él no era nada para ese bebé que había nacido.

Mila decidió llevarse a Alex a la cafetería, pues desde que habían llegado ninguno había comido nada y no podía ponerse frente a Alice así. Conocía a su amiga y sabía que, si Alex se presentaba sin al menos haber comido algo, le echaría una buena bronca. Sonrió al pensar en ella, cuánto la quería. Cuando iban de camino, una enfermera lo paró para informarle de que ya habían cambiado al bebé a otra cunita y que podría verlo a través del cristal. Alex, nervioso, asintió y fue a ver a Ryod, a ese niño que, desde ese momento, sería su responsabilidad.

Caminó despacio, temeroso, sintiendo como su cuerpo se entumecía por los nervios. Jamás había experimento semejante sentimiento paternal y, aun sabiendo que ese niño no era suyo, lo sentía, como si una parte de él estuviera en ese pequeño. Llegó y se paró frente al cristal, la misma enfermera que le informó le señaló cuál era él y, al mirarlo, algo extraño comenzó a crecer en

su pecho. Estaba conectado a varios cables, sus manos pequeñas, sus pies y las pequeñas respiraciones que daba a cada segundo. Quería protegerlo a toda costa, se lo debía su hermano.

—Sé que no soy tu padre —susurró aun sabiendo que nadie lo podía escuchar—, pero me ocuparé de hacerte feliz, de cuidarte y cuidar de tu madre con todo el amor del mundo.

Unas pequeñas lágrimas salieron de sus ojos y se las secó sin apartar la mirada del niño que mantenía los ojos cerrados. Se dio la vuelta y salió del aquel pasillo. Mila lo esperaba fuera, nerviosa, ansiosa por saber cómo era él, cómo era su sobrino. Le preguntó si estaba bien y Alex asintió con una sonrisa que prácticamente ocupaba toda su cara.

Segundos después volvieron a caminar hasta la cafetería donde se sentaron y pidieron al camarero dos bocadillos y refrescos. Allí sentados, Mila necesitó saber qué había ocurrido con Nicholas para que se odiaran así.

—Tengo muchos problemas con él desde que nací, eso es todo.

No quería involucrarla a ella en el odio que sentía hacia su progenitor, ya ni padre podía llamarle.

—No te creo —murmuro mirándole fijamente y él no respondió—. Deberías descansar, Alex, hiciste un largo viaje y lo primero que hiciste fue traer a Alice hasta aquí. Vete y yo me encargaré de avisarte cuando podamos verla. —dijo Mila y él negó eufórico.

No, él no podía siquiera pensar en separarse de ella, pero sabía que Mila insistiría demasiado así que le dio su número de teléfono para poder estar al tanto de cada respiración que ella diera. Sí, era muy exagerado, pero se preocupaba por el amor de su vida. ¿Quién no lo haría? Se despidió de Mila y salió del hospital, aunque amenazó con volver en dos horas, el tiempo suficiente para ir, ducharse, cambiarse de ropa y volver. No iba a estar más de ese tiempo sin saber de ella y menos sabiendo que Nicholas estaba allí, no confiaba en él.

Cuando Mila se quedó sola, recordó que aun no habían llamado al padre de

Alice, así que buscó su número y lo llamó. Jack no tardó en responder y cuando le dijo lo que había pasado, se enfadó por no ser avisado antes, pero colgó rápido para salir de su casa e ir al hospital a toda prisa. Estaba asustado y no quería que le pasara nada a su hija, aunque Mila le hubiera dicho que ella estaba bien, no estaría tranquilo hasta no comprobarlo por sí mismo.

\*\*\*

Estaba en la ducha, pensando en lo que podía haber pasado si no hubiera llegado a tiempo. ¿De verdad Nicholas habría abusado de ella? No encontraba respuesta para esa pregunta, pues lo creía capaz de eso y de más. Estaba cansado, agotado de luchar en contra de un hombre que no cambiará nunca y, a pesar de todo, lo quería, era su padre, aunque él no lo tomara como tal. Siempre le hizo ver el odio que sentía por Alex y nunca creció con el amor de un padre, pero ya todo daba igual, ya ese hombre estaba completamente muerto para él.

Al terminar de ducharse, se vistió y volvió a salir del apartamento y media hora después ya estaba entrando de nuevo al hospital. Al llegar, encontró a Nicholas hablando con los médicos, estaba pidiendo ver al bebé.

Alex estaba tranquilo, hasta que cruzaron una mirada mientras él caminaba hasta ellos y saludo a Mila, que al parecer aún no se había marchado a descansar.

—Espero que cuando ese niño esté bien, me lo pueda llevar. Alice aún es una adolescente y no está capacitada para ser madre —soltó de pronto sin apartar la mirada de su hijo.

¿Había oído bien? No podía estar diciendo eso y no se lo iba a permitir.

—¿Qué has dicho? —preguntó Alex acercándose peligrosamente a él.

—No es tu problema —espetó Nicholas.

—Sí lo es cuando se trata de Ryod y Alice.

Su padre rio irónicamente y eso fue lo que terminó por enfurecer a Alex.

—No es tu hijo. ¿Crees que ella te va a amar, así como así, que va a olvidar a Ryan tan rápido? —escupió haciéndole daño, porque él siempre se hizo esa pregunta.

Se sentía mal, pues en parte sabía que tenía razón, pero no podía dejar que el hombre que lo abandonó a él cuando murió su madre, lo envenenara así. Nunca iba a ser como él.

—Cállate, que vas a saber tú de amar si jamás has amado a nadie. Solo te importaba tu estúpida empresa. —Puso los ojos en blanco—. ¿Sabes qué? Ya no voy a escucharte, prefiero hablar solo de que contigo nunca llegamos a nada nuevo.

Se dio la vuelta con la intención de buscar a un médico que le dijera si ya podía ver a Alice y Nicholas comenzó a llamarlo, pero solo quería provocarle, sacarle de la vida de su nieto y también quería a Alice fuera. Lo que él no sabía era que ese niño sería la razón por la que ella lucharía cada vez más, para protegerlo, y Alex haría lo mismo. Lo amaría como si fuera suyo y nada ni nadie lo iba a impedir.

Por el camino se encontró a Jack, él había ido a lo mismo que Alex, así que se quedaron esperando a que un médico los atendiera de una vez y lo dejaran pasar a ver a su hija.

—¿Has visto ya a tu nieto? —Asintió con una sonrisa llena de ternura—. Siento mucho no haberte avisado, pero pasó todo tan de prisa que no pensé en nada que no fuera salvarla.

—Lo sé y te lo agradezco —respondió—. ¿Sabes? Cuando te conocí vi algo en ti que nadie ha visto y me gustó la manera que tenías de mirar a mi hija... Eso hace que me sienta tranquilo, pues sé que contigo está protegida y que le darás la vida que ella merece.

Cuando Jack le dijo eso, él sintió una gran emoción, pues nadie lo había tratado así sin conocerle de nada. Siempre tuvo problemas para que la gente confiara en él y todo fue por culpa de su padre, todo era culpa de ese «señor».

—Gracias, es importante para mí saberlo y puede estar tranquilo, amo a su

hija con toda mi alma y cuidaré de ellos con mi vida si hace falta. No dejaré que Nicholas se acerque a ellos nunca más. —Jack frunció el ceño.

—¿A qué te refieres con eso?

Alex lo miró sin saber qué responder, acababa de meter la pata, ¿cómo le decía a su padre que Nicholas intentó abusar de su hija y que pretendía quitarle al bebé? No, no podía simplemente decir algo así, no cuando estaban tranquilos, cuando las cosas comenzaban a ir bien. Jack seguía a la espera de una respuesta, y si no le decía Alex, le preguntaría a Mila, pero alguien debía decirle qué estaba pasando con su hija.

—Será mejor que hables, muchacho, no me hagas replantearme las palabras que acabo de decirte —amenazó.

Cuando hizo el gesto de hablar, el médico salió para informarles de que ya podían entrar a verla, ya estaba consciente y bien. Alex y Jack se levantaron y entraron en la habitación de ella.

Alice tenía la mirada en un punto fijo, aburrida de estar ahí y loca por conocer a su hijo. Entonces vio a su padre y a él, él, él... Solo podía mirar a Alex y Jack, dándose cuenta, lo dejó acercarse antes. Cuando llegó hasta ella, cogió sus mejillas y la besó, importándole muy poco que no estuvieran solo, necesitaba hacerlo, la necesitaba desde hacía horas y ya que la tenía frente a él no la dejaría escapar ni un segundo más de su vida. No cometería la locura de volver a perderla.

—¿Cómo te sientes? —preguntó con dulzura y ella sonrió complacida.

—Estoy bien, pero quiero verlo.

—Pronto lo verás.

—¿Tú ya lo viste? —Asintió— ¿Y cómo es?

—Es precioso.

Habían creado esa burbuja en la que nadie podía entrar, olvidándose por un momento de que no estaban solos y si no es porque Jack carraspeó, aún seguirían así, amándose con la mirada, hablando de Ryod y disfrutando del momento que ellos mismo creaban. Alex se apartó disculpándose y Jack se

acercó a su hija para besar su frente con todo el amor que podía sentir por ella.

Llevaban un rato hablando sobre el nuevo integrante de la familia, cuando el médico entró para decirles que le harían unas pruebas a Ryod para descartar cualquier anomalía diferente a la que tenía, aunque, a decir verdad, la respiración la tenía mejor y en pocos días estaría en los brazos de su madre.

## Capítulo 31

Todo parecía ir bien y pronto una enfermera iría en busca de Alice para ir a conocer a su hijo. Estaba eufórica, feliz y todo gracias a las personas que tenía a su alrededor, pero las cosas podían torcerse cuando menos se lo esperaba y cuando su suegro entrara en la habitación para decirle lo que menos habría imaginado ella que le diría.

—Hola, Alice, ¿cómo estás? —preguntó Nicholas bajo la atenta mirada de Alex que sentía como el cuerpo se le tensaba al escuchar tan solo su voz.

—¿Qué hace aquí? No es bien recibido y no quiero volver a verle.

Jack miró a su hija, extrañado por su comportamiento, ella no era así. Entonces recordó las palabras de Alex y se dio cuenta de que Nicholas tenía mucho que ver en todo lo que había pasado. Se puso delante de su hija, impidiendo que él se acercara más de lo permitido, aun sin saber que había pasado, sentía el miedo que su hija tenía en ese momento, sentía los temblores involuntarios de su cuerpo y no iba a permitirle más la entrada a esa habitación.

—¿Se puede saber qué le hiciste a mi hija para que esté así? —Nicholas sonrió con sarcasmo.

—¿Tu hija? Ay, Jack, no seas estúpido, ella no es tu hija —respondió evadiendo la pregunta.

—Intentó abusar de mí —titubeó Alice provocando que su padre se alejara de ella y cogiera a Nicholas por el brazo.



—Eres un jodido loco —escupió pegándole un puñetazo.

Alex fue hasta ellos y cogió del brazo a su suegro para impedir que manchara sus manos con la sangre de un mal nacido. No lo querían allí y su propio hijo se aseguró de echarlo, pero antes de irse amenazó a Alice.

—No creas que esto se queda así, pequeña Alice, ese niño es mío y te lo quitaré, aunque me arruine en el intento.

—¡Lárgate de una puta vez! —exclamó Alex empujándolo.

Los sollozos de Alice se escuchaban en cada rincón de aquella habitación donde reinaba la felicidad, y sin embargo sentía que cada vez se le hacía más pequeña. No podía creer lo que estaba pasando y no iba a dejar que ese hombre le quitara lo único que tenía de él, lo único que su hijo le dejó y se marcharía lejos para evitar que se acerque a su nieto. Primero muerta que dejar que se lo quite.

Cuando por fin consiguió echarlo de allí, caminó hasta Alice y la encerró entre sus brazos. Ella se aferraba a él, sin poder dejar de llorar, sin parar de convulsionar por las lágrimas tan fuertes que derramaba. Eso la destrozó, ese hombre intentaba joder su vida, así como intentó joder la de sus hijos.

—Tranquila, mi amor, yo estaré contigo y no dejaré que se acerque a nosotros —habló en un intento fallido de tranquilizarla.

Cuando por fin consiguió calmarla, su padre ya no estaba. Jack se había ido sin avisar, tenía que hacer algo para que ese hijo de puta no se acercara a su familia y si con eso tenía que denunciarle, lo haría. Había muchas cosas que Nicholas Rawson hacía en su empresa, cosas prohibidas y, aunque al denunciarle él también podría ser juzgado, le daba igual si con eso conseguía que su hija viviera feliz y en paz.

Las horas pasaban y él no se alejaba de ella, no podía dejarla sola y menos cuando el médico tuvo que intervenir para ponerle un calmante, estaba muy nerviosa y no podía respirar. No quería que le pasara de nuevo lo que le ocurrió en el apartamento.

*Días después.*

Alex seguía ahí, pendiente de ella, velando su sueño. Era tan perfecto contemplarla así, tranquila, descansada, sabiendo que era feliz por fin. El bebé había llegado para llenar su alma, cuadrándola por completo.

Se acercó a ella y acarició su mejilla, quitando los mechones que tapaban su rostro y ella sonrió, pues estaba despierta. Abrió los ojos y lo miró, pero antes de hablarle, la puerta de la habitación se abrió y entró una enfermera arrastrando la cuna donde su pequeño Ryod descansaba. Por fin podía tenerlo, pues los médicos le dijeron que todo estaba bien y que ya no corría riesgos. Se le iluminaron los ojos y pidió que se lo pusiera en los brazos, necesitaba abrazarlo, besarlo, acariciar sus mejillas y sentir que era suyo y que nada ni nadie se lo arrebataría. Primero muerta que perder lo único que la unía a él. Ella aún no lo había visto y, en ese momento en el que lo tenía entre sus brazos, lloró como una niña pequeña, pues era la viva imagen de su padre.

—Eres igual a papá —susurró con lágrimas en los ojos.

Alex se sentó a orillas de la cama y besó la cabecita de su sobrino, aunque para él fuera como un hijo y lo cuidaría como tal. Y nunca le negarían al niño el saber de su padre, de ese luchador que murió siendo un hombre fuerte, que vivió para concebirlo a él y que siempre sería su ángel.

—Es perfecto, Alice, el niño más hermoso que he visto en toda mi vida —declaró Alex emocionado.

—¿Quieres cogerlo? —preguntó ella mirándolo a los ojos y él asintió.

Puso sus brazos para que ella se lo pasara con cuidado. Alex estaba nervioso, pues no estaba preparado para coger un bebé tan pequeño y tendría que acostumbrarse. Pensó por un momento que no tendría la valentía de cogerlo, pero cuando por fin lo mantuvo entre sus brazos, un sentimiento que jamás experimentó se adueñó de él y ya no pudo separarse y nunca lo haría. Ahora que era padre, no podía entender como un hombre podía renegar así de un hijo, cuando era lo más maravilloso que una mujer podía darle.

—Gracias —dijo con lágrimas en los ojos—. Gracias por darme la oportunidad de disfrutar de este momento a tu lado y por compartirlo conmigo para siempre.

La voz de Alex sonó quebrada, le costaba horrores poder decir cada palabra y ella no pudo más que acercarse y besar sus labios con todo el amor que sentía por él. Eran una familia unida, una que no caería así pasaran por mil tormentas, se mantendrían unidos para siempre. Pensar en ello, hizo que Alice recordara la falta que le hacía su madre y, después de todo, no podía negarle el conocer a su nieto.

—¿Te importaría acercarme el móvil? —le pidió y él, tras poner al niño en la cuna, se lo dio.

—¿A quién vas a llamar? —Se interesó.

—A mi madre. —Suspiró nerviosa y él apretó su mano.

—Hagas lo que hagas, yo te apoyaré.

Asintió mientras buscaba en la agenda el número de la mujer que más amó en el mundo y la misma que le enseñó a odiarla. Y en ese momento, que ella había sido madre, no podía creer que en su corazón pudiese caber ese sentimiento hacia la mujer que le dio la vida y que, por motivos que ella no entendía, la abandonó en su peor momento.

Cuando encontró el número, miró al frente, pensando fríamente si darle a la tecla de llamada o no, pero se armó de valor y le dio. Un tono, dos, tres, cuatro y cuando iba a colgar, la voz de su madre se escuchó al otro lado.

—¿Alice? ¿Eres tú?

—Sí... Mamá.

Amanda, al escuchar la voz de su hija, se conmovió y los ojos se le llenaron de lágrimas. Hacía tanto tiempo que no la escuchaba, que la oía llamarla mamá y había sido tan perfecto volver a oírlo.

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, estoy perfectamente...

Estaba nerviosa y tuvo que contar hasta diez mientras respiró profundo.

—Te llamo para contarte algo.

—*Claro, cielo, ¿qué ocurre?*

—Mamá, eres abuela.

Y al oír eso, fue como si un balde de agua fría cayera sobre ella, porque ¿cómo no se enteró antes? ¿Por qué no le dijeron que su hija estaba embarazada? Entonces, sintió cómo su pecho se llenaba de felicidad. Abuela, era abuela. No podía creerlo y se aceleró tanto que le pidió a su esposo que sacara dos pasajes para volver a Londres, tenía que conocer a su nieto.

—*Ali, cariño... Gracias por contármelo, mi amor.*

—¿Estás llorando?

Preguntó incrédula y ella se emocionó también. La había necesitado tanto y más en ese momento en el que tendría que cuidar de alguien más que no sea ella, sería su responsabilidad. Ella tenía que ser la heroína de un pequeño niño que necesitaría a su madre tanto como ella aún necesitaba a la suya.

—*Alice, en unas horas viajo para Londres.*

—Está bien, me alegro de que sea así.

—*No sabes la alegría que acabas de darme y, y... Gracias, cariño, gracias por llamarme para decírmelo.*

Se despidieron y colgó. Alex se acercó a ella y la abrazó, necesitaba ese abrazo y no sabía realmente desde cuándo. Se había quitado el mayor peso de encima que jamás haya soportado y finalmente, después de todo lo que había pasado, podía echar la vista atrás y no derramar ni una lágrima de dolor, siendo estas sustituidas por unas llenas de felicidad, y eso fue gracias a Alex, a Ryod y a todos los recuerdos que la vida le regaló.

Siempre fue una niña feliz, con buenos amigos, un hermano al que adoraba y seguirá adorando por el resto de su vida. Unos padres que se desvivían por hacerles felices, pero que cometieron sus errores como todo el mundo, pero, aun así, ella no tenía derecho a reclamarles nada, porque ella, a tan corta edad, ya había cometido errores. ¿Y dónde estaban sus padres? Ahí estaban ellos, apoyándola en sus cagadas de adolescente, en sus decisiones

precipitadas, en esos momentos en los que no podía pedir consejo a nadie más, pero que, sin pedírselo, ellos la ayudaban. Es cierto que su madre no, pero porque ella siempre se negó, pero estuvo en otros momentos y eso, al fin y al cabo, es lo que contaba.

Las horas pasaban y llegó la noche, donde Alex no se quiso mover de su lado ni un solo momento, quedándose con ella en esa habitación de hospital, durmiendo en el sillón, pero le daba igual si con eso pasaría el mayor tiempo posible con la mujer que amaba.

Por la mañana, Alice despertó y Alex no estaba, miró a la cuna y Ryod seguía dormido, era todo un perezoso. Se levantó despacio y caminó agarrándose con cuidado de no hacer un paso en falso y que se le abrieran los puntos de la cesárea. Llegó hasta la cuna y miró embelesada a su hijo. Sí, su hijo, era extraño como podía cambiarte la vida una cosa tan pequeña, como sin pensarlo las cosas podían cambiar y hacerte ver todo desde otra perspectiva. Cuando se disponía a cogerlo en brazos, la puerta se abrió y una Amanda emocionada entró y, sin pensarlo, abrazó a su hija con todas sus fuerzas. Alice se dejó abrazar y, sin poder remediarlo, subió los brazos para apretar a su madre. Se habían necesitado tanto, había pasado mucho tiempo y siempre estuvieron muy unidas.

—Perdóname, perdóname, Ali, por favor. Yo no quería abandonarte... Yo... yo nunca hubiera hecho nada que te lastimara, cielo. —Sollozó y ella no pudo decir nada, pues las lágrimas no la dejaban.

—No te preocupes, mamá, yo ya te perdoné.

Y eso fue lo único que necesitó para volver a respirar con normalidad, porque siempre tuvo ese nudo en el estómago que la destrozaba, que no la dejaba estar tranquila.

Horas más tarde, sus amigos y sus padres entraron a la habitación con muchas flores y cosas para el nuevo integrante de la familia. Amanda y Jack no podían dejar de mirar al pequeño Ryod, ese niño que tenía tanto de su tío y de su padre.

Al verlos a todos, una sonrisa dibujó su rostro, siendo la más perfecta y sincera sonrisa de todas las que ella había mostrado.

—Ey, ¿qué hacéis todos aquí? —preguntó feliz.

—No podíamos más, necesitábamos conocer a tu hijo, Ali —refirió Laura con cariño mientras se acercaba y, tras darle un beso a ella, cogió al bebé en brazos, mirándolo embobada.

—Me alegro de veros a todos... Os he echado de menos —dijo con un gran nudo en la garganta—, pero falta Alex. ¿Dónde está?

Mila y Brad se miraron, compartiendo un secreto y sonrieron satisfechos cuando Alex entró a la habitación vestido de traje y un ramo de flores que, sin que Alice se lo esperara, se lo regaló a su madre.

—Señora, Sr. Brown... Quiero, delante de todos, pedirle la mano de su hija formalmente. Sé que no me conocen lo suficiente como para decir que sí, pero yo le aseguro que haré feliz a su hija y a su nieto, toda la vida.

Alice y sus padres abrieron los ojos sorprendidos, pero no dudaron ni un segundo en decirle que sí, pues sabían que así sería y que la haría feliz, aunque ya estuviese cumpliendo esa promesa. Cuando ellos asintieron, Alex se acercó a ella y, tras darle un beso en los labios, le dijo todo lo que necesitaba soltar, ahí, delante de todos.

—Ali, me salvaste... Sí, tú fuiste quien me ayudó a mí a volver a ser feliz y siento que te amo mucho más que antes. Puede que sea testarudo y a veces un poco tosco, pero igual siempre serás mi debilidad y te amaré por el resto de mi vida —declaró y ella secó las lágrimas que caían por sus mejillas—. Nuestra vida se ha unido en el peor momento y, aunque parezca egoísta, doy gracias por haber estado ahí cuando más me necesitabas.

Todo lo que él le estaba diciendo estaba llenando su corazón, llenaba ese vacío que sintió alguna vez, convirtiendo lo que fue un amor para siempre en un amor para recordar por toda su vida, para ser felices en ese momento y dejar el pasado en su sitio... El futuro los llamaba y estarían juntos para afrontar cualquier cosa, así como habían demostrado todo este tiempo.

—No sabes cuánto te amo, Alex... Gracias por no rendirte cuando peor te trataba.

Y la besó porque no quería escuchar nada más, la besó porque la necesitaba ya, la besó para acallar cualquier duda que la hiciera pensar y la besó por el resto de la eternidad.

La vida le enseñó que hay que luchar por lo que uno quiere hasta el final, aunque en esa lucha pierdas a las personas que más amas en el mundo. Morir joven, sin haber vivido lo suficiente, es lo peor que le puede pasar a alguien, pero creo que, después de todo, quienes sufren son los familiares, porque ellos tienen que seguir adelante sin ellos, recordando cada detalle, viendo cada foto o simplemente con una canción en la radio.

Alice era joven cuando perdió a su hermano y seguía siéndolo cuando perdió al amor de su vida. Casi se pierde en ella misma, llegando a pensar que lo mejor era irse con ellos, hasta que llegó ese hombre que volvió su mundo patas arriba, para ser una parte fundamental de su vida. ¿Qué habría pasado de haber estado sola?

Ryan se fue, dejándole lo más importante que podía regalarle, un hijo, un ser que le haría verle a él en cada momento, recordándole para siempre... Entonces, se convirtió en un amor para siempre y un amor para recordar.

## Capítulo 32

*Meses después.*

Las cosas no podían ir mejor, como si esto que estaban viviendo estuviera preparado para ellos. Alice estaba dichosa al despertar cada mañana con el llanto de su hijo y al comprobar que Alex seguía a su lado. Todo marchaba bien, como ella siempre quiso.

Esos meses fueron intensos y todo por lo que su padre hizo. Cuando denunció a Nicholas, nunca creyó que él saliera airoso, pues siempre supo de sus fechorías y jamás dijo nada, pero cuando investigaron todos los documentos, comprobaron que ese hombre también le robó a él, así que todo se esclareció afortunadamente. Y es así como Nicholas Rawson terminó en la cárcel y solo, como debió estar siempre, porque no se merecía ni a la mujer que tenía a su lado.

Unos días después de aquello, Jack encontró el apartamento que deseaba, en el mismo edificio de su hija, pero lo bastante lejos para no molestarle, pues como estaba con Alex, ya no lo necesitaría tanto.

Ese día Alice tenía pensado hacer algo que, después de tanto tiempo, no pudo hacer. La vida de madre era agotadora y más cuando no tienes nada preparado. Estuvo en el embarazo tan destrozada que no se percató de lo que su hijo necesitaría al nacer, así que Alex se encargó de que no faltara nada en esa pequeña habitación de color azul, así como el azul de sus ojos.

Estaba en la cocina, preparado el desayuno, cuando Alex la abrazó por



detrás, besando su cuello, erizando su piel al completo.

—Buenos días, mi amor —murmuró él en su oído.

—Buenos días.

Se dio la vuelta y, colgándose de su cuello, él la sentó en la encimera y comenzó a besarla con deseo. Desde que estaban juntos se habían convertido en adictos, no podían estar separados más de un centímetro.

Alice seguía en pijama y Alex se encargó de ir deshaciéndose de cada prenda sin dejar de besarla. No podía parar de adorarla, de besarla, de hacerla suya una y otra vez, porque la amaba, la deseaba y era suya. Ella se acercó a él lo suficiente para que sus cuerpos se pegaran, se rozaran y, cuando Alex le iba a arrancar la ropa interior, el llanto de Ryod los interrumpió.

Sonrieron y la ayudó a bajarse para atender al pequeño. Se puso la camiseta y caminó hasta la habitación para cogerlo en brazos. Era el niño más perfecto que había visto en su vida y era suyo. Siempre se quedaba mirándolo embobada, por horas, reconociendo cada facción de Rood y Ryan en su pequeño rostro.

Cuando ya le dio su desayuno, se limitó a vestirlo, pues tenían que ir a un lugar especial, para terminar por fin con ese pasado que seguía arrastrando. Necesitaba pasar esa página en su vida y volver a la normalidad.

\*\*\*

—¿Estás lista? —preguntó Alex entrando en la habitación.

—Sí, ya estamos listos.

Salieron del dormitorio y por consiguiente del apartamento.

Era un día lluvioso, el tráfico era catastrófico, pero ella era feliz. Alex conducía con cuidado, mirando atentamente la carretera, yendo despacio y eso la desesperaba, quería llegar de una vez.

Media hora después, llegaron al Cementerio de Brompton, Alex aparcó y se bajó del coche para ayudar a Alice con el bebé. Él se quedaría fuera

esperándolos, pues ese momento era solo de ellos, un momento a solas con el hombre que le enseñó a amar, el padre de su hijo. Antes de entrar, se acercó a él y besó sus labios, demostrándole que era una despedida y que, a partir de ahí, serían ellos tres solos, juntos.

—Aquí te espero —dijo Alex. Ella asintió y, con Ryod en brazos, entró en el cementerio.

Caminó a paso tranquilo, sin prisa, observando todo a su alrededor, sintiendo la tensión a medida que se iba acercando a la lapida indicada. Mientras caminaba, pensaba en cómo hablarle a Ryan sin derramar ninguna lágrima, pero ella se conocía y sabía que eso era imposible, porque, aunque quisiera decir a pleno pulmón que ya no lo amaba, sería como engañarse a sí misma, pues era lo contrario y lo amaría hasta su último aliento.

Cuando llegó, no estaba solo, Arabelle estaba allí de rodillas, tocando esa fría piedra donde tenía grabado el nombre de su hijo. Alice se acercó y puso una mano en su hombro, exaltándola. Su suegra, al verla, sonrió con dulzura y se levantó para besar su mejilla y coger en brazos a su nieto. Hacía más de un mes que no lo veía y había crecido mucho.

—Pero mira qué grandote estás, cielo —expresó con un gran nudo en la garganta.

—¿Cómo estás, Arabelle? —Se preocupó por ella.

Ella no lo estaba pasando bien desde que su esposo entró en la cárcel.

—Ahora bien y todo gracias a este príncipe. —Se quedó un momento en silencio—. Alice, yo quiero pedirte perdón por todo lo que Nicholas intentó hacerte, de haberlo sabido lo habría impedido.

Asintió cogiendo su mano.

—Lo sé, tranquila.

—No, es que no logro entender cómo pudo llegar a ese extremo y fue el detonante para abrir los ojos. —Alice frunció el ceño—. Le pedí el divorcio cuando me enteré de lo que te hizo. —Miró a su nieto, nerviosa—. Yo siempre pensé que conocía a mi marido y, en realidad, nunca lo hice y es

ahora cuando me doy cuenta, ¿sabes? Siempre quise que Alex viviera con nosotros, pero él se negaba y creo que por eso él me odia, porque cree que era yo quien no lo quería.

—Ya no importa, Arabelle, todo está olvidado y puedes ver a tu nieto cuando quieras.

Se quedaron en silencio, mirando al niño que sonreía feliz. Minutos después, Arabelle se despidió de ellos y los dejó solos.

Alice vio como ella se alejaba y, cuando ya sus ojos la perdieron de vista, se dio la vuelta para mirar esas dos lápidas que tenía frente a ella. Su hermano, su esposo, las dos personas que más había querido en toda su vida, sus grandes apoyos... Ya no estaban y ese día se despediría de ellos de una vez. Necesitaba dejarlos descansar, necesitaba dejar de mirar a las estrellas con la esperanza de que alguno se le presentara y aferrarse a él para seguir engañándose, para seguir pensando que no se habían ido, que seguían con ella, pero no, no era así, ellos ya no estaban y debía aceptarlo de una vez.

—Hola hermano... —Las lágrimas comenzaron a caer—. Dije que no iba a llorar, pero ya ves, soy una magdalena. —Sonrió sentándose en medio de los dos, como la última vez.

—Vine para presentaros a Ryod Rawson, el niño más perfecto del mundo. Le puse ese nombre por vosotros, Ryan y Rood, jugando con vuestros nombres. ¿A que es precioso?

Silencio, es lo único que había. Secó sus lágrimas y carraspeó intentando calmarse, pues tenía la sensación de ir hacia atrás, en vez de al contrario.

—Llevo tiempo sin venir, pero es que no me gusta hacerlo, no me gusta recordar que no estáis conmigo. ¿Y sabéis qué? Hoy es ese día, el día que acepto que sois ángeles y que seguiréis cuidando de nosotros, pero desde arriba. —Suspiró.

¿Cómo afrontarlo de una vez? ¿Cómo hacer para olvidar algo que aún dolía demasiado? Ya hacía más de un año de la muerte de Rood y era algo que todavía sangraba en su interior. Entonces, ¿cómo hacer para aceptar que Ryan

también se fue cuando hacía menos tiempo? Cada vez que miraba a su hijo, era como dar un paso atrás. Aunque daba gracias porque Ryan hubiera puesto en su camino a Alex, a ese hombre que la enamoró, que le hacía la vida más sencilla, más feliz y por el que lucharía para darle todo el amor que merecía.

Solo una cosa tendría clara toda su vida y eso era que amaría por el resto de su vida a Ryan, pero también tenía un hueco en lo más profundo de su corazón por Alex, lo amaba con todas sus fuerzas, compartía ese amor.

El tiempo pasaba y ella seguía ahí sentada, esperando, esperando a que se presentaran y verlos por última vez, pero no llegaban. Agotada, se levantó para marcharse de una vez y cuando lo hizo, miró al frente, a pocos metros y ahí estaban los dos. Ellos solo la observaban, pero no se acercaban. Estaban perfectos, guapos como siempre, con una sonrisa resplandeciente, mirándola fijamente, como si solo fuera un espejismo del que ella era la creadora.

—Os querré toda la vida y os echaré de menos. —Sollozó.

Levantó una mano y la puso en sus labios, depositando un beso que luego les tiró a ellos dos. Rood y Ryan levantaron una mano y con ella se despidieron de ella para siempre. Ella hizo la misma acción y después se dio la vuelta para irse.

Esa sería la última vez que los vería, la última vez que derramaría lágrimas. Era el momento de vivir, vivir, vivir... Ya podía cumplir con aquella promesa de seguir adelante, junto con un hombre del cual estaba enamorada y que la amaba a ella tanto que a veces dolía. Salió del cementerio y ahí estaba Alex, recostado en la puerta del coche. Aún no se había percatado de la presencia de Alice y lo utilizó para observarle y comprobar cómo se veía. Parecía feliz y eso le gustaba, pues ella estaba igual.

Alex sintió su mirada y levantó la cabeza para clavar sus ojos en Alice. Caminó hasta ella y, tras darle un beso en los labios, pasó el brazo por sus hombros y caminaron hasta el coche. Ya tenían que salir, pues llegaban tarde a la fiesta de cumpleaños de Mila. Hacía tiempo que no iba a una fiesta y esta la cogería con muchas ganas.

Se montaron en el coche y arrancó. Alice miró por la ventanilla, despidiéndose en silencio, mientras secaba esa última lágrima que caía por su mejilla derecha.

—Adiós.

A veces la vida te pone obstáculos, a veces tienes demasiadas piedras en el camino, pero luchas para no dejar que te venzan. Podría haberse hundido, podría haber perdido la cordura, llegando a una locura, pero el recuerdo de un amor para siempre hizo que ese amor fuera solo eso... Un amor para recordar.

## Epílogo

*Seis años después.*

¿Cómo puede cambiar tu vida de un día para el otro? ¿Cómo mirar hacia atrás y sonreír al ver el largo trayecto que has caminado hasta llegar donde estás ahora? Sus días ya no eran grises, ni mucho menos lleno de dolor, ese que había cambiado por sonrisas, besos, felicidad. Por fin había conseguido eso por lo que luchó durante estos años.

Alice fue a la universidad y se graduó de Medicina. Sí, había sido algo que nunca pensó estudiar, pero que después de haber perdido a dos personas importantes en su vida, decidió hacerlo.

Al cabo de dos años y mientras ella estaba en la universidad, Alex, después de dejar a Ryod con su abuelo, recogió a Alice y la llevó a una capilla donde se casaron en soledad, sin nadie a su lado, solo ellos dos y podría jurar que había una boda muy especial y perfecta. Ellos cada vez se amaban más, aunque el recuerdo de Ryan siguiese muy presente en su corazón.

Alex quería volver a su hogar, pero tenía miedo de que Alice se negara. Se sorprendió al saber que ella quería lo mismo, irse a vivir lejos de todos, donde nadie perturbaría su vida.

Alex construyó en su terreno, donde tenía la cabaña, esa que fue testigo de lo mucho que amaba a esa pequeña de cabellos dorados. Al fin podía tener todo lo que amaba en su vida. Una casa en sus raíces, la mujer que había llegado a su vida para demostrarle que sí había salida para todo, un sobrino

llamado hijo, porque para él, Ryod era su hijo; y a Niebla, su caballo por fin estaba con él y en su propio hogar.

Al terminar la universidad, fue cuando se mudaron, pues ya había acabado la construcción y, poco después, Alice se convirtió en la doctora del pueblo, ya que el tío de Ryan se había jubilado y ella fue la indicada para el puesto. Las personas del pueblo la adoraban. ¿Cómo no hacerlo si era adorable, si era la mujer más perfecta del planeta?

Solo hubo un suceso que le dolió, pues al fin y al cabo no se merecía acabar así. Karla falleció en el parto de Lea, su pequeña, dejando a Jeff con una bebé y con un rancho en donde debía trabajar duro para que no se hundiera. Después de todo, Jeff no era mal hombre y lo dio todo por esa mujer, pero esa amargura acabó con ella. Alex, los primeros meses lo ayudó, pues era su amigo y no le guardaba rencor, sabía que se había enamorado de ella y le dio lo que él nunca pudo.

En todo ese tiempo, Chelsea se había convertido en una buena amiga que se encargaba de Lea cuando Jeff tenía que salir a trabajar y, con el paso de los meses, acabaron juntos, enamorados y viviendo felices en ese rancho junto con la pequeña morena de ojos verdes. Era una niña preciosa y solo esperaban que no tuviera la amargura de su madre, aunque con Chelsea sería imposible, era una buena madre.

Y es ahí donde llegó la felicidad. Alice estaba sentada en el porche de su casa, mirando como Ryod se montaba en Tormenta, la cría de Niebla, mientras Alex le enseñaba a montar.

Alice aspiró el olor de aquel lugar, llenado sus pulmones de algo llamado felicidad, algo tan simple y a la vez tan poderoso. Era feliz, muy feliz y todo gracias a Alex y a su familia que le habían demostrado que no estaba tan sola como ella siempre pensó. Por fin comprendió que odiar a su madre no era sano para ella y que debía darle la oportunidad a Erick, su padre biológico, aunque nunca lo viera como tal, tampoco lo odiaba y se había convertido en alguien importante en su vida. En cambio, Jack, ese era el hombre que la

cuidó desde que era niña y ese sí era su padre.

Siguió observando la estampa y sonrió al comprobar la frustración de Ryod al percatarse de que Tormenta no estaba de ánimos para salir de paseo aquel día soleado, entonces Alex llevó al caballo al establo y, tras ayudar a Ryod a subir a Niebla, se montó él y lo llevó a su paseo diario, cabalgando juntos. Una lágrima traicionera salió inconscientemente de su ojo izquierdo, pero la ignoró.

—Esto era con lo que yo soñaba —murmuró.

Al caer la noche, Alice ya tenía preparada la cena y, cuando llegaron, Alex ayudó a Ryod en su aseo y lo dejó poniéndose el pijama.

Bajó hasta la cocina y abrazó por detrás a su esposa, a la mujer que más amaba en el mundo. Alice se estremeció al sentir su cálido aliento chocar en su cuello y echó la cabeza hacia atrás, dándole mejor acceso para que la besara como tanto habían deseado.

—¿Necesitas ayuda con esto? —Tocó sus manos y las llevó a sus pechos, rozándole los pezones con sus propios dedos por encima de la fina blusa de su pijama.

—Ajá —respondió excitada.

—Entonces déjame ayudarte, mi amor.

Pero tuvieron que separarse al escuchar los rápidos pasos de Ryod acercándose hacia ese olor a tarta de manzana que tanto le gustaba. Alice le había preparado su postre favorito y como cada noche, después de cenar, se comían un trocito en el balcón del dormitorio del niño, mirando las estrellas. Además, esa noche era especial, era el cumpleaños de su padre, y por fin le haría saber cómo hablar con él.

Siempre le dijo quién era su padre y Ryod quiso tener sus fotos, enmarcó una y la dejó en la mesilla de noche, donde antes de dormir depositaba un beso y un «buenas noches, papá». Aunque para el niño Alex también lo fuera y así lo llamaba, se querían muchísimo.

Cuando terminaron de cenar, Alex se quedó recogiendo la cocina y ella se



fue con su hijo para desearle feliz cumpleaños a su padre. Se sentaron en las sillas de aquel balcón construido especialmente para sus noches estrelladas y, mientras se comía su porción de tarta, Alice sacó esa foto tan importante para ella, pues deseaba que la tuviera su hijo.

—Ryod, quiero darte una cosa que encontré en aquellas cajas que me negaba a abrir. —El niño asintió esperando—. Esta foto es muy importante para mí y ahora quiero que la tengas tú. Ellos son tu tío Rood y, bueno, a tu padre ya lo conoces —explicó emocionada—. Por ellos te llamas así.

Su hijo la cogió con manos temblorosas y la puso en su pecho. Era un niño muy maduro para la edad que tenía.

—Solo quiero que sepas un secreto... —Suspiró—. Cada noche, miro las estrellas y busco las más relucientes y parpadeantes.

—Ya me lo habías dicho, mamá.

—Sí, pero no el motivo de esa búsqueda, pequeño. Solo dos de ellas son las que más brillan y son tu tío y tu padre. Es así como yo me comunico con ellos, hablándole a las estrellas y sé que me escuchan. ¿Sabes por qué? —Negó—. Porque al decir sus nombres, las estrellas brillan con más intensidad.

Alex estaba en la puerta, escuchándolos y viendo la emoción en los ojos de su amor. Sintió la necesidad de abrazarla, pero ella necesitaba ese momento con su hijo. Entonces, antes de emprender el camino hasta su habitación que estaba cercana a la de su hijo, sintió un escalofrío recorrerle entero, miró a su lado y ahí estaba su hermano, era el único que había vuelto a verle.

—Hola, hermano —lo saludó con cariño.

—Gracias por lo que has hecho por ellos todos estos años, esa parte que yo no pude llenar en sus vida —agradeció Ryan con lágrimas en los ojos.

—Siempre estaré para ellos, aunque de eso dependa mi vida, cumpliendo la promesa que te hice. —Asintió y se iba a marchar, pero antes Alex lo abrazó.

—Nunca le digas que me has visto. No quiero que vuelva a llorar por mí.

—No lo haré.

Cuando por fin Alice dejó dormido a su hijo, se dirigió a su habitación

donde Alex la esperaba despierto, recostado en la cama, mirando al techo fijamente. Ella se recostó a su lado y reposó la cabeza en su pecho desnudo, donde comenzó a dibujar minúsculos círculos con su dedo.

—Te echaba de menos —susurró él apretándola a su cuerpo.

—No lo hagas, nunca me eches de menos, Alex.

Se incorporó un poco, sosteniéndose con el codo, dejando reposar la cabeza en su mano. Lo miró desde arriba y vio el brillo que Alex tenía en sus ojos, casi cristalinos. Ella se acercó y lo besó, poniéndose encima de él, sintiendo como esa tensión que había entre ellos se acrecentaba. Hizo presión entre ellos y sintió la dureza de Alex a la vez que su sexo se humedecía deseosa de sentirlo al fin piel con piel.

Alex, con un movimiento casi maestro, la dejó debajo de su cuerpo y tras quitarle de un tirón su ropa interior, bajó sus pantalones y entró en ella sin pensarlo, solo con la necesidad de sentirla, de llenarla, de hacerle el amor como tanto le gustaba, como cada noche. La adoraba y la haría feliz el resto de su vida, así como ella hacía con él.

—Te amo, Alex.

Ya no titubeaba al decir su nombre seguido de lo que sentía, ya no se mezclaba el nombre del que fue su primer amor, el amor de su vida, cuando pronunciaba el de su esposo.

—Yo también te amo, mi amor.

De madrugada, cuando ya todos dormían, cuando el silencio reinaba en las cuatro paredes de ese hogar, Ryan estaba en la habitación de su hijo. Ryod dormía con la foto que Alice le había entregado horas antes, entre sus brazos, lo que provocaba que una sonrisa creciera en el rostro de su padre. A medida que se iba acercando, las lágrimas caían por su mejilla. Sentía la necesidad de abrazarle, pero con velar su sueño bastaba para él, aunque esa noche se sentó en la cama y acarició su cabello castaño. Era tan parecido a él, con la excepción de sus ojos que eran azules como los de su madre, eran dos océanos donde podría perderse cualquiera.

—Siempre que me necesites aquí estaré, pequeño... Eres y siempre serás lo más importante de este mundo para mí —murmuró dándole un beso en la frente.

Poco después y con el corazón en un puño, se alejó, perdiéndose en la oscuridad, ahí donde habitaba porque no había tenido el coraje de irse, porque, aunque prometió que los cuidaría desde arriba, no podía irse así sin más y se quedaría siempre para velar por sus vidas.

Alice abrió sus ojos, y sintió ese escalofrío que hacía tiempo no sentía, para demostrarle que, después de todo, él nunca los iba a abandonar. No lo vio, no se dejó, pero él si la observó. Se levantó y, tras ponerse la bata, fue hasta la habitación de su hijo para comprobar que seguía dormido, le dio un beso en la cabeza y salió al balcón, donde, mirando a las estrellas, se quedó dormida.

FIN

## Agradecimientos

Si tuviera que decir el nombre de cada persona a la que tengo que agradecerle, no terminaría nunca. Solo puedo dar las gracias a todos los que me apoyan, a todas esas personas que le han dado la oportunidad a esta historia y con la que sé que han disfrutado.

Mil gracias por darme tanto sin pedir nada a cambio... Se os quiere.

## Redes sociales

Podéis escribirme o encontrarme en:

[priscilasautora@gmail.com](mailto:priscilasautora@gmail.com)

<https://twitter.com/PriscilaSAutora>

<https://www.instagram.com/escritorasinalas/>

<https://www.facebook.com/PriscilaS.Autora/>

<https://www.facebook.com/groups/1326449294111767/>

Si te ha gustado

*Un amor para recordar*

te recomendamos comenzar a leer

*No pude elegir no amarte*

de *Bel Diciembre*



## Capítulo 1

—Dice que quiere hablar contigo.

Lo miró de nuevo. Hacía rato que se había dado cuenta de su presencia, aunque no acababa de tener claro por qué. A fin de cuentas, estaba en un club atestado de hombres. Un sujeto más, a quien no conocía, no tenía por qué ser distinto. Sin embargo, algo había en aquel tipo que había provocado su atención. Tal vez era que no parecía estar allí para su propio disfrute. La inmensa mayoría de los hombres que iban cada noche al Joe's Club tenían los ojos inyectados en alcohol y una sonrisa lasciva y absurda en sus labios. Muchos venían en grupos de dos o tres y se jaleaban los unos a los otros para ver cuál de ellos decía la grosería más fuerte a las muchachas que bailaban o para reírse de sus propias gracias como si de verdad hubiesen dicho algo más inteligente que la burda expresión de sus deseos. Algunos, más osados, llegaban a hacer gestos y a acercarse a las bailarinas para intentar tocarlas, y acababan recibiendo el empujón de Zacharias, guardián de la seguridad del club, de dos metros de alto por casi dos de ancho, tan rudo y bruto como bueno y compasivo, y a quien las chicas mimaban y cuidaban como si se tratase de su hermano.

Sin embargo, ese hombre se había situado en una esquina de la barra sin quitarse el sombrero, como si estuviera de paso, fumando unos cigarrillos cortos y observando el local y sus clientes con más interés del que había puesto en el escenario y las bailarinas. Su expresión parecía transpirar en todo momento desconfianza. Su mirada, una mezcla de odio y desprecio. Su postura, la tensión previa a un ataque.

No, sin duda no estaba allí ni para disfrutar, ni pretendía pasar desapercibido. Más bien al contrario, todo su halo parecía que estaba gritándole al mundo «Mucho cuidado con rozarme siquiera».

Así que Olga miró a Zacharias y le pidió mudamente que no la perdiese de vista, mientras se acercaba a él cruzando el salón y esquivando a los más borrachos que, al verla vestida con aquellas pocas ropas de gasa transparente, pero con suficientes capas para volverse tupidas, intentaban cogerla con torpeza.

El desconocido se había percatado de su paso en cuanto lo inició. Así que también tuvo que soportar su mirada acerada durante todo el trayecto. Pero Olga no se amilanó. Levantando un poco la barbilla, fijó sus ojos en su objetivo y procuró no parpadear más que lo mínimo.

—Me han dicho que me busca —le espetó cuando estaba a medio metro.

Por toda respuesta se limitó a hacer un gesto de asentimiento, aunque una ligera sonrisa apareció en sus labios, la cual, lejos de dulcificar su expresión, le otorgó un halo de mayor peligrosidad, como si se tratase de un felino relamiéndose ante su presa.

—Tengo prisa. He de actuar en un minuto. Dígame a qué ha venido.

Todavía se tomó su tiempo, tal vez, diez o quince segundos, los precisos para aumentar la expectación o hacerle perder la paciencia. Quizás, era un hombre singular, pero Olga llevaba suficientes años metida en antros como aquel para saber lidiar con todo tipo de elementos masculinos. Inició un movimiento que indicaba que iba a girarse y desandar sus pasos cuando oyó su voz profunda.

—Traigo un recado de Florence.

El nombre de su amiga despertó todas las alarmas. La noche pasada no había conseguido verla y tampoco había sabido saber de ella durante la mañana. Podría haberse levantado temprano para irse a pintar por las calles como le gustaba hacer, pero Olga tenía el presentimiento de que no todo iba bien. Su amigo común, Mario Tancredi, había sido el último en verla cuando tuvo que llevársela corriendo del despacho del notario, después de haber recibido un golpe por parte de su odioso cuñado, preso de la ira al conocer que ella había sido nombrada heredera de una de las propiedades de su



hermano fallecido. El exmarido de su amiga había reaccionado con violencia y la había defendido de aquel ataque, lo que hablaba a su favor, pero no se fiaba nada de aquel aristócrata estirado y prepotente que había repudiado sin compasión a su mujer por un error y que, desde entonces, la tenía apartada de sus hijos, lo que le generaba tanto dolor.

—¿Dónde está?

—En la mansión Ressay.

Olga sintió un escalofrío. Michael Firth, vizconde de Ressay, era el exmarido vengativo y despiadado.

—Saparova, es tu turno.

Quien había gritado desde un lado del escenario era Joe, el dueño del club. Debía representar su último número. Miró de nuevo hacia el hombre.

—¿Podría esperarme? Necesito que me aclare alguna cosa.

Asintió con la cabeza segundos más tarde de haber levantado las cejas como si le sorprendiera la petición o la considerase osada, pero Olga no tuvo tiempo de analizar más aquella expresión puesto que los primeros compases de su número estaban ya sonando.

Se trataba de una pieza tan divertida como atrevida e insinuante, con la que solía acabar la actuación de la noche para garantizar que los clientes volviesen otro día. Acostumbraba a mirar de manera directa a algunos, guiñarles el ojo a otros o señalarlos con el dedo intentando que fuera lo más íntimo posible. Esa noche, sus movimientos fueron los habituales, pero sabía que, por encima de todos, era aquel hombre quien la estaba taladrando con la mirada; aunque en ningún momento sus ojos se posaron en él. Debía reconocerlo, se sentía intimidada, tal vez por primera vez en su vida, y esa sensación no le gustaba, pero tampoco podía hacer nada por erradicarla.

Al acabar la actuación descendió del escenario por las escaleras centrales para llegar con más rapidez a la esquina de la barra donde la esperaba el desconocido. Varios hombres de entre el público, que se habían sentido aludidos por sus atenciones, confundieron ese gesto con la expectativa de un

acercamiento y se lanzaron hacia Olga con claras intenciones de retenerla. Zacharias apareció raudo, pero, sin duda, lo que detuvo de manera tajante las intenciones fue oír a la bailarina declarar que debía llegar dónde su prometido la esperaba señalando a aquel tipo con cara de malas pulgas y mirada de hielo.

La estrategia de inventarse un novio siempre funcionaba y solían dejarla tranquila durante uno o dos meses. A veces menos, si no conseguía embaucar a algún infeliz para que se hiciera pasar por el enamorado y compareciese en la sala de vez en cuando.

Por eso Olga, sin pensárselo demasiado, había aprovechado la visita de aquel no habitual para hacer creer que podía volverse en alguien asiduo. La diferencia era que el tipo no parecía ningún cándido papanatas y, si bien eso podía ser más efectivo para sacarse a los molestos moscones, tal vez había sido algo atrevido a juzgar por la mirada de desconfianza y cierto enfado que había colocado al oírla señalarlo como su prometido.

—Lo siento —le dijo al oído para que no los oyese nadie y, al tiempo, para hacer creer que estaban compartiendo un momento de intimidad—, pero, por favor, no me delate. Si creen que tengo novio, me dejan tranquila durante un tiempo.

Él se limitó a mirarla repasando el perfil de su cara, buscando en sus ojos algún atisbo de mentira o burla y acabando en sus labios al tiempo que se los mojaba él a sí mismo.

—Y ¿se contentan con su palabra o debemos dar alguna evidencia más contundente?

—No —replicó ella con más aparente seguridad de la que sentía al notar su mirada clavada en su boca—. Así es suficiente. Pero ahora, dígame ¿qué hace Frence en casa de su exmarido? ¿La retiene contra su voluntad?

—No. Ha sido ella quien ha tomado sin coacciones la decisión de quedarse. Ressay está enfermo.

—¿Enfermo? ¿Qué tiene?

—Difteria.

—Pero eso es muy contagioso.

Aunque no era una pregunta Olga esperaba alguna respuesta, sin embargo, estaba claro que aquel hombre parecía economizar las palabras y, tras esperar unos segundos sin éxito, continuó:

—Quiero verla —dijo volviendo a simular firmeza en su voz pese a la falta de convencimiento.

—No es buena idea.

—¿Por qué no?

—Usted misma lo ha dicho. Es contagioso.

—Necesito saber si Frence está bien.

—Lo está.

—Y ¿tengo que fiarme de su palabra?

—Yo diría que ha hecho concesiones mayores a la candidez diciendo a todos estos que yo soy su prometido. Ahora podría llevármela de aquí y nadie movería un dedo para impedirlo.

Lo había dicho en un tono neutro que no parecía amenazante, pero tampoco parecía una broma. Al menos, nada en su expresión delataba ironía o juego. Mantenía la mirada fija en ella. Unos ojos negros que se habían transformado en un pozo sin fondo.

Ella sonrió con cierta suficiencia. Sin embargo, casi de manera automática se giró hacia el local y se dio cuenta de que se había quedado vacío en pocos minutos y quedaba solo el tullido Luke en una esquina, acabando de barrer. No debía ponerse nerviosa. Era imposible que las chicas se hubieran ido sin despedirse de ella y muchos menos Zacharias la dejaría allí sin cerciorarse de que todo iba bien y sabiendo que la estrategia de decir que era su novio era solo eso, una táctica.

Al girarse de nuevo hacia el desconocido, advirtió que su ligera desazón no le había pasado desapercibida. Una mueca en los labios que indicaba burla y el brillo en sus ojos negros eran prueba suficiente.

—No confunda la confianza con la ingenuidad, señor. Frence nunca me enviaría a alguien que pudiera hacerme daño.

—Y ¿quién le dice a usted que ha sido Florence Howland quien me ha enviado?

Había levantado las cejas al pronunciar las últimas palabras y aquel negro en sus pupilas se había convertido en un ónice brillante.

Él había dicho que traía un encargo de Florence y ella había inferido que era amigo desde el momento que había sabido que tenía un recado de ella, pero, en verdad, aquellas palabras no tenían por qué significar de forma obligatoria que el aviso no hubiera sido dado bajo coacción o, más sencillo, que le hubiera hecho el encargo otra persona. ¿Por qué había tenido que suponer que se conocían y, lo que era peor, que los unía algo parecido a la amistad?

Pese a ello, no quiso demostrar ningún síntoma de nerviosismo. Estaba acostumbrada a lidiar con todo tipo de hombres. Aquel no iba a ser diferente. Al final, todos quedaban bastante reducidos a deseo sexual y unas cuantas bravatas.

—Quizás, tiene razón. Frence nunca tendría por amigo a un sujeto como usted. Recibido el mensaje. Puede irse.

Durante breves segundos, el desconocido no pudo evitar que la sorpresa de esa respuesta, dada como si ella fuese una princesa y hubiera despachado a un lacayo, se reflejase en su expresión. Sin embargo, Olga no dejó de admirar cómo reapareció al hieratismo más absoluto y sus ojos volvieron a quedar apagados en un negro helador. Tampoco movió un solo músculo más. Tal cual como si hubiese quedado convertido en estatua. Reiterar que se fuera sería absurdo, así que tendría que ser ella quien abandonase el salón. Se giró entonces con la intención de hacerlo y, cuando tan solo había dado un paso, sintió que la mano del hombre sobre su muñeca detenía su avance; aunque el contacto suave y cálido, lejos de intimidarla, lo sintió extrañamente próximo, como si fuese lo más natural del mundo.

—¿No quiere aprovechar el servicio para transmitirle algo a su amiga?

Lo tenía ahora tan cerca que pudo apreciar un aroma a almizcle y madera. Lo miró sin ambages a la cara y fue entonces ella quien, sin ninguna turbación, recorrió con la vista todos sus rasgos. En verdad era un hombre guapo, muy guapo. El contorno era en parte cuadrado gracias a una barbilla recta y una frente ancha, las cejas no demasiado pobladas enmarcaban aquellos ojos de un negro intenso y la nariz recta, en posición transversal por encima de unos labios no perfilados en exceso, pero sí suficientemente gruesos. Tan solo tenía una pequeña cicatriz, sobre el pómulo derecho, apenas perceptible. Nada era demasiado grande ni demasiado pequeño. Todo parecía guardar una proporción perfecta. No había nada en aquellas facciones que pudiera resultar peligroso y, sin embargo, la expresión tan ausente de emociones cálidas confería a su semblante un aspecto perturbador.

—No —respondió—. No es necesario.

El hombre le soltó la muñeca y entonces sí, se incorporó del taburete y, rozándole el brazo, empezó a avanzar.

—¿Cómo se llama?

Se arrepintió con solo formular la pregunta, pero ya estaba hecho, había atendido a su impulso en lugar de contenerse para no demostrar que, a su pesar, su presencia le estaba generando sentimientos extraños. Él realizó una inspiración profunda para justo después expulsar el aire muy poco a poco, como si responder a la pregunta le estuviese suponiendo un gran esfuerzo.

—Grimm, Jack Grimm. ¿Para qué quiere saberlo?

—Si es usted mi prometido, debería saber al menos cómo llamarlo, ¿no?

Lo miró de nuevo con cierta altanería, subiendo un poco la barbilla y sonriendo de la manera que había aprendido después de más de tres años sobre todo tipo de escenarios.

Entonces, él lanzó una carcajada clara, diáfana y franca; pero lo más curioso no fue eso, sino que, de golpe, transformó toda su expresión, y aquella belleza glacial mutó hacia un atractivo embaucador imposible de

resistir.

Olga notó cómo su corazón se aceleraba hasta que, para colmo, él le pellizcó la barbilla y le lanzó al mismo tiempo un guiño, como si se conocieran toda la vida; y eso fue lo que le faltó para abrir la boca en un gesto que no solo era de sorpresa, sino que era necesario para poder respirar de forma debida.

Por fortuna, era posible que él no se hubiera dado cuenta porque con rapidez había girado sobre sus talones y se había ido atravesando la oscuridad del local. Ella todavía tardó unos segundos en reaccionar y dirigirse a los camerinos.

Tenía una sensación extraña en el cuerpo y, aunque no sabía definirla, emanaba de la imagen de Jack Grimm. Sin embargo, minutos más tarde su racionalidad recuperó el espacio debido en su cerebro. Lo que tenía que perturbarla y preocuparla era la situación de Frence. Así que se prometió a sí misma que, si en veinticuatro horas su amiga no volvía, sería ella quien se plantaría frente a la mansión de su exmarido.

Mientras tanto, Jack había dejado ya el Shubert Alley, donde se encontraba el club, y caminado los quinientos metros de la Cuarta Avenida hasta la travesía con la Quinta para tomar el tranvía que lo dejaría en pocos minutos en la mansión de los Ressay. En el cruce con la Séptima había girado la vista hacia el Times Square y admirado la enorme bola de cristal que, tan solo hacía unos días y por segundo año consecutivo, habían hecho descender para conmemorar el final de año. No dejaban de sorprenderlo aquellas muestras de ingeniería que contaminaban la ciudad por doquier.

Nueva York era su ciudad. Había nacido en ella y se conocía cada palmo porque a lo largo de sus veintiséis años se la había recorrido de punta a punta. En esos momentos tenía un apartamento alquilado en el Lower East Side, no tanto por lo económico de la vivienda, sino porque la gran cantidad de personas que se alojaban en sus calles y el hecho de que estas estaban repletas de pequeños comercios de mil y un sitios diferentes que todavía

atraían a más gente le permitían disfrutar de un anonimato que consideraba esencial.

Vivía solo. Lo hacía desde que Michael de Ressay lo había encontrado en una callejuela a punto de morir por la paliza que un grupo de chavales le había propinado al negarse a robar para ellos. Hasta entonces había compartido espacios en el suelo de locales abandonados o casas de acogida. Nunca había permanecido en un mismo sitio más de un año. Nunca había conocido a su madre o a su padre. Tampoco sabía si tenía hermanos. La negativa a robar para el grupo de los Tigers, como ellos se hacían llamar a sí mismos, no tenía nada que ver con la ética ni con la moral. La explicación era más sencilla, prefería no tener que compartir los beneficios cuando lo hacía.

Ressay lo recogió y lo llevó al hospital. No le preguntó qué había ocurrido y él tampoco vio la necesidad de explicarlo. Estuvo ingresado treinta y tres días. Al salir, su salvador, de quien supo más tarde que era un aristócrata inglés recién llegado a Estados Unidos para hacer más grande la fortuna que ya tenía, lo llevó a la naviera que era de su propiedad y le pidió que vigilara el almacén donde se guardaba todo el material.

Allí ya había un viejo que, supuestamente, debía hacerlo, pero no solo era que su edad le hubiera impedido correr tras ningún ladrón, sino que, para colmo, era cojo y ciego de un ojo. Jack sospechaba que aquellas funciones no eran del todo necesarias para su benefactor, pero lo había ayudado sin pedir nada a cambio y sin ni siquiera exigir ningún tipo de explicación, así que se esforzó por cumplir su cometido lo mejor que supo.

Un día, a los pocos meses de encontrarse allí, Jack escuchó una conversación de Ressay con su abogado, el señor Jenkins, mientras supervisaba los motores recién llegado. No se fiaba de la calidad del material porque a sus oídos había llegado que el industrial que los fabricaba era capaz de sacrificar el buen estado de los componentes por el precio. Dudaba si instalarlos en el nuevo buque que estaban construyendo.

Jack sabía quién era aquel empresario del que hablaban. Se trataba de Liam

Kavanagh, de origen irlandés. Un buscavidas, tramposo y habitual de muchas de las casas de prostitución donde Jack había trabajado de niño haciendo recados y robando las carteras de los clientes a petición del proxeneta. Como las tareas de vigilancia del almacén se circunscribían casi de manera exclusiva a la noche, durante los siguientes días, Jack se dedicó a seguir al supuesto estafador y a preguntar aquí o allá sobre aquel pedido que se había servido a Naviera Ressay. Consiguió así el contrato de los tornillos, en el que se hacía patente que habían sido fabricados con una aleación mucho más débil de lo que era aconsejable. Además, pudo hacerse una idea completa de la clase de vida que llevaba Kavanagh, incluyendo la amante que tenía alojada en un piso del Bronx y el montante de las deudas de juego que, en caso de ejecutarse, supondrían su ruina inmediata.

Así que se plantó ante Ressay y le pasó toda la información que había conseguido. La sorpresa dio paso al agradecimiento y con ello al intento de compensarlo económicamente. Jack se negó. Consideraba que estaba en deuda con aquel hombre y se sentía orgulloso de haber podido ayudar.

Pero, a partir de aquel día, Ressay, poco a poco, fue incrementando sus emolumentos, al tiempo que lo reclamaba para pedirle que le buscara antecedentes o datos sobre los temas y las personas más variadas. Así transcurrieron seis años y Jack ya no hacía noche en el almacén porque tenía a su servicio una serie de informantes o vigilantes que complementaban allá donde él no podía llegar. La relación con todo aquel personal era siempre profesional y distante, pero sabía que tenía la máxima lealtad de ellos puesto que su trabajo, que acababa dando pingües beneficios a la naviera o evitaba gastos innecesarios, era recompensado por Ressay sin cicatería y él lo acababa repartiendo entre sus hombres.

Aquella relación puntual y periódica se transformó en habitual cuando, dos años atrás, Ressay se había encontrado a su mujer en la cama de otro hombre. El mazazo que sufrió fue brutal y, sin poder superarlo, el matrimonio acabó roto y su jefe destrozado. Aquel hombre de una rectitud intachable y educado



en la más rígida moral inglesa fue incapaz de pedir ayuda, pero Jack Grimm no necesitaba que se lo requiriese de forma explícita. Lo vio sufrir en silencio y se convirtió en su sombra, intentando adelantarse a sus necesidades y dispuesto, incluso, a asumir la responsabilidad de cualquier acción siempre que fuera en beneficio de Michael de Ressay.

Por eso, entre otras cosas, sabía tanto de Florence Howland. Ella era la adúltera. Quien había cometido la deslealtad. Quien había dañado hasta límites insospechables el corazón del vizconde. Pero lo cierto era que haberse pasado horas, días y meses siguiendo en todo momento a aquella mujer, también había acabado ayudándolo a conocerla e, incluso, a no juzgarla con la misma rigurosidad que en los primeros momentos. Además, pese a que en ningún momento Ressay se había sincerado con él, había visto en sus ojos cómo sufría, cómo seguía amándola y cómo moría cada día víctima de la añoranza. No había servido de nada haberse ido a Canadá durante más de un año y haberse expuesto de manera voluntaria a las condiciones externas más duras. Habían estado juntos todo aquel tiempo y habían compartido las peores situaciones. Sin embargo, pasara lo que pasara, la tristeza infinita presidía siempre sus ojos azules.

Habían regresado de Canadá hacía tan solo un par de días y, ya en el viaje de vuelta, Grimm se había dado cuenta de que Ressay estaba enfermo. Al final, había caído en cama y, entonces, ella había aparecido para cuidarlo.

Cuando la propia Florence le había pedido que avisara a su amiga Olga Saporova de su paradero, no tuvo necesidad de especificarle dónde encontrarla. También lo sabía todo de ella. La cercanía que habían compartido aquellas dos mujeres, sobre todo, en los primeros momentos del divorcio, había provocado que él acabase conociendo mucho de la bailarina rusa con tanta moral desinhibida como principios éticos arraigados. Sabía de ella que tenía un carácter impetuoso y que de la misma forma parecía vivir la vida como si se le estuviese acabando en cada instante.

La corta conversación que habían tenido en el Joe's Club le había mostrado

también alguien valiente y arriesgado, y no había podido evitar sentir un deseo sexual difícil de reprimir. Le gustaban las gatas hurañas y aquella hembra parecía tener siempre las garras afiladas. No descartaba, por tanto, algún encuentro más placentero. Si no lo había alargado aquella misma noche no había sido ni por falta de ganas ni por pensar que no pudiera conseguir su objetivo, sino porque llevaba en el bolsillo de su pantalón lo que podría ser la cura a la difteria de Michael de Ressay y sabía ordenar sus prioridades.

Otro día sería. No lo dudaba. Ya podía anticipar que, sin demasiado esfuerzo, esa fiera de curvas pronunciadas se estremecería bajo él y todavía tuvo tiempo de imaginar, antes de entrar en la mansión de los Ressay, cómo aquellos ojos color miel le suplicarían tanto como su boca carnosa, mientras la melena cobriza se deslizaba por su espalda desnuda.

## ¿Qué pasa cuando tu mundo cambia de un día para otro?



Su amor, su pasado y su futuro. Todos en la misma fina línea.

Alice tiene que decidir qué hacer con su vida, después del terrible suceso que sufrió tiempo atrás. Todo ha sido dolor, pero todo puede variar.

Un nuevo amor que cambiará su vida.

Un deseo irrefrenable por alguien que ni siquiera conoce.

¿Qué pasará cuando ese deseo sea correspondido? ¿Podrá hacerle frente o huirá lejos de todo?

No te pierdas la segunda y última parte de la bilogía para siempre.

**Priscila Serrano** nació el día 11 de noviembre de 1985 en la ciudad de Málaga, España. Es una mujer de 33 años, casada y con un hijo al que adora. Toda su vida ha estado dando tumbos sin saber qué hacer, hasta que un día, y sin pensarlo dos veces, decidió adentrarse en el mundo de la literatura, convirtiéndose en autora de romántica y new adult.

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Priscila Serrano

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-44-9

Composición digital: leerendigital.com

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial



megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

Un amor para recordar

Introducción

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Epílogo



Agradecimientos  
Redes sociales

Si te ha gustado esta novela...  
Sobre este libro  
Sobre Priscila Serrano  
Créditos